



En la generación del 45, de tan profunda gravitación en la vida cultural uruguaya, la obra narrativa de Carlos Martínez Moreno se ha destacado con perfiles muy propios por la singular calidad de su escritura; y esto no es poco decir cuando recordamos que entre los integrantes de esa generación —que tuvo en el semanario *Marcha* su principal vocero— figuran Mario Benedetti, José Pedro Díaz, Armonía Somers, Mario Arregui, Angel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Tanto los libros de cuentos (*Los días por vivir*, 1960; *Cordelia*, 1961; *Los aborígenes*, 1964; *Los prados de la conciencia*, 1968; *De vida o muerte*, 1971) como las novelas (*El paredón*, 1963; *La otra mitad*, 1966; *Con las primeras luces*, 1966) de Martínez Moreno han puesto de relieve su rigor estilístico, su evidente virtuosismo verbal, junto con una gran lucidez militante, la del testigo implicado; “una lucidez preocupada por el estilo”, según concuerdan los críticos y sintetiza Fernando Ainsa. Esta nueva novela de Martínez Moreno, que ratifica notoriamente esos juicios, trata de un crimen no planeado que se comete durante un intento de robo a una carnicería. A través de las seis partes del relato pueden seguirse las diversas peripecias —que incluyen un degüello, suicidios, delaciones, etcétera— de los cuatro implicados principales (dos parejas) y de algunos personajes laterales que se mueven en un ambiente lindante con el hampa. Pero más que un crimen el relato esclarece la psicología, la historia, el “clima” que rodea a los protagonistas, sus recuerdos, sensaciones, amores; y, sobre todo, indaga en el lenguaje, elaborando un llamativo sistema de cambios de registros a partir del habla rioplatense. *Tierra en la boca* confirma que su autor fuera de toda duda es uno de los grandes narradores de la actual literatura latinoamericana.

CARLOS
MARTINEZ
MORENO

TIERRA EN LA BOCA



LOSADA



NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

**TIERRA
EN LA BOCA**



EDITORIAL LOSADA, S. A.

CARLOS MARTINEZ MORENO

TIERRA EN LA BOCA

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES



Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

© Editorial Losada S. A.,
Alsina 1131,
Buenos Aires, 1974

TIERRA EN LA BOCA

Ilustró la cubierta
SILVIO BALDESSARI

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Se terminó de imprimir
el día 30 de noviembre de 1974
en la IMPRENTA DE LOS BUENOS AYRES S. A.,
Rondeau 3274, Buenos Aires, Argentina.
Esta primera edición consta de cuatro mil ejemplares.

LA VÍSPERA

paraguas deshojados y los cuadros de bicicletas y las damajuanas verdes y las azadas sin mango y los rastrillos desportillados que sólo pueden en adelante peinar el viento. Entonces el Viejo, que siempre ha marchado a paso lento a un costado del lento caballo, del lento y chirriante desaceitado carrito, trepa al pescante, acomoda las camas como barcos, las jaulas como globos o como casas, las perchas como cadalsos y los rastrillos como tridentes; y ahora que el carrito está colmado y que el caballo yergue desde el cansancio sus orejas, como si con ellas pudiera ver lo que sucede a su grupa, ahora él —que ha vuelto a bajar y ha sujetado con cuerdas y absurdas moñas su cargamento rebelde y ha verificado su precario equilibrio y calculado las cuadras de marcha que le restan— abre y fuerza la tijera desvencijada de sus viejas piernas y hace estribo con un zapato boquiabierto y vuelve a subir al carro y asume las riendas y grita algo que significa Vamos y chasquea la lengua dentro de la boca, porque en otro tiempo tuvo un látigo y después se lo robaron y nunca más se supo. Ha comprado bastante, su ambición de la jornada está hecha, en el carrito no cabe nada más e Isabel debe haber regresado ya de la escuela.

Isabel, esta misma que ahora dice ¿Con qué derecho...? Pero hoy tiene veintidós años y es fuerte de la fuerza que le trasmite el gallego: desde los seis años fue sólo propiedad y devoción del Viejo, y ahora no sabe si cuando volvía de la escuela se ponía realmente a esperarlo o sólo tenía la certidumbre inocente y neutral de que al rato vendría, tendría que venir, viajando hacia ella.

Isabel tiene tres años cuando su madre los abandona, para irse a vivir con otro, el presunto Amor de su Vida. Y es una chiquilina de seis cuando el Amor de su Vida mata a la mujer a puñaladas. No lo sabe entonces, no se lo dicen. El botellero lee la noticia en el diario que le presta un vecino: allí están el final de la historia y una foto de la mujer en su hermosa y carnal juventud, una foto que deben haber ofrecido (locas por el escándalo como siempre han sido) las propias hermanas. Una foto donde luce como él jamás la ha visto, los labios pintados en forma de corazón, los ojos con pestañas como patas de araña, un rulito avanzando en el signo de interrogar sobre el pómulo. Como

nunca la viera. Ni siquiera ríe, como en los tradicionales retratos de las damas asesinadas, donde la sonrisa se vuelve tan infeliz al hacerse eterna, al congelarse a la luz de la desgracia y ante los ojos que la miran. Ni siquiera sonríe. Sería, fija, nada triste, un poco demasiado rígida, compuesta con las artes de la cosmética, con las modas del peinado: entregada en su obstinación a los prejuicios del fotógrafo barato, como después al puñal del amante. Así. Así mismo: dos veces victimada.

Pide permiso al vecino, toma una hoja de afeitar y recorta la historia con su foto en el centro. Recorta la historia y memoriza para siempre la frase que mejor y más cruelmente lo excluye. Una frase que no dice absolutamente nada de ella viva pero sí de ella muerta, de ella difunta, de ella cuerpo: "El juez dispuso que, previa autopsia, el cadáver fuera entregado a sus deudos". Sus deudos: otra vez las hermanas; él no aparece. Él no había aparecido, no habían venido a verlo ni a enterarlo ni a consolarlo ni a buscarlo. Presentía el sitio en que la hubieran velado, ignoraba el lugar en que estuviese enterrada. Mira a veces a Isabel chiquilina, cree descubrir en su crecimiento y reposo los rasgos de la foto del diario, que va envejeciendo con los dobleces nocturnos: los rasgos de la foto, no los rasgos disueltos de un rostro que está olvidando. Y al seguir con un dedo el sopor y la deseada semejanza en las facciones tranquilas de la niña (la niña que alza una mano hasta su nariz, rasca ensueña engendra borra tal vez una mosca, jamás una araña, tal la placidez infantil que el pequeño disturbio de la caricia no basta a aventar en el sueño) piensa una de estas dos preguntas, que no tienen respuesta: ¿Seguirá todavía preso el que la mató? ¿La mató porque ella acaso hubiera querido volver con nosotros?... el plural es un abuso, la exclusión insufrible: Isabel duerme.

"La cosió a puñaladas", oye decir la niña cuando ya ha pasado un año de aquella muerte. Y de tal modo el Viejo se ha extremado en protegerla, en aislarla en aquel rancho de latas, en separarla de aquel barrio de ranchos de lata, en evitarle los viajes en busca de agua a La Canilla, centro social de los chismes del pobrerío de suburbio, que ella oye la frase y no sabe en seguida cuál podrá ser el significado: La cosió a puñaladas. Porque no conoce, el Viejo

sentado encorvado en una silla de paja junto al catre en que ella va a dormirse, dedicando una última mirada a la cartera, los útiles y la merienda (la merienda que el Viejo le prepara) listos sobre la mesa, no conoce otra forma de costura que ésta que ahora el Viejo ensaya, practica allí, esperando que el sueño baje sobre ella, la costura con una aguja de colchonero yendo y viniendo entre los panes de arpillera que harán las cortinas o el pequeño toldo dominiguero del carrito; o si no, aguja chica, corriendo saltando y volviendo en el zurcido de la túnica escolar o en el remiendo del pantalón de fajina. El Viejo no parece tener nunca sueño y puede velar el de ella, el del caballo en el terreno, el de su lastimada memoria de viudo sin honor y sin mérito. ¿Habrán soltado al tipo? ... No es imposible averiguarlo, como no hubiera sido imposible averiguar dónde la habían velado, dónde estaba enterrada... ¿La mataron porque quería volver junto a él y a la hija?... Eso ya es difícil de saber: quizás un expediente, una visita a algún juzgado, una tarjeta, negativas: iba a perderse. Y además... ¿por qué no ir a verlo donde estuviese, a interrogarlo cara a cara?

—¿Con qué derecho se mete el Viejo?...

Tal vez había seguido siempre enamorado de su mujer, atado a una mujer convertida en un recorte de diario. Y había querido entonces conservar a Isabel como si fuera otro recorte de diario. Todo para que Font, ese gallego que ni es gallego, ese gallego nacido en Montevideo acabara llevándose a vivir con él, como el antiguo desconocido se llevara a la madre. Y Font acaba de levantarse para ir a arreglar otra vez, otra infinita vez el lío interminable que aquella decisión de vivir juntos ha creado entre ellos dos y el Viejo. El Viejo que jamás bebió, en los años y años de la viudez, y ahora se ha puesto a beber porque Font le ha llevado a la hija. El Viejo que llega a la puerta del baile del cantegril y dirigiéndose a Font, como si Isabel no existiera, le dice otra infinita vez que tiene que hablar con él y que lo espera en la calle. No es un desafío ni tiene el tono de un reto ni la calle designa otro sitio que una lodosa lengua de tierra, una lengua de tierra por donde el carrito pasa siempre y el grito labra un surco que siguen las ruedas

del carrito, los cascos del mancarrrón cada día más flaco, el tiempo de la vejez y la vida.

—Vení, gallego, tengo que hablarte. Te espero en la calle...

—¿Hasta cuándo? —se queja Font—. ¿Sabés cómo me tiene?...

No se lo dice a Isabel sino a Ramos y a Luján, que están junto a ellos dos, sentados a la misma mesa. Casi nunca habla del Viejo con Isabel, como una forma de respeto o tal vez como una prédica de supresión y olvido. Pero a Ramos sí, pero a Luján sí: ¿Sabés cómo me tiene?

Y entonces ella dice:

—¿Con qué derecho se mete el Viejo?... ¿Qué derecho se creará que tiene sobre mí?... Ninguno, ningún derecho.

Dice sobre mí, ¿podría decir sobre mi cuerpo, porque sabe que el Viejo se desinteresó de reclamar otro cuerpo que podría haber sido más suyo? ¿Podría decir mi cuerpo porque el Viejo, cuidándola día y noche como un cancerbero en aquellos barrios, vino a estar guardándose a Font como allí no se guarda a nadie, a ninguna mujer, a ninguna chiquilina siquiera (y ella cumplió antes de irse, una semana antes de irse, los veintidós años)? Guardándose para regalársela porque sí: eso piensa el Viejo, eso dice el Viejo.

Y ahora, cuando Font hace un gesto que quiere decir "El fierro" y Ramos se lo entrega por debajo de la mesa, Isabel se asusta de haber quitado al Viejo ese derecho de velar por ella, como si con tal acto de denegación lo desnudara y lo entregara a la disputa, al menosprecio y a la muerte. Se asusta, sí, pero el susto entre ellos tiene también sus reglas. Y entonces ella mide su miedo y sólo dice:

—Gallego, si podés no le hagás nada...

Y para que el hombre le perdone la piedad filial, esa piedad vergonzante de criatura sola frente al Viejo despojado y viudo y que en tantos años de despojo y viudez jamás se emborrachó y ahora lo hace por ella:

—...Tené en cuenta que está en pedo...

La mirada de Font no dice nada, no promete que vaya a tenerlo en cuenta. Toma el fierro (y el fierro es el revólver de Ramos). Sale.

¿Y quién es Font, Tomás Bismark Font Barreiro, después de todo? ¿Y cómo apareció en su vida? ¿Y cómo

apareció por primera vez, hacia las tardecitas, por la casa del Viejo? ¿Estaba esperándolo, por allí cerca, hasta que veía entrar el carrito y se aproximaba? ¿O aguardaba la noche porque él era también un animal nocturno?

Ladrón de cementerios, eso pensó Isabel desde el principio que era. Ladrón del Cementerio del Norte, más concretamente: porque era posible ubicar por el barrio la zona de sus correrías. No iba a atravesar la ciudad, para irse al Buceo o al Central o al Cerro. El Central es el de los pitucos de antes, dice Adhemar. Pero ahora hay más bronce nuevo en el Norte y el campo es más abierto y es más fácil.

Font es bajo y rubio entrecano y ancho de hombros, con unas patillas pobladas y unas cejas pobladas y unos ojos color caramelo y su camisa azul. El Viejo le llama gallego; fue el primero a quien le oyó apodarlo gallego. Y Font le dice Viejo, sólo Viejo, aunque tal vez el botellero no le lleve más de diez años: Viejo, viejo de soledad, viejo de haber dejado que le robasen sin pelea su mujer, viejo de no tener otras mujeres ni quererlas ni buscárselas, viejo de no salir de noche con nadie. De todo eso se ha hecho viejo y Font, en cambio, supone que él jamás llegará a serlo.

¿Cuándo apareció por primera vez? Es posible no recordar la primera vez del ser a quien se ama: quizás ella piensa eso ahora, mientras Ramos y Luján hacen otra pareja: una pareja legal, sí, pero rota y vuelta a soldar, con Luján muy hembra, con Ramos muy inerte, él siempre esperando algo que venga de los ojos de su mujer, de la mano de su mujer, de la boca de su mujer. "Nací un Domingo de Ramos y la vieja quería ponerme así, Domingo de Ramos. Pero el viejo no quiso; y sólo me dejó poner Ramos." Ramos era el nombre, pues, y no el apellido: Isabel se había sorprendido al saberlo, cuando lo conoció. Ramos Martínez, así se llama. O el nombre completo, porque a él le dicen chato. El chato Ramos, el chato Ramos Martínez, el chato Ramos Martínez Novo. Toda la ristra.

—Es más jodido llamarse Ramos que llamarse Domingo —ha dicho Font—. También tu viejo. . .

—¿Por qué va a ser más jodido? . . . ¿Y vos que te llamás Bismark?

—Bismark fue un gran general, o qué sé yo. Y eso se le ocurrió a mi viejo, no a mi vieja. Mi viejo mandaba y chau.

Pero mi vieja pidió que antes me pusieran Tomás, que era el nombre del viejo. Y así quedó.

—Ramos y Luján —dice Isabel—. Parece que vivieran en la iglesia. . .

—¿En la iglesia? ¡Ma qué iglesia!

Está mirándolos ahora y los ve como una pareja gastada, aunque seguramente Ramos (en mangas de camisa blanca) es menor que el gallego y Luján tan sólo cinco o seis años mayor que ella. Una pareja gastada, con el amor muy hecho e historias que después se resuelven en perdones, no para olvidarlas sino tan sólo para seguir viviendo. ¿Perdones de quién a quién? Luján tiene que haberle disculpado muchas veces que él haya sido un ladroncito menor, un ladrón fracasado. Cada vez que lo mira, cada vez que escucha sus planes, se nota el desconcepto: ¡qué vas a ser, qué vas a hacer! Tal vez la espanta la mezquina palabra ratero, esa palabra para escupirle al rostro en los días de miseria. Y sólo porque seguramente teme verse también ella reflejada en el espejo de esa palabra (ratero, el dorso de un espejito en que corre y se esconde un ratoncito de plomo) es que no se la dice. Pero la piensa siempre, sí: se le lee en los ojos.

Una pareja legal, eso sí, como no es la de ella y Font. Y es por eso (porque ellos no han podido convertirse todavía en marido y mujer) que acaba de aparecer en la puerta del baile el Viejo Ruiz. No son legales, pero por eso mismo son lo otro: amantes, sí, verdaderos y cálidos amantes. Una pareja sin papeles, una pareja porque se juntaron y nada más. Una pareja porque se quieren, aquí y en una cama y donde venga. Ella había empezado a ser mujer con Font y no creía que Luján hubiese estado esperando en la vida a su ladrón esmirriado y mísero para aprender con él, para probar con él, para saber con él, llevada por él. Hay diferencias, ¿no?

Font traía chapas de cinc y caños y metros de cable arrancados y hasta placas de bronce. Decía haberlo comprado y tener que venderlo para "salir de un apuro". Pero no. Bastaba mirar sus manos estropeadas para saber cómo y por quién habían sido desclavadas las chapas, arrancados los cables de la luz, pelado el cobre, descuajadas las placas recordatorias. No movía las manos de un reductor sino

las de un ladrón, que a veces pueden ser algo más limpio.

El Viejo y él hablaban poco, pero desde el comienzo se tuteaban. Le compraba o no: hablaban poco. Adhemar —con sus dichos tan cómicos— hablaba mucho más con el Viejo, le llamaba don Ruiz y no viejo, no se animaba a tutearlo pero en cambio le hacía bromas, se reía de él y lo hacía reírse de sí y de su interlocutor, le palmeaba el hombro, lo envolvía entero (y a Isabel también) con la mirada grande y hambrienta y transida de unos ojos azules, correspondidos por la sonrisa de unos dientes muy blancos, alumbrando a dos franjas un rostro atezado, como húmedo y de rasgos fugitivos: pícaro e inocente y simpático y tierno y fraudulento y ladino. El Viejo parecía feliz e inseguro y desconcertado: Adhemar era la fantasía, con Adhemar nunca se sabía... Adhemar vino una vez empujando un carrito y en el carrito yacía y del carrito desbordaba una mole de bronce en dos pedazos. Un Cristo partido por la cintura, un Cristo seccionado a sierra por la cintura: la cabeza dolorosa inclinada hacia el pescante del carrito, los pies claveteados y juntos sobrando hacia la porterita trasera, descansando allí y en el aire frío. INRI.

—Pero Adhemar, criatura de Dios, ¿te creés que estoy loco?... —había dicho el Viejo.

Y Adhemar sólo sonreía, todavía maravillado de su hazaña, proponiéndola sin palabras. Ella tenía entonces dieciocho años: era sensible a esa sonrisa, a esos ojos, a la suavidad taimada con que Adhemar respondía: “¿Por qué viá'tar loco, don Ruí?” “Es bronce de primera, don Ruí.”

Sí, era bronce de primera y era increíble que aquel cuerpo menudo, que aquel mestizo de hombros angostos y manos tan pequeñas y gráciles al acompañar el habla, hubiera podido empuñar una sierra en la noche, encaramarse a algún banquito o piedra o escalera o cajón en la noche y trozar a Cristo en dos. Trozar a un Cristo que hacía dos veces su tamaño y trozarlo sin tener todavía el comprador pensado y elegido y convenido. Un acto de fe. Y había hecho el descenso, como en las imágenes sacras, y lo había metido en el carrito —un carrito sin caballo, él tirando en la pértiga— y lo había arrastrado y trajinado en la noche, saliendo de los caminos más transitados, metiéndose en andurriales, en zanjas abruptas, en atajos pedregosos, en terrenos blan-

dos y herbosos, escondiéndose siempre, tironeando siempre, cruzando y ganando lo frágil y lo oscuro. Todo con la ilusión cándida e insensata de que el Viejo Ruiz pudiese tener el coraje de quedarse con aquello, comprarle a Cristo por treinta dineros. No tenía noción de que él fuese Judas ni cosa parecida. Ni noción de ningún símbolo: mejor así. No lo precisaba Adhemar, sudando en la noche, metiendo el hombro en la trasera del carrito si se le empantanaba, hundiendo o resbalando los pies en el barro costroso, junto a los pies clavados y llagados cuando el carrito se atascaba en los pastos y cardos de una noche de espinas que sólo había sabido acompañarlo y ayudarlo manteniéndose seca.

El Viejo Ruiz estaba aterrado. Pero Isabel piensa que tal horror sólo nacía de que aquello lo excediera en dos órdenes: el de la audacia y el del precio. Adhemar desistió antes las alharacas del Viejo: volvió a echar encima del Cristo el sudario (¿la túnica?) de arpilleras rotas, dijo algo enigmático que podría significar Amigos-como-siempre y se fue. La corona de espinas desgarraba la túnica de arpillera en jirones, pedía a gritos un disimulo, un pudor, un refuerzo. El Viejo Ruiz, con montones de arpillera al costado del rancho, no quiso socorrerlo: “Después soy compli...”

Al día siguiente, a la mañana siguiente Isabel lo ve pasar esposado, entre dos milicos. Lo ve pasar y Adhemar se ingenia para sonreírle, con una carga de sobreentendido y perdón hacia el Viejo; sonreírle sin un alto en la marcha. Adhemar —su rostro moreno, como mojado, no negro— va hacia la cárcel. Adhemar, sus ojos tristes, sus ojos sin sorpresa (tantas veces ha estado preso, una más no significa nada) va hacia la cárcel. ¿Estuvo ella enamorada alguna vez de Adhemar o era tan sólo —se pregunta ahora— la visión de sus ojos tristes y tiernos y cazarros y resignados, llevando el Cristo sin comprador de su historia partido en dos o flanqueado por milicos, Cristo ahora él, de vuelta hacia la cárcel su morada?

“Una versión crapulosa de la vía crucis”, dice un diario, quién sabe si el mismo que había dicho “El juez dispuso que el cadáver” o algo así. “Troza en la noche el Cristo de Atahualpa, lo vende a vil precio a dos fundidores clandestinos y van todos a la cárcel.” Era un día sin noticias grandes para la página policial y Adhemar la estaba pagando, sin

que tampoco le pesara. Pero el cronista era el pobre diablo de siempre y no era capaz de imaginarse o describir aquello que ella misma, jovencita de dieciocho años con su pasado de colegio de monjas, había visto y exorcizado y sentido: los pies desollados, la marca de los clavos, los brazos extendidos rebasando, en su ademán de abarcar perdonar, el pescante del carrito de Adhemar, la cabeza coronada de espinas cabeceando en los baldíos y en la noche, la envidia del Viejo repitiendo "Ta loco, ta loco", tal vez porque él no hubiera podido juntar el dinero y correr el riesgo y los judíos sí habían podido y corrido. Los judíos (o los rusos, tanto daba, era una historia sin ideas ni prejuicios), los reducidos que no trabajan nada y ganan mucho más que su víctima su robado el ladrón; aquellos tipos habrían fundido a Adhemar y a Cristo si les hubieran dado el tiempo necesario. Pero esta vez no habían querido dárselo: la policía manejaba un registro de los ladrones especializados en bronce y lápidas, Adhemar dijo los nombres y las direcciones de los rusos (o los judíos) y allí encontraron las dos partes de Cristo, una en cada fundición clandestina, la parte del comprador de la cabeza y los brazos en una gran tina de latón, lista para el lavado previo al horno, la parte del comprador de los pies envuelta en lona, como si hubiera sido el cuarto trasero de una res oculta en días de veda. "Troza el cuerpo de Cristo, lo descende de su cruz al llegar la noche, lo merca a precio vil y cae en manos de la centuria romana": Isabel y el cronista no tenían imaginación para verlo saberlo así, pero al menos ella había podido imaginarse asombrada la sangre de las llagas en las manos, el humor chorreando de los pies, el sudor constelado de sangre bajo las espinas de la corona, y había escuchado reprochado amado a Adhemar tratando de convencer al Viejo para que se quedara con todo aquello, porque era muy buen bronce y muy buen negocio, don Ruí.

—No es mi negocio, no es mi negocio —dice después el Viejo, alegrándose (aliviándose) de no haber entrado, puesto que el otro estaba preso—. Sí, claro, ¿a quién se le ocurre que alguien pueda vender por las buenas a Cristo en dos pedazos? No, no era su negocio y tal vez el Viejo sentía el absurdo, que también a Isabel se le antojaba blasfemo y sacrílego, aún sin saber tanto (nunca había prestado dema-

siada atención a las monjas) de todas estas cosas. Sí, ¿a quién se le ocurre que alguien pueda vender por las buenas un Cristo de ese tamaño cortado en dos pedazos? ¿A quién? Sí, no era su negocio, no era, no podía ser un negocio de los que él hiciera con frecuencia; pero recuerda ahora a Font tuteándose con el Viejo, diciéndole "Trato hecho" y sacando de la bolsa una placa de bronce, que el Viejo va a comprarle en seguida. La saca, la desempolva con el revés de la manga, el Viejo empieza a pasarle un cepillo de barbas largas. ¿Y a quién se le ocurre que alguien pueda vender por las buenas, allí, a menos de veinte cuadras del Cementerio del Norte, una placa con dos angelitos guardianes que diga, en forma de libro abierto, "A Ramona Rosado, recuerdo de sus hijos"?

—¿Con qué derecho se mete...?

Para eso la crió, para que acabara enamorándose de Font y Font se la llevara sin consultarlo, sin obtener su permiso, sin anunciarle nada; allí, en aquel barrio de ranchos, habría sonado a burla "sin pedirle la mano". El Viejo nunca se había emborrachado, ella no le había conocido mujeres en los años viriles de la viudez. Pero lo abandonó sin remordimientos en cuanto apareció Font. ¿Sería, en definitiva, tal igual a una madre a quien no había conocido?

Ha resistido siempre mirar aquel rostro en el recorte del diario. Desde niña, ladeaba la cabeza, entornaba los ojos para no mirarlo. Y ha visto ahora el rostro del Viejo, que no se dirige a ella, asomándose al baile. Lo ha visto: sin ladear la cabeza, sin entornar los ojos.

—Vení, gallego, tengo que hablarte...

Pero ahora el gallego ya regresa; pasa junto al mostrador y pide algo, se allega a la mesa en que los tres están esperándolo.

—¿Qué?... —tantea Isabel, sin arriesgar del todo la pregunta.

—Nada. Taba pesado, con las copas... (remeda la voz cascada y un poquito arrastrada, alcohólica): Casate con ella, casate con ella... Si no, viá'tener que matarte...

—¿Matarte el Viejo?... ¡Si nunca fue capaz de matar una mosca!

Nunca mató una mosca: estaba casado con la finada y no fue al encuentro del tipo que se la quitó. Ni había tenido

impulso para reclamar el cuerpo, cuando el otro la mató. Dejó que la enterraran las hermanas, eso hizo. Dejó...

—Le repetí como diez veces: Viejo, ya estoy en divorcio. En seguida que lo termine me caso...

Ella sabe que ni siquiera lo ha empezado. Cuando era muchacho, le contó al conocerla, se había casado con una prostituta que era menor y quería la libreta de matrimonio "pa circular tranquila". Se le había ido —él a ella— al muy poco tiempo. "No quería vivir de mantenido, ¿sabés?" Y hoy le es imposible saber dónde vive, ni de qué ni con quién, ni siquiera si vive. No recuerda en qué año se casó, en qué juzgado ("Ella hizo todo") ni sabe quién tendrá la libreta. Y hasta le han dicho que se fue a Venezuela. Vaya a saber... Isabel lo ha empujado para que intente una gestión, lo ha acompañado a averiguar qué papeles se precisan. Le han puesto dificultades: que la fecha, que la sección del juzgado de paz, que el domicilio actual de la mujer, que la partida, que los edictos en dos diarios... Abandonaron.

—Pa lo que a él le sirvió estar casado...

Vuelve a imitar la voz vieja, quebrada:

—Vos sabés que mi hija no era una cualquiera... —me dijo.

Le traen la grappa que ha pedido al pasar por el mostrador. Alza la copa.

—Eso es cierto —dice—. Salud.

Y en contradicción con la actitud de tener la copa en alto, baja la cabeza.

—Eso es muy cierto. (Mirando a Ramos y a Luján.) ¿Ustedes sabían?...

Era increíble que de allí, de aquel sitio en que vivía el Viejo, de aquella casilla en que el Viejo y la hija parecían moverse bordeando un agujero inmenso, dejado por la difunta, la hubiera sacado, se la hubiera llevado con tanta facilidad y hubiera sido una niña. Sí, era increíble; y sin embargo, así era. ¡Un lujo! Se han ido juntos por primera vez, ella no se lo ha dicho ni siquiera se lo ha dado a entender. Pero cuando va a echarse ya sobre ella, por donde ignora supone no pregunta que haya sido el camino de otros; Isabel extiende las manos hacia adelante, las apoya en su pecho, levanta hacia el vientre de él, hacia el sexo

de él las dos rodillas puntiagudas, en gesto defensivo. Y con una voz sin aliento, como si fuera a confesar una culpa, va y se lo dice. ¡Un lujo!

—Nadie tiene por qué saber las cosas de los otros —protesta Isabel—. Y vos no estás borracho.

La mira. Vacila. Mira la copa. Cambia. Se la bebe de un trago.

—Vamos a casarnos cuando se arreglen las cosas —le dije—. Y es lo que voy a hacer, eso se lo digo a todos... ¡qué carajo! Y después de una pausa, en tono conciliador: Le di unos pesos... Me daba lástima.

—Pobre Viejo, ya te agarra hasta plata. ¡Cómo ha caído!

—Sí, pero cuando le aseguré que ya estaba todo pronto pa casarnos, no me creyó... y cuando le dije que íbamos a avisarle el día, nos relajó a los dos, a vos y a mí, sabés cómo... No quiere que le avisen nada... No quiere saber nada, ni de vos ni de mí ni de nada... No quiere vernos más.

—Y vos, gallego, siendo así... ¿pensabas matarlo? —pregunta Ramos.

—Tas loco... Pero un tiempo, cuando lo conocí, siempre andaba calzado: de cuchillo, no de revólver... ¿Y qué sabía yo?... Fijate que soy un hombre y le reconozco al Viejo el derecho a relajarnos... a putearme como me puteó, pobre mi vieja santa... Por eso no le iba a hacer nada. No, no iba a matarlo, aunque anduviera calzado.

Ella le había pedido "si podés, no le hagás nada", pero había confiado desde el principio en que no fuera a pasar nada. Así, al menos, quería tranquilizarse, absolverse retrospectivamente. No, nada. ¿Y por qué andaría calzado, en los tiempos en que Font lo conoció, ya que ahora él lo dice? ¿Por qué, por quién? ¿Por miedo al hombre que había apuñaleado a la finada? ¿Era posible que todavía temiese la agresión del hombre que le había quitado la mujer?... Porque pensándolo bien... ¿qué otros enemigos tenía?

—¿Vos le has conocido enemigos a tu viejo?

—No, que yo sepa no... No creo.

Ramos, desde su mano en la barbilla, ha madurado la evidencia:

—Si acabás de dar hasta el último mango... y yo tampoco tengo, ahora sí que vamos a hacerlo...

—Seguro que tenemos que hacerlo... ¿Quién dijo que no?... Pero vos... ¿trajiste las cosas?

—Sólo el bufoso...

Esa misma tarde, ha sido Font quien se lo ha propuesto:

—Chato, tengo un buen trabajo pa esta noche... y estoy en la llaga. ¿Vos?

—Me conviene. Ando más que en la llaga...

—Mirá, se precisa esto (agarrándose, uno a uno, hasta cuatro dedos): una pata de cabra, un destornillador, una linterna y un cuchillo.

—Linterna no tengo, lo demás sí... ¿Qué trabajo es?

—Después te digo. Dejá la linterna... ¿Tenés yesquero?

—Yesquero sí.

—Traelo.

Se había resignado a su papel de segundón: aceptar sin saber qué era, de qué se trataba; admitir su ignorancia, la reserva del otro. Luján lo mismo, sin un comentario pero con una íntima resistencia que el chato no tenía.

Y ahora Font: ... ¿Trajiste las cosas?

—Gallego —dice Luján, cortando la disculpa del otro ("Sólo el bufoso"), demorando el propio fastidio—. Todavía no fuimos a casa, desde que dijiste... Ahora vamos...

—¿Recién ahora... cuando éste ya se tomó una pila de copas?...

—¿Tas en pedo? ¡Me tomé tres grappas, me tomé! ¿Vía' mamarme con eso?

—Entonces lo mejor es ir a buscar las cosas. Escuchá, gorda, vos que estás fresca: una pata de cabra, un destornillador, un cuchillo...

—...Y el yesquero, anota Ramos, para probar que él también está fresco.

—Los trabajos que he perdido por no tener un carrito —se lamenta Font—. Pero éste, si sabés ayudar, no precisa carrito...

Ayudar: otra vez segundón. La gorda mueve la quijada, parece masticar rabiosamente el verbo.

—¿Te acordás, negro, del carrito de Adhemar?...

—Ése era un loco, con carrito y sin carrito —contesta

Ramos, aunque el recuerdo no era para él: en algo tiene que poder adelantarse—. Con gente así no sirve.

—¿Por qué decís *era*? ¿Se murió, por si acaso? —pregunta Isabel.

—Está comiéndose una cana así... Como si fuera... Tiene medidas.

—Otro garrón, te cuenta él, si lo dejás hablar —festeja Font—. No hay cristiano que se haya comido más garrones... Siempre embagayado, siempre de ronga... Ja.

—Sí, sí, será eso y todo lo que quieran —protesta Isabel—. Pero es un buen tipo... A lo mejor, no se ofendan, mejor que ustedes dos...

—La nena estuvo enamorada de él... ¡Respeten! —parodia Font. (¿Quiere vengarse acaso de que le hayan impedido contar la historia de la virgen?)

—No seas bobo, enamorada no, nunca estuve enamorada de él... Pero el amor tampoco me ciega... Te quiero a vos, que tenés cada cosa... El Adhemar es un muchacho bien de bien... Sí (mirándolos de frente) ¡bien de bien!... aunque sea chorro. ¿O ahora me venís con que ser chorro?...

Deja la pregunta en suspenso: nadie le viene con nada, ninguno de los otros quiere contradecirla. ¿Para conceder esto, para hacer distingos como éste te puso el Viejo en el colegio de monjas?... (pero no se lo dicen).

—Bueno, flaca, acabala —es todo lo que se anima a decir Font—. Y ustedes dos: a buscar las cosas.

Se levantan. Font va al mostrador y conversa: Isabel sabe que está prometiendo pagar al día siguiente. ¿Con qué? ¿Con lo que roben esta noche? Toca ahora el hombro del cantinero y después, casi sin volverse hacia ellos, hace una seña. Salgan, quiere decir: Está todo arreglado. El cantinero está sirviéndole otra, que se bebe de un sorbo, allí en el mostrador, antes de alcanzarlos. "Atención de la Casa".

—Dentro de media hora, en el café de Millán y Coronel Raíz —ordena—. ¿Tamos?...

—¿Nosotras también? —pregunta Luján.

—Claro que sí. Los cuatro.

—Yo llevo el revólver... y a éste le doy el cuchillo —dice Ramos, forzando una cabriola, un paso de murguista, para esconder en la exageración ésas más de tres grappas que lo hacen vacilar un poco, en la noche húmeda, entre el camino desprolijo de pasto y terrones.

—¿Para qué? —pregunta Luján, desplazando su ira—. ¿Para qué, si no sabés a qué van?

—No importa. Yo llevo el revólver.

Y ahora lo esgrime, encañona hacia adelante, a un sitio vacío de la noche.

—Total, tampoco es de él... Preguntale si es de él...

¡Es del Gorila!

Sí, es cierto: es de un negro grande e infeliz cuyo nombre nadie sabe y a quien llaman El Gorila del Cantegril. "Si lo ayudara la cabeza", ha comentado Font otras veces: "Con ese cuerpo". Pero no lo ayuda. Font le ha pedido prestada el arma (¿dónde la habrá robado El Gorila?) y el negro se la ha dado. Hace meses. Desde entonces, El Gorila se la reclama a menudo: "Gallego, devolveme el chiche". Y Font: "Esperá un poco, después te lo damos". El negro lo pide sin saber para qué. Font se lo niega, sin saber por qué. ¿Y por qué dice "damos"?

—Sí, es del Gorila... pero me lo prestó a mí.

—Dáselo, chato —ordena Luján—. Si no quiere decirte para qué lo llevan...

Ramos obedece a su modo (obedece al sentido de la incitación, no a las palabras): hace otra cabriola, simula tropezar y encañona a Font.

—¿Y qué es, vamos a ver, lo que vamos a hacer ahora?

—Llévalo a tu casa y metele la cabeza en la pileta...
Si no, la caga en fija.

—Decí, carajo, por qué tengo que estar tan fresco...
Decí o te quemó.

—Metete la cabeza en la pileta, te digo.

Luján interviene:

—No hagás bandera, que no estás tan borracho. Y traé ese revólver para acá.

Se lo quita.

—A mí me gusta el cuchillo —dice Font—. Así que no hay problema. Vos llevás el revólver y yo el cuchillo. Pero andá primero a tu casa.

Salen a una calle de hormigón, van a separarse.

—Ya sabés: —dirigiéndose a Luján, excluyendo a Ramos— la pata...

—Ya sé —la voz de Luján se ha descargado un poco de rencores—. La pata, el cuchillo, el destornillador, el yesquero —recita.

—Yo llevo el revólver. Ésta me lo va a dar. Vos el cuchillo.

—Sí, sí. Mojale la cabeza, refrescalo.

—Mojale la cabeza, mojale la cabeza... ¿qué mierda querés que haga con la cabeza mojada?

—Apurá: de aquí a media hora en el café. Dale el revólver de una vez y que no joda más.

Y ahora están otra vez los dos juntos y van por el pasto —pasada la banda de hormigón, que blanquea en la noche sin luna— y él se detiene un momento y orina en lo oscuro, junto a una parecita de transparentes. Vos sos mi mujer y no quiero dejarte de lado nunca, haga lo que haga, en las buenas o en las malas. Para eso sos mi mujer y yo soy tu marido. ¿Se lo dice o no? Piensa tal vez que se lo dice, piensa tal vez que ella está oyéndolo aunque él no se lo diga: debe sentirla junto a su flanco, ella inclina su cabeza y el roce de su cabellera revuelta toca la mejilla de él; son casi de la misma altura: ella flaca, él macizo. Isabel, Tomás.

Siente el pelo de ella en su mejilla derecha y entonces contonea un poco su cadera y hace que su muslo derecho toque y encuentre el muslo izquierdo de ella, y le pasa una mano por detrás de la cintura y esa mano se enrosca y parece primero tantear y después colgarse de un seno muy chiquito, que no estruja. Ella también iría a decir No, ahora no, pero oscuramente debe saber que la caricia no pasará de allí y es preferible no alentarla negándose. Tampoco, por eso mismo, lo besa. La cabellera desaparece de la mejilla y la noche vuelve a instalar un pequeño hueco entre ellos dos, que caminan sin hablarse, sin decir que se aman, sin amarse de un modo presente: sólo necesitándose para ahora o después, ¿para cuándo?

—Este chato es un pobre diablo —dice él por fin—... y a lo mejor la caga. No me gusta trabajar con él, es pura bulla... pero sin elementos, sin carrito y sin nada... ¿qué querés que haga? ¿Con quién voy a juntarme?...

Ella no quiere que haga nada, pero pregunta:

—¿Qué van a hacer?

—Una carnicería. Pero no se lo digás vos. Dejá que se lo diga yo, por el camino. Si no, capaz que va y se lo cuenta a la gorda y la gorda opina de todo: que sí, que no, que lo de más aquí, que lo de más allá... y te llena las pelotas.

—¿Una carnicería? (La gorda no existe: sólo existe este lugar, tan extraño a esta hora.)

—Sí, una carnicería. Que me enteré que dejan la guita de noche.

—¿No dormiré nadie adentro?

—Queda sola, tate tranquila. Con una fuercita de la pata de cabra...

—¿La pata de cabra? —pregunta Isabel, como si estuviera ante un rito desapacible de brujería.

—Sí, la pata de cabra, la uña, como se llame. Ese fierro que se abre en dos en la punta.

Dobla índice y mayor de la misma mano, como una garra, como un garfio, apuntando hacia abajo. Pero no es hábil y los demás dedos siguen el mismo movimiento y se doblan también y la mano entera, suspendida en la noche, semeja una zarpa.

—Con la uña es un galope, te digo... Está regalada, una carnicería que está regalada. Vas a ver qué boleto.

La mano se distiende, vuelven los dedos más largos y rozan el mentón de ella, se acartuchan allí, en un gesto que quiere ser tranquilizador. Han llegado al café.

El café con sus mesitas de madera, con su mostrador de mármol a paneles veteados, que devuelven a la luz del techo un color rosa empañado, sucio y viejo como el aliento y las picaduras del espejo, en la pared opuesta. Botellas, una máquina Cimbellino. No muchas botellas.

—Pa ella una naranjita, pa mí una grappa doble con limón.

El viejito, los codos apoyados en la mesa, lo señala con un movimiento de cabeza a la viejita. El viejito lleva una camisa de franela a cuadros, raída y pringosa. Los codos apoyados en la mesa tienen remiendos con bordes de puntadas que fueron blancas y ya son grises. El saquito fue azul.

—Buenas noches, gallego —dice solemnemente, para que Font lo advierta.

—Hola, viejo... —la voz de Font es afable— ¿Se sirven algo?

Más afable que ante el Viejo en el baile. Pero la plata con que ofrece “¿Se sirven algo?” ya fue a parar a los bolsillos del Viejo.

Entre los dos viejitos hay sólo una botella y dos vasos: se han repartido una sola gaseosa, se la han tomado.

El viejito duda, mira por un momento a la viejita. ¿No le parece mal?

—Viejo, ayuda Font. ¿No quieren un helado? Convido.

La viejita acepta, se da vuelta hacia Isabel y hace un saludo ceremonioso, con su moño que en un tiempo fue gris y ahora ha tomado un color entre gris y amarillo, como el tinte de los gatos barcinos.

—Gracias, gallego —dice el viejo—. Buena idea.

El mozo toma al vuelo la orden, la trasmite al mostrador. "Agregue dos helados". No dice de qué. Debe haber una clase única. Como hay un mozo y un dueño para cuatro clientes, y ya es la madrugada de domingo.

—¿De qué vivirá este café? —conjetura Isabel.

—De la quiniela, de la copa al paso en el mostrador. . . No de la noche en las mesitas. . . —dice Font.

Los helados llegan en dos cucuruchos de barquillo: son helados de crema, quién sabe de cuántos días; rebosan una carga casi líquida. Los dos viejos aplican sus bocas a contener el goteo.

—El gallego siempre tan bueno —dice el viejo, apenas quita el hocico lechoso de la primera lamida—. ¡Gracias, gallego!

—¿Otra vez? —dice el gallego, sin que ellos lo oigan—. Es triste llegar a viejo. Hay que andar lambeteando, como los perros.

Pero es fácil darse cuenta de que no piensa en el rato antes, en el padre merodeando a la hija, en las amenazas caducas e incumplibles del botellero. Lo dice mirando a aquellos dos viejos que lamen sus helados puntiagudos y destilan, por las comisuras de sus bocas desdentadas, una gotita, unas gotitas lechosas que resbalan de las flojas comisuras, como si fueran dos lactantes angurrientos. El viejo con su rastrojo de barba blanca, como un pastito sucio escarchado, la vieja con un fruncimiento de la pera que parece comerle el labio inferior, mientras la leche resbala en dos canalitos hacia la depresión central en que termina su cara.

—Pobres viejos —dice Isabel—. ¡Deben pasar un hambre!

La Vieja extrae el hociquito lechoso del cucurucho que se ha quedado sin copete de crema y donde sus encías desnudas empiezan a roer el borde del barquillo. Quiere retomar el elogio del viejo y transferirlo a la pareja. Mordisquea palabras llenas de pedacitos de barquillo.

—¿Es su marido? —pregunta.

—Sí —dice Isabel, como orgullosa, sonriendo.

—La felicito: se ve que es muy bueno.

—Viejo, ¿no quiere que les traigan dos cucharitas? —sugiere Font para pagar el cumplido.

Y sin esperar la respuesta:

—Por favor: dos cucharitas para los señores. . . —con el tono de un reproche fundado en la necesidad de tener que pedir algo tan obvio.

Las cucharitas llegan, los viejos las ponen de costado, sin empuñarlas, y siguen ablandando el barquillo, con su mezcla de saliva, crema y lengua.

—¿Para qué quieren las cucharas, pobres? —reprocha a su vez Isabel, por lo bajo—. Se están comiendo los cucuruchos, andá a saber si hoy han comido mucho más que eso. . .

—Pregunta la vieja de dónde lo conozco, gallego —dice otra vez ceremoniosamente el viejo, menos para consultar si la memoria de Font es tan buena como la suya que para halagar al interlocutor, demostrándole que una amistad así, que una amistad con él no se borra tan pronto.

—Del boliche de Castro y Ganaderos —dice Font, alzando las dos manos, en la grata evocación de un antiguo encuentro.

—Claro que sí —aprueba victoriosamente el viejo, pues aquello debe servirle para demostrar a su vieja que él también es alguien, que de él la gente no se olvida así como así. Y luego, va sin ajuste con su aire de dignidad emparejadora:— ¡Gracias!

Gracias no por el helado, no por el convite. Gracias por haberse acordado: —Del boliche de Castro y Ganaderos, sí señor.

—Pobres —vuelve a decir Isabel, y aquello abre en Font esa vena de efusiones que ella conoce pero no sabe calcular.

—Viejo —dice, inclinando el torso para abreviar la distancia, y como una disculpa por no ir a sentarse junto a ellos—. Ahora estamos esperando a unos amigos. Pero el lunes de noche, a las nueve de la noche, nos encontramos aquí y vamos a mi casa a comer un asadito. . . los cuatro. ¡Convida la señora! . . . —gesto hacia Isabel.

—El lunes de noche, ¿este lunes? —pregunta el viejo, incrédulo, maravillado, como si su imaginación apenas pudiera concebir, consentir la fortuna que acaba de ofrecérsele.

—Sí, este lunes de noche. . . Ya es domingo: mañana de noche.

—Con mucho gusto —acepta por los dos la viejita (el viejito parece haberse quedado estupefacto, mudo)—. Con muchísimo gusto.

—¿No te habrás metido en un lío? —pregunta tardíamente Isabel—. ¿Cómo vas a arreglarte?

—Falta mucho para el lunes de noche —dice Font, en un tono jovial de broma—. ¿Vivirán tanto estos viejitos? . . . ¡Míralos! —y ven dos ratas escuálidas de tiempos de peste, royendo el final de los cucuruchos, ya voraces con la perspectiva del convite que esplende, para ellos, a menos de cuarenta y ocho horas.

Luján se acerca entonces y tapa la visión de los dos roedores.

—Aquí están las cosas. —Y pone un bolso hecho de arpillera en el suelo, junto a los pies de Font, en un involuntario reconocimiento de que Font es el amo.

—¿Y vos cómo estás?, pregunta Font, dirigiéndose al chato.

—Se le pasó del todo —dice ella, otra vez irritándose—. Le hice lavar la cara. . . *como vos mandaste.*

—Ramos, Ramón, Domingo de Ramos —dice Font, para esquivar la tensión de la mujer—. Mirá que ya es domingo. . . ¿cómo va ese pedo?

—Tas loco. . . pedo ninguno. Y ya te dije que no me digás Ramón.

Y luego, riéndole desajustadamente al recuerdo (como para probar que aún le sigue la grappa):

—Cuando me llamaban Ramón por gusto, me agarraba a piñas en la escuela. ¿Pa qué? Era pior. Porque entonces hacían como que me tomaban por Ramos de apellido y era una joda bárbara. “Con flores a María”, me decían. . . Porque la maestra, justo justo, se llamaba así: Señorita María. Con flores a María, flores por lo de Ramos, ¿te das cuenta? Y María. . .

—Llena eres de gracia —recita Isabel— el-Señor-es-contigo, bendita-eres-entre-todas-las-mujeres-y-bendito-es-el-fruto-de-tu-vientre-Jesús. . .

—Basta de joder con la escuela —interrumpe Font—. ¿Sabés, si no, cómo van a salir las cosas? . . .

—¿Qué cosas? —insiste Ramos—. ¿No habrá tiempo de tomarse otra grappa? . . .

Font lo niega: ya se han puesto de pie, ha tomado el bolso, empuja a Ramos hacia la puerta.

—Sentate, gorda —ordena—. Ustedes dos nos esperan un rato. . .

—¿Van a tener que tirar? —preguntan los nervios de Isabel, a pesar de ella misma, cuando advierte que Font saca el pañuelo, lo sumerge en el bolso, envuelve el revólver y se lo pasa al chato.

—Tate tranquila: es un trabajo fácil, sin problemas. En media hora, a lo más, tamos aquí de vuelta. Sentate, gorda. Ustedes nos esperan.

Y alzando la voz, para que oiga el italiano, el dueño del café:

—No levanten la mesa, ya volvemos.

—Buenas noches, gallego —surge la voz del viejo, que ha acabado de roer el barquillo y tiene las solapas sembradas de puntitos claros.

—Buenas noches —dice Font—. Pasarlo bien.

—Muchas gracias y hasta el lunes —agradece, rememora y cita la vieja.

—Sí, hasta el lunes —dice Font—. Las señoras se quedan (al pasar frente al patrón, erguido detrás del mostrador, secándose las manos). Gorda, pedí lo que quieras.

Volviéndose a los viejos, pero sólo para facilitar su salida sin ajustar las cuentas:

—Las señoras se quedan. Convidé yo.

Y la vieja:

—Gracias, gallego (por primera vez le llama así: prepara la confianza para el otro día). Nosotros dos nos vamos ahora. Hasta el lunes, hasta el lunes de noche.

—Sí, sí, hasta el lunes. Pasarlo bien.

Dueño gozoso del revólver del Gorila, el chato ya ha ganado las afueras, lo que no sabe ni pregunta, la noche soberana:

—Parate, che —grita Font, sin nombrarlo—. Perame.

PRIMER DÍA

—¿Trajiste el yesquero? —pregunta Font.

—Aquí está. ¿Pa qué lo querés?

—Pa saltar la cerradura. Pa no trabajar en lo oscuro ni hacer pamento.

Ramos asume entonces sus fuerzas, temeroso de injerirse en lo que no le concierne:

—¿Dónde vamos, gallego?

—Vamos a hacer una carnicería, aquí en Casaravilla.

La noche es calma y grande, delante de los dos que caminan.

—¿Qué vamos a sacar de una carnicería? ¿Carne?

—No, mirá que yo sé que hay mucha guita. Y va a ser fácil.

—¿La de Casaravilla y Millán? ¿Y los autos que pasan?

—Vos no te preocupés —sentencia Font—. Va a ser fácil.

Hay que tomar precauciones, eso sí. Tantea el bolso que lleva en la mano, verifica que estén allí la uña y el destornillador. Saca el cuchillo y se lo pone al cinto: allí entre el pantalón y el calzoncillo, porque no alumbre demasiado sobre aquel cuerpo en mangas de camisa.

¿Y los autos que pasan? La misma ochava preserva de los golpes de luz, figura una hornacina; la puerta está más adentro, de modo que si se aprietan contra ella el golpe de luz, el abanicazo de cada automóvil en la madrugada quedará detrás de sus cuerpos. Y hay una palmera que tapa.

Font ha estado esa tarde, lo ha estudiado bien; Ramos no tiene por qué saberlo al detalle.

—Los autos no te hacen nada si te apretás contra la puerta... Y lo de afuera es un momentito.

Y ahora mismo ¿cuántos autos los cruzan? Ninguno: la madrugada de domingo está cayendo hacia su centro desierto.

—Vamos despacio, dejá que pase todavía un poquito más de tiempo.

—¿Y las mujeres? —pregunta Ramos.

—No van a echarlas, no se van a animar. El italiano ya nos tiene miedo.

—¿Te parece bien que nos tenga miedo? ¿No será pa peor?...

Font no lo había pensado y la astucia del chato siempre lo amosca, ese don de considerar sin orgullo lo más ventajoso.

—No me parece nada: nos tiene miedo.

—Está bien.

¿Dirá él también que tiene miedo, no al italiano sino al proyecto del gallego, a esa calma torva y cóncava de la noche y a esa distancia que va haciéndose entre ellos y las mujeres, abandonadas a sus espaldas, no enteradas de nada, sin una contraseña para reunirse en un sitio más protegido, donde estén a cubierto de problemas? No lo dice.

—Una carnicería, gallego —quiere bromear, para espantar su incertidumbre— por lo menos va a darnos p'al churrasco...

—No jodas.

Llegan a Casaravilla y el gallego quiere todavía caminar por allí, primero hasta Bolocué, después hasta Petain: es una calle dormida, rodeada de una edificación chata, guardada por paraísos casi tenues: se ve a lo lejos, enfrente duerme un Colegio de Hermanos. Las veredas tienen su zona de baldosas y su zona de pasto, son anchas. Aquí se ve de lejos y a lo lejos, parece estar pensando el gallego.

—Vos no te interesés en el trabajo —ordena Font—. Eso lo hago yo solo. Vos te quedás detrás, como si esperases a alguien en la esquina, campaneando Millán y Casaravilla. Yo me meto en el pedazo de sombra, ¿viste? y allí no se ve nada, con la camisa azul. A vos en cambio te verían de lejos, con tu cosa de Nacional. Pero vos vas a quedarte allí sin joder a nadie, como si estuvieras esperando a una mina. (¿Una mina a esta hora?, podría objetar Ramos, pero se calla), las manos en los bolsillos y eso sí, apretando el fierro

siempre. Y cuando yo entre, estás listo pa chiflarme si pasa algo. ¿Entendés?

Es muy fácil, entiende. Vuelven hacia la esquina de Millán, Font se escurre hacia el ángulo de sombra, saca la uña del bolso y se pone a buscar. Ramos se ubica en la esquina, mira hacia Casaravilla —donde la perspectiva es más honda, donde los movimientos errantes de un barrio a esa hora, borracho en la madrugada, vecina insomne tras una celosía, son más factibles; y también hacia Millán, al costado de la palmera.

—Chato —susurra Font— alumbrame un poquito con el yesquero.

—Mirá que entonces dejo la esquina...

Y antes de que Font pregunte: ¿viene alguien?, él aclara: "No viene nadie".

—Es un minuto, después puedo seguir trabajando a oscuras y vos volvés. Alumbrame un minuto.

La uña resbala en el cerrojo de la puerta y hay también candado y cadena, una red corrediza de hierro redondo en dibujo de rombos y después la puerta de adentro, una chapa pesada de cinc y otras llaves, dos bocas a distintas alturas. Tranca no, no debe haber, nadie se queda allí adentro por la noche, esto lo sabe bien.

—Putá madre, que hay cosas. Alumbrá.

Ramos deja la esquina, ampara la llamita del yesquero con el cuenco de la mano izquierda doblada, enciende un fulgor titubeante, móvil.

—Aquí, chato, más cerca. Aquí.

Una voz inesperada suena entonces a sus espaldas, ¿por dónde habrá llegado?, seguramente por Millán:

—¿Qu'están haciendo? ¿Hobando?...

A más de inesperada, extraña: una voz que engrasa las palabras, que las dice sin puntas.

Ramos se ha dado vuelta, esconde el yesquero.

—No, no —improvisa—... Nosotros no queremos robar... somos parientes del carnicero... ¿sabe?

—¿Pagdientes? —dice el viejo, con su dificultad de pronunciar—, ¿qué pagdientes? ¡¡Ustedetanhobando!!

Ramos le enciende de golpe el yesquero junto al hocico, bajo la claridad manchada y de árboles corriendo que hace un auto al pasar por Millán: el viejo con las piernas abiertas

y una boca que remata en punta hacia la base de la nariz: un sereno sin duda y seguro que armado.

Los reflejos de Ramos son más vivos que el desconcierto del sereno al fogonazo del yesquero. Ya ha sacado el revólver, ya le clava el caño en las costillas, empuñándolo con la zurda: lo incrusta en el costillar derecho del viejo, que no atina a moverse, que no atina a gritar Socorro, que no dice nada.

—No te movás, viejo, que te quemó.

Se oye entonces una respuesta gutural, casi un borborigmo. ¿Qué dice, qué quiere decir?

—Sujetalo firme —ordena Font, que ha guardado la uña en el bolso y está flanqueando al viejo sobre su lado izquierdo, la mano derecha de Font en la empuñadura del cuchillo—. Tenelo encañonado.

—Que camine —ordena ahora—. Vamos para abajo.

El viejo vuelve a emitir un sonido gutural, de la caverna incierta que corresponde al sitio de su boca. Protesta, es indudable. Pero ¿qué dice?

—Tenelo apretado. . . Levante los brazos, viejo. ¡Vamos!

Y el sereno obedece y los tres, caminando sin ruido (el viejo, como en las pesadillas, sin articular un solo sonido de auxilio) van deslizándose hacia Bolocué, entreparan un segundo (como si el mismo viejo participara del sigilo con que deben llevarlo) siguen más pasos. ¿Qué van buscando? Alejarse de Millán, parece: del peligro de un auto, de la posibilidad de que el viejo advierta una presencia y pida ayuda.

—Mire, viejo, tenemos que quemarlo. Porque si no usted nos quema a nosotros. ¿Qué va a hacerle?

La voz de Font parece estar proponiendo la operación más razonable: el mal menor, la línea de una mínima resistencia.

El viejo lanza entonces un sonido gutural más implorante: "No me maten" o "Lárgueme" o "Déjenme" o todas esas cosas apretadas e ininteligibles.

Cautivo, el hombre está midiendo la situación, el significado de la caminata. De ir con las manos en alto, las palmas a la altura de los hombros, lo han obligado a pasar las manos hacia atrás y Ramos se las sujeta: ha cambiado ahora el revólver de sitio, lo empuña con la derecha, somete las

manos del prisionero con la izquierda. El viejo parece confiarse tan sólo a las posibilidades de elocuencia de su caverna, a esos eructos ronquidos imploraciones jadeos que muerden a cada paso, a una conmoción, a un espasmo del cuerpo que lo hace vibrar y cimbrarse, a partir del punto quieto de sus manos agarrotadas, un espasmo en que quisiera decir que se resiste pero no abiertamente soltarse, porque eso también sería (y allí mismo) la muerte. Su saco oscuro está abierto, descubre una camisa clara y un revólver a la cintura, dentro de una canana.

—A vos no te podemos largar porque nos batís la cana —dice Ramos, que persiste en tutearlo, como si la confianza verbal fuera el trato más benigno que pudiera concedérsele.

Ahora han pasado Bolocué y Font ordena detenerse: ha buscado tal vez la pared del fondo de un corralón, para despachar al viejo. Pero no hay corralones, sólo casas y el muro de enfrente, del Colegio Mariano. No hay muros de este lado. Se han arrimado demasiado a la edificación, el viejo caracolea al ver que allí va a terminarse todo, Ramos le pasa el brazo izquierdo para estaquearlo mejor, el viejo gira y él roza los nudillos de la mano del revólver contra el revoque rugoso y putea. Ahora el viejo ha conseguido zafarse apenas y articular con claridad "No me maten" (es la r, sobre todo, la letra imposible cuando ha querido decir Lárgueme, pero en la súplica No me maten no figura la r), ha conseguido hacerse oír y ya podrá gritar, pedir socorro sobre el fondo de ventanas cerradas/casas habitadas; y eso marca el momento. El riesgo los decide, han olvidado qué iban a hacer, lo poco que el viejo habría podido contra ellos si se hubieran decidido a pactar, a hacerlo marchar solo, volver una esquina y fugar ellos en sentido contrario, huyendo a más velocidad de la que él pudiese poner en seguirlos; han olvidado qué iban a hacer, lo fácil y poco y venial que iban a hacer: una carnicería; ahora sólo importa deshacerse de este viejo para que no los delate, para que no. . . A cualquier precio.

Ha vuelto a decir No me maten y en ese justo instante suena el balazo de Ramos sobre el hígado del viejo, un balazo sordo, no demasiado ruidoso, como sofocado y silenciado y envuelto por las ropas que rasga. (El fierro del Gorila no era tan bochinchero.) El cuerpo herido se curva hacia atrás

y es el momento en que el cuchillo de Font va a hundirse en el pecho y el bolso con los instrumentos a caer hacia un fondo de pasto, sin hacer ruido. El No mem... ha sido sustituido por un estertor como de asombro, como el estupor de un globo que saliese de la caverna y reventase en los labios del viejo, una burbuja como ésa que encierra las palabras de los personajes en las historietas: no llega a ser un hipo, es el rumor blanduzco de una vejiga que se desinfla y expresa su protesta por el absurdo de desinflarse así, tan sin razón.

Cuando el cuerpo, baleado y apuñaleado, viene hacia adelante, Font —ya una mano libre— lo toma con la izquierda de las solapas, le vuelca (de un empujón corto e intenso desde allí) la cabeza hacia atrás y alza el cuchillo y lo pasa horizontalmente, como en el golpe de arco de un violoncellista al violoncello, cerrando un acorde. Una conclusión a la altura del cuello. El viejo emite un ronquido más grande, Ramos y el gallego lo sueltan y el cuerpo cae con un martillazo seco de la crisma en las baldosas, los pies hacia la región de pasto y sombra del primer paraíso que pautó el tramo Bolocué-Petaín.

Font se agacha en seguida, ¿retoca su obra? Ramos se está chupando los nudillos magullados, se lame allí, no ve nada, ni a sus dedos ni al viejo: ese ardor en la piel sostiene todavía un segundo las compuertas, pero él siente sabe que esas compuertas van a ceder y un miedo gigantesco va a inundarlo. Desde la orilla seca, Font ordena.

—Alumbrá con el yesquero. Alumbralo, me cago.

Ramos, con mano que no es suya, obedece. El viejo está caído, los ojos abiertos, la boca abierta con su ojiva hacia las ventanas vueltas enormes de una nariz vertical, su boca partida como el belfo de un animal muerto de sed junto a una corriente de agua. Los ojos abiertos o mejor (ahora algo se ve, por más que Ramos y su mano tiemblen) entre cerrados y saltados a la vez, como si los párpados y los globos de los ojos pertenecieran a un solo y mismo engranaje, desprendible del cuerpo, igual que en las muñecas de Margot que el Font de doce años martirizaba para martirizar a su hermana, después de alguna penitencia.

—Lo degollé, vó... ¿Te das cuenta? ¡Lo degollé!

—¿Qué? —pregunta el miedo de Ramos, como si aún cupiera retroceder.

—Lo degollé de un solo tajo... ¡la puta!

—¿Lo degollaste? —el verbo lo aterroriza: degollar es peor que matar, debe pagarse mucho más caro—. ¿Estás loco?

Pero Font no ha guardado aún su cuchillo y el chato teme enfrentarlo, desaprobando de un modo demasiado radical, él que empezó.

—Era él o nosotros. Lo degollé.

El cuchillo vuelve a la cintura, tras un par de pasadas por el pasto, al lado de una mano crispada y moribunda del viejo.

—¡Sos bárbaro! ¿Para qué lo liquidaste así? ¿Había que liquidarlo?... ¿te parece? (en tono que pide la aprobación del otro).

—¿Soy bárbaro yo? Vos mismo se lo viniste batiendo, mientras vivía. Y ahora ya está.

¿No es bastante razón "Y ahora ya está"? Se ha inclinado sobre el viejo, hace chasquear el yesquero casi encima del pescuezo y alumbra el grotesco medallón de sangre que va anegando los vellos canos del pecho y comiéndose la camisa abierta del caído. Sangre como un aceite denso, sin color definido: tan sólo más oscuro en lo oscuro.

—Alumbrá más abajo y sacale el revólver —ordena Font—. Tiene un arma, sacásela. Y dejalo en paz, ya está listo.

"Dejalo en paz": ¿es que el gallego puede temer que él, Ramos, vaya todavía a rematarlo? Un tiro de gracia a un degollado, qué historia. Alumbrá más abajo, abre la canana (¿ya está llegando allí la sangre en su camino descendente, o es el sudor senil de la agonía y de la marcha?), tira de la empuñadura de cachas negras, ve brillar el caño niquelado, levanta el arma, quiere contemplarla, la siente húmeda, se la echa al bolsillo del pantalón, cuando la propia ha vuelto ya a la cintura.

—Dale, vámonos de aquí.

—Se está muriendo, el viejo de mierda —dice Ramos—. Lo dice sin odio, aunque el tono de su voz supone una contrariedad, la de haber tenido que matar a alguien, la de cargar con eso.

—¡Qué se va a estar muriendo! Está bien fiambre.

Font ya está marchando hacia Bolocué, va a tomar por allí.

—Era un mellado —dice Ramos, como si el dato pusiera ternura en una desgracia en la que nada tuviesen que ver.

—Mellado o lo que sea, carajo. ¡Vámonos!, porque el miedo de Ramos está demorándose quedándose junto al cadáver y el disparo de revólver debe haberse escuchado y todo esto ha empezado a volverse peligroso.

Ramos está sudando, sudando a hilitos de agua que le corren por los dos vertederos del pescuezo, le bajan por las clavículas; y un redondel de sudor está pegándole la camisa a la espalda.

—Fue el forcejeo con el viejo —dice, sin que el otro le haya preguntado, sin que el otro sepa de qué está hablándole—. Y me rompió los dedos contra la pared.

El recuerdo de ese episodio le agencia la fuerza suficiente.

—Vamos —dice él ahora, poniéndose junto a Font, ya en plena marcha.

—Por favor, chato —Font habla con un acento diferente, como si dependiese de él, como si estuviera pidiéndole una gracia especial y aquello lo supeditara momentáneamente al otro—. No le vayás a decir nada a las mujeres. Porque si mi vieja se entera, se me muere en seguida...

—Qué joda —el acento del chato también cambia, se vuelve protector, aprovechando el renuncio que la imagen materna ha suscitado en Font—. Sin llevarnos nada... ni un puto peso. Y cargando con un degollado...

—Degollado o no, es un muerto como cualquier otro —reacciona Font—. Y no fui yo el que empezó.

—No te enojés, gallego. Digo, nomás.

—Esto salió mal —se dulcifica Font—. Toda esta puta noche vienen saliendo mal las cosas. Primero el Viejo de Isabel, después este mellado... ¡Viejos de mierda!

Es un plural extravagante, el Viejo de Isabel está simplemente borracho, el sereno ya debe estar rodeado de gente, los primeros vecinos que han salido al disparo, alcanzando a verlos de lejos.

—¡Qué joda!

Qué joda, sí, el peso de la muerte. Una muerte que ninguno de los dos ha hecho antes, ¿la puerta de un oficio nuevo? No, no les ha divertido tener que matar: ellos dos son, saben que son nada más que chorros. Qué joder. Viene el viejo, está armado, quiere hacerlos llevar y ocurre todo.

¿Quiere hacerlos llevar? No le dieron tiempo a decirlo, pero seguramente era eso lo que pretendía, cuando no quiso consentir en que fuesen parientes del carnicero.

—También vos, decirle que éramos de la familia del carnicero.

Ahora Font ríe, el dato inverosímil descarga en algo —por un instante, al menos— del peso de la muerte: parientes del carnicero, a quién se le ocurre. Ríe, en la descarga explosiva de una gran tensión.

—Fue lo primero que me vino, que querés. No estaba para inventar cosas raras.

—¿Cosas raras?, ¿y eso qué es? ¿Querés cosa más rara que ser sobrinos del carnicero y estar forzándole la puerta?

—Yo no dije sobrinos, dije parientes.

Font se detiene, hay ya más de una cuadra de distancia, escucha: no se oye nada, ¿estarán recién despertándose con el disparo, el estampido se les habrá metido en el sueño y estarán soñando su crimen propio? Porque no se oye a nadie, aún no debe haberse dado el alerta.

—Nadie nos sigue —dice, sin darle el tono de un alivio—. Fue una joda, tenés razón... pero está hecho.

Qué joda, matar a un hombre. Sólo una vez había visto matar a un hombre: a un hombre y a un amigo, pero sin darse cuenta de lo que estaba viendo. Fue El Valija, pobre, fue en los corredores cerrados de Punta Carretas. Al fondo hay una puerta coronada por cuadros de altos vidrios azules, que siempre le pareció una irrísión: unos vidrios que dan buen tiempo, sol radiante y cielo limpio cualquiera sea el tiempo de afuera. Buen tiempo perpetuo para los que no pueden salir a gozarlo. Por allí, hacia aquella puerta pasó corriendo El Valija, ágil como era, los talones blanquísimos casi golpeándole los fundillos, casi descalzo entre sus zuecos sin capellada ni contrafuerte. Ágil como era: le decían El Valija no por el físico, que era delgado y largo, sino porque había empezado con una valija en la plaza, allí en la Onda. El Valija corriendo y Orosmán, un poco más pesado, detrás. Orosmán llevaba un corte en la mano, brillaba en la luz que venía desde el fondo todavía lejano de los vidrios azules. Habían sido tan amigos, ¿qué pasaba ahora? Font estaba frente a la mesa de la guardia, pidiendo algo, preguntando algo. Pasaron por allí, sin palabras, corriendo. El Valija

cayó, saltó sobre sus manos y sus piernas, volvió a estar en carrera sin que Orosmán hubiese podido alcanzarlo. Y así llegó a la puerta: más allá de la puerta, con sus vidrios azules y el buen cielo perpetuo, están los patios abiertos y la cancha de fútbol. El Valija forcejeó, los cerrojos estaban echados, se dio vuelta, Orosmán llegaba. El Valija pretendió defenderse a mano limpia, saltó algo que brilló debajo de los vidrios. Font creyó que era el corte y que ahora, encajando la zurda, Orosmán estaba dándole simplemente trompadas. Ah, no, lo que después supo que había volado, al darse vuelta desde los cerrojos para enfrentar al otro, había sido uno de aquellos zuecos de El Valija. Y mientras él creía que estaban simplemente en un clíng, El Valija estaba siendo apuñaleado y después se zafaba y volvía a pasar corriendo al lado de él, Orosmán detrás, siempre persiguiéndolo, hasta que se perdieron de su vista pero al querer tomar el pasamano de una de las escaleras El Valija cayó y Orosmán lo remató allí mismo. La sola muerte que había presenciado, sin saber que había sido una muerte. Y ahora ésta, que ellos dos habían hecho. ¡Qué joda!

—Chato ¿te acordás de El Valija? —dice inesperadamente.

—Sí —protesta el chato—. ¿Qué salís ahora con El Valija?

—Nada —dice Font—. Lo vi morir, como al viejo éste.

Lo vio en una camilla donde lo habían tendido para llevarlo al hospital y habían desistido, puesto que agonizaba. No se le veía sangre, a diferencia de este viejo. No se le veía sangre sino tan sólo la camiseta sacada afuera, desordenada. La camilla en el suelo, los pies descalzos que movían todos los dedos, constantemente, como si por la punta de esos dedos estuviera escapándose peleándose un resto de vida. Los dedos de las patas como garfios. Dos cangrejos enormes, las patas de El Valija.

—El Valija, gran tipo El Valija. Y lo jodieron porque sí.

—Mandrados —dice el chato—. Estaban mandrados.

Porque sí habían matado también al viejo, sin pararse a saber si era o no un gran tipo. El viejo, un tipo como de setenta años yugándola de madrugada: un jubilado, seguro, uno de esos jubilados que se mueren de hambre y tienen que salir a yugarla en lo que venga.

—Esto salió mal —dice Font—. Pero la joda ya está hecha y mala suerte.

—¿Y nosotros? —dice Ramos— ¿qué vamos a hacer?

—Lo que es yo no me entrego, hermano. Vos hacé lo que quieras.

Es la primera vez que le llama hermano. Y paradójicamente, es para anunciarle que se corta solo: Lo que es yo, no me entrego.

—Nadie habla de entregarse —dice Ramos—. Nadie quiere entregarse. Uno no se entrega porque quiera: lo chapán y chau.

—Siempre hay un remedio —dice Font, sin miedo a que le pregunte cuál (pero sabiendo que el chato no va a preguntarle).— Yo no me entrego.

Las mujeres los notan sudorosos, los notan pálidos.

—¿Qué pasó?

—Salió mal —dice Font.

Y contra su promesa de no decir nada a las mujeres (contra la orden dada a Ramos, no, pedida a Ramos como el único favor, de no decir nada a las mujeres) dice, para eso es el dueño de toda la aventura:

—Salió mal. Y bajando la voz: —Tuvimos que lastimar a uno.

—Mataron a uno —dice, más que pregunta, Luján.

Ramos le da un pellizco, la obliga a callar.

—Attenti al italiano...

—¿No habías dicho?... —va a preguntar Isabel, y se detiene.

—Negra —implora Font, rebajado a hijo sentimental—. Que no lo sepa la vieja, ya sabés. Que no vaya a saberlo la vieja, por favor...

—Por mí... —dice Isabel, despechada—. Siempre la vieja.

Luján achica el volumen de la voz y pone los puntos de interrogación:

—¿Mataron a alguno? Digan la verdad, nosotras tenemos que saberlo. Y ésta que estaba diciéndome que era una carnicería vacía, ningún peligro...

—Lo que él me dijo —protesta Isabel, fastidiada al verse descubierta—. Y volviéndose a Font: —Tomás: pasaba mucho tiempo, empezamos a ponernos nerviosas y entonces yo le dije... Para que me ayudara en algo yo le dije. Para acompañarnos...

—No te disculpés tanto —amonesta Luján—. ¿Mataron a alguno, si o no?

—No precisa gritarlo —ordena Ramos—. Callate la boca.

Y ella, transfiriéndolo todo a él, cargándole todo, para saber algo:

—Desgraciado: vos mataste a uno, se te ve en la cara de cagado que tenés. A vos yo te conozco... ¿A quién mataron?

—Matar no sabemos —miente Font—. Lastimamos a uno. Era él o nosotros, no tenía más vuelta...

Ellas dejan de preguntar y este silencio lo envaletona:

—Me cago, para no sacar nada. Menos mal que no perdimos la uña...

Volviéndose a Luján, pasando por alto su hostilidad:

—Tomá, lo que vos trajiste.

Y ella, para ver si pretenden desplazarle una culpa:

—Sí, yo lo traje, ¿no? ¿Ahora salís con esto? ¿Yo lo maté también?...

Y Ramos:

—Callate la boca, te digo, y dejate de joder.

Font, dirigiéndose al italiano (que desde atrás del mostrador debe haber husmeado que hay lío, aunque no llegue a escuchar):

—Patrón, dos grappas dobles... ¿Y ustedes?

Luján:

—Nosotras tamos llenas de naranjita. Parala.

Ramos se pone de pie, junto a la mesa, y Luján nota recién su mano ensangrentada:

—Parate un momento. Voy a lavarme.

—¿Qué te hiciste ahí?... Y corriendo la vista desde la mano a la camisa: —Tas empapado...

Ramos se ha ido sin responder, ha empujado la puerta angosta del excusado y ha desaparecido:

—Fue el forcejeo con el viejo —se comide a explicar Font, como si tal prolijidad contribuyera a absolverlos—. Viejo podrido, tener que aparecerse allí...

—¿Era un viejo? —se alarma Luján; al saber algo de la edad, el muerto ha comenzado a corporizarse—. ¿Lo mataron?... Decime la verdad, ¿fue él o fuiste vos?... ¿Lo mataron, quién fue?

El patrón se acerca con las dos grappas (¿habrá oído?),

las deposita, retira las botellas de naranjita (¿Puedo llevarme el servicio?, pregunta, como si aquello fuera un gran hotel, un gran restaurante, y el servicio fuera el servicio).

—Sí, llévelo, contesta Isabel y él todavía insiste en la cortesía: —Servidos.

Nadie le contesta, el italiano se va con las botellas, las seca un poco con el dorso del delantal, para que no le resbalen.

Luján espera que haya dado unos pasos y pasado tras el mostrador:

—¿Quién fue? —insiste.

—Fuimos los dos —dice Font—. Fue entre los dos.

—Entre los dos —reprocha ella— ¿y todavía no estás seguro de que haiga muerto?...

—Sí, debe estar muerto —concede Font—. Y en ese momento regresa Ramos y el diálogo se interrumpe, como si a él también le estuviese vedado. Pero Font debe sentir que este silencio traiciona al chato y da con una frase para ponerlo al corriente del diálogo, para que el chato sepa que está contando todo:

—Le dimos entre los dos, éste primero y yo después. Quedó caído, debe estar muerto...

—Pedazo de imbéciles —gruñe Luján— ¿ése era el trabajo fácil? ¿Matar al carnicero?

—No fue el carnicero... —explica Font, disminuyendo el alcance del error—. Fue un viejo alcahuete que vino a meterse, debe ser un sereno de ésos que hacen la ronda...

—Un sereno, ¿no se les ocurrió?... —va a seguir Luján, pero el chato la frena:

—Basta, carajo. Callate la boca... y dame un peine.

La mano desollada peina unos pelos mojados, unos pocos pelos en la desordenada calvicie precoz de Ramos.

—No quiero hablar más del asunto, ¿tamo? —ahora él es el enérgico, en la medida en que su propia mujer es la preguntona.

—Sí, tamo... Es muy fácil todo... ¿y ahora qué hacemos?

—Lo primero —dice Font— irnos de aquí.

Se va poniendo de pie, muy despacio. Toda la fatiga de las puñaladas que dio parece pesar en sus corvas, en las coyunturas de sus brazos, en sus rodillas, en sus piernas.

—Chato, dame el fierro . . . Dejame, que voy a conversarlo al tano . . .

—No seguirán matando gente —dice Luján, en un tono que no pide respuesta—. Ya basta con uno.

El revólver pasa al bolsillo del gallego, cuyo cuerpo ha cubierto la maniobra, sustrayéndola a los ojos del bolichero.

Termina de incorporarse, camina sin prisa hasta el mostrador: el dueño tiene todavía las dos botellitas en la mano, está refiriéndole al lavacopas una historia o algo (una sospecha, acaso) que la proximidad del gallego interrumpe. ¿Qué copas estarán lavando allí si es sábado de noche, domingo de madrugada y no hay nadie más que ellos cuatro en el boliche? ¿De qué vivirán, como decía Isabel? ¿De las quinielas? El lavacopas es también fajinero: a veces saca una escoba y como si rascara el vacío lame con la paja barbuda el espacio limpio que queda al pie de las mesas vacantes. Visiblemente, el patrón ha cambiado de tema:

—¿Podrá creer que yo nunca estornudo con los lentes puestos? Tengo que sacármelos, sí señor: que sacármelos.

El lavacopas hace su parte:

—¿Y le da tiempo?

—Patrón —dice el gallego—. Venga un minuto, quiero hablar con usted.

El patrón se corre hacia la puerta, por si algo pasa: que no se escapen sin pagar, sí, pero lo principal: que no lo asalten.

—Venimos de hacerle un pago a uno y nos quedamos sin guita —empieza a decir Font, con una pobre fantasía increíble (¿Un pago a estas horas, qué clase de pago?, habría imaginado el chato, pero afortunadamente el chato no está allí y él siente sólo la mirada de Luján, que ha advertido el pase del revólver y debe estar aguardando el asalto). Pero le dejo en garantía esto y mañana vengo a pagarle —agrega—. Evita nombrar el revólver, pero lo muestra. Y evita esgrimirlo (Luján se tranquiliza), lo tiene en la mano como si tuviese una paloma, un pichón, no el emblema de la paz sino un triste pájaro dormido. Vale mucho más de lo que yo le debo, los helados, las grappas, las naranjitas. Pero mañana vengo a abonarle todo y me lo llevo (abonarle, la fineza parece destinada a congraciarse con el patrón en su idioma mercante). Ponga por ahí la cuenta, debajo de esas

botellas (señala el estante que se alza tras el mostrador) que yo la pido si usted no está . . . y por favor, deje esto también, pa que me lo devuelvan, ¡Haga el favor!

La ceremonia parecería burlesca, si el gallego no estuviese empeñado seriamente en ser hombre de mundo y el patrón tuviese menos miedo:

—¿Qué quiere que le diga?, no me gusta mucho . . . —acaba de articular ese miedo—. Despué puede haber lío, ¿qué sé yo? ¿L'arma es suya, garantido? . . .

—Garantido —dice Font, que confía estar dejando para siempre el bufoso del Gorila—. Té tranquilo.

A medida que el diálogo progresa ha hecho una seña: los otros se levantan, pasan por detrás de la pareja que conversa, van ganando la calle. El italiano ve la mano desollada del chato, ahora que esa mano cosquillea un cariño en la nuca de Luján. Le gusta todavía menos.

Se saca los lentes, como si fuera a estornudar. Pero no estornuda. Los limpia con el delantal y la punta del delantal enjuga la frente.

—Bueno —dice— pero ya sabe que no me gusta mucho. ¿Mañana vuelve?, prego . . .

—Claro que vuelvo —dice Font, que ha desdeñado la impunidad de irse sin dejar nada, ni la plata ni el arma—. Pero oiga, don: esto vale mucho más que el gasto . . . así que deme unos mangos.

—¿Unos mangos? Yo no soy prestamista, señor.

—Sí, ya sé, pero usted también deme una garantía. Mañana se la devuelvo.

El patrón va de mala gana hasta la caja, abre el cajón que está debajo de ella y zambulle allí el revólver que ha tomado, un revólver húmedo (del pase de las manos?)

Hace girar la manivela, salta una de las gavetas de la caja y saca dos billetes de cien pesos.

—No, no, don —dice Font, ya decidido a regatear—. Deme cuatro.

Sorpresivamente, como si estuviera vencido y quisiese tan sólo librarse de él, el dueño toma otros dos billetes.

—Ya sabe —dice por inercia—. Va a quedar todo apuntado cuí. Usté viene, paga el gasto y lo cuatrocento y se lleva la rivoltella . . .

Font ya ha visto que el italiano tiene miedo. Podría

haberle dicho Bueno, viejo, déjese de joder y tómelo si quiere, tanto me da. ¿Y si no le pago nada y tampoco le doy el revólver y encima le pelo los cuatrocientos y todo lo que tiene en caja, que no debe ser tanto? Sabe, viejo, porque a alguien tengo que *hacer* de veras esta noche... Pero basta de líos con la historia del mellado, basta de viejos y de jodas. Y no se lo dice.

Ya tiene los cuatrocientos, ya sale, ya grita hacia lo oscuro. ¡Muchachos! Y volviéndose al dueño ¡Hasta mañana! El dueño sabe bien que no hay mañana, que todo va a consistir en pasar el revólver a cobre. Y no contesta. No contesta pero apenas el gallego ha franqueado el umbral hacia los sitios más imprecisos de la noche, abre el cajón donde también tiene una cuchilla y toma el revólver, tal vez preguntándose si aquel trato no habrá de mejorar en adelante sus defensas.

—Tenía un cagazo loco —dice Font, dirigiéndose al chato—. Le saqué cuatrocientos, le sacaba mucho más si lo apuro... (Y a sí mismo y a Luján y a Isabel) —Sí, sí, pero basta de líos... ¡Ahora vámonos!

Han caminado poco más de media cuadra cuando escuchan que alguien se acerca corriendo:

—Un momento, señores, un momento, señores —viene diciendo soplando el lavacopas, en medio de sus jadeos. Tiene una barriga de gordo, buena para lavar copas pero no para correr clientes.

—Dice el patrón que regresen un momento, por favor, los señores. Que quiere hablar una cosa con los señores.

Se miran y Font toma la palabra. Ahora sí ceremoniosamente, ahora sí con un sentido de intimidación burlesca, porque ha visto el miedo del limpiador y tiene menos ganas de seguir perdonando, pasando por alto uno y otro y otro miedo, después que sacrificó el del mellado:

—Mire, don. No vamos a regresar porque vamos pa un baile, que se nos va a hacer muy tarde. Volvemos mañana temprano... Dígale al patrón que volvemos mañana, mañana temprano, ¿ta? ¿Le gusta o no le gusta?

Al limpiador, secándose las manos en su mandil, le alcanza con cualquier explicación: tiene miedo, quiere volverse.

—Sí, señor, bueno, sí. Sí señor, sí, voy a decirle.

—Éste se nos cagaba aquí mismo —dice el chato, cuando el hombre ya se ha dado vuelta, ya se ha ido corriendo, ya lo encuadra el rectángulo de luz, ya se lo deglute el boliche.

—¿Qué trampa sería? —pregunta Font—. Porque el mierda no tiene teléfono...

Ya bailan en las calles de la noche desierta. No, no son tanto las grappas. Ahora vienen con dos mujeres, andando por las calles de la noche desierta, y no pueden ser los asesinos, si es que están ya buscándolos. Buscan a dos, ellos son cuatro. Ahora podrían cruzarse tranquilamente con policías, con serenos, con cualquier bicho, y pasar como dos parejas, no como dos asesinos escudados en dos mujeres. Y es bueno exagerar la borrachera, hacer el murguista: emborracharse lleva tiempo, dan la impresión de haber estado en eso desde temprano, no matando a alguien hace apenas una hora, una hora y media. El resto de la noche, allí con ellas, los separa del infinito, de las persecuciones, de la muerte. Font baila.

Cruzan otro sereno, sí, Montevideo de noche parece haberse poblado de serenos, ¿estarán decididos a terminar con los ladrones? Diga, maestro, dónde queda Juan Lavalle, para ir hasta Domingo Torres. Ah, sí, sí, claro que sí (hasta las borracheras falsas tienen su límite, hay que entender cuando el sereno gesticula y mueve su bastón cachiporra). Ah sí, allí es Loreto Gomensoro y la primera así es Laguna Merim y después viene Domingo Torres. Jodido oficio el de sereno, comenta Ramos fuera de alcance, para que el otro lo recoja y el sereno no oiga. Animal, ¿vas a ir dejando miguitas de pan pa que después te sigan? No seas bestia: decís dos cosas como ésa y nos cazan al pío. La noche: bufón o desesperado, Font está remedando las suertes del escobero de lubolos: la escobita imaginaria danza encima de su nariz, se aquieta en el hoyo de su mentón, pasa a dormirse rodando en su brazo, se desliza y baja a la mano. En una semana

más será carnaval, es casi el tiempo. Tablados, por allí no hay tablados, que si no... Que si no ¿qué? Subir al armazón del tablado a medio hacer, tablones, alfajías, bidones, cantar allí las cosas de los Patos Cabreros o, mejor aún, de los Asaltantes. Justo eso, el repertorio de los Asaltantes. Hacer un sketch, máscara suelta, ganarse un premio.

—Por aquí en Juan Lavalle hay un baile —propone de pronto—. Vamos a colarnos.

—Estás loco del todo, gallego —dice Luján, que por primera vez en todo aquel día le habla con benignidad: la que se usa para disuadir a los borrachos o a los locos—. ¿Qué te pasa?

—Sabés lo que nos pasa, ¿no? ¿A qué joder, entonces?

Esta vez es él el agresivo y la gorda se calla.

Escurriéndose de las tinieblas, parido por las tinieblas, impregnado de tinieblas el perro oscuro. Se les aparece, casi les huele el rastro, empieza a seguirlos. Un perro perdido, sin querencia en la noche; un perro vagabundo, sin querencia de ninguna hora, de ningún sitio. Se pone a seguirlos.

Ramos se da vuelta, hace ademán de tomar una piedra sobre el asfalto de Juan Lavalle:

—Juera, mellado —grita.

—¿Por qué le decís mellado? —pregunta Luján.

—Cosas —rezonga el chato—. Y Font por vez primera calla: ese tipo de bromas le causa terror: no es, dice que no es supersticioso pero...

—¿Será, mismo, el alma en pena del que te dije? —duda, sin poder ya callarse.

—Ajá —pasa en limpio Luján—. Así que era también mellado.

—No me gusta, no me gusta que digan esas cosas —protesta Isabel—. Tirale nomás un piedrazo, chato.

—Un piedrazo con qué, si no hay ni pa tirarle una pedrada —se burla el chato—. Pasto y hormigón, no hay una piedra ni pa remedio...

Font ha vuelto a murguista y ensaya una cabriola y atropella: con un quejido, como si lo hubiesen golpeado, el perro se repliega a su sitio en la noche. ¿Lo ha pateado?

—¡Bien, gallego! —exclama Ramos—. ¡Notable!

—Repito —dice el gallego, con el prestigio de su triunfo

flamante—. Aquí en la otra cuadra de Juan Lavalle hay una casita, un club o qué sé yo, donde se baila.

—Tomás, por favor, no quiero un solo lío más. Por nada del mundo. Mi viejo, como un gran favor te lo pido. Vámonos a dormir.

Hay en todo lo que ella dice un tono herido, de temor, de sobresalto: una angustia que no presagia nada bueno.

Pero el gallego ya está frente a un mulato con gorra de brin blanco y visera oscura, que custodia la puerta:

—Almirante —le dice— ¿está El Tito?

—¿Qué Tito? —dice el otro, ya hostil. Ha sido un error llamarle Almirante.

—¿Cómo qué Tito? ¿Me va a decir que no vino El Tito?

—Aquí no hay ningún Tito, caballero —dice el mulato, con aire de ofendido, y se cuadra para impedir que alguien entre.

Isabel se ha prendido del brazo de Font, lo rasguña. (Vámonos, vámonos.) El gallego cede.

—Ta bien, Almirante, no se enoje. Mañana será. ¡Buenas noches! (Haciéndole la venia.)

Otra vez la noche.

—¿A qué Tito buscabas? —pregunta Ramos.

—Si será jodido este bailongo que ni tan siquiera hay un Tito. Siempre hay un Tito y vos vas y decís Soy amigo del Tito, Llame al Tito, Que venga Tito, Si el Tito sabe que estoy aquí sale a invitarme (esto se lo decís a los que vienen con vos), hasta que el punto afloja y va a buscarlo. Y entonces vas y te colás.

—¿Y si venís con mujeres?...

—Con mujeres mejor. Ni ellos te sacan ni vos podés dejarte sacar, cuando acabás de colarte con mujeres. Pero además, El Tito te comprende en seguida...

—¿Te comprende?... ¿Vos pensaste lo que pasa si después viene El Tito?

—Tito tiene que ser un tipo macanudo. Si le llaman Tito de pelotudo es porque es pierna... Si no, le borran el apodo mucho antes. Ningún jodido se llama Tito. Sí, es así, un tipo que no sea macanudo no puede llamarse Tito... El Tito juega a la baraja y todo eso... Es un canchero... Y bueno: viene y ve que lo jodiste y se ríe y te hace así una

seña (y él pone las dos manos curvas y juntas, las palmas para arriba) y te deja pasar...

—O te agarra a las piñas...

—El Tito peleador...

—O te abraza...

—El Tito cariñoso...

—Sos un poeta, gallego. No te conocía la afición...

—Sí, le pegaste: un poeta, eso mismo, dice Luján. Por eso estamos como estamos.

Ya han dado vuelta por Domingo Torres, en dirección a Mazangano (allí vive Tomás, agregado a la casilla de la Vieja) cuando Ramos da un grito, señala aparatosamente, vuelve a las risas y corriendo:

—Estaba aquí, estaba aquí. ¡Se había mudado! —y señala un cartel, entre explosiones de risa. Una lamparita prendida encima del cartel deja verlo. ¿Se han olvidado de apagarla?

CANTINA DE TITO, dice el cartel: es un rancho de latas, con un corredor de enrejado de madera, un porche de cinc pintado de otro color y —en precaución disparatada— un felpudo que brilla en varios niveles de luz debajo de la lámpara, hecho con tapitas de refresco.

—Tito —se pone a gritar Ramos en la noche—. Abrinos, Tito.

Esta vez es Luján la que interviene:

—No seas imbécil, chato —recrimina—. ¿O tenés interés en hacerte notar? Tamos a cinco cuadras del lío.

Font se ha acercado y ha descubierto un pizarrón. Con toscas letras de imprenta, en dos líneas de tiza que no han podido mantenerse horizontales, el pizarrón anuncia: HOY BUSECA. Lo lee en voz alta.

—Como el camión del viejo —dice la gorda.

—¿Hoy es cuándo? —pregunta Font. ¿Ya hubo buseca, habrá buseca?; y con voz más baja, sólo para la broma, tratando de evitar por su parte el reproche de la gorda:

—Abra don Tito (porque éste sí que es gordo). Queremos un platito de buseca. ¡Uno solo! ¡Abrí gordo! Es un gordo de comerse la buseca que le sobra. Abrí, gordo. ¡No te empachés solo! ¡No seás machete, convidá!

Nadie contesta y él se vuelve a Isabel:

—Y el gordo éste —dice— ¿se levantó a escribirlo?, ¿lo escribió antes de ir a acostarse? ¿Lo escribió en pedo, que

le salió tan torcido? ¿Cuándo hay buseca?, y en esta última frase alza un poco la voz y estira la pregunta: ¿Cuáááááando hay buseca? ¿Hoy o mañana?

—Buseca hay los domingos —dice Luján—. Es luego a mediodía, así que déjense de joder y armar bochinche. Si quieren vienen y hacen el gasto y se acabó...

—Sí, sí, como para venir —dice Ramos—. Con el brillante éxito obtenido...

—Ah, chato, tomá —recuerda Font—. Y le pasa dos de los cuatro billetes. Esto es tuyo.

Inesperadamente, el chato se inclina y borra la E.

—Esto es lo que vamos a comer nosotros hoy y mañana y pasado —dice.

Y Font lee: HOY BUSCA.

—No jodas, carajo. No jodas con la verdad.

Isabel, desesperada, se agacha al lado del letrero, como si fuese a orinar en la noche. Pero hace otra cosa: se alza un poco la falda, la usa como trapo y borra el letrero: todo el letrero. Ni hoy ni buseca ni busca.

—Ufa —dice Ramos, que había llegado a estar orgulloso de su chiste—. Con ustedes no va nada... Las patoteras son ustedes. Más tarde, cuando el pobre gordo Tito se levante, va a tener que escribirlo todo de nuevo, qué laburo con lo poco que fue a la escuela.

—Que escriba todo lo que quiera —contesta Luján— menos dejar patente ahí que pasaron unos giles que dicen que los están buscando. No te olvidés del Almirante, ése sí va a cantarnos.

—¿A cantarnos qué? —pregunta Font.

—A cantarnos que somos de aquí, ya basta. ¿Te creés que no manyó que conocían el baile? Por mí no es, ¿sabés? yo vivo lejos. Pero ustedes dos son del barrio.

No son del barrio, pero se vinieron allí: y se agregaron a la vieja y a Margot, que viven en una casilla envuelta en enredaderas y plantas, que el viejo le dejó a la vieja. Una casilla con canarios y un cardenal en los corredores, con enredaderas en el tejido y en los listones de las paredes, hojas y tallos que te sueltan una flor y a veces una araña. Pero es fresco, siquiera es fresco ahora en el verano... y después veremos: Isabel no piensa eternizarse allí, podría soportar a la vieja pero no a Margot, a Margot con sus historias de

hombres y el marido que la dejó y el resentimiento que tendrá si ella llega a anunciarle algún día que está preñada, Margot que debe haber sido desde chica una machona, con sus aires de mujer fatal y sus lunares y sus rulitos, sin notar que los años ya empiezan a galoparle encima. Y con su radioteatro puesto a todo lo que da y sus berretines de dueña de casa y de gran señora de toda la cuadra. . .

Font ha tomado por el medio de la calle y ha encontrado, por el brillo que despide en la semitiniebla de aquel sitio (hay un pobre farol más adelante, como a cuarenta metros, para dialogar con la lamparita de Don Tito) una lata agujereada, un viejo tacho de basura o algo así, desfondado, herrumbrado, podrido. Lo mueve y brota un olor ácido:

—Obdulio Jacinto —sentencia, dirigiéndose a Ramos que viene un poco más atrás—. Obdulio Jacinto, jugando parado, distribuyendo el juego. . . ¡Vamos, japoneses!

—Gallego, ¿te acordás del rosarino Guzmán? Ése sí que jugaba parado y era un maestro, era. . .

Pero Font prefiere a Obdulio Jacinto: ha ensartado el fondo deshecho de la lata y la vuela en la noche: Centro a la olla —anuncia.

Sí, centro a la olla que pasa por encima de una pared de transparentes y estalla como una bomba encima del techo de un gallinero. En el área chica, como quien dice. Se alza un alboroto de gallinas, cacareos de gallo, ruidos de volidos cortos desde las perchas al suelo, y en medio del jaleo parpa un pato.

Font, lleno de una repentina alegría, como si sólo le faltara aquello, se pone súbitamente a cantar:

—¿Te acordás hermano
que tiempos aquellos. . .
cuando la yugabas
en los gallineros? . . .

y —asombrado—: Oíste, vo, me salió con el metro. Gordá: decí ahora que no soy un poeta, andá, decilo.

—Pero vos nunca fuiste ladrón de gallinas (y el cacareo creciente ha conseguido acompañarse de un ladrido de perros y de un ruido de cadena arrastrada, todo un sobresalto de barrio que a Isabel está ya por hacerla llorar, decididamente la locura de estos dos boludos no tiene gollete).

—¿Que no fui ladrón de gallinas? ¡Y qué artista! Una

vez me dieron una movida feroz en la trece para que batiera al socio y yo no lo tenía y ellos no podían creerme (tampoco pueden creerlo las gallinas, que siguen y magnifican su escándalo). Palabra que no lo tenía. Yo mismo ataba las gallinas en el dormidero y después, con un alambre, las hacía pasar ataditas por un boquete del cerco. . . ¡Tiempos felices!

Se oye descorrer el pasador de hierro de una puerta, hacia el sitio del gallinero barullento:

—¿Quién anda ahí? —gritan en lo oscuro.

—¡Gente de paz! ¡Mamados! —responde Font.

—Tengo chumbos pa la gente de paz —amenaza la voz.

—¿Y vino pa los mamados?

—Andá pedíselo a tu madrina y dejá dormir, hijo de puta. Y contra la misma exhortación a dormir, suena un estampido de escopeta en la noche. El dueño del gallinero está poniendo distancia.

—Tiempos felices —grita Font— . . . Poder morir como un ladrón de gallinas. . . ¡Tirá, carajo, hijo de mil putas! ¡Tirá que vos tenés las gallinas y nosotros los huevos!

—Vámonos, vámonos de aquí o me voy sola —conmina Isabel.

—Sí, vámonos —confirma Luján—. Y después del silencio que sigue al estampido, donde también se callan las gallinas:

—Mañana a mediodía vengan a comer a casa. . . si se conforman con unos tallarines.

—Yo llevo el vino —dice Font.

Han seguido caminando, han dejado atrás la intimidación del disparo y el dueño de la escopeta ya debe haberse vuelto a su cama. Silencio: ni escopetas ni gallinas ni tarros rotos. Tampoco hay vino.

—A las doce y media —propone Luján— rato más, rato menos. Hay que ponerse de acuerdo en muchas cosas. . .

Se separan en la esquina de Pedro I. Ramos propone a la gordá tomar por Millán, para seguir al Cantegril de Yugoslavia. Tienen doscientos pesos, pueden pescar un taxi.

—Gallego, no te olvides que ponés el vino. . . —se despiden Ramos y no le contestan.

Ellos dos, Isabel y Tomás, entran, se abren paso por las

enredaderas, que ya invaden el caminito lateral. Tratan de no hacer ruido pero la voz de Margot les sale al cruce:

—¿Quién es?

Font:

—Nosotros.

—¿Recién?

—Recién.

Él se saca la camisa y así como está la cuelga de la cuerda, sujetándola con un palillo. Ella va a protestar y él la detiene:

—Dejala que se seque. Mañana la lavás.

—¿Que se seque? ¿Todavía estás sudando?

—Todavía: la caminata, las grappas, esas corridas por joder...

—Tomás —dice ella— te veo tan raro... Como bromista, como tranquilo, como si no te dieras cuenta... ¿Qué te pasa?

—Nada, negra, no me pasa nada. Es eso, eso mismito, mirá vos: no me pasa nada, no va a pasarme nada. Ya lo tengo resuelto.

—¿Resuelto qué?

Está amaneciendo, se oyen cantos de gallo.

—Te refresca —dice Font, esquivándose— te refresca quedarte así, sin camisa, y esto que es como un chorro de agua en la nuca, antes de irte a dormir, después de una noche de farra. ¡Y qué farra!

¿Esto qué? Ha querido decirlo, no sabe decirlo: el canto de los gallos. Dentro de unos minutos, de las jaulas del corredor, del árbol que está junto a la ventana partirá el otro escándalo, el escándalo de los pájaros. En un mundo en que el mellado no existe, todo sigue igual, todo reemprende su alegría y su aventura y sus penas. ¿Qué puede restar al orden del mundo y a las fiestas del mundo la muerte de un viejo?

—Sí, capaz que ahora mismo nos están buscando. Y nosotros, decime, ¿qué podemos hacer? El gallego capaz que está durmiendo. No se puede contar con él. Te juro que no se puede contar con él.

Hace una seña que significa "otra" y Luján se insurge:

—¿Otra grappa? ¿Cuántas van? ¡Parala! Lo que ahorraste en taxi lo vas a gastar en grappas.

—No fue de machetes que vinimos a pie. Quería caminar, sentir el fresco de la madrugada, solo con vos.

Solo con ella caminó por Millán y vieron pasar el tren; acodados a la cerca vieron pasar el tren. Ya no es el pitazo de la locomotora antigua, la tiznada locomotora de la infancia. Ahora es la bocina y el gris Diesel. Pero tiene el viejo prestigio y la ha visto pasar delante de él; el tren, caras en la madrugada del domingo, caras hacia las afueras, y vagones de celosías finitas, cantidad de vagones cerrados del convoy mixto: hombres, ganado. No ha sido por ahorrarse nada, no. Han tomado Millán, han cortado terreno hacia los fondos de Agronomía, han dejado pasar el tren y se han corrido hasta Ganaderos y por allí a Garzón. Ésta es La Cueva, el café La Cueva, donde tantas veces paran. Mejor que el otro, más botellas y el aire del amanecer que irrumpe como un soplo de pureza en los cafés de la noche. Ya han pasado hacia el centro los camiones que van al mercado: un durazno caído, la zanahoria triturada por la rueda. Es la hora, en cambio, de los fleteros de la leche, la muerte blanca. Él y ella están hace un buen rato y han ido varias grappas. Para pedir esta otra la convence, Tomate vos también una, va a hacerte bien y a lo mejor ahora cuando llegues vas a poder dormirte. Y ella: Ya es de día, los invité a comer,

algo hay que arreglar. Y él: Dejalo, no te hagas mala sangre.

—¿Por qué —pregunta ella— no podés contar con el gallego? Yo le hallo otros defectos, pero mal compañero. . .

—No, no, no es eso.

Y le pone en fila las frases del gallego, Lo que es yo no me entrego, Vos hacé lo que quieras; y todavía, después, Siempre hay un remedio.

—¿Qué habrá querido decir?

Es posible imaginarse muchas cosas y Luján las enumera: que el gallego piense en fugarse, huyendo al extranjero (¿Cómo, con qué juego?, se pregunta y no acierta a responderse); que el gallego piense en atrincherarse, si le dan la ocasión, y jugarse la vida (si le dan la ocasión, repite, y si tiene con qué); que el gallego piense en matarse. ¿Cómo? Aquí se encuentra otro montón de dudas: ¿antes de que vengan a prenderlo?, ¿o en el momento en que vengan? ¿y si no los ve venir, qué? ¿desde el momento en que sepa que lo han descubierto, aunque los tenga lejos? Ésta sería la manera más posible. ¿O querrá decir solamente, pero esto ya sería hacer mal juego, que no va a entregarse porque no piensa confesar? Tal vez le valga de poco, si primero lo ubican y le prueban todo. . .

—Ah, sí —dice Ramos— ¡para eso está la autopsia!

Lo dice como si dijera “para eso están los jueces”, como si la autopsia fuera una institución, un tribunal supremo.

—Bueno, algo tiene tramado el gallego. A mediodía podés preguntárselo. Ahora tranquilizate, ¿qué más podés hacer?

Sí, quisiera quedarse en este pedazo del tiempo, en esta hora de la mañana, disfrutar despaciosamente de los abismos que la separan del mediodía. Siente la barba crecida al roce de su mano, una noche de insomnio lo ha hecho más barbudo que una noche de sueño, el tiempo está allí y puede rasparle la mano que recorre el mentón y encuentra diferencias. No este café, a pesar de su nombre La Cueva, no este café sin misterio ni profundidad donde ya rompió el día, no éste. Si uno tuviera un mundo de plata, podría hacer una montaña que lo separase del mundo. No juega bien al billar, no sabe casi tomar un taco, entizarlo, medir el golpe. A pesar de eso, los cafés con billar le han parecido siempre lagos del tiempo dormido, embalses del tiempo,

sitios de flotación indefinida, remansos. Los cafés con billar le parecen anclados a la orilla de las ciudades y sin entrar a ellas, a la orilla del día (¿la luz eléctrica del billar en pleno sol?) y no en medio de él; y el juego de elegir el taco y echarle tiza y verse de espaldas en un ruedo de espejos mientras lo hace (las salas de billar deben estar rodeadas de espejos) y echarse sobre el paño verde como un cordero que se frota la barriga en la hierba, todo eso le ha dado siempre una extraña visión, la posibilidad de excavar otro tiempo dentro del tiempo, otra ciudad dentro de la ciudad, otro mundo dentro del mundo. Si uno tuviera una montaña de plata. . . pero aquí no hay billares y el día entra hasta el fondo, de un solo golpe, de un solo tajo.

—No, no creo que en eso vaya a jugarte sucio —está repitiendo Luján, allí enfrente y muy lejos.

Hoy buseca, hoy busca, decía dijo después el letrado. Y entonces Isabel se agachó y ya no dijo nada. Esta grappa tiene agua, también se diluye en algo diferente del tiempo, también está perdiendo su gusto, su razón de ser, su. . . podría poner un muro entre el tiempo de uno y el tiempo de los demás, el tiempo de los milicos, el tiempo de los soplones, el tiempo de los testigos. Sí, sí. ¡Una montaña de plata!

—A lo mejor son puras fanfarronadas y después se entrega y marcha como cualquiera. . .

¿Otra cárcel fuera de los muros de la cárcel? Ah, ¿y si le propusiera al gallego que jugaran al billar la culpa del crimen? ¿Cómo jugará el gallego? Seguramente muy mal y se podrá ganarle. El que pierde carga con todo, con el mellado, con el crimen, con el tiro y las puñaladas, todo junto. ¿Cómo jugará el gallego? No sabe, nunca hablaron de eso. Estuvieron casi un año presos en Miguelete juntos, es decir al mismo tiempo, no en la misma celda. Y hablaban en el patio de tantas cosas, de golpes que podrían darse, de sitios que están regalados, de secretos que hay que saber guardar cuando preguntan, pero de eso nunca, del billar nunca, de jugar al casín nunca. Y con el tiempo el gallego salió un día, el gallego salió un poco antes y él un poco después. . . Claro, esto siempre es así: si uno sale un poco antes es porque el otro va a salir un poco después (si no no se diría “un poco antes”). . .

—Vos estás quedándote dormido. . . ¡Vamos a casa!

—No, no, tas loca. —Y con un gesto del vasito en alto:
¡Mozo!

Esta vez, con incongruencia, Luján no se opone. Ni objeta ni acompaña.

Pero no, no podrían jugarlo al billar, porque después vienen ellos con sus autopsias y dicen que éste le dio aquí y el otro le dio allá y éste era más alto y por eso el trayecto de la herida es para abajo y este otro era más bajo y por eso el trayecto de esta otra herida es para arriba, y éste era zurdo y aquel otro golpeó con la derecha y miles de cosas que uno no puede imaginarse cómo llegan a saber pero al final de cuentas te garanto que saben. Y después de la autopsia, como si fuera poco, viene la reconstrucción. Cierran la calle en que pasaron las cosas y aquello queda como si fuese un tablado, con el público lejos y acordonado, mirando desde media cuadra una película muda, sin oír nada, sin entender casi nada, a menos que antes hayan repasado el crimen, sí, repasado el crimen como si el crimen fuera la letra de una murga, que se repasa un rato antes de salir a hacer tablados, que se ensaya, que se refresca. Y vienen los fotógrafos de la Técnica y traen unos artefactos con formas de número, 1, 2, 3, unos números grandes de cartón o madera, que se paran con un piecito cada uno y marcan los ángulos, ellos dicen así, toma desde el ángulo tal, toma desde el ángulo cual. Sí, él tuvo una vez una reconstrucción, Ramos la tuvo. Sí, sí, pero como testigo, cuando el Oreja mató a Bermúdez, ¿te acordás?, en un boliche del barrio Reus Sur, a la orilla de Palermo. A los testigos los dejan aparte y los van llamando y van pasando, como si salieran de un corralito, pero están más cerca del crimen de lo que está el público y pueden oír y después les preguntan si lo que dijo el asesino, si la discusión que el asesino contó es la verdad y es así como fue y si el muerto dijo lo que el asesino dice que dijo y es un lío. El juez dirige y toma a un milico para hacer de muerto. Nadie quiere hacer por gusto de muerto, pero es como una superstición y no porque muera de veras ni tan siquiera lo lastimen, porque el matador empuña un revólver pero está descargado o esgrime un cuchillo, la muerte de Bermúdez fue a cuchillo y al Oreja le dieron el cuchillo mismito con que había ensartado a Bermúdez y el milico

tenía el revólver descargado que Bermúdez llegó a sacar pero no a tirar, lo sacó, tropezó y cayó allí mismo sin apuntar, no podría decirse desde allí si era el mismo revólver y el milico no lo sabía y en cambio que el cuchillo del Oreja era el cuchillo del Oreja él, Ramos, lo supo después, cuando en la misma cárcel, al año de aquello, encontró al Oreja en el patio y volvieron a hablar del asunto y el Oreja no estaba enojado aunque Ramos, en algunas cosas, estuvo en desacuerdo con él cuando se hizo la reconstrucción, pero el abogado había dicho que eran detalles que no cambiaban el asunto, detalles porque el testigo se ha impresionado y recuerda todo mejor que el matador, mejor que nadie; sí, esgrime un cuchillo pero, aunque pudiera y tuviera ganas, no va a ponerse a dar puñaladas allí, que hay tanta gente y se le vendrían encima y podrían lincharlo. A la final, el muerto está muerto y la rabia ya pasó y ese milico que hace de muerto, por podrido y por milico que sea, no tiene nada que ver con el lío y es nada más que un muñeco que suplanta al muerto. Y todos están allí rodeándolos, no el público que está lejos pero más milicos y el juez y los empleados del juzgado y el actuario y, a un costadito, los testigos, que algunos son amigos del muerto y tal vez les dura la bronca, sobre todo si los provocan de nuevo. . . Claro, si uno matara de una puñalada al milico en la reconstrucción, para decir de veras cómo fue, después habría que reconstruir el crimen del milico, con cientos de testigos, y no ya el crimen del sereno, ponete por caso, y después otro y otro y otro, cada vez con más testigos, con más bochinche, con más bronca. . . Pero nunca ha pasado eso. Y no podría pasar así, en cadena, porque ya en la segunda reconstrucción te darían, gorda, un cuchillo de papel, un diario doblado, un cartón, cualquier cosa de ésas y asunto concluido. Así que no se puede echar el asunto del sereno a suertes con el gallego, porque ellos te vienen con la autopsia y te dicen que esto fue así y esto fue así y allí estás desarmado, frente a todo lo que ellos saben: desarmado y vencido, por más que tengás un cuchillo en la mano. Y todavía dale, después empiezan a desfilar los testigos y cada uno repite cómo cree que fue lo que dijeron allí y hace colocar a cada uno donde dice que estaba, como si fueran todos chiquilines y estuvieran jugando a las esquinitas y no, aquello es un crimen y no es un

crimen y los que juegan son unos boludos. Y vienen testigos que nunca viste, que ni sabés que existen. Imaginate la vieja que puede haber espiado detrás de la ventana, el viejo que puede haber escuchado desde su cama, el italiano y el lavacopas del boliche, el sereno que nos dijo cuál era Juan Lavalle, el Almirante aquél, todos ellos, como una comparsa. Todos acusando, cada uno diciendo sus versos y pidiendo que lo escuchen, especialmente a él, como si cada uno fuera el más importante. Y ya te digo. Primero te los dejan aparte y no los ves, creés que no hay nadie, que sos vos solo y ese muerto de grupo que no sabe nada de lo que sabría el muerto si estuviera allí. Pero después el juez empieza a llamar y llegan hasta donde estás y te acusan de cualquier cosa, como si te odiaran. Yo no lo acusé al Oreja, sólo dije que Bermúdez no le había dicho Pagame el vino que me debés sino Negro, no te olvides que me debés un vino, dije eso y la diferencia parece que no tenía importancia, le dijo el abogado al Oreja y el Oreja me lo contó después en el patio. Y ahí estás todavía más jodido que delante del muerto, de ese muerto de mentira que no sabe lo que podría decir si fuera el muerto de verdad. Porque frente al milico que hace de muerto ya no estás amarrado como cuando te traen y estás con el cuchillo y te dejan las manos libres y podés achurarlo si el tipo se pone a querer joderte, que la verdad es que al tipo le importa un carajo y ahora no, ahora en cambio no tenés ningún arma en las manos pero estás otra vez amarrado y entonces el testigo te enfrenta como si tal cosa y puede hacerse el macho y cantarte lo que quiera, porque el juez le dice y le repite que lo ampara y que no tenga miedo y diga todo lo que vio y todo lo que escuchó y todo lo que sabe. Y así te van jodiendo y te van doblando, yo lo veía achicarse al Oreja cuanto más lo acusaban, y al final te dan ganas de confesar todo y acusarte de cualquier cosa y hacerte autor de todo, lo que hiciste y lo que no hiciste, lo que hiciste y lo que pensaste que te quedó por hacer, todo. Qué cagada. Y entonces, como única forma de ser más que ellos, ¿sabés lo que te queda, gorda?: darles un detalle que ellos no saben y les gustaría saber, un detalle que se les escapó y que los deja con la boca abierta, los jodiste, un detalle que a lo mejor vos inventaste en la celda y acabaste por creerte, que fue lo que vino a hacer, cuando la

cosa ya se acababa, el Oreja. O también, se me pone ahora, podés hacerlo para joder al juez, que también ha estado jodiéndote, si lo ves que mira su reloj pulsera y está apurado. Entonces podés decirle No, no, no, nada de esto fue así, ahora voy a decir todo como fue de veras pero empezamos todo de nuevo y entonces el juez te mira como para partirte pero no tiene más remedio, sobre todo si están el abogado y el fiscal, que vienen en ese momento a joderlo sólo por estar allí y no dejarlo que te corte la inspiración. El tipo está que putea pero ha caído en su propia trampa y tiene que dejar que todo se haga de nuevo y despacito, y total son horas que vos saliste de la celda y no tenés el apuro que tiene el juez, andá a saber para qué, si para ir a comer o a mandarse un copetín o porque lo está esperando una hembra... ¿Y cómo, digo yo, será ese sitio, esa cuadra por la que el gallego y yo llevamos al viejo, no de noche sino a la plena luz del día? Y después, cuando se acaba todo, te meten en un auto de la policía, con un tira a cada lado, amarrado sí, pero arranca el auto entre los pobres diablos que te miran irte, que ahora sí saben que volvés como no podían saber antes qué estabas diciendo, porque ahora los dejan acercarse y rodear el coche y gritarte asesino o cualquier cosa y algunos hasta saludarte, como no podían saber que herías cuando vos decías le di así y hacías el ademán del viaje en el aire y el fotógrafo decía Párese ahí, para tomarte la foto, te sacan cada movimiento en otros más chiquitos, y la gente no entiende nada, por qué se quedó ése con el cuchillo quieto en el aire, a medio bajar, como si fuera una estatua, mientras el otro, clic, clic, clic, quieto, ahora siga, quieto, clic, clic, clic, baje un poco el brazo que no sale en la foto, aunque al pegar el tajo lo llevaste más arriba, bájelo igual, y los otros, los mirones, sin saber nada, y el juez ya puteando porque el juego de la estatua le está llenando las pelotas y el fotógrafo también lo tiene lleno con sus exigencias, para que después le haga una carpeta con no sé cuántas tomas y los numeritos yendo y viniendo, como los enanitos de yeso de los jardines, toma desde el ángulo 1, toma desde el ángulo 2, lugar del hecho y siempre así y entonces, cuando ya está todo terminado y van a amarrarlo otra vez y a llevarlo al auto o traerle los testigos, eso no me acuerdo cómo lo decía, el Oreja va y le dice al Juez Un momento, don,

que yo volví allá, dice, y señala el mostrador del boliche y el juez lo deja ir y todavía más, le dice Vaya y va el Oreja y se recuesta al mostrador y planta los codos en el estaño y el juez que le pregunta ¿Y por qué volvió? y el Oreja que va y le dice Pa terminar mi vino, que estaba pago, ¿Se tomó el resto del vaso después del homicidio, tan tranquilo?, pregunta el juez y el Oreja, Sí, señor, si ya estaba pago, ¿podía, no? y el juez dice Muy interesante, Muy interesante, por favor esto póngalo, al escribano, esto fotografíelo, al de La Técnica, el Oreja con los dos codos en el estaño y un vino que no se ve, que no se ve porque no está, pero está pago, y después decía siempre el Oreja, gorda, me podrás creer, que le habían dado más años por haber vuelto atrás a tomarse el resto del vino que por haber despachado a uno...

—Vámonos, viejo, estás que te caés y es un infierno lo que estás diciendo... no se te entiende nada... Oíme negro: todo está muy jodido, sí, jodidísimo. Pero si fuéramos a vivir otra vida te pediría sólo una cosa (peinándolo con los dedos): que no me llamas más gorda —dice Luján, mientras el chato se alza tambaleando y con una sonrisa que le abre en dos la cara.

—No puedo dormir. Lo veo, ¿sabés cómo?, como ves a los jugadores que se te quedan toda la noche en los ojos después de un partido nocturno. Así lo veo.

La lumbre del cigarrillo pasea por la pieza. El resto del cuerpo está inmóvil, pero la mano que sostiene el cigarrillo no.

Quisiera poder explicarlo: es mucho peor que un jugador fosforescente corriendo en la memoria de la retina, dejando allí el rastro de una camisa a rayas. Es mucho peor: es la garganta partida del viejo y uno se queda esperando que empiece a salir de allí el ronquido de la agonía, el ruido de las últimas boqueadas; pero no. Y otra vez a hundirse los globos de los ojos con la mano que no se ocupa del cigarrillo y otra vez el resplandor sanguíneo y después la tiniebla y el viejo que vuelve a cuajar con su garganta rota y la puntita del labio leporino que crece y se derrama sobre los rasgos más borrosos, sobre la base de una nariz que no se ve. No es un muerto: es la jeta de un muerto, el cogote de un muerto. Eso.

No ha precisado decirlo para que Isabel lo entienda. La pequeña mano de ella baja por ese cuerpo inmóvil y se detiene a mitad de camino, palpa allí algo, alienta el crecimiento perezoso y ladino de un gran pájaro oscuro.

—¿Lo hacés porque me ves preocupado? —emite el cuerpo desde su sombra—. ¿Por qué lo hacés?

—Lo hago porque tengo ganas... miente ella—. ¿Y vos?

Es el tipo de conversación con que a veces empiezan; desde allí caen por la pendiente, ruedan por la pendiente de las tiernas malas palabras, dejan después la pendiente y entran

con sus dos cuerpos en el túnel; se enredan en palabras de las que parecerán olvidarse (y ella ni siquiera saber que existen, por más que ahora las esté diciendo) en cuanto emerjan de allí, en cuanto acabe el túnel y puedan salir, como animales sudorosos que se sacudan el polvo y se laman y ya no se hablen. Pero mientras dura el túnel continúa aquel diálogo, hecho para decirse lo que ya saben, para describir lo que están haciendo, para confiar a la voz la figuración de los ojos, los ojos que dependen de aquel mellado que salta como una liebre en las retinas. Y entonces las palabras. Describen lo que están haciendo, lo que saben que están haciendo, como si cada uno fuera un mundo comunicado del otro y necesitara transmitir en palabras su goce. Decime lo que estás haciendo o, más concretamente (la víctima se dirige al verdugo y le suplica, alternativamente cualquiera es la víctima, cualquiera el verdugo) Decime lo que me estás haciendo. Y las absurdas malas palabras de la calle, las palabras obscenas que escriben con tiza muchachos que aún no las conocen, aparecen allí, flotan allí, tienen un fognazo de prestigio que ayuda al disfrute. Y todas las temperaturas de los cuerpos y todas las urgencias de los labios.

Pero esta noche parece que no puede ser así. Esta vez él no pregunta ¿Te gusta? ni ella obliga Decime si te gusta. Las preguntas son más simples: ¿Cerraste la puerta? ¿Te fijaste bien? o, si no, ¿Estará despierta Margot? ¿No podrán descubrir que son ya preguntas de perseguidos, cautelas de perseguidos, vacilaciones de perseguidos? Dentro de algunas horas Margot dirá: "Desde que ustedes llegaron no pegué un ojo", y la vieja sonreirá sin desmentirla, porque la ha oído roncar después que ellos llegaron y ella preguntó quiénes eran; es la vieja, seguramente, la que no pega un ojo. Margot puede escuchar, la vieja puede escuchar; cualquiera de ellas puede oír, sin distinguir o separar una sola, el ruido torrentoso y apretujado de las palabras, el jadeo de las palabras y el crujido de la cama. Ese crujido que él hace con su cuerpo subiendo y bajando sobre la bisagra de sus rodillas, que ella hace agitándose sobre el viejo colchón de Margot, ya tan poco mullido. Ahora, en cambio, todo parece muy lento y parsimonioso, a veces casi un ceremonial desganado, a veces como si atravesaran un portentoso cuajarón

de gelatina y de silencio. Ahora él ha tomado con sus dos manos, tras la curva del cigarrillo extinguiéndose en la carrera hacia el piso (¡cuidado con las alfombritas raídas curtidadas descoloridas quemadas acribilladas desmelenadas de Margot!) ahora él tiene entre sus manos los senos diminutos de la niña del colegio de las hermanitas adoratrices, esos pechos insignificantes que le dan la imagen viciosa de estar por poseer a una niña, a la inocencia de una niña, al desamparo y al terror de una niña.

Y el silencio; y las demoras de la mano, de la boca, de la mano. Suele ser el momento en que ella se levanta en busca de una toalla. En las noches lunares (estos días no hay luna) él sigue desde la cama la mancha desnuda y lechosa del cuerpo por la pieza, el fulgor de una luna movida y atigrada por las enredaderas. Los ópalos de su desnudez: no sabe pensarlo pero debe sentirlo, desde sus expectativas de hombre acostado que ya no fuma, que ya ha lanzado su cigarrillo en las tinieblas, como una estrella fugaz. Esto sí puede pensarlo y también imaginárselo: el cielo está afuera, el cielo está aquí, derramándose por todas partes, y es posible tocarlo con las manos, porque no hay mosquitero. Y a veces, en la negrura, él tiende una mano hacia la veladora, toma el vaso y hace un buche que luego volatiliza con los dientes cerrados, para que se vaporice sin mojar la alfombra. Sí, un buche de agua que no impedirá que ella se queje del olor a tabaco, del olor a alcohol, de su aliento de hombre, así como se queja de su barba de hombre; ella dirá esa queja y él le reprochará otra vez su niñez de monjita, los berretines que le metieron en la cabeza las hermanitas y no serán las hermanitas sino la total impulsividad de su inocencia, como el trance en que los labios de él andan por su pecho y ella siente una cosquilla y ríe, como el instante en que la boca de él baja a sus ingles y ella vuelve a sentir cosquillas y a reír y él protesta diciendo "Soy yo el que tendría que estornudar" y ella le previene para la vez siguiente y le recuerda que ya está acercándose a las regiones del estornudo ("como los lentes del italiano", podría decirle esta noche) y ahora son los dos quienes ríen pero con las bocas apretadas, la de ella debajo de la mano de él, la de él contra el vientre de ella. Y en seguida él está sobre ella y todo se ennegrece aunque exista la luna (que esta noche no existe) y él se hunde en ella y ella siente que está

creciendo para tener que irse y le pide por favor que se vaya y aquello estalla en su muslo, es como el excremento líquido del pájaro, es como un excremento líquido de gaviota en la playa, pero después comienza a sentirse su río que corre y su calor, con su tibieza pegajosa corre el pequeño río, corona la colina del muslo, sube contra el sentido de caída de la redondez de la pierna y se derrama desde allí, donde la toalla (perdida en lo oscuro) llega siempre demasiado tarde.

Las zonas del asco junto a las zonas del amor, como si Dios le hubiera adjudicado un hombre con demasiados olores, con demasiados ruidos (incluidas las palabras) con demasiados tactos: los que él hace adrede, los que dependen de la junción natural de los cuerpos, los que ella se siente irresistiblemente llevada a ensayar por su cuenta. Un hombre con vellos, con barba de tres días, con aliento y todas esas cosas que no tiene una criatura mirada a distancia o vista en el amor de las películas y cobra de repente cuando el deseo la acerca, cuando el sentimiento y la pasión obligan a una a conocer el interior de una boca, el espesor de unos dientes, el ruido a quebradura de nuez de unas falanges y también los olores secretos que suelta un cuerpo, no los olores universales del tabaco y del alcohol sino los olores entrañables que tiene el cuerpo del hombre para una mujer y el cuerpo de la mujer para su hombre, los olores que el cuerpo de un amante produce expresamente para la fascinación o el instinto o la condenación o el rechazo o la esclavitud del otro. Ahora todo eso está ahí, todo eso que la abrumó una vez, que la dejó estupefacta, no podría decir que simplemente desagradada. Todo eso que ahora está enviándola, todo ese cortejo de sensaciones acechantes sin las que ya no podría imaginarse el amor de nadie, el amor con nadie, la hechura de la especie, el amor a secas.

Las primeras veces fue como si la aturdiere esa multiplicidad de olores y de tactos, ese enjambre de sensaciones que venía volando a golpearse contra su cuerpo, a chocar con él más que a posarse allí. Pían los pájaros afuera, hay voliditos cortos y sofocados, ¿van a alzarse de golpe? Siempre sucede así, primero arman un bochínche en el ramaje y de pronto, cuando la cosa está en lo mejor, parten y se abren como un gran abanico contra el cielo, dejando al árbol solo y vacío, más muerto que una percha. Las primeras veces fue

como si una bandada empezara a golpear su cuerpo y después a recorrerlo (las gaviotas sobre la arena y eso) a hacerlo hormiguear y vibrar, a ocuparlo después de haberse ido (las patitas de las gaviotas impresas en la arena mojada) ese sentido de una intrusión violenta, desordenada pero enriquecedora, toda esa multitud de presencias que pertenecen a uno solo, que provienen de uno solo y se aprietan en un solo sentido de posesión y apoderamiento.

A ella no le importa haber dejado su virginidad en cualquier sitio, porque lo importante era que se la hubiese entregado a él, no interesa dónde. Y él, desde sus ojos color caramelo, quiere darle al asunto un valor que le escapa, no tiene las palabras justas y sólo atina a decirle palabras sueltas, a explicarle por qué él, cosas de la vida, había tenido otras mujeres antes que ella (los años que te llevo) sin que le hubieran despertado un sentimiento tan grande como el que ahora le despierta ella. Es más, decía: jamás habría creído que el amor fuera tanto, no sabía cómo decirlo y se disculpaba, uno no está hecho a estas cosas. Lo han criado como pobre, ah sí, y no lo han preparado para tener en la vida nada de primera, nada de primera como vos, negrita, criada en el nidito de las hermanas adoratrices, nada tan grande como vos, en todo sentido. Y ella tampoco parece darse cuenta, no tiene el orgullo de su mérito, la arrogancia un poco extravagante de su virtud en aquel mundo, nada de eso. No, no. Simplemente, otras lo andan buscando hasta dar con él, yo me topé contigo, gallego, cuando todavía ni se me había puesto en la cabeza empezar a buscar. ¿No sabía buscar, no quería buscar, no esperaba, ella tampoco, que fuese tanto? Bueno, aquí todo es como un remolino de hojas al viento, todo va y viene, gira y es imposible distinguir. Tampoco se había imaginado concretamente, esta niñita de las monjas, qué papel tendría el sexo en una mujer chiquita y solita y flaquita como ella. Había vivido aislada de otras muchachas, el Viejo la había protegido, nunca le habían traído malicias, mitos, curiosidades, dudas, porquerías más o menos misteriosas. Nada. Las monjas le habían dado a entender cómo eran las cosas, pero supeditaban el amor a la procreación, a la formación de una familia, a la perpetuación de la especie. El amor se hacía para eso, sólo

para eso, casi como un mal necesario. Y ahora ella, con toda su piel puesta a saberlo, había comprobado que no era así.

Pero esta madrugada, mientras se alza un domingo, él no está para caricias detallistas, para las grandes demoras consentidas y esperadas más que el final mismo, para los chiches y las cosquillas y las risitas y las preguntas sin objeto. Esta vez él no está para tocarle una a una las perillitas de su cuerpo, como llama al clítoris y los pezones, esta vez él no está para besarle las perillitas de su cuerpo, como si ella fuese un mueble de tres cajones, el único mueblecito que sea de él entre todos aquellos muebles ordinarios y vencidos y opacos de Margot. Esta vez él tiene una ansiedad desesperada y silenciosa, usa toda la boca para morderle el mentón y no para decir palabras; y luego esa boca hecha dos labios le roza el cuello y se lo siembra de besos, el cuello y los besos, su obsesión por besar aquel cuello que es suyo aquella noche del viejo degollado bailando en las retinas; o besa y baja hacia la zona del escote, quedándose en los límites del quemado de verano, que no es en ella un quemado de playa sino pura y simplemente de intemperie. En todo el tiempo que llevan juntos, ella no ha sufrido nunca una sensualidad tan silenciosa y tan patética, tan poco lúbrica y tan poco errante, tan elemental, tan perseguida de sí misma, podría decirse que tan acosada. Así veía, en el patio de tierra y alrededor de las huellas del mancarrón, al gallo subirse encima de las gallinas, sacudirles la cresta, hacerlas aletear achatadas y luego bajarse y esponjar sus alas y alguna vez cantar. No entendía aquello y lo denunciaba, Papá, el gallo ya está picando a la gallina, y toda su experiencia de los años trajo tan sólo el cambio de una letra, el gallo estaba pisando a la gallina, sí, pisándola como ahora Tomás, como ahora él yéndose de golpe y la humedad en su muslo.

Amarse así y amarse allí, entre aquellos muebles de Margot. Margot se había quedado con su dormitorio conyugal, y había pasado a dormir junto a la vieja cuando ellos dos llegaron y Tomás, sin demasiados anuncios, decidió que se instalaran allí. Y esos muebles no eran ni amistosos ni hostiles, eran simplemente extraños: esa cama un poco vencida del lado derecho en que dormía Margot y ese tuallet lleno de potiches viejos, de crema endurecida. Y ellos no habían hecho más que dar vuelta la almohada larga y cilíndrica,

como un rodillo, habían puesto boca abajo el hueco aceitoso de la cabeza de Margot y habían reposado encima. Pero Margot había dejado los muebles con los cajones ocupados por sus prendas y solía irrumpir por la mañana a buscarlas; ellos estaban reducidos a una valija debajo de la cama, a un termo, a un par de vasos, dos cucharitas y un tarro de café instantáneo; porque ése era todo el aporte de Isabel y la valija contenía ropas suyas y muy poco más. Una pareja sin ajuar, eso eran, eso son. Las mismas sábanas que ahora los envuelven son las viejas sábanas nupciales de Margot, con sus tremendos monogramas de letras entrelazadas y ya melladas por el divorcio y el tiempo y los lavados, porque luego la vida sentimental golpeada e insatisfecha y vagabunda de Margot se había hecho por ahí y no en la casa, de día y no de noche, la noche es de la vieja, tal vez en casas de citas o en ranchos que no ocupaba por jornadas enteras sino sólo un par de horas en las tardes. Y allí estaban ellos, nadando entre muebles extraños casi como entre pilares de muelles, sin asirse a ellos, con un sentido de transitoriedad que tampoco tenía un mañana mínimamente pensado y cierto. Y esta noche, más que nunca, las aguas parecen cerrarse delante de ellos y no dejarles ver nada y los muelles retroceden, retroceden y ellos empiezan a saber que son dos naufragos, sí, ahora, en lo negro sin luna, pero ella sabe que en los ojos abiertos del gallego debe haber cada vez más cansancio y siente que los de ella le arden en lo oscuro, desorbitados en las tinieblas como si con ellos también se escuchara, cada vez con más miedo más temblor más alarma. Ningún gallo canta.

Este cuarto no es de ellos ni puede protegerlos. En una ciudad donde estarán desatándose las fuerzas que se han puesto a perseguirlos, este cuarto no los protege, no los oculta, no los defiende, no va a darles asilo, no puede ponerlos a cubierto, no es la orilla del mar sino una entrante del mar mismo. Ni siquiera están seguros de Margot, de lo que habrá de decir pensar hacer Margot cuando lo sepa, si es que llega a saberlo. Tal vez no vaya a delatarlos pero sí a martirizarlos y seguramente a estorbarlos, a impedirles que huyan, a reclamar los derechos de la vieja en medio de aquel lío de la vida y la muerte.

El tiempo se ha puesto a correr como loco y ellos dos

—momentáneamente saciados, de un placer que se han provocado para evadirse— aquí quietos, aquí desnudos, aquí insomnes. Es como si un alud fuera a desprenderse sobre sus cabezas y ellos dos esperaran, ellos lo supieran y no se moviesen. No se mueven porque no se les ocurre qué hacer, hacia dónde correr para ponerse a salvo, o porque ella no sabe qué hacer y él no quiere hacer nada, como si estuviera ahora agotado y vacío y sólo fuera capaz de echarse en una cama y aguardar que viniesen a buscarlo, los ojos abiertos en lo oscuro, otra vez fumando, el oído atento a los rumores en que va resolviéndose el comienzo del día. ¿Ya rodean la casa, ya se adelantan por el corredor, ya golpean? Está fumando ahora otro cigarrillo, la misma lumbre se ha quedado inmóvil (¿inmóvil sostenida por sus labios, inmóvil sostenida por su mano?) y parece también esperar.

Después, como la luz de afuera parpadea y sube y ellos no vienen, empieza a adormecerse: siempre boca arriba, arroja lejos el cigarrillo, que descubre un relámpago de oquedad en la pieza y en seguida se extingue. Siempre boca arriba, extiende el brazo izquierdo y allí, en el interior tibio de la articulación, ella coloca su pequeña cabeza.

Generalmente, después de hacer el amor es ella la primera en adormecerse. Y si él enciende un cigarrillo y le pasea un fósforo sobre los rasgos o si alumbraba la lamparita de tulipán rosado con flecos brillantes (propiedad de Margot, claro) ve que se ha adormecido casi sonriente, una mueca insignificante que es el recuerdo evaporado de la felicidad física; ve que ella se ha adormecido en el olvido de esa sonrisa, dejándolo solo, serio y solo. Y entonces cae en su edad, en su total incertidumbre de futuro, en la evidencia de la estafa que está haciéndole, de toda la estafa gigantesca que es su relación con ella.

Pero esta vez es él quien se duerme y a ratos resopla y dice palabras ininteligibles, pedazos de palabras, sílabas, sentencias truncas, todo lo que vuelca en el sueño, después del coito, sus angustias, su irresolución, sus ganas perdidas de terminar cuanto antes, unas ganas confusas y animales como de orinar o dormirse o morir. El Viejo también se durmió, y a la hora de siempre, al final del día en que le dieron la noticia de que su mujer había sido asesinada. Eso dijo después, a los años. Ella no recuerda haber sabido, sentido que

él dormía contra la imagen de la madre, como Tomás ahora sobre la imagen del mellado, abrazado al hocico de liebre como un niño al conejo de paño, y que ella iba a quedarse sola en ese mundo donde, de todos modos, la madre nunca había significado nada y su ausencia podía significar mucho más que ella. Ahora es el gallego quien duerme, quien descansa de las retinas y del mellado y de las palabras y del pájaro.

Y entonces, mientras el mundo se desenrosca de la noche y cantan en redondo, como un asedio de la vida, todos los gallos del barrio, ella se siente repentinamente sola e indefensa y ajena, como caída de golpe en esa pieza, como cuajada allí sin haber entrado por la puerta, y sola en ese sitio y junto a ese hombre, como si los dos, el hombre y la pieza, le fueran igualmente desconocidos, igualmente extraños. Cuando termina la noche, no antes, se siente a menudo como desencarnada y desasida, como si toda aquella historia no le perteneciera, como si estuviera viviéndola por error, como si su felicidad fuese una materia efímera de la noche, un hueco de confortación en lo oscuro y de allí emergiera con el día sintiéndose solitaria y sintiéndose inverosímil, sin ligazones a continuar, interrumpida desde sus horas de vigilia junto al Viejo dormido y recién viudo, sus únicas horas con querencia cierta y durable, como si después del amargo cariño del Viejo no hubiera podido ya anudar en nadie, ni en Tomás, la imagen de un vínculo, de una relación protegida y permanente. Está allí despierta, como caída al lado de un extraño entre muebles extraños, obligada a seguir una historia desde el sitio azaroso en que la ha asumido y tomado, una historia que es la historia de otro y no la de ella, una historia ligeramente incongruente y que la excluye o la rechaza, una historia hostil que pertenece a alguien y que ese alguien no le suelta, ni aún desde las quietas atormentadas profundidades del sueño.

Canta un gallo bajo la ventana.

Ningún hombre debería comprar una botella de vino tinto a la mañana siguiente de haber degollado a otro. Se te representa la sangre del tipo, ¿sabés?, más todavía que cuando la viste, porque cuando la viste era de noche y se derramaba en lo oscuro y aun alumbrada por el yesquero era oscura y no clara y roja hacia la boca, como ahora el vino en la garganta de la botella. La ha destapado, le roba el primer trago, glu. Como si fuera un vampiro. Sí, nadie debería.

La feria del barrio ha quedado atrás, la feria del domingo en el barrio.

—Van a darse cuenta de que la llevás empezada. Y dejate de tomar en ayunas, que va a caerte mal.

—Que haya boludos que tomen vino blanco, habiendo vino tinto...

Las señoras gordas rodean quesos y embutidos y jamones y tocinos y manteca y patitas de choncho. Es verano, los toldos a listas rojas y blancas, verdes y blancas protegen la mercadería del sol cálido que empieza a trepar el cielo, tules de mosquitero la preservan de moscas y moscones que les zumban encima. Marchanta, por favor, no toque la factura si no se la lleva. Le gustaría compartir esas cavilaciones y ese tacto, pero se siente excluida. Las vecinas gordas van y vienen, conversando y abriéndose paso con sus canastas y sus bolsas de yute, con sus bolsas de hule, con sus chismosas. Porque los maridos están en las casas y hacen su asadito, porque los maridos todavía duermen y ellas están comprando para preparar el tuco de la pasta casera. Todo ese regodeo pequeño y sensual la excluye, porque ellos dos no tienen

casa, ni siquiera el patiecito en que pueda hacerse fuego y después ir separando la brasa en la pala e ir llenando el brasero y abanicarlo con una tapa de caja de zapatos. Nada, porque en la pieza de ellos que no es de ellos, jamás se cocina.

Buena o mala, el chato y Luján tienen una casa. ¿Esa casa? . . . Sí, esa casa, cualquier casa, una casa. . . Nadie te obligó a venir conmigo, viniste porque te dio la gana. No digo eso. Para la casa que dejaste, un caballo que es un esqueleto bosteando en el patio. No seas guarango. ¿Guarango por qué, o es que el mancarrón? . . . no sé que le daba de comer tu viejo para que estuviera tan flaco y bosteara tanto. Hay una cosa que no te queda bien: hacerte el bruto. ¿El noble bruto? Ni tampoco el gracioso: el bruto que querés ser siempre: ni tu madre ni tu hermana son así. . . Oh, mi hermana. Sí, tu hermana, tendrá sus cosas pero no tiene nada de lo bruto que querés ser vos. Por algo será. Por algo nada. . . por querer ser así le diste a ese pobre viejo que no te había hecho nada. ¿Nada?, iba a quemarnos, mirá qué nada. Quemado estás ahora, me parece; para que el otro no dijera que no sos el más macho de los dos, ¿hasta cuándo va a importarte? ¿Más macho que el chato, pobre chato. . . ? Si su misma mujer lo trató de cagado. . . no tengo por qué hacer demostraciones para ganarle al chato. Mirá, vos sos mucho menos malo de lo que parecés. Gracias, Gracias no: es la pura verdad; te hacés el malo, hacés como que ese viejo desgraciado no te importa. . . y anoche no podías dormirte pensando en él. . . ¿Quién te entiende?, hace un rato dijiste que yo me había puesto a roncar al lado tuyo y que vos te lo pasaste despierta toda la noche. Sí, claro, tuviste que provocarte el sueño. ¿Provocármelo cómo? A lo macho, como todas tus cosas: acabando, quedándote agotado. ¿Vas a decir que vos estabas contra? No te hagas el burro: sabés que no hablamos de lo que podés hacer: hablamos de tu miedo. ¿Mi miedo? Sí, ¿o vas a decirme que no te importa nada lo que pasó anoche? Mirá negra: fuera de la vieja y de vos ¡y de vos, no te enojés!, a mí ya no me importa nada de nada. . . lo hecho está hecho y a no joder vamos. Lo hecho está hecho, ¿qué querés decir con eso? Quiero decirte que el reloj no va p'atrás, así que sabelo. Dejá esa botella, te digo: no es necesario que te sigas haciendo el macho con

una botella que llevás de regalo, no podés tener tanta sed con el estómago vacío; por algo dijiste que ponías el vino, digo yo. Sí, habría tenido que comprar dos botellas, una para ir dándole besitos. . . Sí, dos botellas: después del reparto te quedaron doscientos para todo juego, y con doscientos no se va tan lejos. . . Ni tan lejos ni lejos, yo no voy a andar rajando tanto tiempo. . .

Y otra vez el silencio, a cuyo borde ella se frena en cuanto él dice que no va a hacer algo de esto: disparar, entregarse, pudrirse en la cárcel. . . Compre o no compre una botella de vino tinto, dos botellas de vino tinto, ¿hay alguien que tenga tanta fuerza para matar a un hombre y seguir siendo el mismo del día antes? Ella debe estar pensando que no, ella debe sentir oscuramente que hay hechos que cavan un hueco en el interior de un hombre, por duro que sea, por duro que finja ser a los ojos de los demás: hay cosas que lo hacen asomarse a otras fuerzas, a otro sentido de la justicia de Dios y del castigo, a otras formas de la indiferencia o del fatalismo. Has matado a alguien, debe estar pensando comprendiendo ella: por lo tanto, estás dispuesto resignado preparado a morir. . . ¿Es eso lo que querés decirme cuando de golpe te callás y yo no te pregunto? (Sí, sí, pero esto tampoco lo pregunta, trabaja con su miedo a labios cerrados). . . Esas cosas que a una le cambian la vida: el día en que pudo descifrar una leyenda en la pared, que hasta el día antes fuera misteriosa, el día que pudo juntar las letras de un cartel y saber el anuncio, el día en que supo cómo son engendradas las criaturas, el día en que sintió el goce sexual, el día siguiente de haberle dado muerte a otro, haciendo lo que sólo Dios podría. Pero mientras no recuerda muy bien ni cree que pueda darse cuenta con precisión de la memoria del día en que deletreó un cartel, ni del día en que supo por dónde los echan las mujeres, ¿o es que la sospecha va rompiendo su cascarón de a poquito y no hay momento justo, cambiándose transformándose alzándose la oruga a mariposa?, sabe en cambio muy bien cómo y cuándo y en qué tiempo del almanaque y de la ventana se entregó por primera vez a un hombre y todo fue diferente y no porque perdiera la inocencia que ya en los pensamientos no tenía, no por eso, como ese hombre sabe muy bien en qué minuto preciso hundió el cuchillo y mató e hizo desapa-

recer para siempre, delante de sus ojos, cualquier clase de seguridad que hubiera podido tener en su vida... Matar a un hombre, matar a una mosca... Delante de Dios, padre de la creación, debería ser lo mismo. Pero un hombre que hubiera matado a otro hombre debería sentirse como una mosca que hubiera matado a otra mosca. La destrucción de lo que es igual a uno, de lo que vive como uno... ¿quedan después razones para seguir viviendo, para pensar que se podrá seguir viviendo como si nada hubiera sucedido?

El cantegril se adelanta con sus perros pero son perros flacos y vencidos, que acaso aúllan, ni siquiera ladran. Y la casilla de Ramos, con su cerca hecha de montones de neumáticos viejos, como si aquello hubiera sido gomería en algún tiempo. Un gallo escuálido pisoteando picoteando el suelo de tierra, fortuna errante del vecino de acá o del vecino de allá, Ramos no tiene gallos ni perros ni gatos ni siquiera jaulas de pájaros como Margot. Una casilla de latas a remiendos herrumbrados, una cortina de arpillera raída colgando entre la puerta de la única habitación y el saledizo de las chapas. Luján remueve un colador, Ramos ha sacado una palangana y se refresca la nuca, más que esa cara donde el agua desciende y chorrea.

—¿Seguiste con las grappas, loco?

No, no es eso, me dormí tarde y con el sueño pesado...

—Preguntale por qué —insta Luján.

Pero él viene con la palangana, la aventa sobre el gallo escuálido y el gallo levanta un volido, un cacareo cortito y sordo, mucho más tenue que el invisible gallo de la noche antes.

—Éste no tiene fuerzas ni pa cantar cuando amanece —dice Font—. Los de anoche debían estar mejor comidos.

Isabel insiste en ayudar, pero los tallarines ya van a estar prontos y la mesita sale al porche de latas y la botella de vino suelta las manos del gallego y se sube a la mesa. No falta tanto vino, después de todo.

—¿Se sabe algo? —pregunta Font.

—¿Algo de qué? —pretende no entender el chato.

—¿Éste qué sabe? Éste dormía las grappas —dice Luján—. Sí, se sabe. La radio de las once lo dio todo.

—¿Todo qué?

—Bueno, que era no más sereno... Perate que aquí

apunté un papelito: Nicolás Sambucetti, casado, sesenta y siete años...

—Rompé ese papelito cuanto antes —ordena el gallego y en seguida, casi sin transición—: No era tan viejo, mirá vos, y con la fuerza que tenía...

—Era un caballo de fuerte —apoya Ramos—. Uno solo de nosotros quién sabe...

—Nicolás Sambucetti —dice audiblemente Isabel.

—¿Lo conocés, por si acaso? —pregunta la gorda, con un fondo de agresión latente, como si haberlo conocido fuera ya una traición.

—No, no, decía no más.

—¿Y entonces? Es un nombre como cualquier otro.

Luján ha traído el colador, pone cuatro porciones de tallarines en los platos enlozados, blancos con un filete azul en los bordes. Font toma cuatro vasos y reparte el vino. Luján ralla el queso directamente sobre cada plato.

—Mesa de pobres —dice—. Pero va a haber más.

Hay dos sillas de mimbre, hay dos cajones:

—Los cajones para los caballeros —dice Ramos.

—Sería italiano el hombre —reflexiona Font.

—O hijo de italiano —corrige Luján.

—Sí, claro.

—Vivía ahí, en la calle Sipe Sipe —informa todavía ella—. ¿Es por aquí no más, no?

—No tan aquí no más —ilustra Font—. Cerca de donde pasó la cosa, eso sí. Es una cortadita, ahí al lado de Millán y Castro. El barrio es bacán pero la callecita no. Al lado de esa quinta del museo ése, no sé cómo se llama.

—Qué va a vivir en una calle bacana, decime vos, un viejo rata —estalla Ramos, a quien las precisiones han venido a remover el asunto, que se le había aquietado con el sueño.

—Ya no vive en ninguna calle —reprocha Luján— por más rata que haiga sido... ¿No te parece que bastó con lo que le hicieron, sin tener que llamarle rata ni nada?...

—Viejo de mierda —contesta Ramos—. ¿Qué tuvo que venir a meterse?

—Si era sereno... —objeta Luján.

—Sí, si estaba para eso: son los alcahuetes de los milicos, qué mierda vamos a ponernos a llorar por gente como ésa.

—Muy buenos los tallarines, gorda —aprueba Font, para cortar un diálogo en que el chato está destemplándose.

—¿Buenos los tallarines o el hambre?

—Los tallarines, los tallarines.

—No serán tan buenos como la buseca de Tito —calcula Ramos—. ¿Qué será de la buseca de Tito?, digo yo.

—Bueno el vino, también —retribuye Luján, tomando un primer trago.

—Sí, sí, solo que poco —se excusa Font—. La culpa es mía, porque le hice una entradita por el camino.

—Ta bien, basta de tanto alcohol, que ya anoche fue bravo. . .

—Ya sé —dice Isabel, que se ha quedado pensando—. Es una cortadita, con patos y gallinas que andan por la calle.

—Sí, ésa.

Ya están, ya van cuajando los datos que ella precisa para enternecerse. Nicolás Sambucetti, casado; tenía mujer entonces; una vieja, seguro. Nicolás Sambucetti, sesenta y siete años, sereno del barrio, un viejo jubilado con el rebusque de unas vueltitas cada noche, cuatro o cinco cuadras a la redonda. Eso fue lo que ellos mataron. Le sacan el arma, para que no les haga nada, lo obligan a rajar sin darse vuelta y el viejo pecha la puerta de Sipe Sipe antes que cante un gallo. Y todos vivos y contentos y felices, comiendo tallarines y no perdices. El viejo, hijo de tanos, primero que nadie. . .

—Una callecita de hormigón, pero más bien mistonga, insiste el gallego.

El viejo se llamaba Nicolás. Pero antes hubo un hombre joven, tal vez un laburante, como dicen éstos, que se llamó Nicolás. . . Y antes todavía un niño. Nicolás es un nombre excesivo para un niño: nombre para una cara de bigotes de manubrio o de bigotes de morsa. . . Seguramente el padre, cuando nació, quiso bautizarlo Nicola, que es mucho menos imponente. Pero no lo dejaron. Nicola sí, así puede llamarse un chiquilín y también un joven. Pero el que lo apuntó no quiso, no es nombre de aquí, póngale Nicolás que eso es castilla. Y todos esos Nicolases acabaron juntos allí, de golpe, porque sí, a pocas cuadras de la casa en que vivía. . . Cerca de donde pasó la cosa, ha dicho Tomás. La cosa: como

si hubiera sido un accidente o un cataclismo, un vuelco o el derrumbe de una pared, un episodio en que no hubiera intervenido la voluntad de nadie. De la edad del Viejo Ruiz, más o menos: ¿Sería conocido del Viejo? Imposible preguntárselo, ahora que están peleados. Y además, ¿para qué? El Viejo, con lo que piensa de Tomás, pensaría en seguida que Tomás lo hizo. Sí, bueno, pero lo cierto es que lo hizo: este hombre que anoche hizo el amor con ella, éste que ahora enrosca tallarines y prefiere tomar el vino tinto del gollete de la botella, éste fue quien lo hizo.

—Rompé ese papelito, no te olvidés. Sólo faltaba. . .

Quisiera provocarse un poco de horror pensando que el otro se llamaba Nicolás Sambucetti y tenía mujer, a diferencia del Viejo Ruiz, y sesenta y siete años, como más o menos tiene el Viejo. Quisiera provocarse un poco de horror, pero le parece que todavía no puede. ¿Estará tan reseca, este hombre la habrá cambiado tanto? ¿Es lo mismo matar que no matar o entre una y otra cosa hay tan poca diferencia como la que existe entre robar y no robar, según se veía en la cara de Adhemar cuando marchaba sonriendo entre los dos milicos? La piel descascarada de las cosas: cuando se admite el primer desgarrón, los demás vienen solos y aquello se quiebra y se rompe y una ni se da cuenta. . . ¿Lo conocería el Viejo Ruiz?

—Gallego —pregunta Ramos—, ¿quién te enseñó a enrollar los tallarines en el tenedor? Mirá que no es tan fácil y que lo hacés muy bien. . . Porque vos sos de todo menos gringo.

La necesidad de acotar la vida, los detalles de la vida, las ínfimas notas de la vida.

—Un viejo del barrio, en Maroñas. . . Un italiano que no tenía hijos y me invitaba a comer los domingos, cuando yo era botija.

Isabel lo mira: él y la puerta cerrada hacia sus recuerdos. ¿Aquel hombre que duerme con ella no tuvo infancia? Jamás habla de ella por su cuenta. Y cuando tiene que decir algo porque se lo preguntan, como ahora, cierra en seguida la puerta. Nadaba junto a los caballos, comía tallarines en casa de un gringo. Y punto. ¿Le parecerá que es más hombre por no haber sido nunca un chiquilín? . . .

Ahora puede enternecerse algo, no pensando en la vieja

Sambucetti sino en el viejo mismo caminando entre patos y pollos, con ese paso bamboleante de los serenos, entre patos y pollos como hay en Sipe Sipe cuando una pasa por allí, qué va a ser una calle bacana por más que sea en el Prado, o puede imaginarse ahora al perro del viejo Sambucetti, un cuzquito ordinario que el viejo haya recogido por ahí, porque él no iba a tener perros de raza, y ese perro esperando al viejo que ya no volverá, porque ahora mismo, que seguramente lo devuelven de la morgue después de la autopsia (¿harán autopsias los domingos?) lo devuelven encajonado y el cuzquito no lo ve pero sabe que está allí y no lo ve y entonces dicen, cuentan, es la historia que ha oído tantas veces que ya la tiene sabida como una lámina de los libros escolares, entonces dicen que el perro se tiende debajo del cajón y se pone a aullar y aúlla todo el tiempo, hasta que vienen y se llevan al viejo. . .

—¡Comé esos tallarines, flaca! . . . , ¿o querés dejarlos colgados en el aire?

La radio del vecino ha empezado a gritar el informativo de la una: les llega con toda la fuerza. Ahora le llaman el crimen del sereno, ya tiene nombre. Y está refiriendo que "En la madrugada de hoy y frente al número 868 de la calle Casaravilla, en dominios de la seccional 20. . ."

—Mirá —dice Luján—: 868. . . Después dicen que los capicúas traen suerte. . .

Sin muecas, el rostro de Ramos empieza a mojarse súbitamente de lágrimas: lágrimas gordas, que ruedan y le caen por las mejillas.

—No sé —dice levantándose—, no sé qué me pasa. . . Perdonen.

—No jodas. Es que todos dormimos mal, eso es lo que te pasa —pretende Font.

—No sé hasta cuándo pensás seguir sacándole el culo a la jeringa —interrumpe Luján—. ¿Mataste un hombre, sí o no?

—Matamos.

—¿Y?

—Y nada, a mí no me mirés así. Yo tengo todo arreglado. Me corto solo y no le pido a nadie —a nadie, ¿me entendés?, ni siquiera a la flaca— que me siga. Te lo digo de vuelta, gorda, no me mirés así, que ya ni vos ni nadie puede venir

a asustarme con nada. . . Porque nadie va a poder seguirme, estate tranquila. . . Tengo una solución para mí, y es una solución sólo para mí. No es solución para el chato ni para ustedes dos. . .

—¿Por qué no la explicás? —propone Luján.

—No tiene explicaciones, mejor no darle vueltas. . .

—Sí, ya sé —tercia Isabel— es una amenaza. Vos amenazás con tu solución, no la explicás. . . ¡Vos sos un macho bárbaro!

—Qué carajo con las mujeres —protesta el gallego—. Pueden ver a un hombre llorando pero no pueden perdonar a un hombre tranquilo. . . ¿Por qué se la agarran conmigo? . . .

El chato se ha levantado de la mesa y está arrinconado entre los neumáticos: allí llora, con la cara escondida entre las manos y sin mover ningún pedazo del cuerpo llora: no quiere morir, no quiere vivir, no quiere estar preso por los años de los años, no quiere. . .

A vos al fin de cuentas no te conviene nada, parece decirle sin reproche la mirada de Font.

Las oscuras razones. Ninguno de los dos concedería así porque sí que estuviera desamparado: porque no hay bagayeros los domingos de tarde en la ciudad, porque nadie sabrá decirles un domingo dónde vive Manolo. No hay bagayeros y en todo caso los bagayeros no protegen, no son un gremio que se cierre y entierre a un perseguido, no son un hampa que se juegue por nadie. Y menos por Ramos que, si vas a ver, tiene tan poca relación con bagayeros: haber vendido unas hojitas de afeitar, unas botellas de güisqui berreta, unas pilas, no sé si lapiceras falsas Parker, unos frasquitos de perfume barato pasados como extracto francés, todo eso hace tiempo. No basta con eso, a la hora de tener que esconderte no basta. ¿Y para eso has vivido más de treinta años, para caminar la tarde del domingo por la parte vieja de la ciudad, por la zona portuaria, por la desierta ciudad vieja con grandes barcos al final de las calles, buscando lo que de antemano sabés que no vas a encontrar? Y el gallego, otro chiquilín más gandul todavía, con una esperanza loca puesta en Manolo el taximetrista. Me tiene que ayudar, nos tiene que enterrar. ¿Por qué, según qué leyes? ¿En el recuerdo lejano de su amor por Margot, un recuerdo que él mismo, Tomás, no sabía bien qué raíces pudiera tener, si era el recuerdo de un noviazgo, de un zaguán, de una cama, qué diablos era al fin de cuentas? Y vuelve a la escena del viernes pasado, cuando se vieron en el café de Miguelete y Sierra, tras muchos años de no haberse encontrado y por primera vez desde que podía saberse que Tomás robaba y había caído preso varias veces y su foto había salido, solo o en patotas, a la caritas aso-

madras a ventanillas en fila, sobre las páginas de los diarios. Fue entonces que se vieron, el viernes, sí, este viernes, y Tomás estaba con Isabel y Manolo con otro, con ése que después oyó llamar el Flaco Piriz. Y Tomás mandó una vuelta a la otra mesa y cuando Manolo lo descubrió (¿era posible que no lo hubiese visto antes?) Tomás alzó su copa y brindaron a distancia, brindaron por algo innominado y sin palabras, por años de amistad o por años de desencuentro, todo podía interpretarse de cualquier modo, todo pudo interpretarse de cualquier modo cuando Manolo retribuyó, ¿No te parece que demasiado en seguida?, No, normal, normal, cuando Manolo retribuyó y se allegó a la propia mesa de Tomás a despedir el convite mutuo y para no sentarse dio el pretexto de que tomaba el turno, a Isabel se le juntaron los dos vinos en la mesa, ¿pediré siempre vino para que vos acabés tomándotelo?, y Tomás la presentó Mi mujer y Manolo la saludó de un modo extraño, tímido y ceremonioso, como si la conociese de antes y no pudiera decirlo, No, no era eso, la saludó cohibido, como si darle la mano a una mujer traída y presentada por Tomás le renovase la imagen de Margot y él quisiera desprenderse de aquellos tiempos, de aquel barrio, de aquellos recuerdos, de aquella amistad, Sí, Tomás había estado preso muchas veces y Manolo lo habría sabido, él no le preguntaba por Margot ni por la vieja, Tomás no le preguntaba por él, si ya era patrón del taxi, si tenía una familia hecha por él, dónde estaba viviendo, nada más que el saludo, los dos de pie e Isabel sentada entre los dos vinos como dos fanales rojos, Sí, Convencete —¿esto se aprende en los colegios de monjas o siendo la hija de un reducidor de lápidas?— convencete, un taximetrista y un ladrón pueden llegar a ser socios pero si no llegan a eso tampoco pueden ser amigos, Tas loca, era la confusión de no animarse a preguntar por Margot, andá a saber si todavía no la quiere, ¿Qué?, Sí, si no la quiere, ¿Pero no te das cuenta lo apurado que estaba por devolverte el convite? Qué tiene que ver, ¿no viste cómo vino a saludar y qué respetuoso cuando yo te presenté Mi mujer?, ¿Por qué no iba a ser respetuoso?, pero tampoco parecía que quisiera ser tu amigo, aceptar tu amistad como en los pactos que hacen los botijas... Tiene seguramente viejos recuerdos que no le gustan y mezclan la antigua relación con

Margot, no se animó a pedirle que lo suprimiera al hablar con ella pero pudieron entrever que lo preferiría, todo lo que quería decirle con esa como vergüenza que sentía era No, no me nombres cuando estés con Margot, olvidate de mí, y entonces ¿cómo puede creer que va a ayudarlo?, él no sabe ayudarlo en qué, por qué, con qué, podría decirle que les dieron el desalojo, ¿A los cuatro?, Sí, claro, si le digo que los cuatro vivíamos en el mismo rancho, Qué va a creerte, mirá, esos tipos las saben todàs, no se camina una ciudad toda la noche sin aprender; a veces, Tomás, me parecés un chiquilín, yo qué sé, tan crédulo, pensás que todos van a hacer por vos lo que vos harías por ellos, si pudieras, y la cosa no es tan así, no es tan así, una no puede...

—¿Y éste?, decime vos flaca, éste que cree que por unas botellas que pasó una vez hace mil años van a estar esperándolo, van a esconderlo en la casa, En la casa si es que los bagayeros tienen casa, Bueno, la tendrán como todo el mundo pero no para meter a dos parejas de querusa y quemarse, no para ayudarte y protegerte así, de cayetano, metiéndose en el lío hasta el pescuezo, sobre todo si sospechan que están en una gorda, ¿Una gorda como vos?, No jodas, sobre todo si olfatean algo, porque por algo te aparecés pidiéndoles que te aguanten, después de tanto tiempo, Son bagayeros y querés embagayarlos, ¿a quién puede caberle semejante cosa en la cabeza?

—Vos, chato, ¿te queda algún faso?

No le quedan, el gallego entra a comprar: las paredes del boliche pintadas de gris plomo, el letrero de Coca-Cola encima de la puerta y una crayola roja que ha querido dejar constancia escrita sobre el gris, Ana la gorda puta, así todo corrido Ana la gorda puta, como si Ana fuera una celebridad del barrio y aquél un mínimo homenaje respetuoso, Menos mal que vos no te llamas Ana, dice el chato y ella, ella Luján, por qué no te vas a la concha de tu hermana, Isabel da un paso hacia el umbral del boliche, No tengo hermana, boliche portuario domingo a la tarde, días de barcos quietos, sol de tardecita en los palos más altos, todo reflejado en los vidrios chorreteados del ventanal del boliche, allí no existen Ana la gorda ni los insultos de la gorda Luján ni los chistes del chato y ya vuelve Tomás con los cigarrillos y reparte, todos menos ella, Todos menos la flaca

virtuosa, dice ahora Ramos, quiere compensar a su gorda de haberla cotejado con Ana de la pared que es más simpática, que sería más fácil de llevar, porque tan siquiera no habla y está allí clavada en las palabras de otros y no se revuelve, la letra que dice Ana es también gorda, no es la letra de un pibe ni tampoco la de ningún marinero, es la letra de un viejo, Ana, Coca-Cola, menú fijo sin porcentaje, mañana sorteo, escrito en tiza líquida en los vidrios de la puerta, Mañana sorteo, ah sí, mañana lunes sorteo para apilártele al 68, ¿qué dirá del 68 la smorfia napolitana?, entre los chorretes de los vidrios del ventanal hay como la parodia de un viaje, un barco que zarpa entre los lamparones a la tardecita y una cara desencajada y sin dientes mirando desde el otro lado como si fuese la borda, alzándose de un diario que no lee, asomándose fuera de escala por la borda del buque, Ramos no tiene hermana, ¿qué le importa el insulto de la gorda?, pero ya pronto la noche de verano va a estar encima de ellos sin que hayan encontrado un sitio, nada, ¿No será una macana seguir los cuatro juntos?, Bueno, nadie ha dicho que en todo esto haiga un cuarteto, dice la gorda, Nadie ha dicho...

—Y El Pichón —exclama, ahora, sonrío a su hallazgo repentino— ¿qué les parece El Pichón?

Isabel y Tomás no lo conocen, el chato tiene resistencias al Pichón y sobre todo al Pelusa, que es el hijo. Pero ella, Luján, dice las ventajas: El Pichón cría perros, los alimenta y los prepara y los lleva a la feria y los vende. Vive cerca del estadio, pero la casita que está a la orilla de la vereda con paraísos y pasto no dice lo que aquello es por dentro, a esta hora de la tardecita estarán ya los cachorros aullando y El Pichón revolviéndose entre ellos, hay una casilla grande al fondo y allí hay espacio para todos, los perros de un amigo te protegen aunque no te conozcan de antes, el mismo dueño entra con vos y te los presenta y ya después podés manejarlos entre ellos, Bien-que-lo-sabés-vos, el reproche se bloquea en el humo y la acomodación del cigarrillo en la boca de Ramos y ella puede ignorarlo esta vez, es como si el dueño les dijera Éstos son los amigos y ya está, los perros saben que estás del lado de adentro porque el dueño te puso allí y eso les basta. Y podés quedarte, no digo que para siempre, un día o dos, es un barrio tranquilo y al fondo la

casilla del Pichón, no entra nadie más que él a dar de comer a los perros, un día o dos hasta ver qué rumbo toman las cosas, ¿Los cuatro durmiendo en un cobertizo para perras recién paridas, vos loca?, Poderse se puede, ahora si andás buscando comodidad, además nadie iba a pensar que estuvieran allí, El Pichón es piola, Sí, El Pichón sí pero El Pelusa no, Bah, lo que tiene El Pelusa, haber guardado en la casilla un bagayo que le había pedido Lázaro, ah, también aquí aparece Lázaro, ¿te acordás de Lázaro, flaca?, amigo de tu viejo, sí, Lázaro Roldán Bordenave, un chorro con nombre de gran señor, El Pelusa no tuvo la culpa, ese fachatosta le dijo le juró que era sólo contrabando y el botija se lo creyó, Seguro que también te llevan por eso, Lázaro se le había hecho amigo en el café y el botija no supo zafarse, El Botija, El Botija, era medio pelotudo el botija, Bah, entonces no, entonces tenía los dieciocho recién cumplidos y marchó por una diferencia de cuatro o cinco días de edad a la fecha en que a Lázaro le dieron la biaba y cantó y vinieron por el bagayo y El Pelusa ni sabía cómo defenderse y dijo la verdad de todo y le creyeron y después de las primeras piñas ya no le dieron más y fue por reductor, por eso fue. El Pelusa no es ningún chorro y bien que se dieron cuenta los milicos, fue por tiernito, fue por gil, ¡Cómo lo defendés! parece que hubiera pasado algo más, ¿no? y ella no se defiende y sigue, El Pichón no estuvo más que cinco o seis horas en la comisaría, no sabía nada, el bagayo estaba debajo de un fogón viejo, de un fogón de piedra más atrás del cobertizo y los perros ni lo habían tocado, ¿te das cuenta?, lo largaron y el comisario le dijo Veterano, usted no se meta en estos líos y él Pero comisario, son chambonadas del muchacho, tampoco es maldad, no tuvo coraje pa negársele a un chorro, es un chiquilín y nada más, Ja, ja, menos mal que no decís que es perro porque a vos te cuidó en la casilla y ahora querés volver, ja, ja, ¿por qué no decís guau guau?, y la gorda está contando que El Pichón tiene cada cosa y están ahora marchando de espaldas al puerto porque allí se ve que no hay nadie. Tiene cada cosa, ¿te acordás chato cuando fuimos hasta la Virgencita del Verdún para dar las gracias por el hijito de Rubén y La Gata? Tiene cada cosa, cuando en Turismo iban a cazar en un camión a Soriano y vivían en el camión y va el Loco

Julio a prender un fueguito y casi le prende fuego al camión, que hubo que sacarlo de apuro entre las llamaradas y ¿sabés cómo le empezó a llamar El Pichón al Loco Julio? ¡El incendiario!, le empezó a llamar, ¿te das cuenta? Gordá, ¿dónde está el chiste, cómo querés que le llamara?, Tomás casi parece no atenderla pero ahora le cae de golpe, Bueno, lo que yo quería contarles fue lo que pasó en el Verdún, que éste lo vio y no me deja mentir. Lloviznaba desde la mañanita y menos mal que el camión tenía toldo y estábamos todos debajo, pero no había toldo que valga cuando nos pusimos a subir todos por el camino de piedras sueltas hasta la capillita y más arriba, hasta la punta del cerro, y nos daba la lluvia en la cara y el Rubén llevaba al bebito envuelto en un rebozo y La Gata iba descalza por las piedras, lastimándose toda, una promesa que había hecho, y así llegamos arriba y después llovía todavía más fuerte y bajamos corriendo a las risas y tuvimos que meternos en el camión allí y hacer el pic nic adentro, debajo del toldo y comiendo allí las empanadas y las milanesas y después paró de llover y con las cocacolas y todo eso las mujeres quisimos bajar y te acordás, chato, hay como unas paredes rotas como una tapera o un corral grande, qué sé yo, y adentro está lleno de yuyos y allí se nos ocurrió agacharnos y cuando estábamos en eso va la Graciela y grita que había un mirón entre los pastos, ¿¡para qué!?, el tipo era un pobre tipo, un mirón, un pajero de éstos que ven a una mujer meando y ya se la cascan, qué desperdicio, digo yo, con tanta hembra que anda por ahí pasando necesidades, y pa peor, el pobre tipo no podía esconderse porque era un pelo de fogata, un pelirrojo de éstos que se veía a la legua aunque no hubiera sol, y entonces los muchachos van y empiezan a tirarle piedras y justo cuando El Pichón grita Dale al de colorado, grita, El Pelusa va y le mete una pedrada en el medio del coco y el tipo se agarra la cabeza y sigue corriendo y se agacha y se pierde entre el pasto y los demás lo dejan menos el Rubén que quiere guerra y grita Parate degenerado, que te rompo la cara, grita, y el otro para qué. Y después se tomaron casi todo el vino y llovía otra vez y pegamos la vuelta temprano. Medio nos dormíamos en el camión y más que nadie, más que el bebito mismo se dormía El Pichón que tenía más de media damajuana adentro, y de pron-

to los muchachos se ponían a gritar Dale al de colorado, Dale al de colorado, a las risas, ¿te das cuenta? como si el tipo fuera vestido de ese color, y El Pichón casi ni se recordaba, ¿Qué pasa?, decía, y las mujeres a discutir de qué color era la tricota del pajero, que negra, que azul, que gris, todo menos colorada, y entonces El Pichón se despertaba del todo y agarraba la broma y la seguía y se ponía a remedar la voz finita del Rubén y a gritar Parate degenerado y justo en ese momento entrábamos en el tránsito más espeso del Camino Maldonado y el camión tenía que parar y el degenerado parecía El Loco Julio que manejaba, ése, el incendiario. . .

No voy a una casilla de perros, dice el chato, si vos querés sos dueña de irte o de volver con El Pelusa, como aquella vez que yo pasé dos años en la grande y El Pelusa ya tenía como veinte años y vos te arreglaste con él, Para vivir, dice la gorda, que vos no ibas a pasarme pensión desde allí donde estabas y el chiquilín la yugaba arreglando bicicletas o lo que viniera, ¿Disfrazándolas?, Arreglándolas, no seas jodido gallego, también se vive sin robar, qué te creés, el rostro de Isabel dice con una mueca que detesta estos viajes, no el viaje al cantegril, que al final han decidido que se quedan por esta noche allí los cuatro y mañana a la luz del día vemos mejor, Sí, vemos mejor pero también nos ven mejor, detesta estos dimes y diretes entre Tomás y la gorda, la estupidez con que él se mete con ella por gusto y tiene que aguantarle después las groserías. Nadie quiere pedirle nada al Pichón, al Pelusa, nadie quiere la casilla con olor a perros y con pulgas de perros y arpilleras para hacerse unas camas entre el olor y las pulgas, preferible quedarse esta noche en el cantegril, todavía no nos buscan a los cuatro juntos, a lo mejor estando juntos nos defendemos mejor, quién sabe, en todo caso, Dios mío, compren unos fiambres, no demasiado vino y mañana, clarita la mañana, nos dejamos de ilusiones con el Manolo ése y con los bagayeros y con El Pichón y cada uno piensa con la cabeza fría que es lo mejor, tal vez lo único que se pueda hacer.

—Sabés que pude averiguar dónde vive Manolo.

Es la primera noticia después de las excusas, porque el gallego se siente dueño de casa: Van a disculpar a la vieja, prefiere quedarse en la cama, ¿sabés? No, no le pasa nada, pero hay días que le da por quedarse hasta tarde y comer en la cama. Feliz de vos, que todavía la tenés —es la devoción del cumplido—. Cuidala.

Esta mañana, cuando salí de tu casa fui con la flaca hasta el café de Miguelete y Sierra. Estaba el flaco Píriz, el amigo ése de Manolo. Amigo o socio, qué sé yo. Le dije que tenía que hablar con Manolo, por un asunto importante. Primero no quería decirme, andaba a las vueltas, se ponía a hacerme preguntas él. Pero lo apuré y se ve que es un flojo...

Margot ha ofrecido cocinar para todos: y desde hace rato ha estado amasando. Tomás ha querido que convide, Isabel habría preferido que no. Aquélla no es su casa, Margot —manos y antebrazos blancos— no deja que nadie la ayude.

No, no, dijo el tipo, Manolo era del barrio pero ahora compró en El Dorado, ese barrio de Las Piedras donde te venden el terreno y te regalan los bloques. Edificó por la patrona y los chiquilines, él hay días que ni va, días que se hace dos turnos corridos, un día de éstos lo van a sacar muerto, esrachado dormido arriba del volante.

Luján piensa y dice que Margot es una mujer formidable, llena de experiencia de la vida: una mujer que ha vivido.

A Manolo le tiraban mucho las hembras, dije yo. Y el flaco me confesó: también hay algo de eso. Trabaja como una bestia, dijo, porque ahora instaló a otra, que es la que

vive con él casi todo el tiempo. Métale al taxi y meta dar bomba, y no es tan chiquilín ¿sabés?

Margot, le ha contado Tomás, leía novelitas en cuyas tapas había parejas besándose en la boca.

El flaco prefirió alejarse del mostrador y poder seguir hablando de Manolo sin que el dueño fuera después a contrárselo. Lo peor era que el tipo no parecía tenerme confianza sino miedo. A lo mejor, vaya a saber qué le dijo Manolo de su relación con mi hermana, pensó que yo tenía alguna cuenta de hombre que cobrarle y quería tantearme, pero sin meterse él mismo en el lío. Porque le había dado por hablarme bien de Manolo, sin que yo se lo preguntara: que era un laburante, que era un cinchador, que muy honesto, que muy buena persona, que no se metía en porquería ninguna y todo así. Que mujeres sí, había tenido varias y hablaba bien de todas: un caballero.

Margot se curaba de los desengaños metiéndose en cama con una bolsa de bombones y una novelita. Y se pintaba los labios en forma de corazón o de ocho.

Ahora saca la cabeza desde el hueco de la puerta de la cocina y dice: Todavía va demorar un poco... ¿No tienen mucha hambre, verdad? Díganme que no. Sus manos y sus brazos ya no están empolvados.

Lloraba, ¿por ella, por la heroína? y masticaba chocolate, se embadurnaba las dos puntas de la boca, y con el dibujo del rouge aquello le daba un aire de payaso triste, con sus boqueras color caca y las mejillas llenas de lágrimas, que le bajaban goteando hasta la novelita.

Creía que yo quería vengarme de Manolo y estaba tratando de convencerme de que no lo hiciera, sin mentar el asunto derecho viejo, por las dudas de que no fuera así... Y le hacía elogios que parecían cargas, debe creerse muy vivo el pobre turro: fijate que un hombre con hijos chicos meterse en esos líos de polleras... me decía. Eso sí, no hay nada que lo haga largar su turno antes de hora ni tomarlo después de hora. Es de fierro pal'laburo. Hasta que se le acabe la batería.

Pero si Tomás venía a disputarle un bombón, llorosa y todo, daba saltos, gritaba, se tiraba de la cama y él le veía los calzones galantes, los calzones rosados con adornos de

rositas rococó, aplicadas en lo alto de los muslos y como en un círculo, en guirnalda sobre el monte de Venus.

Después se puso a decirme que eran socios en el taxi y en la quiniela y que se repartían las dos cosas y pagaban el peón del coche a medias. Pero ni yo le robo a él ni él me roba a mí. Las cuentas claras conservan la amistad.

¿Era posible que comprara esas prendas —preguntó Isabel, había ya pensado años antes Tomás— para usarlas ella sola, eran prendas que suponían un testigo, un admirador, un festejante, como decía entonces la gente fina, un tipo que la desnudara diciéndole piropos mientras la fuera desvistiendo y todavía después?

¿El tipo no será un tira?, aventura Ramos, para no ser él tampoco menos vivo que nadie. Mirá que el juego y los taxis están llenos de tiras. ¿No andará queriendo averiguar-te y por eso tanta labia?

¿Y el corpiño, donde los senos parecían dos cuernos a punto de embestir, el corpiño también adornado de rositas y moñitas y cintitas y trencillas y pespuntes y a veces voladitos que hacían como una cornisa al nivel de las mayores alturas?

No, tas loco. Es un cagón, medio aflautado, medio mariaca. Y además un faninte: defiende al socio porque el otro le trae la guita y le banca el juego. Andá a saber si van partes iguales, dificulto que Manolo le dé la mitad de todo lo que gana a semejante nabo. Pero si le llega a pasar algo a Manolo, él se queda en la vía como que dos y dos son cuatro.

También la flaca hace ahora como que le entusiasma Margot: sí sí, mucha personalidad. La gorda tiene una lengua que Dios nos libre y hoy está en la onda de encontrar todo muy bien y hay que seguirla. Margot adoraba las películas de John Gilbert. Dice Tomás que era un galán de bigote finito, que tenía locas a todas las mujeres. Fijate que una vez le regalaron un canario y ella le puso John Gilbert. Nombre de güisqui, comenta la gorda.

Yo quería saber más y mandé la vuelta siguiente, aunque estoy cada vez más cortina, porque la guita del bufoso se te va como agua... Hermano, le dije, El Dorado es muy grande. Preciso saber bien dónde vive. Allá o aquí cerca, con esa hembra que decís. Porque aquí a este café, por lo

visto, no vino más que la vez que yo lo vi, el viernes pasado.

De noche cubría la jaula con un mantelito bordado con las dos letras, J. G., y le decía A dormir John, o Duérmase mi Johncito. Y el pajarito se callaba y ella quién sabe qué se estaba imaginando... (con el dedito, decía Tomás y ella no lo repite).

Aquí sí el tipo creyó que andabas buscándolo p'arreglar cuentas.

Sí, tal vez que sí, porque le vi en los ojos que no iba a darme así nomás ni los turnos del coche ni la dirección de allí cerca.

Cuando se puso a coser para afuera se compró un maniquí de ésos de tres patas de madera, con el busto forrado de brin y una perilla en vez de la cabeza. Esos maniqués que se cortan de golpe en las caderas. Desde entonces, qué loco Tomás, dice que ella se encerraba de noche con llave en la pieza, ella y el maniquí solitos. Y andá a saber, decía él (y ella no repite).

Mirá, me dijo, te digo cómo se llega desde la parada del ómnibus, porque más no sé. Bueno, dije yo, aunque más no sea eso.

Lo que la reventaba era que, al salir rechazado, después de la pelea por los bombones, él le gritase gorda pellona, como si aquel insulto maloliente destruyera el encanto romántico de la novelita y el chocolate y las lágrimas. Como si le diera en la jeta a John Gilbert, decía este loco (y ella lo repite).

Me dio las señas pero tan complicadas que con eso y las grappas era un lío de la gran puta. Bajás, agarrás la primera cuadra a la izquierda, en la esquina doblás a la derecha, qué sé yo cuántas vueltas, a lo mejor pa despistarme. Pero oíme bien, creo que si voy allí yo sé cómo encontrar la casa. Le pregunté, como distraído, si el taxi era un Mercedes Benz y me dijo que sí. Voy allá y pregunto por lo de Manolo, que tiene un taxi Mercedes Benz. Porque el flaco a la final se había asustado: Hermano, decía, te pido que no vayás sin avisarle. Porque el loco, no sé por qué, no quiere que nadie vaya hasta allá sin avisarle... Eran mentiras: tenía miedo y no sabía cómo revolverse.

Él era demasiado chiquilín para entender de olores femeninos (aquí Isabel calla, sonrío a los recuerdos, no habla,

tampoco la otra pregunta) pero en la pieza había algunos olores que no eran sólo de chocolate.

Vos dirás por qué quiero yo saber dónde vive Manolo. Será una locura, pero me parece que puedo metérmele en la casa o en algún lado que él me consiga por algunos días, con el cuento del desalojo. Total, si se ve que él ni tan siquiera vive propiamente allí.

Con el tiempo él también tuvo las experiencias necesarias para desconfiar, pero su olfato no tenía memoria y prefirió dejar las cosas como estaban, del mismo modo que su oído dejaba en la duda el recuerdo o el sueño de si el maniquí había pasado a llamarse en murmullos John Gilbert y el canario nada, o el recuerdo del chillido de los elásticos de la cama, demasiado agitado para que viniera sólo de la masticación de los bombones o de las peripecias de la novelita.

Sí, ya sé. Vos pensás, como la flaca, que es una locura. Pero querés decirme si desde ayer no venimos haciendo toda clase de locuras...

Margot sale de la cocina, ahora con las manos mojadas:

—¿Saben una cosa, que dijo la radio? ¡Encontraron el revólver del sereno!

—¿Cómo? —pregunta Luján.

—Lo dejaron en un bar, aquí cerca, para pagar el gasto. ¡Decime si son brutos!...

Sus plurales: ¿los está aludiendo, es sólo un modo de decir?

Bruto, asqueroso, bruto, era lo que ella le decía llorando para retrucar la acusación de los olores, esa acusación que sabía falsa pero no se animaba a aclarar.

Los cuatro se han quedado quietos, Margot ha vuelto a la cocina, a recoger más noticias. Como si todo aquello fuese un juego de muñecos de cuerda y la cuerda de los demás se hubiese terminado de golpe, clavando a cada uno en su sitio y sacando del retablo al muñeco parlante, llamado Margot. Ramos es el primero en reaccionar:

—¿Qué hiciste, bárbaro? —pregunta al gallego, sin mirarlo a la cara.

—¿Cómo qué hiciste?, ¿quién tenía los dos fierros y me refaló el que vendí?...

—Bueno, bueno, tiene que haber una confusión. Andá y mirá bien.

La radio, oye al pasar, sigue dando detalles. Va a su cuarto, se agacha, tirona la bolsa debajo de la cama, revisa, vuelve en seguida:

—Es cierto, vo. Me diste el del viejo, me diste: ahí está el del Gorila.

—¿Y vos ni lo miraste? . . .

—No me digás nada. Esto salió todo mal, esto salió mal desde el principio. Ahora hay que zafar. . . , porque a mí no me agarran vivo: con los años que tengo y mi prontuario, ¿sabés cómo me la como? . . . ¿sabés cómo salgo? Y se curva como un viejo achacoso.

—¿Cómo pudo ser? ¿cómo pudo ser? —pregunta Luján sin esperar que nadie responda.

—Ahora —dice el gallego—, la cosa es clara: comemos, yo le aviso a la vieja que nos vamos a trabajar a Florida, vos flaca te ponés tus pilchas y nos rajamos de aquí. Nos rajamos y tenemos que abirnos —añade—. Si el italiano les entregó el revólver tiene que habernos batido a los cuatro. Si seguimos juntos, tamos regalándonos.

Ramos y Luján saben que tiene razón, pero la evidencia de tener que prescindir de él les encoge el alma: él fue quien la jodió, él fue quien degolló, quien dio mal el trabuco; pero igual, él es el más fuerte. Miran con caras largas, no contestan.

Desde la cocina, Margot exige que le abran paso, anuncia que viene con todo. ¿Pusieron la mesa? Sí, claro, eso lo dejaba de cargo de ustedes dos, Isabel es también de la casa. . .

Margot ha dado más detalles a las dos mujeres, pero ellas se los guardan. Una vecina oyó un ronquido en el silencio de la madrugada, espío entre las tablillas de la persiana, vio a dos hombres que pasaban un fósforo por la cara del viejo caído. Un fósforo o una luz, algo así. Uno de camisa oscura, otro de camisa clara. ¿Sospechaba Margot? Vaya a saberlo. Hablaba de un fósforo paseado por los rasgos de un muerto, como si estuvieran descanutando un pollo recién pelado, todavía tibio. Margot tenía curiosidad por todos los cultos de brujería, había querido que los negros del Miguelete la admitieran en los ritos del culto umbanda, unas cuestiones que se hacen con un gallo muerto y una vela, según había contado Tomás. Los negros le desconfiaron, los negros no la quisieron: los negros macumberos, como ella les llama con desprecio desde entonces. ¿Qué tenía que meterse aquella gorda culona?, habrán dicho los negros. Un fósforo caminando, alumbrando, dorando, ¿buscando?, sobre el rostro de un muerto. ¿Habría sido un crimen por venganzas religiosas? ¿Pensaría eso Margot? Vaya a saber, sólo les daba la noticia y ellas dos habían visto que tenía aún en las uñas el ribete blanco de la harina de amasar. No han querido saber si Margot lo sospecha. Las uñas enharinadas se levantaban en el aire como si fueran el fósforo, ella se toma así, posesivamente, todas las cosas que oye, todas las que le cuentan, todas las que lee: como si las hubiera visto y estuviese ahora describiéndolas. Y aún actuándolas como una actriz: personificándolas. Quién sabe si no sospecha. Porque, decime vos, ¿por qué se lo ha dicho a ellas dos y no a los hombres, y no a su hermano? ¿Pensaba tal vez que era

suficiente, ya que ellas lo contarían? El gallego ha repetido que hay que abrirse, el gallego que no sabe nada del cuento del fósforo y de la vieja en la celosía y de los dos hombres agachados, pasándolo —¿no habrá sido por eso?— para mirar si se ensanchaban las pupilas del muerto. El gallego y el chato lo hicieron, claro que sí, no lo han contado pero seguro que lo hicieron, eso sí: pero no saben que se sabe, y eso es ahora lo que importa. ¿Habrá que decírselo? Se callan. El gallego ha insistido hasta el cansancio en que hay que abrirse, que así juntos están regalados, pero ya llevan todo un pedazo de tarde caminando sin destino fijo, los cuatro juntos. Otra vez juntos, otra vez regalándose, según él mismo dice. Aquí están, éstos son, como en el cantito: los cuatro sentados en un repelón de tierra, mirando un partido en el Barrio Olímpico, cerca de la rambla, del agua, de la escuela naval.

Ahora no ves nada, no es como antes, cada cuadro se tira a romper el juego del otro, no te digo a romper por dar fierro, no, a romper como no dejar lugar, y no ves nada, a la final no ves nada. ¿Ellos habían visto algo antes, que Tomás jode tanto con el fútbol de antes? No lo dicen. ¿Y qué sería mejor, qué creés vos que sería mejor, éstos de ahora le ganarían a los del 24, ponele? Hay quien te dice que sí, que ahora se sabe mucho más, que hay más recursos y todo eso, andá a saber. Pero ahora ya salen a la cancha a empatar, a no perder, a pelear el puntito, a llevarse el puntito si pueden y nada más... y lo que vas a ver entonces, si sos tan gil de ir y pagar, es bien poco y bien jodido, meta romper y jugar con el tiempo y con el óbol, meta bombar la pelota y marcación de zona y marcación de hombre a hombre y poblar el centro de la cancha y qué sé yo, todo eso que te están enseñando los entendidos, todo eso que oís por el transistor mientras estás mirando y no ves una sola moña, una sola jopeada, un solo drible y meta parar el juego y protestarla y sabés cómo, a la final te acabás levantando a mear porque cuando el juego no interesa en seguida te vienen ganas de mear y te vas a mear contra el murito de cemento y a lo mejor le estás meando la cabeza al milico que está a caballo debajo de la Colombes, eso sería lo de menos porque es un botón ¿y si meás al pobre diablo de los chorizos y los franfrutés, que está allí todo el domingo yugándola pa

ganarse los garbanzos? Mirá, si alguna vez se llega a ver algo es acá en los campitos, aunque aquí también te copian a los grandes y ya no hay casi mondonguillos ni jopeadas, si alguna vez se ve algo es aquí porque no hay director técnico ni nada de todas esas historias de las tácticas y del 4-2-4 y del 3-4-3 y de la putaqueloparió...

Las mujeres se aburren. ¿Es posible que no se les ocurra otra cosa que hablar de fútbol mientras andan pisándoles los talones? ¿Qué clase de vivos son, al fin de cuentas? ¡Cualquier día va a creerles Margot que así nomás van a irse a laburar a Florida!

Si él se dejara resbalar por aquellas piedras de la escollera Sarandí, si se deslizara por ellas y se hundiera en el agua, ninguno de aquellos pescadores se echaría tras él para salvarlo ni ella —esto la desespera— tampoco. La asusta el modo en que él se ensimisma mirando las aguas, sin seguir el hilo de los aparejos, sin interesarse en la actitud ni en las conversaciones de los hombres sentados, trepados o en cuclillas, que a veces parecen vacilar hacia la cara oblicua de aquellos cubos. Sabe que Tomás es nadador desde chico y hay que pensar en la gran voluntad de morir que precisaría para no hacer un solo movimiento, para abandonar toda posibilidad de salvarse pudiendo y sabiendo hacerlo, para quedarse inmóvil y tragar agua hasta asfixiarse sabiendo respirar, despedir la bocanada y flotar. Pero no sería para salir nadando después que él mirara con tanta fijeza aquellas aguas, esa hoya donde el río bate cáscaras de fruta y pedazos de género y suelas de zapatos y condones, suciedad de los barcos y suciedad de la gente. No. Sería en todo caso para dejarse caer allí y no intentar un gesto, un ademán, una defensa. Los otros, que no saben nadar como él, no pensarán ahogarse; y si alguien llegara a empujarlos o ellos resbalaran por ese musgo donde andan a saltos como sapos, agachados y casi despatarrados mientras preparan una carnada, trasegando de las latitas a la punta del anzuelo, patelearían seguramente, darían gritos, tratarían de asirse al primer cabo que cualquiera les arrojase. No sabrían cómo hacerlo pero tratarían, con desesperación, de volver a la superficie y salvarse. Y él no. Él está mirando el agua que bate y patina las piedras a lengüetazos blandos, el agua que revuelve y

mece inmundicias en medio de las cuales aquella gente sueña, en medio de las cuales aquella pobre gente ambiciona enganchar y sacar alguna lisa nutrida y engordada en las cloacas; él mira esas aguas con el pensamiento de entregárseles inmóvil, sujeto atado maniatado por su agarrotada voluntad de no resistir, por su decisión de no ensayar los movimientos que sabe de memoria y desde una memoria ancestral, aún antes (le parece) que desde los mismos días de su niñez (el gallego viejo también era nadador criollo de arroyos y lagunas), consciente de que esa voluntad de morir no habrá de abandonarlo como a otros, llegado el momento, confiado en que no habrá de traicionarlo y hacerle intentar las maniobras del salvataje, que no tienen el menor secreto para sus viejas costumbres. Cuando muchachito, en una cantera de Maroñas o ella no sabe bien dónde, los cuentos de Tomás son siempre tan desprolijos y confusos, se zambullía de pie o de cabeza, saltaba con los brazos como aspas y nadaba desnudo, se bañaba con los caballos, ¿sabés cómo, flaca, si pudiera decirte lo que se siente, lo que es nadar al lado de los caballos y tocarles el pelo lustroso y la crin y zambullirse y alejarse y volver nadando de espaldas junto a ellos?, y ahora no, ahora no, en cambio no, ¿cómo está tan seguro, cómo parece tan seguro de que sus ansias de salvarse y sobrevivir no le vendrán de golpe, no lo asaltarán de improviso en el momento de la muerte? Isabel lo conoce, está convencida de que se dejaría calar hasta el fondo, de que se ahogaría ayudando a que fuese más pronto, tomando tragos con la boca abierta, metiéndose agua como plomo en los zapatos, agua como plomo en las ropas, llenándose por gusto los bolsillos de agua, los pantalones de agua, la camisa de agua, las medias y los calzoncillos de agua, sin ensayar un solo gesto de liberación, el esfuerzo de descalzarse con un golpe de los talones, de desnudarse con un remolino rápido de los brazos, duro, impávido, con una quieta y torpe determinación suicida que venciera todas las tentaciones de la vida, que pudiera más que todos los reflejos, más que todos los instintos, más que todos los miedos de la especie que alguna vez, llegada la hora, ni siquiera la peor de las desgracias es capaz de abolir. Su rostro donde baila un reflejo de las aguas está diciendo que no habrá nada de eso, si decide hacerlo, que se dejará hundir bajo las

miradas estupefactas, que no tiene sombrero pero que será igual a esos ahogados de las películas cuyo sombrero queda flotando en el sitio como la corona de la muerte cuando ellos ya se han hundido, ya han descendido, han desaparecido, ya están más abajo de la guirnalda mortuoria del tafilete y no lo precisan, se han sumergido en la muerte con la cabellera deshecha, descubiertos, tiesos, frontales.

—Aquí, como lo ves, hay más de diez metros de agua —dice—. Suficiente para acabar con cualquier problema... ¿Sabés una cosa? —sin dirigirse a nadie—. Si uno se zafa de cualquier manera, si uno de nosotros se le escapa a la cana ¡ése es el que hizo todo! Acuérdense bien: ¡ése es el que hizo todo!

Ninguno de los tres parece escucharlo, ninguno de los tres dice nada.

Isabel, sin esperar más, se prende del brazo del gallego con todas las fuerzas, con todas las fuerzas de ella que sólo son capaces de hacer que sea arrastrada si el otro tira, si el otro empuja, que sólo lograrán que sea llevada si el otro decide lanzarse, no evitar la muerte de él sino sólo extorsionar con la propia, exigir que la lleven, que la arrastren, que sea también con ella. Font lo ha comprendido, sonrío, saca los ojos del agua y, como si los tuviera húmedos de ese largo roce, los posa ahora —color caramelo mojado, color caramelo a medio chupar— en los de ella castaños, en los de ella color café, y juegan de uno a otro un cansancio turbio, esa luz de cordura y entrega en que por fin se entienden. Viene tal vez de haberse ahogado y la encuentra allí, tratando tardíamente de impedirse. Ya está hecho, flaca, ya está hecho. Y ella Sí, ya lo sé, no podría pero puedo. Él desiste, por esta vez desiste, se alza de las piedras, camina, Vamos con ellos, dice, vamos, negra, soltame, dejame parar, vamos.

El diario de la tarde —lo han comprado ahora, al acercarse a Playa Ramírez— no tiene más asunto que nosotros, dice la gorda.

Hay bajante, la gente se baña lejos de la orilla. Gente que no ha cometido ningún crimen y podría bañarse en racimos, si tuviera más agua; el agua entre gris y barrosa, bajo el sol interrumpido de nubes y un calor de tormenta.

Los lunes son muy flacos, si el domingo no hay fóbal. De algo tienen que hablar, dice el chato.

Más allá, entre aquellas rocas, apareció La Degollada de la Rambla Wilson, ha referido el gallego. No porque lo recuerde, qué sé yo dónde vivía entonces y si iba a la escuela, no me acuerdo. La vieja lo contaba siempre. La vieja vive, hablás de ella como si estuviera muerta. Sí, vive, pero ya no lo cuenta. Allí, entre las rocas, apareció la degollada. Y demoró en saberse quién era, contaba la vieja. Al final agarraron un maniqué, lo vistieron con la ropa de la finada y lo volcaron en una vidriera del centro. La gente desfilaba en montón delante de la vidriera, era el gran plato de aquellos tiempos, no había radio, no había tele. Hasta que pasó por allí su patrona y la reconoció. Petrona López: se llamaba Petrona López. ¿Cómo te acordás? No, no me acuerdo de ella, me acuerdo del cuento de la vieja. Petrona López y bueno, pero el asesino no aparecía por ningún lado. Todo Montevideo no hablaba de otra cosa, decía la vieja. Los crímenes tenían más público que ahora, bromea el chato. No jodas, dice el gallego, que todavía tienen demasiado. Isabel prefiere seguir el otro amontonamiento, el de los bañistas en la arena y el agua. ¿No tendrían un tema más

bonito, para un día de playa? Nosotros no hacemos playa, somos los mirones de cómo se bañan los bacanes. Los bacanes no vienen a esta playa, van más lejos: Carrasco, Punta del Este. Bueno, los bacanes no, pero sí los fanintes que pueden bañarse tan campantes. Podría decir: los que no sean perseguidos, los que no sientan que anden pisándoles los talones y puedan refrescárselos metiéndolos en el agua. Sí, podría decirlo pero no lo dice. A la flaca no le gustaría. Sí, no le gustaría, tampoco le gusta este cuento de la Petrona López, no le gusta porque su madre fue asesinada por un hombre. Asesinada sin misterio, eso sí: puñaladas y preso, chau. Sí, y tampoco le parece bueno andar sacando, a todas las vueltas, el caso de los degollados. Mejor que no.

Pero ha sido la gorda la que ha tenido la inventiva suficiente para cambiar de tema:

—El diario de la tarde no tiene más asunto que nosotros —ha dicho.

—¿Cómo se llamaba el coso ése que la mató? La mató y se comió una cana terrible, hasta que un día, era tuberculoso, lo llevaron al Maciel y quiso escaparse y uno de los guardias le metió un plomo en la zabeca y colorín colorado. ¿Cómo se llamaba?... Del viejo Sambucetti no va a acordarse nadie en pocos días, pero de la Petrona López hay mucha gente que todavía se acuerda. Los muertos de antes... Y aquél también era uno de antes, ¿cómo se llamaba?

—Mirá vos si es jodido el tipo que escribe esto —dice la gorda, sentada en el muralloncito de piedra—. Oigan: el revólver es un Johnson de desmontar, de los vulgarmente llamados de bisagra, calibre 38 corto, niquelado, cachas negras, la derecha con una punta rota, descargado, llevando en la culata el número 43404 y presentando manchas de sangre.

—Jodido y alcahuete —dice el gallego—. ¿A quién le interesa?

—El idiota ése quiso poner un dato que ningún otro diario sacara —dice el chato—. Porque si es el arma nuestra es otra cosa y sirve p'averiguar quiénes somos, algo, cualquier cosa...

—Como el vestido de Petrona.

—...pero si no era más que el arma del finado y ya se sabe de sobra quién era el finado.

¿Busca una sensación de alivio? ¿Busca que le crean que están aún muy lejos de ellos? Nadie se lo pregunta. ¿Cómo carajo se llamaba aquel coso? Eran dos nombres que combinaban bien, como de artista mejicano ahora que piensa, y un apellido cortito, que le venía bien a esos dos nombres. ¿Cómo era?, pero inútil preguntárselo a éstos; éstos ¿qué saben?

De más abajo que el muralloncito de piedra suben las risas de la playa. Cuando el mar está bravo y las olas golpean aquí mismo donde estamos sentados, nadie puede andar mojándose el culo por acá ni jodiendo y a las risas por allá, casi en la boca de los caños. ¿Cómo carajo se llamaba el coso?

—Oigan, che, también hay declaraciones del tano del café y las filiaciones (mira hacia los costados, las risas están lejos, la gente también, este pedazo está vacío, este pedazo de los que no se bañan, esta parecita de los que pescan hoy está vacía, con todo ese revuelo de bañistas qué pesca va a haber) ... las filiaciones de nosotros.

—Dejá, dejá eso —dice el gallego.

—¿Por qué dejá? —retruca la gorda—. Porque vos no querás oírlo ¿va a dejar de estar escrito aquí, por si acaso? ¿Te creés que vas a borrarlo del diario si no lo escuchás?

—Me jode oírlo, ésa es la cosa. Y me parece que ya estamos bastante jodidos, sin necesidad de leerlo.

—Más te van a joder las declaraciones del tano, que se ve que sacó pecho cuando se vio rodeado por los tipos. José Trovatto Scoppo, mirá cómo se llama.

—¿Trovatto qué? Hijo de una gran puta.

—Supo el hecho recién el domingo a las 15, por la radio. Pero no lo refirió a sus parroquianos porque pensaba presentarse a la policía a las 18, cuando viniera a relevarlo su socio, y contar así todo lo que supiera. Minutos antes estuvo allí el comisario de la 13, alertado por un sereno de las vecindades...

—¿Otro sereno?... ¡El que le preguntaste de Juan Valle!

—Entregó entonces el arma al comisario y reveló lo que conocía de los sucesos de la noche antes. La policía decidió retener esos datos por unas horas, mientras cumplía otras averiguaciones. Así que hoy los ofrecemos a nuestros lecto-

res en carácter de primicia, a fin de contribuir a la captura de los cuatro asesinos.

—¡Cuatro asesinos! Epa. Así que nosotras... —la gorda se ha interrumpido en la lectura y los mira. Isabel prefiere poner cara de no haber entendido.

—¿Te imaginás la facha del tano dándose importancia? —dice el chato; ha tomado el diario de manos de la gorda, que ha optado por abandonar desde que allí le llaman asesina.

—Jajá, vos eras la que quería seguir leyendo...

—Sangre en la empuñadura del arma y en los nudillos de uno de los criminales, sigue el chato. Esto es por mí, por estas peladuras. Y también dice que mandó al peón a interceptarnos, en cuanto se dio cuenta, y que nosotros amenazamos de muerte al peón.

—¿Quién lo amenazó, hijo de puta? Mirá vos cómo se cuentan las cosas...

—Tomás, no quieras distraerte —sale de su silencio Isabel—. Ésos son detalles sin importancia, de relleno como quien dice. No nos buscan por haber amenazado al peón del boliche, nos buscan por otra cosa.

—Sí, claro.

—Oí, che —a Ramos parece divertirlo, ahora que alguien los describe y eso se publica—. Uno de ellos es de unos 45 años de edad y 1.65 de estatura, cutis blanco sonrosado, cabellos canosos, camisa oscura de nylon, mangas cortas, pantalón de un amarillo oscuro. La mujer que lo acompaña es baja, delgada, tal vez de menos de 30 años, cutis blanco, cabellos negros cortos, pollera tableada, floreada, de color claro y blusa blanca, cinturón ancho, zapatos de taco alto...

—Mirá todo lo que vio el hijo de puta —se irrita el gallego—. Se ve que no estaba estornudando cuando nos junó...

—El otro es algo más alto, aproximadamente 1.75, de complexión delgada pero fuerte, musculoso, de unos 35 años, cabellos largos y negros pero menos abundantes, ondulados, peinado para atrás, camisa clara, mangas recogidas y pantalón gris oscuro. La mujer que lo acompaña es de complexión robusta, cutis morocho, al parecer en estado de gravidez...

—Gorda panzona, te creyeron preñada —ríe el gallego—.

Los otros tres miran con reprobación, no contestan. Y el gallego, sin que nadie lo pida: Disculpá, gorda, fue una broma...

—...cabellos largos hasta el cuello, pollera azul y buzo blanco, zapatos bajos. A vos al menos no te calcula la edad.

—¿Dice algo más? Así la terminamos de una vez —pregunta afirma Isabel.

—Sí, dice: El que entregó el revólver al barista fue el más bajo, pidiéndole que lo guardara en prenda de la consumición y prometiendo volver a buscarlo...

—Mirá, el bandido no cuenta la guita que me dio... Prefiere perderla.

—El que tenía los nudillos lastimados es el otro. Lo vio cuando al salir le puso una mano en el hombro a su mujer.

—Vos siempre te jodés por cariñoso —vuelve a embromar el gallego.

—Terminala —el fondo inamistoso de la voz de Isabel sirve para frenarlo.

¿Tirarán el diario a las aguas, lo guardarán? No dice nada más, habla de pistas como siempre, de Se averigua como siempre, como esos folletines que la cortan en lo mejor y prometen grandes revelaciones para el próximo número, así los giles pican y lo compran.

Y ahora ya la gorda está hablando de otra cosa, quizá porque alguien tiene que hablar de cualquier cosa. Hablando de otra cosa, allí sentada con sus grandes nalgas achata-das sobre la piedra, y alrededor de los bordes de su culo las cabezitas acollaradas de los bañistas como muñecos, los grititos lejanos de los bañistas como pájaros, como si quisieran hacerle cosquillas en el panderero. Qué. Está mirando hacia adelante, gorda rinoceronte, diciendo "Yo una vez subí a esa rueda gigante", rememorando sus aventuras del Parque Rodó, su experiencia de los entretenimientos. "Subí a la rueda y una vieja que estaba más arriba —más arriba al subir, más abajo al bajar—, pero estábamos subiendo y va y se pone a sangrar por la nariz y me ensucia todo el vestido, con semejantes goterones. Fue un lío, dice la gorda, no precisa el tiempo, Ramos seguramente no estaba (¿habrán sido los días de la prisión de Ramos y la casilla del Pelusa?, mejor no averiguarlo al detalle, también podrían ser sus tiempos de muchachita virgen muy muy joven, mejor no

averiguarlo). Fue un lío porque yo empecé a gritar, Paren la rueda, gritaba yo, Paren la rueda, Hasta que la pararon y bajamos y yo acusé a la vieja, que se había puesto un pañuelo en la nariz y lo tenía todo empapado de sangre, la acusé y le dije que a lo menos tenía que pagarme los gastos de la tintorería, porque sangrar así era la culpa de ella y yo era una pobre. Usté no echará sangre nunca, digo yo —salió queriéndome joder la vieja—. Sí, doña, la echo cuando tengo que echarla, dije yo para joderla a ella, pero esos días del mes no me subo a la calesita. Dije la calesita y allí mismo me saltó el viejo que estaba con ella: Esto no es una calesita, ¿usted no sabe distinguir? Al final de las cosas el viejo sacó un billete de diez pesos y dijo Está bien pagado, vamos, vieja, mejor no discutir con cierta clase de gente, y yo me quedé con el billete en la mano, que era más que el precio de la tintorería, y los demás querían que la vuelta de la rueda siguiera pero yo me bajé, me daba no sé qué seguir así, toda salpicada de la sangre de la nariz de la vieja... Me bajé y me fui.

—¡Vega! —descubre grita el gallego—. Pará un poco: el coso aquel de la Degollada se llamaba Vega, ya te digo los nombres...

¿Qué pensará el flaco del hospedaje que ofrece?, dice ella. Este piso de tablas flojas. Pisás como si fueran los pedaños de una escalera podrida, parece que fueras a hundirte al paso siguiente. Sí, pero piense lo que piense del hospedaje que ofrece, fue lo mejor que pudo dar y aún así lo dio a regañadientes, por una sola vez, por una sola noche. El gallego repitió que había que abrirse y el chato dijo que entonces él volvía a su rancho, que él no iba a andar cambiando y buscando enterraderos a lo loco, cuando ni siquiera estaba seguro de que los hubieran individualizado. El gallego argumentó que él para algo ya tenía dominado a Píriz. Voy y lo saco de la casa, si me da la gana. No seas burro, opinó el chato, lo tenés dominado pero si lo pensás bien el tipo ya te tiene manyado y va a entender lo que le falta, si es que algo le falta, cuando le pidás para quedarte de noche. Mejor alguien que sepa menos. ¿Quién? No había, claro, no había, nada de esto pudo planearse, nada de esto se hizo a sangre fría y preparando los sitios, todo fue una gran joda improvisada. Degollaste al viejo sin tener prontos los enterraderos, ja.

Píriz les puso inconvenientes. No iba a creerse, se ve, el cuento del desalojo. ¿Y Manolo?, preguntó el gallego. Ah sí —hizo como que recordara penosamente Píriz— le dije que te había visto esta mañana, que andabas preguntando por él... ¿Y?. Y... ¡no quiere saber nada! Ah, no, yo mato a uno, dijo el gallego, cuidando poner en el acento la contraseña de que por el instante era una broma pero, si lo apuraban, podía volverse algo cierto, sí, así como sonaba. Al final yo mato a uno, como si antes no hubiera matado a

nadie. Bueno, sí, había matado, pero Píriz no lo sabía. ¿Querés que te diga lo que es Manolo?, ¿querés que te lo diga?... perdoname que sea tu amigo: es un cómico, un payaso, una basura... ¡un sorete a la izquierda! Píriz tenía miedo, pero aún así se río. Tendrías que haberle dicho un cero, ésos son los que no valen nada a la izquierda. Negra —bromea para cubrir el error— todo lo que te enseñaron las hermanitas y el sitio donde viniste a parar. Al cuarto de tablas flojas, al piso que chilla, como en una de misterio. Mejor que andar a monte, digo yo, qué le vas a hacer. El piso de las tablas flojas: al final, Píriz consintió en que se quedaran. Sólo por una noche, hermano, y ni que pensar que lo sepa Manolo. Era visible que temía a Manolo, pero más inmediatamente al gallego, porque lo tenía allí, era más fuerte que él y no encontraba buenas razones para sacárselo de encima.

Caín también fue hermano, como enseñaban las hermanitas. No quiero líos con nadie, hermano, ¿sabés?, capaz que me echa si se entera... ¿Si se entera de qué?, de que no tenemos techo y vos nos prestaste por una noche la pieza del fondo.

Isabel se metió adentro en seguida, como si temiese que el flaco fuera a arrepentirse y los echara. Gracias a que te tiene miedo, que si no... No, no, el flaco no pensaba en echarlos, una vez que los había admitido. Pero cuando el gallego iba a entrar tras ella, lo llamó aparte y el gallego contestó que sí (no se había escuchado el pedido) y le dio algo, no quiso decir qué. No te preocupes.

¿Qué pensará el flaco del hospedaje que ofrece?, dice ella, mientras Tomás tranca la puerta, inmovilizando el picaporte con el respaldo de la única silla que vive en aquel páramo de arenas movedizas. Las paredes desnudas, la puerta, las tablas que crujen: nada más. Se sientan en el suelo, en el tramo que averiguado por el pie menos tiembla. Se sientan allí, recostados contra la pared y el gallego saca de su bolsillo el yesquero del chato, lo pone debajo mismo del rostro de Isabel y enciende sin consultarla, como si estuviesen jugando a una de fantasmas. Saltan los rasgos de Isabel, abotagados por la luz por la sorpresa. Qué miseria, qué carajo hará este tipo en esta pieza, con este piso tembleque y esta silla viuda. Viuda y renga, dice Isabel. ¿Nos

aguantará? Aguantar o no aguantar, ¿qué significa? ¿Que el flaco los encubra o que el flaco los delate, que puedan dormirse o vengan a buscarlos, que el otro quiera meterse por su cuenta, para asaltarlos en la noche? Tomás habla muy bajo, casi al oído de Isabel. ¿O la tendrá para esconder bagayos?... taximetrista y bagayero... vos sabés. Con el respaldo de la silla, tapé también el agujero de la cerradura, informa. Porque este desgraciado puede ser como el pelo de fogata que contaba la gorda. Para lo que podrá espiar, aquí en lo oscuro, dice Isabel. Capaz que le gusta oír, a ver qué oye. El pelo de fogata era un vichón, éste quién sabe. Si quiere oír si nos movemos, va a saberlo por el pamento del piso, porque esto es peor que un tablado, de ésos que uno corría y saltaba de botija. Ha encendido ahora un cigarrillo y el punto de lumbre hace de centro en la pieza compacta: ojo de las tinieblas. Fuma y, en cuanto estira una pierna, el piso le devuelve un ruidito como si se burlara, un ruidito jodón, como si el piso estuviera haciéndose el vivo y pasándole los datos al dueño, como si ellos dos, allí solos, sentados en el suelo, sin un colchón, sin un jergón de paja, sin una manta para echarse encima, sin una almohada, sin nada, fueran los prisioneros y el flaco, atento al otro lado de la puerta (de la puerta ensillada, dice para aliviarse con su propia joda el gallego) fuese el carcelero y los tuviese en sus manos. Sí, al final va a resultar que hemos venido, vivitos y coleando, que hemos entrado solitos y jauleros por esa puerta a meternos en este calabozo de mierda que cuida el flaco. Y el otro, el más cobarde, el más jodido, primero nos ha hecho el cacheo y ahora está seguro de poder con nosotros, de tenernos en cana. Si creés eso, tendrías que adelantarte vos y hacer lo que esperás que haga el otro: ponete a escuchar. Escuchar si está todavía ahí, si se mueve en el resto de la casa o si fue a batirnos la cana y va a aparecérsenos dentro de un rato con los botones y adiós silla y adiós cuarto y adiós noche y adiós mi plata. Escuchan, el gallego puesto en cuatro patas. Nada. El resto de la noche les entrega un silencio absoluto. ¿Y si el flaco estuviera durmiendo?... no pienses mal. ¿Que no piense mal yo?, si fuiste vos la que empezó... Ahora todo lo que se sabe del gallego es que respira detrás de la otra punta del cigarrillo y que la punta del cigarrillo ha andado gateando alrededor

de la silla. Sí, pero ahora se ha quedado quieto y el piso de tablas le achata las nalgas y aquello lo ha hecho aflojar y se ha puesto a hacer chistes macabros: lo que es vivir sobre una tabla floja. Al tipo, negra, le pasan una cuerda por el cogote y cuando encuentra que está lo más cómodo, sólo que como si estuviera agarrado de una corbata demasiado grande, zas, van y le mueven las tablas del piso y se las mueven cómo, abriéndole una trampa debajo mismo de las patas, y entonces sí que los zapatos del pobre diablo piden piso y no se los dan y el tipo se queda colgado de la corbata gorda y va y te saca la lengua. . . y también dicen que se le para la que te dije. . . Lo vi en una película, se veía patente, impresionaba. . . Con el gordo Miguel fue otra cosa: para empezar que se colgó él por su cuenta y no lo colgaron. . . Y a más, que se ató una sábana de la punta de la cama, en la celda, sin trampa ninguna debajo de las patas, mirá vos. Claro que en la película sólo salía lo de la lengua y el cuerpo colgando como un judas, sabés cómo. Lo otro no, porque ahí te cortan la película. . . ¿Por qué te reís de la muerte, Tomás? ¿Porque no le tenés respeto o porque la sentís muy cerquita? ¿No tenés miedo de que Dios pueda castigarte? ¿Pueda? ¿No te das cuenta de que me jodió ya, chiquilina? Y ella: Ah sí, ¿soy yo esa joda? El cigarrillo salta en la noche de la cueva, hace una delgada trayectoria luminosa, da en el suelo, parpadea un segundo y se apaga. Y él está súbitamente abrazándola en lo oscuro, besándola, jurándole que ella no fue nunca un castigo sino todo lo contrario, una bendición, la única, te juro, la única bendición que he tenido en mi vida, que fue ella la que se jodió viniéndose con él, con un perdido un chorro como diría tu viejo.

Bueno, episodios no, corta Isabel. Y ahora es ella la que refiere un sueño, ¿fue anoche?, ya ni sabe los días, sí, tal vez fue anoche o mejor dicho ya después que amaneció y me dormí, un sueño en que había una mano que no era de ella ni de él y esa mano se abría entre la oreja de ella y la boca de él, no para hacer de pantalla sino de muro, para que ella no pudiese escuchar algo que él estaba a punto de decirle. ¿Qué era? Ésa es la cosa, no se sabía, nunca lo supe, ya no se sabrá. Debías saberlo vos, que eras el que iba a decírmelo.

Como si tratara de encontrar o apartar la mano del sueño, las de él trabajan ahora sobre el cuerpo de ella, los pechos diminutos de Isabel, el vientre de Isabel, zonas que acaso parecieran verse con el esfuerzo de los ojos, carnes recién desnudas en lo oscuro, campo de besos.

Una vez tuve ganas de agarrar por el pescuezo a una hembra, mirá vos. La palabra hembra hace que el recuerdo prometa ser ligeramente lascivo y el cuento ligeramente obscuro y redondo: los atributos de una mujer, contados y revelados a una niña. Pero me aguanté. Es raro, ¿sabés?, toda la vida me gustó el pecho de las mujeres con rayita al medio, las tetas que se juntan aquí (le hace una cosquilla en lo oscuro, ella emite una risita inquieta, asordinada, no hay que darle el gusto al flaco y la risita se muere en seguida) y hacen una rayita natural, no la rayita de cuando las apretás por gusto, de cuando uno las hace chocar como dos bochas o ustedes mismas se las aprietan. . . Una rayita que yo no tengo ni apretando, Ya sé, no importa, con vos es diferente, ¿Por qué no importa?, No sé, no importa y chau. . . pero dejame hacerte el cuento. Era cuando Margot cosía y la muchacha era una clienta de Margot y yo vivía en casa, allá en Maroñas, cuando vivía el viejo y vivíamos en Maroñas. . . La muchacha tenía una blusa hasta el pescuezo, que no le había hecho mi hermana, parece. Pero aquí, un poco más abajo del pescuezo (otra vez la cosquilla del dedo delineando un triángulo entre las clavículas de Isabel, segunda risita corta de Isabel, silencio) empezaba un triangulito de tul. . . Y por el tul se veía la rayita, como si la fruta estuviese en la fiamblera, mismo así. . . Me vinieron ganas de tirármele encima, te juro, de arrancarle la blusa a pedazos, de reventarle con las manos ese mosquitero, sí, meterle los dedos por el agujero para toquetearla toda, qué sé yo, pero me aguanté. . . fijate que yo nunca fui un degenerado de ésos que le vienen las ganas y se acabó. . . No, pero nunca he tenido tampoco una mujer de pecho con rayita, esa rayita que se hace sola, te digo, no la que ustedes se hacen apretándose el corpiño, la que todavía debe quedarles marcada cuando están desnudas y todas flojas. . . ¡nunca! Yo ni siquiera puedo hacérmela con el soutien, ¿qué me contás? Te cuento que con vos no me importa. . . ¡y guarda con el flaco, no te muevas!

Para mí, negra, una mujer no es del todo de uno si uno no puede marcarla con un buen chupón. Y ella: mirá si un día tuviese que mostrarle a un médico esta barriga (y agarra la mano de Tomás y la lleva a que toque el vientre en las tinieblas, una tabla empieza a narrar lo que están haciendo, a profetizar lo que van a hacer). Con todas esas ventosas azules, finge lamentar ella. ¿Cómo sabés que son azules, si aquí no se ve nada? Lo sé de otras veces, porque siempre pensé que no sabría qué decirle al doctor si me lo preguntara. Y bueno, decile que son ventosas, concede él. ¿Ventosas aquí? ¿Para qué? ¡Para qué, para qué!: eso tendrá que saberlo él, si es tan doctor. . .

Las tablas del piso denuncian que la caricia prosigue, que el cuerpo de ella imprime el hueco de la espalda de esa caricia en las tablas y el flaco debe estar escuchando y haciéndose la astilla. La astilla o la cuzca, si es como el pelo de fogata. Claro que sí, la astilla de las tablas del piso. Y cuando la boca de él empieza a buscar hurgar el vientre de ella, como el hocico de un perro o mejor todavía (nunca lo ha visto más que en láminas, nunca lo vio en Villa Dolores, pero es tan largo que seguramente podrá trabajar así y todavía más profundo) como el hocico de un oso hormiguero, como si quisiera abrir allí la boca de nuevos ombligos o el cráter de nuevos sexos, ella comienza a contorsionarse entre planchas que saltan como las de un xilófono y el cuerpo de ella es el martillo golpeándolas y golpeándolas: ella quiere entonces escapar y él la toma de las corvas y por los muslos, mientras el oso hormiguero sigue buscando y ella está allí prisionera y rebelde, debatiéndose con las piernas semiabiertas y el espinazo en curva; y al fin de su protesta se deja vencer y ríe, ríe sin pensar en la astilla del flaco, en la oreja del flaco ni en los ojos del pelo de fogata, ríe con una risita delgada y apretujada, ji, ji, ji, no la risa plena y gorda jajajá sino una risa finita, risa contenida y angosta, comprimida y como estrangulada de sexo, de nerviosidad y de cosquilla: ríe. Y de pronto la pésima ocurrencia, la ocurrencia que arruina de un golpe la fuerza de lo erótico: si te movés con tanta furia, vas a acabar despertando a los ratones. No al flaco: a los ratones. ¿Entonces de verdad hay ratones aquí? Detesta a los ratones, siente repugnancia por

los ratones, un horror, un miedo, un asco, todas las cosas juntas, no sabe. Te juro que si siento un ratón me subo a esa silla y no me bajás con nada. No sé, es un terror. ¿Y si yo me convierto en ratón? Lo mismo, lo mismo. Él refiere una escena de su niñez, no, no, mejor de su adolescencia, yo ya era un boludo y Margot una mujer. La escena en que aparece un ratón y él agarra una escoba y Margot se queda fija en medio del comedor y abre las piernas, sí, abre las patas como la yegua del carro del verdulero y empieza a mearse a gritos, a risas, el terror del ratoncito que corre por debajo de los escobazos y los gritos chillidos alaridos risas histéricas de Margot, Margot muerta de miedo y de locura y sin poder moverse, las piernas abiertas y el chorro de orines, el charco de orines más chiquito que el de la yegua del verdulero en los adoquines y entre los restos de hojas de repollo, pero extendiéndose igual, regado desde arriba porque ella está orinándose a través de sus ropas puestas y el chorro sale como filtrado y torcido, ella de pie, agarrotada, escandalosa, incapaz hasta de retroceder si el ratón se volviese hacia ella, pero el ratón está demasiado ocupado en salvarse y en correr pegadito a los zócalos, buscando los rincones hasta que el último golpe de escoba le quiebra el espinazo y entonces abre el hociquito y se queda así quieto, acostado, los ojos como dos cuentitas de vidrio y un hilito de sangre en el hocico y Tomás que lo levanta de la cola y entonces sí el rugido de Margot, los gritos ya más gordos, el miedo que se vuelve sólo asco y se pone bochinchero, la disparada y el charco que se desfleca en la carrera y los insultos y el llamado a Mamá. Todas las mujeres, dice Isabel, todas las mujeres le tenemos terror a los ratones y terror a las arañas y no quiero imaginarme qué clase de cosa se siente por las víboras, porque nunca las vi. Y desde que el cuento de Margot y el ratón ha terminado la mano de él, que parecería haberse detenido a escucharlo, pendiente de su propio discurso, hueca sobre uno de los senos de ella, sus tetitas de maniquí como él dice otras veces, vuelve a moverse y moldea y se va quedando en sus dibujos y otra vez el piso, el piso por donde ya no andan ratones se pone a chillar, ratón él mismo, protagonista de la historia.

Vos sabés, dice él, cuando éramos muchachitos y no sabíamos nada, nada de las mujeres y apenas pensábamos con

la imaginación cómo se hacía con ellas, alguien trajo a la barra un cantito que le decíamos Todas las Mujeres Tienen, y me acordé ahora cuando dijiste que todas las mujeres tienen miedo a los ratones, porque uno era un cantito con mujeres y ratones y otro era un cantito con mujeres y cuchillos.

¿Mujeres y ratones, mujeres y cuchillos, qué locuras estás diciendo? No quiere que oiga el flaco, el flaco alcahuete, aunque esto no sirve para contárselo a la cana, Tomás se desentiende de tararearlo bien porque ya no es la tonada sino sólo su historia, la historia de una tonada, la historia de unas bobadas y unos inventos, dice, Todas las Mujeres Tienen, así se llamaba y ellos, los muchachos, le inventaban letras nuevas cada vez o cambiaban las letras conocidas, pajarías de chiquilines que estaban hablando de las hembritas del barrio sin animarse a hablarlas sin animarse a tocarlas sin animarse a convidarlas. Mirá, la cantarola de los ratones decía Todas las mujeres tienen/en el pecho dos limones/y un poquito más abajo/la cueva de los ratones, je, carraspea, y otros no querían decir limones sino melones, porque eran más grandes y les despertaban más ganas, tenían la calentura de que fueran más grandes, comerte un melón es más grande y más dulce que comerte un limón, como los veían o se los figuraban debajo de las blusas, pero si igual nunca los tocábamos y los limones es más bien la formita con la punta ¿no te parece? Lo que me parece es que a vos desde botija te gustó el pecho de las mujeres y viniste a dar conmigo, qué mala suerte y él No, ya te dije, con vos es diferente, y además era sólo un cantito, nada más que un cantito que a veces lo dábamos vuelta por joder y entonces decía una cosa que a vos te va a erizar, decía Todas las mujeres tienen/en el pecho dos ratones/y un poquito más abajo/la cueva de los limones, y ahora sí es cuando a algunos les gustaba más que fuesen melones la cueva de los melones, prometía más cosas pero a mí no me gustaba, era como pensar en mujeres preñadas, una cosa que siempre me dio miedo, ¿sabés? y entonces más que ahora. A mí lo que me asusta es lo otro, la cueva de los ratones. ¿Te asusta más tener allí una cueva que llevarlos colgados al pecho, dos ratoncitos colgados de las tetas como caravanas?, Bueno, eso de llevarlos colgados es un disparate y un disparate no

se te hace verdadero así nomás, parece una de esas cosas crueles de las películas de terror o de sueños de locos, una mujer caminada por las arañas, una mujer amamantando dos ratones, sería lo más asqueroso de ver, como esas cosas que una vez vi en el cine que se les aparecen a los borrachos perdidos cuando deliran, no sé cómo se llama y él Cri, cri, cri, este ratoncito está con hambre y ella No, no, no muerdas ni en broma, Éste es un ratoncito mamón, ¿habrá ratoncitos mamones? y ella Eso sí que no, morderme ahí no, después te viene el cáncer y no es juguete, y él que abre los labios y suelta el pezón y ahora está diciendo la otra variante, una variante no inventada por ellos sino traída por alguien a la barra, Todas las mujeres tienen/en el pecho dos membrillos/y un poquito más abajo/la vaina para el cuchillo, esto a ella le da menos miedo, parece que fuera menos grave, para su sensibilidad de mujer, sentir que por allí entre un cuchillo que sentir que por ahí entre un ratón, Ah, no, ésta sí que es una idea insufrible, lo otro si querés es la muerte y el dolor y la sangre pero no de ese modo horrible el asco, no morir de asco y llena de ratones por dentro, y después daban la vuelta a este cantito y quedaba absurdo, dos cuchillos colgando del pecho y de lo más absurdo si decían la vaina para el membrillo, esto ya era un disparate puro y a nadie le hacía gracia y lo olvidaban.

La idea de un ratón disparando en un piso de tablas flojas, la idea de un ratón metiéndose en su cuerpo, la urgencia por cerrar las piernas y él impidiéndoselo, Eran macanas, puras macanas, cosas de pibes, ahora se acuerda de que era en los fondos de un cludéfóbal y que les ponían las tonadas de las murgas de la época, haciendo como las murgas una pausa repentina antes de soltar el último verso, para que fuera más picaresco, y quedaba un silencio y un gesto después de la frase y un poquito más abajo y después el verso final se descolgaba como un mono y nadie lo esperaba y era la rúbrica y la carcajada y la rúbrica iba acompañada por ademanes lúbricos o que ellos, pobrecitos, creían lúbricos, algunos haciendo en el aire y hacia arriba como una cosquillita solitaria del dedo mayor levantado o con tres dedos si figuraban las patitas de los ratones, cuando el verso era Lacuevadelosratones, y otras veces haciendo un gesto

con la palma de la mano hacia adelante si era Lavainapara-elcuchillo, el gesto no de empuñar un cuchillo sino de meter un cambio en la palanca del automóvil, como si hundieran algo que no era el cuchillo ni tampoco la tripa en el vientre de la mujer, él no dice siquiera la tripa sino el pedazo, ¿pedazo de qué, por qué pedazo?, dice el pedazo pero agrega en seguida que ninguno de ellos había visto jamás a una mujer en pelotas y sólo podían imaginársela con las manos, aquí como ratones, aquí como hundiendo la palanca de cambios, allá dibujando los órganos que imaginaban a las mujeres, con tiza y en los muros, junto a palabras, aquí sobre la foto de una mujer desnuda en una revista, una revista que alguno conseguía y se llamaba La Caricatura Universal y era una revista de porquerías, aquí y al fin sobre su mismo cuerpo caliente de muchachos, masturbándose.

Y ella No, no, no, jamás podrá pensar que a una le recorran el cuerpo de arriba abajo los ratones, se le metan adentro del cuerpo los ratones, sería como imaginarse una mujer preñada por el jugo de los ratones, orinando cabecitas de ratones, engendrando ratones enteritos que le crecieran como ratones en el interior del vientre, una vez alguien dijo El monte parió un ratón y ella lo recuerda ahora, dice, y se le representa el monte como una mujer gigantesca y el ratón saliendo de sus piernas abiertas, y él está contándole ahora, entusiasmado, todos los trabucamientos, cuando ya el jueguito no daba para más, Toda la jeremu tienen/en el chope dos milones/y un copito más ajabo/lavacué de los tarrones, y milones era una palabra que no se sabía si cambiaba a limones o a melones, tenía eso de bueno y no había desacuerdos pero la cosa dicha así, medio al vesre, perdía sentido y ellos la sentían desprenderse de sus ganas eróticas para irse a la pura joda, y quizás al poco tiempo fueron un poco mayorcitos y pisaron por primera vez un quilombo y se acabó la historia de andar cantando pajerías, de andar pajeándose en verso y con ademanes de murguista y con el sexo y con las manos, pobres gurises que ya sentíamos ganas...

La historia también aquí se va apagando y crecen en lo oscuro los dedos de él sobre ella y la tripa de él entre las piernas de ella y ella ya no se asusta de que se la anuncien

como un ratón o una rata, fijate que no sé por qué la comparan, ahora es él y sólo él con su apretón y con su fuerza, con sus manos que oprimen y que acarician y que separan y su carne que se eriza y se hincha y penetra, las tablas flojas que empiezan, parece que empezaran a crujir de otro modo, vueltas cama vueltas colchón vueltas sábanas de abajo, y aquello va inundándolo todo y llenándolo de quejidos que no se quejan y ya no interesan ni el flaco con la oreja puesta en la cerradura ensillada ni el pelo de fogata mirando fantasmagóricamente en las tinieblas, no importan los ratones ni los cuchillos ni los limones, nada sino esa tripa que penetra, Viejo, vas a sacar, por favor no hagás burradas, que aquí no hay cómo ir al baño y él nada, él calla o jadea, ella siente teme sabe que va a hacerlo, que esta vez va a hacerlo del todo y a dejarse acabar morir en ella, él no amenaza con la muerte sino ahora y tan sólo con un hijo, ahora amenaza con la vida, acostarse en un piso de tablas, resollar sobre un piso de tablas, morderse pinzarse la piel de las rodillas desollarse con las asperezas astillas pellizcos de un piso de tablas, ahora no valen precauciones, Hoy quiero hacértelo del todo, negra, dice él, aguantate, Bajate antes, por favor, No, no, hoy quiero hacértelo hasta el fin, ¿hacer a quién?, no lo dice, hacerlo sin sacar y sin arrepentimiento, No me vengás después con historias, el flaco le pidió el cuchillo al entrar y él le dio el cuchillo, ellos iban a volverse la vaina, los dos y no ella sola, Cuidado lo que hacés, pensalo bien, No me jodas, no me echés y empuja, empuja, empuja, aquello se agranda crece endurece hincha y ya está, ya empieza a correr dentro de ella, no son ratones no son cuchillos no son limones, es el río tibio y viscoso y como dormido que corre dentro de su cuerpo sin que ella pueda atajarlo, sin que nada vaya al suelo, sin que aquello cuaje como pega-pega en el piso de tablas, Esta vez no, ese flaco de mierda que le pidió el cuchillo antes de dejarlo entrar y ya debe estar mostrándolo en la comisaría no va a saber nunca que te lo hice aquí, que se lo hizo en su maldito piso de tablas para ratones y para ahorcados y para toda la muerte que ronda por aquí y que los viene rondando desde la jeta partida del viejo baboso y la sola idea de esa jeta prende el yesquero que la iluminó y ahora sí él se levanta y se alumbra y va

hacia el rincón y exclama, sin miedo a que el flaco lo oiga, olvidado del flaco, Encontré el agujerito, Sí, por Dios, ya lo sé, No, no, te digo el agujerito de las tablas, la verdadera cueva de los ratones aquí en esta pieza podrida, ¿Podrida donde quisiste hacerme el hijo?, Perdoná no pienso en el botija, todavía hay mucho tiempo, pienso en el flaco que nos está batiendo ahora mismo, la cueva de los ratones por donde emboco una meada de mi flor, y se los baño de arriba abajo, llueve en el lomo de los pobres ratones del flaco hijo de puta, Estás loco, verdaderamente loco, tan loco como cuando me hablás de arreglar tus cosas solo y vas y me acabás adentro, sí, a lo mejor es eso mismo, ¿quién le dirá a ella que no fue ésa la vez en que él lo haya hecho mejor y con más ganas y más para sí, porque cada vez tenga que pensar con mayor razón que tal vez sea la última?

Ya está, ya va hasta la silla, se agacha a escuchar, no oye nada. A la final, tenés que creer o reventar que el flaco duerme acostado encima del cuchillo y no es más que un cagón, un cagón que quiso asegurarse de que no fuera a chuzarlo, un cagón pero no un jodido pero no un mirón pero no un dortiba pero no un pajero, no tiene intención de batirnos pero tuvo miedo de que lo matáramos para desplumarlo, capaz que duerme encima del cuchillo y del bagayo, qué locura, y ella Ahora tendremos que agarrarnos bien fuerte y dormir tirados aquí y él se tiende allí, se junta a ella, le baja las ropas aún levantadas, la cubre con ellas, le pasa un brazo por la cintura, sigue con la delantera de su cuerpo cansado las redondeces íntimas del cuerpo de la flaca, Viejo, ¿y si tuviéramos un hijo?, ya no podrás dejarme nunca sola y él nada y los dos cuerpos ya van entrando dulcemente en la paz y ella ya no piensa que por allí puedan andar ratones en lo oscuro ratas en lo oscuro tiras en lo oscuro, y ya casi entran en el sueño cuando de golpe, de veras está loco y qué loco, ¿de qué estará hablando?, él se crispa y salta, Ya lo tengo, se revuelve, lanza una carcajada ronca, Mirá vos cómo vienen estas cosas de querusa, dentro de vos mismo sin que las estés pensando, ya lo tengo, lo tengo, ¿sabés cómo se llamaba? ¿Cómo se llamaba quién?, El tipo, ¿quién va a ser!, ¿Qué tipo?, El de la degollada, negra, ¿te acordás?, Ah, no, no, pero vos no estás bien y yo soy tan imbécil que

voy a tener un hijo de un loco, Callate, no jodas, qué loco ni colina, fijate que era cierto que parecía nomás el nombre de un cantor de boleros, Javier Álvaro Vega, sí señor, así como lo oís, Javier Álvaro Vega se llamaba el coso que la mató... ¡Cómo se cocinan solas estas cosas adentro del mate, quién iba a decirte!

—Un infierno —dice Ramos—: toda la noche ladrando los perros. Todos los perros del cantegril ladrando al mismo tiempo. No sé por qué carajo ladraban tanto.

—Ladraban como siempre —afirma Luján—. Sólo que cuando tenés miedo o esperás algo malo los sentís más... ¿Y ustedes dos?

—Ah, bueno —dice Font—. Nosotros la pasamos en casa de ese jodido. Allí no había perros pero estaba él.

—¿Tuviste que asustarlo? —pregunta Ramos.

—No, no fue necesario... Pero hay que pensar que el tipo ya lo sabe. Porque me pidió que dejara las armas antes de entrar a la pieza de porquería que nos dio... ¡Las armas! El cuchillo, ¿qué más armas? Y oíme si seré animal, al venirme ahora se lo dejé... Bueno, se lo dejé porque él no estaba.

—¿Cómo?

—Me olvidé de combinarlo anoche, qué sé yo. Como el lío del bufoso. No hago más que cagadas. Todo esto salió mal desde el pique.

En la mañana del martes, La Cueva. La gorda ya ha vaciado una taza de café con leche de cuyo borde penden los colgajos de una nata amarronada, turbia. El chato ha ido depositando la ceniza del cigarrillo en redondo, sobre la orla del platillo, y parece que aquellas estalactitas hubiesen estado dejando caer ese polvillo volcánico.

—Putá madre —retoma el gallego—. Ahora el tipo ése tiene el cuchillo y va a entregárselo a Manolo.

—Manolo, Manolo —remeda Isabel—. Tenés la obsesión de Manolo. Si Manolo quisiera quemarte ya te había que-

mado. Éste cree que nadie lo sabe. Y esos dos, te aseguro que esos dos lo saben.

—Mirá, no estoy segura —dice la gorda—. Y además, escuchá lo que dice el diario.

Lo saca del dorso de la silla, donde ha estado arrugándolo, puesto como si fuera un sinapismo para la cintura.

—Escuchá: “Último momento: a última hora de anoche se pudo saber que se estaba indagando a una pareja, en relación con el crimen del sereno”. ¿Te das cuenta? ¡Una pareja! Ésos sí que se la están comiendo. Escuchá: “Aunque nada ha trascendido hasta el instante en que escribimos estas líneas, existe un moderado optimismo en los círculos policiales: se cree que en el correr de las próximas horas ha de quedar enteramente develado este crimen, que en un primer momento pareció tan misterioso”...

—Tan misterioso un corno —dice el chato—. Ahora están dándole como quien lava a esos dos desgraciados que agarraron. Y creen que con eso se las saben todas...

—Pobres diablos —desaprueba Isabel—. Es horrible.

—¿Horrible qué? —protesta el chato—. ¿No te das cuenta que a lo mejor eso nos da unas cuantas horas, que tenemos que aprovechar y no quedarnos aquí, como cuatro pámulas... ¿Vos qué pensás, gallego?

—No sé, no pienso nada. O están dándole a otros, o te están diciendo por el diario que están dándole a otros...

—¿Diciéndonos a nosotros? —pregunta Luján—. ¿Te creés que iban a ocuparse de nosotros para mandarnos cartas por el diario, si saben ya quiénes somos?... No te hagás ilusiones.

—Eso mismo. No me hago ilusiones. A lo mejor esa pareja no existe y quieren que les demos un changüí, ¿no?

—¿Qué tipo de changüí? —insiste Luján—. ¿Qué van a seguir esperando de nosotros, si ya saben quiénes somos?

—Es que a lo mejor todavía no saben —explica Tomás— y quieren tranquilizarnos de grupo, ¿te das cuenta?, pa ganar tiempo...

—Y bueno, en eso estoy con la gorda —dice Isabel— no van a gastarse en tanto detalle. Pero pensá un minuto si la pareja ésa existe. Está ligándola por nosotros, porque vos sabés que agarran a uno y sólo piensan en hacerlo cantar a

cualquier precio... No sé, no me hace gracia saber que hay gente que se la está ligando por una, sin tener que ver.

—Tamos en un mundo en que unos se joden por culpa de otros, concluye Luján. Si eso pasa ahora otra vez, bueno. Mala suerte. Otras veces nos ha tocado a nosotros jodernos por culpa de otros. Ustedes mismos, ¿no dicen que se han comido cada garrón?

—Sí, sí, garrón es una cosa... —dice Isabel y deja inconclusa la frase.

—Se jode el que lo hizo, se jode el muerto, se jode el que no lo hizo ni lo sabe, se jode el que lo sabe y se calla, se jode a la larga el que lo supo y lo bate. Es un infierno: la joda agarra cada vez más gente —sentencia Ramos.

—Pero esa pareja que están dándole no tiene nada que ver con nadie y ustedes lo saben —insiste Isabel—. Nada que ver porque aquí nadie compró cosas robadas, porque ninguna pareja nos aguantó una sola noche. Sabés que la buscamos y que no apareció. Así que tienen que ser dos pobres diablos que cayeron porque sí y están cascándolos para que se hagan autores de un asunto que ni conocen... No son reducidos, no enterraron a nadie, ¡no son nada!

—Y bueno, flaca —interrumpe Ramos—. ¿Qué querés? Que uno de nosotros vaya a decir que fuimos nosotros y que dejen tranquilos a esos pobres diablos, como vos les llamás... ¿Querés que uno de nosotros vaya a aclararlo y se quede pegado? ¿Eso es lo que querés?

—No, ya sé que no vas a meterte por gusto en la boca del lobo. Pero no me hace gracia, sabés, no puedo evitarlo. Pensá que hay dos que están pasándola horrible, por culpa de nosotros...

—Por culpa de estos dos —corrige Luján, para mantener el deslinde.

—Por culpa de nosotros no es la cosa —dice Ramos—. Por culpa de un tira que se equivocó o por una batida en falso. Y nosotros no fuimos, ¿no es así? ¿Qué cosa de todas ésas hicimos nosotros, de qué tenés que acusarnos? ¡Decí!

Ella no puede decirlo, porque efectivamente es así: no han hecho ninguna de esas cosas. No han acusado a nadie, no han batido a nadie. Pero han matado a un hombre, casi podría decirse que lo han matado porque sí y ahora hay una pareja a la que están golpeando para que les confiese haberlo

hecho. Y eso, sea como sea, tiene que ver con ellos, con ellos cuatro desde que la cosa también se extendió como una mancha de aceite, se derramó sobre Luján y sobre ella: como si fuera el resultado de una fuerza que ellos hubieran desatado y echado a andar y contra la cual ahora no pudiesen nada. Sí, como en las historietas y las películas, como si una pareja estuviera al pie de la montaña y ellos cuatro anduvieran haciendo escombros arriba y se hubiera soltado el alud y hubiese sepultado a la pareja, al pie de la montaña. Podría contárselo pero no se los cuenta, le preguntarían en seguida de qué montaña les está hablando. Bueno, pero eso sí, que sepan que todo ese berrodo, con una pareja torturada por causa de ellos no la hace feliz.

—¿Y a quién lo hace feliz? —pregunta Ramos—. Uno no lo hizo ni lo buscó, pero ya que está le da unas horas más de tiempo. Unas horas, si querés, que uno tiene que saber aprovechar y a lo mejor no sabe... Y si la cosa viene más dura y también se hacen autores delante del juez, por miedo de que los vuelvan a la máquina si se rechiflan, entonces las horas pueden ser días, hasta que venga un abogado y revuelva en la mierda... y si sabés aprovecharlos, esos días te pueden dar para el raje... p'alcanzar la frontera, por ejemplo.

—¿La frontera, decís? —Luján ríe sin ganas—. ¿De qué frontera me estás hablando? ¿Te vas a Buenos Aires, al Brasil, dónde te vas? Con los botones que se entienden entre ellos, haceme el favor: te chapan y te meten en el tren o en el barco y chau virola.

—Los otros pagan por vos o el tiempo no te sirve para nada —resume Isabel—. ¿Eso es lo que pensás, gorda?

Tomás está callado, Luján también, Isabel lo mira. Tomás no cree que exista esa pareja: es un truco, ha dicho. No cree, no cree en el tiempo que esa pareja vaya a darles, no cree en las ventajas de un error, no cree en nada.

—Sin embargo —dice Ramos— hay tipos que se han comido unos garrones bestiales por cosas que hicieron otros, y han pasado los años. Porque lo peor es que te acusen de algo que no hiciste y te traigan las pruebas. Como no lo hiciste, no sabés defenderte. No sabés ni medio y te están dando pa que digás cómo fue, meta trompadas, meta picana. Y al final vos, pa que no siga la biaba, decís cual-

quier cosa, flaca, lo que ellos quieren hacerte decir, lo que te traen escrito que hiciste y vos ni sabés qué es pero tampoco mirás; firmás de un saque pa que te dejen tranquilo y podás dormir... La cosa es así.

La cosa es así. ¿Por qué ladraban tanto los perros, si no había luna? Ladraban como siempre, dice ella. La gorda con su sueño de piedra, despatarrada, arrinconándolo en un pedacito de la cama, contra la parecita de bloques y los chiflones de viento en la parecita. Menos mal que es verano, porque igual o peor duerme la gorda en el invierno y entonces sí que el tornillo se mete por allí y tocar los bloques con las manos es como tocar una barra de hielo. Pero no, ladraban más que nunca. ¿Alguna vez, de botija, lo habrá avanzado un perro?, podrá haber pensado ella antes de dormirse. Pero la imagen de un chiquilín acosado por un perro, si él no se la ha contado, tampoco va a quitarle el sueño. Los días espesos y las noches espesas. Hace un calor de morirse debajo del techito de chapas, y a lo mejor los neumáticos viejos que ella le hizo poner encima recalientan todavía más, guardan el calor del día en sus redondeles de goma. Guardan el calor del día y se lo vomitan encima por la noche. ¿No sería mejor sacarlos? Pero ya está durmiéndose, ahora que él alza un brazo contra el rugoso áspero de la parecita de bloques y se queja de lo mucho que ladran los perros. Si por lo menos hubiera luna. ¿Andará por allí alguna perra alzada? Bueno, pero entonces no es tanto lo que ladran. Entonces son aullidos, carreras, gruñidos y mordiscos, el gruñido de los dientes casi sobre la dentellada y revolcones, y una palangana que vuela en el patiecito y correrías como de hombres descalzos, como de fantasmas descalzos y a veces el golpe seco del cuerpo de un perro sobre los bloques, del lado de afuera. La gorda entra en el sueño, en un sueño con calor y humedad y resoplidos y al minuto ya ronca, ronca entre ladridos ahogados de los perros y ladridos fuertes y metálicos más lejos, los perros ladran ahora en la noche como si fueran más y estuviesen urgidos, se desbandasen ante el paso de alguien, retrocediendo y ladrando, gruñendo sin aullar, ladrando sin bajar la guardia, como si viniera la cana, como si ya viniera allí, como si hubiera dado con ellos y se acercase a buscarlos, rodeara la casilla, estuviera tomando las precauciones de

apuntar primero, todos los caños hacia el recuadro de la puertita, apuntar primero y golpear después, anunciarse, pedir que salgan con los brazos en alto, pedir que enciendan una luz y se levanten sin vestirse, los brazos en alto, pero la gorda todavía duerme, desparramada y desnuda, duerme y ronca sobre un fondo de ladridos de perros, duerme como si nada y tal vez tiene razón, ahora por un momento los ladridos decrecen, no pueden haberse alejado después de haber llegado hasta allí, no pueden retroceder si ya lo saben, no pueden retirarse para volver si ya los tienen, si no hay resistencia, si dentro de la casilla nadie se mueve, nadie grita, nadie amenaza, pero los perros súbitamente han dejado de ladrar, no se oye una pisada, un aullido, un gruñido, una carrera en la noche, de golpe nada, el aire quieto y pesado y en suspenso sobre un hombre despierto y una mujer dormida, sobre un hombre desnudo que rasca una pared de bloques y una mujer desnuda que abre las piernas como un compás y empuja al hombre desnudo, comprimiéndolo contra su miedo y su insomnio. Quiere irse a Brasil, piensa ese hombre, a un sitio en que no haya perros ni perras en celo o donde el ladrido de los perros no le diga nada, no amenace, no sea un aviso, no haya por qué esperar tiros ni tiras, al paso que los ladridos abren si se repliegan o desbandan. Un país donde no haya que pensar si ladran porque hay luna o porque no hay, si ladran porque se acerca un coyote o porque se acerca un milico, donde todo sea igual, donde sea posible dormir igual que la gorda, pateando desde el sueño a la gorda que pateo desde el sueño, donde sea posible negar mañana que hayan ladrado perros, como ella lo niega, lo niega siempre, lo negará mañana. Habría que sacar las gomas que aprietan el techo de chapas, no lo aprietan como para evitar que vuele si se levanta de golpe un ventarrón, no lo retienen pero en cambio retienen el calor, aprietan el ahogo de un día de sol y el espejo de unas chapas recalentadas hirviendo, aprietan el ladrido de los perros dentro de la casilla, tal vez ladran a una rata que se refugia entre las viejas gomas de autos, para eso sirven las gomas, para nido de ratas, mañana va a sacarlas si hay mañana y casilla, si la casilla no se ha vuelto calabozo sin perros, sólo con aullidos humanos de gente, aullidos que conoce y suben por los pozos de aire, gritos desgarradores

de alguien que no quiere confesarlo y él intacto, él dirá en seguida qué pasó, cómo fue, sabido por mujeres es sabido por todos, no valdrá la pena sentir la picana en las tetillas, la picana en los huevos, dejarse quemar y gritar allí abajo para que ellas lo digan, para que esta misma gorda lo largue cuanto antes, con tal de que le den un sopón y la dejen dormir, duerme en cualquier lado, en esas celdas tatuadas de protestas revolucionarias o de nombres de amor o de insultos o de promesas o votos y dedicatorias de masturbaciones, ella dormirá allí como en medio de esta pelea de perros o estos silencios en que los perros callan de golpe y desaparecen sin rastros para volver furiosos al minuto siguiente, otra vez ladrando, otra vez revolcándose, otra vez gruñendo, ¿una rata, un milico, qué diferencia hay?

Oh, sí, ella no cree en el Brasil, ya se lo ha dicho, no cree que tengan fuerzas para llegar tan lejos, hay que vivir de algo, de un oficio cualquiera y él no tiene ninguno, de papeles que no digan el nombre si uno está requerido, de astucias, de simulaciones, de ardides, de algo peor que el ladrido de los perros, de perros silenciosos y sin forma de perros pisándoles día y noche los talones, de perros que no se vean venir, de perros que una vuelta llamen silenciosamente a la puerta y sin explicaciones disparen, eso sería peor y entonces qué, entonces no hay salida, ella sabe que no hay salida y entre tanto igual duerme, entre tanto traspira, entre tanto ronca, entre tanto se apodera del centro de la cama y de las caídas del viejo jergón que tiene cada vez menos estopa, allí y entre esas ruedas viejas lloró, un hombre que llora y es de miedo y no de dolor no va muy lejos, un hombre que llora delante de otros y sólo pensando en lo que hizo y no de arrepentimiento sino por el temor de que lo agarren no va muy lejos, qué Brasil, qué empezar vidas nuevas, allí donde el que huye no es conocido le tiran de entrada, con más tranquilidad y menos contemplaciones, nadie reclama sobre el cadáver de un tipo llegado de lejos, escondido de nombre, arrinconado de miserias, sospechoso por el solo hecho de vivir, a qué Brasil, a qué perros y luna o a qué perros sin luna o a qué país sin perros si todas las noches son enemigas, cualquiera sea el sitio que se elija, si todas las noches enfrentan al cobarde o al culpable o al inocente perseguido a las cosas que ha hecho no hecho temido

silenciado ambicionado querido abominado abandonado sentido. Mañana, piensa quizá la gorda al sumergirse en el sueño espeso del verano, los perros o Brasil o sacar las gomas del techo para que respiren las chapas, las ideas de la noche son todas igualmente absurdas, todas igualmente disparatadas, tienen fantasmas sueltos adentro, fantasmas de la noche policial o de un miedo que se trae desde botija, el miedo a los perros, el miedo al viento contra el techo de chapas, el miedo a la cana, el miedo a la muerte la prisión y las culpas.

La cosa es así. No le interesa nada, ¿es que la flaca no puede comprenderlo?, no le interesa que la pareja exista, tampoco le escandalizaría que estuvieran torturando a otros, no desea que la pareja exista ni deje de existir, le da lo mismo, tal vez fuera mejor que no existiese y se acabaran las parodias y cada uno quedara finalmente enfrentado a las cuentas que debe, si todo marchó mal desde el principio hay que pagarlo, de algún modo pagarlo y eso es más importante que saber si una pareja existe o no existe, si la inventan los tiras para que los diarios lo publiquen y ellos se lo crean, nada de eso tiene mucho sentido, con Píriz y Manolo llevando entre las manos un cuchillo, alcanzando el cuchillo para que lo examinen los milicos, los técnicos de la jefatura, para que digan si ese cuchillo puede ser el usado, el que pasó por el pescuezo del viejo, y él estúpido de haberles puesto en las manos esa otra prueba, ahora sí que lo saben y ahora sí que Manolo sabe el nombre, el tano del café tuvo el revólver en sus manos pero no sabía el nombre de nadie y éste sí, éste puede decir todo lo que se le antoje, no sabrá dónde vive ahora Margot, según la flaca ni quiere saberlo, le da miedo, ¿por qué?, ¿por qué el recuerdo de una mujer que se tuvo puede darle a un hombre tanto miedo, acobardarlo tanto?, pero aunque así sea Manolo sabe el nombre de él y ahora mismo va a presentar el cuchillo, viven del taxi y de levantar juego y sólo a un cretino como él pudo ocurrírsele dejar en manos de gente así la ocasión tan fácil de acreditarse con la policía, de ganar puntos a cambio de nada, ¿qué le importa a Manolo denunciarlo?, tal vez hasta le causa placer, un placer maligno, como si así liquidara pisoteara del todo el recuerdo de Margot, el despecho de alguna fulereada que Margot le hubiera hecho alguna

vez, cuando Margot era joven y hembra y podía darse esos lujos, hacerlo para disfrutar ella también de su poder de jorobar a alguien, ese poder que tanto divierte a las mujeres, y ahora va Manolo acompañado del flaco y llega a la comisaría y se presenta y pone encima del mostrador de la entrada el cuchillo, el cuchillo como quien pone una denuncia u ofrece un objeto encontrado, sí, pero un objeto encontrado cuya historia se conoce o sospecha, el cuchillo que cuenta por sí solo una historia si se sabe leer en él, seguir la huella ¿herrumbre? de la sangre en su hoja, el cuchillo mal dejado después del revólver mal dejado, la historia de un tipo que, si vas a pensarlo bien, parecería haber estado haciendo las cosas mal, deliberadamente mal para que lo agarren y la cuestión se acabe, el tipo que acaso quiere hundirse adrede como pudo haber pensado en hundirse adrede al pie de la escollera, y la flaca sabiendo que no hay que perderle pisada, que no hay que distraerse jamás, que no hay que dejarlo mirar el agua, que no hay que dejarlo pensar en Manolo, pero que se le escapa igual que a él lo del cuchillo en manos del flaco, lo del revólver en manos del tano, no, eso no fue él, eso fue el chato, todas las cosas empiezan a volverse en contra, todas en el mismo sentido, todas hacen una bandada y se vienen para joderlo. La cosa es así. Entonces lo mejor es mezclar al propio Manolo en la historia, metérsele en la casa, hacerlo callar, complicarlo en el asunto, sorprenderlo sin que lo sepa, involucrarlo, hacerlo culpable, a él o a su mujer, total no está más que de noche en El Dorado, vámonos allá, cuando lo sepa ya no podrá evitarlo, cuando se entere ya no tendrá tiempo y tendrá que callarse, callarse otra vez si es que Margot ya lo hizo antes morder el freno y tragar la espuma, vámonos a Las Piedras sin que el flaco tenga tiempo de avisar a Manolo y Manolo tenga tiempo de avisar a su mujer, ¿pero no se lo dejó entrever al flaco, la noche pasada, antes de que el otro le pidiera el cuchillo? El flaco sin duda habrá pensado que no iba a lanzarse a la busca de Manolo sino que quería darle una falsa tranquilidad para atacarlo y degollarlo en la noche, sí, pero si ahora va y le cuenta a Manolo y Manolo lo hace ir con él hasta la comisaría, ¿o es que serán tan imbéciles y no se les aparecerá clarito, delante de los ojos, el resto de la historia?

—Acordate que no comimos anoche —dice Tomás para justificarse, mordisqueando la preñada de salame.

No ha querido comer ni tomar en el café. Pero, ya al ir a esperar el 130, ha comprado una preñada de salame, se la ha hecho envolver en papel de estraza, y está ahora devorándose en el ómnibus. Isabel lo mira, desde un sitio sin hambre: es como si el peligro le hubiera terminado el apetito. Ese hombre comiendo a dentelladas debe aparecerse como la imagen más patética de la persecución: a mordiscones mientras huye, no sabe por qué, no sabe hacia dónde. A mordiscones, inflando los carrillos barbudos, entreabriendo y cerrando una boca que casi nunca ríe.

Ramos y Luján suben en la parada siguiente. Han convenido estas cándidas precauciones: no tomarlo en la misma esquina, no hablarse durante el viaje. Aunque después vuelvan a juntarse y marchen los cuatro hasta dar con la casa del famoso Manolo.

El 130 cruje por sus costillas, cruje como el piso de tablas. Es un Aclo viejo y gastado, que trepida todo el tiempo comunicando su temblor al espejo en banda vertical que cierra el pasillo, un espejo de azogue picado, una lámina turbia como papel de chocolate donde nadie se ve la cara.

Ramos y Luján se sientan sobre el otro costado, tres filas más adelante. El ómnibus de la media mañana va casi vacío. Ya viajaron a Montevideo los que trabajan allí, volverán recién de noche; esta zona del tiempo no desemboca en nadie.

El calor de las once, el calor de un día de febrero, polvoriento. Las ventanillas abiertas abanicen ese aire precozmen-

te pesado; será inaguantable a la una, a las dos. Crujidos, vapor, el hálito caliente y húmedo que viene del motor y penetra por los vidrios corridos que separan la cabina del chofer del resto de la carrocería. El verano, el viejo radiador que pierde agua y echa humo, una oleada intermitente de aire cálido y olor a nafta. A media distancia entre las dos parejas, sobre el costado de Isabel y Font, una ventanilla baja, con el resorte roto, el vidrio chorreoteado por chicotazos de agua y de barro, rastros de una lluvia anterior a este verano seco. El paisaje se afantasma allí, vive otra época, encuadrado en la ventanilla caída. Parece entonces el de otros días del año, velado y gris y misterioso. El cristal chorreoteado ayuda la ilusión de haberse trasladado en el tiempo, de estar ya lejos, haber sorteado los peligros, haber salido a la lluvia y al otoño, a la lluvia y al invierno, a la libertad, al frío, a la calma. Pero el Aclo vuelve a tomar velocidad y torna a envolverlos el sofocante verano polvoriento que levanta un ómnibus, cualquier bicho que corra por el corazón de febrero. Las crenchas de la gorda aletean sobre el paisaje de amarillos, su medallón de matrona romana se incrusta sobre un fondo de chacras, sobre peladares de campo reseco, salta un pollo ensartado en su nariz, sale otro corriendo detrás de su melena. Ramos los mira ahora, da vuelta la cabeza, pone hacia los otros dos un perfil y como si copiara un fondo distante de arboledas y verano los mira, la mano derecha sale de su cintura, trepa hacia ese perfil, lo enjuga con un pañuelo que fue blanco, que está arrugado y en vez de secar moja. La mano izquierda descansa sobre el hombro de Luján, arregla sus mechas viajeras. Vos siempre te jodiste por cariñoso, como dijo ayer Font. Pero la mano de los raspones es la mano del pañuelo, no la que simula entretenerse en el pelo de la mujer para despistar el hecho cierto de que está observándolos, mirándolos lentamente y de soslayo, como si les desconfiara.

No existía Cutcsa pero ya existían los gallegos, eso sí. Pintaban los autobuses como querían, les ponían el nombre que se les daba la gana. No había líneas, no había números, no había nada. Nombres, y como eran gallegos. . . Su pudor cede tan pocas veces a la desnudez inocente y a la sugestión indecente de un recuerdo. ¿Sabés cómo se llamaba la marca? Reo, sí, reo, reo como nosotros. Se llamaba Reo. Y los

gallegos los pintaban de marrón o de azul o con franjas y les ponían un nombre, nombres de gallegos, porque eran estos mismos gallegos que después hicieron la Cutcsa: El Ferrol, La Coruña, Cap Finisterre. . . y otro se llamaba Plus Ultra, por el avión del gallego Franco y otro, que el gallego debe haber esperado mucho tiempo, se llamaba El Deseado. Y por ése hubo un lío, un crimen que salió mucho en los diarios y se llamaba así, el Crimen de El Deseado. Fijate vos, un crimen. . . creo que un crimen gremial.

El Aclo tiene el número de trayecto, 130, un número de unidad, cualquiera, y el letrero de Cutcsa, chau. Ahora se perdió aquella cosa familiar de que la gente los veía venir y te decía ahí viene el Plus Ultra, ahí viene El Ferrol, como si fueran personas. Ahora no; ahora basta leer el número, tanto da uno como otro, con tal que sea el número. ¡Son tantos! ¿Y vos cómo te acordás tan bien de los nombres?, la flaca se asombra de la zona que él concede esta vez a sus recuerdos, finge asombrarse de su memoria. Ah, no tiene gracia, eran las tierras y las cosas de que hablaba el viejo: siempre estaba nombrándolas. . . Una fábrica de postes de hormigón, un relámpago blanco y a letras negras en una mañana que está poniéndose tormentosa. ¡No sabés cómo escorchaba el viejo con la hazaña del Plus Ultra! Le llamaba así, la Hazaña del Plus Ultra, el zoronca de gaita no le biaca en el chope. Que Ramón Franco, que el Puerto de Palos. Yo era un botija pero me acuerdo muy bien. Ella sonrío, le pasa una mano por la barbilla barbuda, como si le aventara una migaja del pan del salame. ¡Tan pocas veces dice él esta frase!, tan nunca se permite la infancia, la vida, las cosas del viejo y del tiempo, las memorias. . . : "Me acuerdo muy bien".

Fijate chato el diario que compraste, el horóscopo que traía para Cáncer: Se aproximan días que marcarán por mucho tiempo el rumbo de su vida, ¿te das cuenta? ¿Será una amenaza o una promesa? ¿Vos que decís?

Casi nunca, como si los años y los años estuviesen en blanco, casi nunca una imagen, un episodio, una frase, una anécdota. Sí, que cuando era chico le había gustado una pruebista. Decía una pruebista, era una acróbata de calzoncito colorado, flaca a morirse, más flaca que vos, ¿qué te parece? Se le hace verla, dando y dando cabriolas, pobre

como las arañas, sin un aparato, sin una barra, sin una argolla, sin nada. Nada no. Una alfombra, una alfombrita roja y finita, que dibujaba el suelo a panes de los adoquines. Pero si este recuerdo existía y él adentro, era para desacreditarlo y desacreditarse. Fue la primera vez que me enamoré, ¿sabés?, pero creo que no fue de la flaca: fue de la alfombrita. Si podía llevarme algo a casa, me llevaba la alfombrita y no a la flaca. Una alfombra roja, un biombo japonés en una sala de Maroñas: eran seguramente los objetos más prestigiosos de su niñez. Fuera de los objetos vivos, claro está (debe pensar la flaca, esta flaca elegida sin alfombrita, ¿porque no tenía alfombrita?). Los objetos vivos que respiran: los caballos nadando en la laguna. Si hay un cenit en su infancia, en esa infancia que él despuebla con sus palabras, que borra con su silencio, que desestima con el gesto de la mano arrojando al vacío la cáscara imaginaria de una fruta mondada, tal cenit no puede ser otro que ése: los caballos nadando en la laguna, sus pelos lustrosos, sus bellos partiendo el agua, sus pescuezos, sus crines y la espuma, sus vientres como fuelles, los costillares como de botes, los caballos y el sol de la laguna como un anillo apretando sus cuerpos. ¡Los caballos!

¿Qué querés que te diga?, Son trampas que hacen los diarios para agarrar a las mujeres. Van y los leen y se los creen. Y después, pase lo que pase, ya estaba en el horóscopo. Porque claro, la cosa está puesta como para que siempre encaje en lo que pasó. Cualquier cosa. . .

Ella en cambio no se niega a los recuerdos, pero no son recuerdos luminosos, la atan desde temprano a la impresión desapacible de la injusticia, a la visión de castigos irritantes. Esa pareja que está presa, esa pareja que no tiene nada que ver y a la que están apurando, esa pareja que está llevándose una biaba porque otros hicieron algo y hay que encontrar al que lo hizo o fabricarlo de cualquier modo si no aparece. La injusticia es, antes que ninguna otra, el padre abandonado por la madre: tiene entonces tres años. La injusticia es después la madre asesinada por aquel hombre, de quien nunca supo cómo se llamaba; tiene entonces seis años. Y el padre a la salida del colegio de monjas, desquitándose cruelmente con ella: Tu mamá, ¿sabés? no

volverás a verla. . . ¿La habría visto si hubiera seguido viviendo, si en vez del asesinato hubiera sido la felicidad? No sabe, recuerda la cara de mansedumbre del Viejo, el falso gesto de responsabilidad paterna con que quiere ligarla a su impotencia, a su falta de rebelión, a su desgracia. Tu mamá, ¿sabés?, no volverás a verla, para que ella pidiese más detalles, preguntara por qué. Pero no preguntó y él igual se los dijo.

El 130 se ha agenciado dos milicos en la plataforma. Dos milicos que se sacan los quepis, enjugan los tafiletes y se quejan del verano tan crudo y de la poca plata: las cananas abiertas, como si fueran a tirar, pero abiertas sólo de calor, de cansancio, de peso muerto en la cintura. Ramos ha alzado apenas una ceja, el perfil de Ramos ha alzado sólo una ceja que significa la advertencia: Ahí van dos botones. ¿Y qué?

Él no cree en los horóscopos, muy bien, concede la gorda. Pero en cambio cree en otra cosa, que es todo lo contrario del fatalismo. Le gusta ponerse a imaginar cómo podría haber sido de otro modo lo que ya fue. Si no hubieran matado al mellado, si no se hubieran encontrado con el gallego aquella noche, ¿qué cosas estarían pasando ahora? . . . No cree en los horóscopos pero acaso, pajarraco de Virgo, los horóscopos bien leídos también se lo dirían. . .

Ahora ella, una mano de ella sube a la nuca de él; se pone de perfil, es ella quien mira hacia atrás, hacia el sitio de los milicos en la plataforma o hacia el sitio de Isabel y Tomás en su asiento doble. Todavía no están cerca, recién están pasando La Paz, el árbol enorme, la plaza de la iglesia, la fachada de la estación, las ventanas de la escuela. Tiene que saber que todavía falta. Sí, pero los mira. El disimulo de la mirada se convierte en un gesto a contrapelo de la mano en la nuca de Ramos. Viejo, tenés que cortarte el pelo. ¿Cortarme el pelo, me lo decís ahora? También ella tiene a veces piantaduras, con lo sensata que parece: pensar que él pueda ir y meterse en una peluquería mientras anda a monte, empezar a cortarse el pelo justo justito cuando las papas que-man. Vio una vez una película de gangsters en que a uno de los capos lo riegan de balas sentado en el sillón de la barbería, la toalla puesta y dos manazas inmensas que luchan con la toalla por querer atajarse, por querer levantarse. Y le dan, claro que le dan y la toalla anudada al cuello

le sirve de mortaja y se encharca de sangre sobre la barriga derrumbada en el sillón, el gangster con los ojos abiertos y la cara enjabonada y la sangre creciéndole en el vientre como una araña enorme. ¿Querés que me pase lo mismo? No, no quiere, y tampoco quiere que grite. El 130 está vacío, lo más cerca que hay es el gallego, los botones con todo el sudor y la charla de los sueldos no oyen. Eso es lo que vos no sabés. Ni oyen ni entienden, ¿qué saben de películas los botones? Al final, el corte de pelo es para ella lo mismo que para él es el Brasil y parece todavía menos romántico, disimularse cortándose el pelo en vez de hacerlo poniéndose una peluca, ¿quién te entiende?

¿Y si se ve que los pobres tipos no son? ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué pasa qué? ¿Qué pasa, si los largan? ¿Cómo los arreglan, cómo los conforman con la biaba, qué les dicen? Y qué sé yo qué les dicen. Mirá, en la grande conocí a un viejo que lo habían acusado de un crimen y le habían dado una movida feroz. Después apareció el autor verdadero y lo llevaron al juez, los llevaron a los dos, que ni se conocían. El viejo se había quedado sordo de un oído, de un zurdazo que le había roto el tímpano, para que confesara de una vez. Y cuando el juez lo largó le dijo Váyase de una vez, mi amigo, y otra vez no me mienta. ¿Te das cuenta? Sonríe por primera vez, se alegra ella. Sonríe al pensar en el viejo a quien el juez le concede el título de amigo, ese pobre diablo con el tímpano roto de un zurdazo y que había pasado todavía por mentiroso, tras cartón... Sonríe. ¿Qué querés que sepa lo que les puede pasar? Pensá en otra cosa.

Los botones no pueden sospechar que haya ningún trabajo en aquel sitio: aquella hora no es hora de pungas. Y si algunos pungas viven en El Dorado, cuando se van de vuelta a la casa no trabajan, gorda. Además ¿qué van a encontrar aquí? Alguna vieja, algún tipo que cobró el sueldo en el centro, pero no ahora que es mitad de mes. Y además, aquí las paradas están muy separadas, es bravo bajarte si te descubren. Así que no...

Y no sólo imaginarse por un momento que podría haber ocurrido de otro modo lo que ocurrió, no sólo eso sino todavía esta variante: aquéllos que han quedado ilesos, aquéllos a quienes las cosas no tocan, los que siguen intactos. El carnicero gordísimo, con su gran delantal manchado de

sangre, sin pensar que debe nada a su mártir Sambucetti, al mellado que le cuidó la guita con su vida... ¿no será de él la sangre? Y el lavacopas que pudo morir y está vivo y contándolo y los pajaritos de Margot gorjeando en el alero de la casilla de Domingo Torres. Todo como si nada. Todo lo que olvidan, todo lo que seguirán desdiciendo, todo lo que seguirán siendo y haciendo cuando la cárcel o la muerte o la fuga ya los hayan cambiado.

Pensá en otra cosa, olvidate. Y la pareja que ya pasó una noche adentro y seguro que siguen dándole, a esta misma hora en que ellos cuatro van en busca de la casa de Manolo, que Tomás se emperrió en elegir, no se sabe por qué.

En la Corre conocí a un tal Giúdice, gorda, un viejo que había sido un león para el gancho. Una fiera. Hasta que llegó la vejez y se le endurecieron los dátiles. Y entonces sí lo pescaron dos veces seguidas, los dedos ya no le daban. Dos veces... y a la segunda vez medidas. Medidas por peligroso, pidió el fiscal y le puso el juez. Sí, por peligroso, justo cuando se le habían endurecido los dátiles y ya no le servían para nada. Manyá qué locura: peligroso por ser un viejo que ya no puede más. Y todavía aguantar el apodo que le pusieron los otros: Gancho de Plomo, le decían para joderlo. Gancho de Plomo, a un tipo que había sido un artista. Y el viejo se apartaba de todos, al sol de los patios, y hacía ejercicios con la mano en el aire... ¡como si fuera un pianista! Eso, gorda, como si fuera un pianista... y el sol le entibiaba los dátiles, ejercicios para ablandar la mano; pero a veces la dejaba abierta y sin moverla y se quedaba mirándola y quién sabe qué pensaba, a lo mejor encontraba bien que lo llamaran así, Gancho de Plomo. La miraba con lástima, como si por allí se le fuera una fortuna o se le escapara a gotitas la vida, la miraba y miraba... y justo que se quedaba sin mano y el juez lo declaraba peligroso y le ponía dos años de medidas... Qué joda.

Gallineros, casas de remate con bancos de plaza y casillas de perro sin perro y verjas y portones de viejos jardines y elásticos de cama puestos impunemente a la intemperie del verano, en la certidumbre de que en febrero no llueve y sin agua no hay herrumbre. Un molino antiguo y semi-destruído al lado de surtidores de nafta: Las Piedras, la entrada a Las Piedras, Viejo Artigas. Duermen aquí y no trabajan

aquí, duermen aquí y no trabajan en ningún lado, hacen día de la noche y se la pasan en El Gato Negro, y aquí, en medio de todo esto, hay que bajarse y salir a buscar a Manolo, a un Manolo laburante en un suburbio de malandras, a Manolo con las señas que le dio el flaco Píriz y que a Tomás se le han embarullado con las copas de ayer de mañana; salir a preguntar por Manolo, que tiene la patrona y dos botijas y un taxi Mercedes Benz que funciona a gas-oil y la parada en Miguelete y Sierra.

El chato ha visto pollos y gallinas y un gallo, picoteando en el patio de tierra, al costado de la casa. Los ha visto y sabe que le gustaría haber criado patos y pavos y gallinas, en una vida que tendría que haber empezado de otro modo y para la cual ya es irreparablemente tarde. Pero expresarlo es expresar el deseo de haber nacido otro; y una vez que se ha nacido, en un deseo semejante hay algo así como un voto de muerte, un voto de muerte al que aún se resiste. No dice nada, pues: entra. Los demás, encabezados por la mujer de Manolo, lo han hecho antes. Así que a usted le gustan las gallinas, se limita a comprobar la mujer. Él no contesta ni ella lo precisa, para continuar sobre otro tema el soliloquio en que se ve que vive: Son lindas, no voy a decirle. Pero tan sucias, dan tanto trabajo. . .

Presenta la casa; mejor dicho, el comedor que hace las veces de centro de la casa. Un cielorraso de tablas barnizadas, una lámpara de tres tulipanes colgando de ese techo. Una baldosa, encima del aparador, anuncia la bienvenida a quienes lleguen a este hogar. Ella se ha anticipado al mensaje de la baldosa, lo ha dicho en mayor número de palabras. Lástima que mi marido no estea —dice—. Pero a esta hora nunca van a encontrarlo.

Es quizá lo que quiere Tomás. Que a la hora de la llegada de Manolo, si es que viene esta noche, hayan corrido ya unas horas y, sin quererlo, ya los haya enterrado. Se dará cuenta entonces de que el lío está hecho y se podrán negociar otros escondites. ¿Éste es el plan? Las mujeres han pedido pasar al baño. El chato examina las paredes: una litografía de almanaque, con un paisaje lacustre. Y dos

formaciones de Nacional, en láminas coloreadas. El chato se acerca y, corriendo el dedo sobre los jugadores descifra identidades y alinea los equipos, recomponiéndolos según los sitios en la cancha y no por la sucesión de las figuras en las fotos. El Flaco García, Nazzasi y Domingos, Arsenio, Faccio y Marcelino, Labraga, Duhart, Petrone, Enrique Fernández e Ithurbide. Pasa al otro: El del quinquenio de oro, también llamado quinquenio del peluquero —dice y vuelve la cabeza, buscando pendencia (pero visiblemente la mujer no entiende, la afición al fútbol debe ser uno de los tantos goces que Manolo no le deja compartir): Paz, el Cabezón Romero y Cabrera, Luz, Galvalissi y el mono Gambetta, Luis Ernesto, Ciocca, Atilio, Porta y Zapirain.

La mujer parece estupefacta. ¿Se los sabe así?, preguntaría, si no recordara que Manolo también se los sabe del mismo modo. El chato debe adivinar ese asombro y ese cotejo: La gracia es que yo no soy del bolsillo, agrega. Si no, no tiene mérito...

¿Y así lo tiene? La mujer repite que Manolo no vendrá hasta la noche (y eso mismo, se advierte por el tono de la voz, no lo sabe demasiado firmemente). Pero, siendo amigos de él, los invita a comer. Plato único, dice: Tallarines al huevo. Los chiquilines ya han comido, informa. Pero el tazón esmaltado, con su borde de filete azul, rebosa de tallarines en una salsa amarillenta. Disculpen la fuente. Ha traído también una botella de vino casero (casero de un vecino que hace vino, corrige) y lo pone en el centro de la mesa. No es malo, juzga, previendo que vayan a encontrarlo mucho mejor de lo que ella les concede. Las mujeres han regresado del baño, se sientan.

—Así que el hombre es del bolsillo —insiste el chato—. Tiene muy pocos datos de Manolo, juega éste. Nosotros dos somos muchas, señora —añade respetuosamente, para disentar sin ofender y como si aquella salvedad pusiera la distancia equivalente a la que puede mediar entre dos credos religiosos distintos. La mujer sonríe. —Éste es un país libre, sentencia, para no tener que desaprobarnos que ellos dos sean peñarolenses y estén sentándose allí, debajo de los cuadros y los banderines, disfrutando de la hospitalidad de un ausente que es de Nacional. Éste es un país libre. Nunca lo ha pensado por su propia cuenta, claro; se conforma con repe-

tir lo que ha oído, lo que tal vez Manolo diga para afirmar otras formas, vaya a saber cuáles, de su libertad. Nunca lo ha pensado ni tampoco ha estado nunca presa, ni quizá Manolo tampoco, por lo menos desde que se conocen. ¿Cuánto hace? Unos ocho años, ha dicho en el diálogo inicial del patio, cuando Tomás ha justificado no haberla conocido antes, pretextando el tiempo que hace que no se ven con el amigo viejo, fuera de los encuentros (que ha multiplicado, en la indefinición de un plural que sugiere muchas veces) en la parada de Miguelete y Sierra. Ocho años, ha dicho. Y luego, acariciando la cabeza del hijo mayor, preguntada por las mujeres sobre la edad, ha dicho que cumplirá ocho a principios de abril. Éstos así que anduvieron rápido —parece decir la cara de la gorda, donde la relación de fechas esplende, escrita en los ojos—. Anduvieron en taxi, como quien dice. Pero en tiempos en que Manolo todavía era peón nochero —podría calcular Tomás—. Sí, en taxi, y así vino seguramente la cosa... La cosa, ese chiquilín paliducho que debe haber sido engendrado en el asiento de atrás, en alguna callecita solitaria y nocturna, sobre la hora de largar el turno... Ocho años.

—No vaya a creer que Manolo es un fanático —previene la mujer, buscando que el costado enemigo de la imagen de Manolo les sea menos duro—. No señor, no. Fíjese que nunca ha querido poner el escudito de Nacional en el coche, y eso que una vez le regalaron uno para poner allí. No, dijo Manolo, eso no: el pasajero puede tener otra opinión y capaz que no le gusta y deja pasar el coche sin tomarlo. Ah, sí, Manolo es comerciante ante todo.

Comerciante ante todo. Parece muy orgullosa de que Manolo sea tan comerciante, de que Manolo sea tan vivo, de que su hijo haya llegado tan pronto, todo para este bienestar mistongo que tiene, con su casita de bloques y las gallinas sueltas en el patio. Claro que es el instrumento de trabajo, pero no hay ninguna relación entre el auto como auto y la casita como casa. Bueno, eso pasa siempre con los taximetreros. Sí, seguramente algún domingo que otro sacará a pasear "a la patrona y los gurises", en estos casos siempre se dice así, como si se tratara de un solo monstruo de tres cabezas: lapatronaylosgurises.

Cada imagen favorable hace caer en el riesgo de la imagen contraria. Ella lo siente y acota:

—No van a creer que sea por interesado. Manolo es el hombre más generoso. ¡Vieran el perfume francés que me trae! Sólo que cuando trabaja trabaja y lo que no es del trabajo lo deja afuera.

—Y es un hombre valiente, eso sí que sí. Tiene lo suyo, y no pierde la sangre fría. Una vez lo encerraron en la valija del coche, para usarlo en unas rapiñas. Los oyó hablar entre ellos, escuchó todo. Oyó que llamaban a un tan Aníbal y a un tal William. Cuando declaró dio esos datos y gracias a esos datos agarraron a los tipos. ¿Qué me dicen?

Muy bien, muy bien. Ellos están de acuerdo en todo, no faltaba más. Claro que sí, dicen, o asienten con las cabezas. La mujer se siente animada a seguir y sigue:

—Manolo no habla mucho, así que perdonen la pregunta: Ustedes ¿dónde lo conocieron?

—Manolo era novio de mi hermana —explica Tomás—. Y en seguida siente que aquello deja un recelo flotando en el aire. La mujer baja los tonos de su entusiasmo: aquella revelación ha tenido el mérito de reducirla, por primera vez, al silencio.

—Eran muy jovencitos —los disculpa Tomás, dudando ya de que la noticia haya sido oportuna, sirva para algo, haya hecho feliz a alguien. Eran muy jovencitos, como postulando: No eran casi culpables.

—¿Y su hermana? —pregunta la mujer, dando por supuesto que el destino de Manolo haya sido el mejor—. ¿Qué fue de su hermana?

—Mi hermana murió hace años.

Sin mirarlos, parece sentir que los demás lo miran; lo miran y reprueban. La frase ha salido de su interior sin que la hubiese previamente pensado y formado, salió y él la ha escuchado cuando ya estaba sonando, partida de él hacia la mujer, hacia los celos de la mujer, hacia la necesidad de tranquilizarla. La ha matado así, de golpe, para matar los sentimientos agresivos de aquella mujer, la ha sacrificado en homenaje a esos celos que tienen las mujeres por lo que pueda haber pasado antes de que su hombre las conociera.

¿Para qué ha dicho esto? ¿Y cuando se sepa que Margot no murió? ¿O piensa que para entonces ya estarán instalados en su casa y a Manolo esa clase de mentira le interesará menos que los otros problemas que hayan venido a plan-

tearle? ¿Y si Manolo llega ahora mismo, mientras están comiendo, antes de que se hayan instalado? Bueno, entonces se adelantará a recibirlo y en vez de decirle Nos metimos en tu casa, aguantanos, tendrá que decirle Margot se murió hace años, no es verdad pero tuve que inventarlo, no me desmientas frente a la patrona...

La responsabilidad de haber matado a una persona en una frase y la responsabilidad de haber matado a una persona en la calle. Sí, pero esta vez la persona muerta era una hermana. Era menos y más: menos en la realidad, nada en la realidad, si se pensaba bien; más en la intención, sí, pero sólo por las intenciones —en este mundo— rara vez se marcha en cana...

Puede consolarse pensando que ha matado a un personaje que jamás ha existido: Margot novia. No a su hermana sino a ese personaje cándido e imposible. Bueno, tan imposible no. Era muy joven en los tiempos de su relación con Manolo y Manolo también lo era. No tenía el taxi ni la posibilidad de llenarla de regalos de contrabando, como a sus dos mujeres de ahora. Cuesta imaginarse a una Margot novia pero también cuesta imaginarse a un Manolo que viviera de pequeñas changas, de dependiente de alguien, antes aún de ser peón de taxi. Eran Manolo y Margot antes de empezar sus carreras, Manolo y Margot antes de contaminarse. Y esos dos, con todas las inocencias que habían ido dejando por el camino, esos dos palomitos anteriores a la suciedad de la vida ¿no estaban definitivamente muertos? ¿Habría dicho una verdad sin querer, más que una mentira?

Sabe que sus primeras raterías fueron posteriores a la ruptura de Manolo con Margot. Recuerda perfectamente a Margot llorando y diciendo: "Quebramos", cuando era Manolo quien le había colgado la galleta. Quebramos: y le parece una palabra anterior a la imagen de Margot llorando y diciéndole "¿Qué hiciste?" "¿Qué vergüenza, todo el barrio lo sabe!", "Si papá viviera" (Papá era la invocación para las grandes frases, en las simples y vulgares y cotidianas aparecía simplemente El Viejo), "¿Qué necesidad tenías?". La oye y sobre todo la ve, la cara grotesca de tan congestionada, el contraste entre el pintarrajeo, el rimmel y las lágrimas, en la visita de los domingos a Miguelete. La vez de esa primera prisión fue la vez en que la Vieja no

quiso visitarlo. Las veces siguientes, en cambio, empezó a ir, empezó a doblegarse, empezó a perdonar, empezó a disculparlo, comenzó a decir que él era una víctima, que lo veían en la calle y lo llevaban, todo por los antecedentes, sí, todo por los malditos antecedentes, porque era el hijo más bueno del mundo y ahora estaba trabajando. Por los antecedentes, nada más que por los antecedentes. Con los años y los hechos fue plegándose a ese tipo de indulgencia y partidismo según el cual las madres de los asesinos están orgullosas de que sus hijos nunca hayan robado y las madres de los ladrones confían en haber preservado su sensibilidad, junto a sus sentimientos maternos, gracias a la afortunada circunstancia de que sus hijos nunca hayan matado.

—Muy bueno el vino —consiente Tomás, para sepultar el recuerdo de su hermana muerta, antes de que aún la visión del cadáver irrite a la mujer de Manolo. Para sepultarla en vino.

—¿Le parece? —y la pregunta casi sin énfasis de pregunta no oculta desconfiar, al mismo tiempo, de que el vino sea realmente tan bueno y la hermana esté realmente tan muerta.

A propósito del hambre que tienen y de lo que han comido la noche antes, se miran por un momento, ante los elogios en que se ha desatado Tomás, al agregar que los tallarines están asimismo notables.

Si les preguntaran de golpe, ¿deberían mentir que vienen a pasar una noche los cuatro juntos, que han comido lo mismo, que han bebido lo mismo? No han pensado nada de esto, no han concertado nada, las menores alternativas de la conversación —con aquella mujer tan locuaz— pueden tomarlos desprevenidos. Todo por haber decidido viajar separados en el 130 y por no haberlo combinado antes. ¿No habían sido capaces de prever esa tontería? Pero entonces, ¿cómo podrían tener la pretensión de escapar a otras formas de la persecución y la averiguación mucho más serias, las que estaban apretándose más y más alrededor de ellos, las que ya estaban sintiendo en el aire, las que empezaban a cernirse sobre sus mismos cuerpos, como si sus caminos y sus movimientos estuvieran ya reduciéndose minuto a minuto?

Tampoco habían concertado ninguna precaución para

declarar, si los llevaban separados a declarar, como seguramente ocurriría aunque los capturasen juntos. Sólo algo que había dicho Tomás, de un modo muy ambiguo, cuando estaban sentados en la escollera (y él balanceaba las piernas golpeando el murallón, sobre un fondo de agua, mientras lo decía). Si uno de nosotros de cualquier modo se escapa... si uno de nosotros de cualquier modo no se pone a tiro y los demás lo saben, si los otros están seguros de que se las tomó o de que nadie, por más que quiera, puede ya hacerle nada, bueno, ése es el que lo hizo todo, ése es el que tiene toda la culpa... No le habían contestado nada, no habían querido contestarle, acaso habían preferido fingir que no habían escuchado. Parecían haber sentido instantáneamente que no debían estimular la posibilidad de que ninguno de ellos por separado, apartándose de los demás, llegara a ponerse a salvo, así, de cualquier modo, como Tomás decía.

Pero ahora están por primera vez ante alguien que no pregunta, ante alguien que aparentemente no lee los diarios ni oye la radio ni sabe nada. No la oye aunque la radio atruene pasando tangos y boleros y lánguidas canciones de amor, en un sitio de trastienda que debe ser cocina o dormitorio. La mujer habla todo el tiempo, cuenta las hazañas escolares del hijo mayor, lo inteligente que es el chico y lo inteligente que era, según dicen, Manolo cuando tenía la misma edad. ¿Usted lo conoció entonces? No, entonces no, un poco después...

Aquel monólogo sin tregua y el vino que ha ido bajando en la botella, consumido por Tomás y aunque algo menos por el chato, los distienden. La mujer ya ha prevenido que hay más: Está para tomarlo, ha dicho. Tomen con confianza, es hecho por el vecino, Manolo y él van al mercado y compran la uva y también el azúcar, todo a medias, y lo embotellan a medias y se lo reparten. Manolo a medias en el taxi, Manolo a medias en la quiniela, Manolo a medias con dos mujeres, Manolo a medias en el vino. Es posible imaginarse un mundo de placidez donde Manolo demore en llegar o, mejor aún, no llegue, donde el gallego y el chato consuman a medias el vino hecho a medias por Manolo, donde la mujer hable todo el tiempo y las mujeres la escuchan a medias y no pase nada. La paradoja: tantos lugares, tantos sitios ignotos, especialmente de noche, tantas taperas,

tantas casas abandonadas, tantas guaridas factibles, hasta cuchas de perros, y sin embargo qué pocas posibilidades verdaderas de escapar, a partir de los errores que ya han cometido, del rastro que han ido dejando con tantos errores. Además, cuando uno está en el fondo de una pieza en que se siente seguro, porque piensa que sus perseguidores no llegarán nunca hasta allí, sabe también que podrá considerarse a salvo solamente el tiempo que permanezca allí, que pueda aguantarse sin salir, sin moverse, sin conseguir alimentos, sin abandonar aquel rincón o el medio del cañaveral o cualquier otro reducto inaccesible por el estilo; sí, porque los sitios inaccesibles no permiten tampoco quedarse indefinidamente en ellos, perdurar sin comer, sobrevivir inmóviles, tan sólo respirando como plantas. Al cabo de los días habrá que salir, dejar los escondites y arriesgarse, luchar o entregarse.

—Dígame señora —tercia la gorda, para desviar el tema de las virtudes exuberantes de Manolo—. ¿De qué signo es usted?

—De Géminis —dice la mujer, y se vuelca a esperar con tensa curiosidad los resultados de la averiguación.

La gorda saca de su pechuga, como si fuera un pañuelito, el trozo de diario ("Es de hoy", aclara, al observar que el aspecto tan ajado haría presumir una mayor vejez); lee: "Pequeñas contrariedades que van a resolverse en cuanto usted se decida a dar una explicación satisfactoria".

—¿Una explicación satisfactoria?... —rebota con suspicacia la mujer—. ¿Y a quién, quiere decirme? ¿Qué es eso?

—El horóscopo se interpreta, señora —dice la gorda, disfrutando de su mayor sabiduría astrológica y de esa zozobra vulgar que le permite sentirse superior—. No da informaciones. Cada uno lo entiende según lo que le está pasando ese día.

—A mí no me pasa nada para explicar —retruca la mujer.

—Nunca se sabe —dice la gorda, y se arrepiente en seguida. Pero los ojos de la mujer no miran con ninguna perspicacia.

O mejor dicho sí, pero no a ella: se alzan de pronto, mirando hacia la ventana.

En el espejo oscurecido del aparador, Tomás —de espal-

das a la ventana— ha visto una figura delgada, ha creído descifrar el ademán negativo de un brazo que se bate como un péndulo, dos veces seguidas. La mujer, que no entiende el horóscopo, parece haber entendido, por lo menos, que no tiene que decir a quién ha visto y qué ha visto. Era un vecino, traduce con torpeza, al par que Nat-King-Cole promete marrulleramente que si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar. Es un vecino, ha dicho, pero Tomás cree haber distinguido al flaco Píriz haciendo un ademán negativo y tal vez llevándose el índice de una mano en busca de un ojo, y acaso también esto la mujer, situada frontalmente a la ventana, lo haya visto. Si hay algo evidente, es que no era un vecino; y cuando Nat-King-Cole amenaza a todo volumen con un buque de guerra o con un tren militar, se oye —por detrás de su gangosa empalagosa nostalgia amorosa de negro— la partida súbita de un motor a gas-oil. Tomás no tiene dudas: el flaco, conminado por Manolo, ha venido en el taxi de Manolo a dar aviso, los ha encontrado allí y ha tenido que hacerse entender por señas. No los recibas, tené ojo, cuidado —han dicho las señas—. Y el ruido del motor a gas-oil, partiendo a toda marcha, que ella tiene que haber escuchado e interpretado, narra el resto del mensaje: Te lo manda decir Manolo.

La mujer procede entonces a recoger los platos y las dos mujeres de la visita proceden a elogiar la comida, "Estuvo todo muy bien", frente a las disculpas de la mujer de Manolo, que no se ha repuesto aún del imprevisto saludo del vecino.

—Me alegro de que haigan pasado bien —dice la mujer—. Ahora sí, me van a perdonar, porque tengo que ir a llevar los chiquilines a casa de mi mamá.

Si no fuera ridículo oírle decir Mi Mamá, como si fuera una niña de quince años, el aviso les disonaría por otras razones; no estaba sobreentendido en lo que ella había estado anunciando hasta el cansancio para después, refiriéndolo a sus hijos, anticipándolo para la llegada de Manolo, contándolo y repitiéndolo. No estaba sobreentendido e irrumpía como una improvisación, a partir del saludo del vecino.

Las mujeres no han comprendido aún el episodio. Tomás sí y tranquiliza a la dueña de casa, como si a su vez expresara una decisión anterior de todos:

—No se preocupe, señora. Nosotros ya nos íbamos. . .

—¿De veras? —la mujer que ha mentido coquetea con que le digan la verdad, una vez que ella ha puesto un límite a su acogida.

Los tres sienten que Tomás se ha desalentado. Y cuando en su desaliento le dice, una vez más, Señora, se dan cuenta de que nadie le ha preguntado siquiera cómo se llama ni ella lo ha dicho, porque si aparece aludida en las conversaciones de Manolo que ella misma reproduce, se le designa como Negra o, a lo más, Mi Negra, así como ella aparece llamándole generalmente Viejo, lo cual da una versión idílica de sus relaciones conyugales. Sí, pero es claro que cuando hay que hacer un elogio del marido o una afirmación categórica, como "Manolo es comerciante ante todo", no sirve decir Mi Viejo o el Viejo, hay que nombrarlo al menos por su apodo de siempre y para todos. Con ella, en cambio, no pasa lo mismo: su personalidad doméstica no precisa emanciparse nunca de Mi negra, vivirá envejecerá siendo Negra Mi Negra.

—Bueno, muchas gracias por todo. Lástima no haber encontrado a Manolo —miente Tomás—. Dele muchos saludos.

—Manolo va a sentir no encontrarlos —devuelve la mentira, sobre el recuerdo del gesto del flaco, la mujer—. ¿Qué le digo?

—Dígale, no más, que estuvo el gallego. El gallego con unos amigos. . .

La mención "unos amigos", ¿alcanza también a Isabel, o Isabel es parte del gallego mismo y unos amigos son Ramos y Luján? No se aclara, la mujer ha decidido no pedir los nombres de los otros.

—¿Así nomás, el gallego?

—Así nomás, él sabe.

Sí, pero él sabrá también la historia de Margot muerta, sabrá que aquello es mentira, verás que todo es mentira. Bueno, a esta altura, Manolo estará a punto de saber la verdad. ¿O es que Tomás está descubriendo que ya no le importa mentir, si es que alguna vez le importó? ¿Dónde estará él, dónde estarán todos ellos cuando a Manolo le estén contando la tierna historia de la noviecita muerta?

—¿Cómo me dijo que se llamaba su hermana?

—No se lo dije, doña —corrige Tomás—. Se llamaba

Margarita. Pero él la llamaba Margot. (Doña es menos que señora, Margarita es más que Margot.)

Al fin de cuentas, Margarita Margot muerta es una mentira no mayor que Manolo Gran Marido, ese Manolo que trabaja demasiado, para traerle a ella extractos franceses. De contrabando, eso puede pensarse. Pero, en todo caso, ¿qué podrá hacer ella con un frasquito de extracto francés con la vida que lleva allí en aquel lugar, saliendo de aquella casa, con gallinas que se meten hasta adentro, vistiendo de ese modo? ¿O irá a ponerse extracto francés para llevarle los chiquilines a Mimamá, esta misma tarde?

Cuando la casa y la mujer han quedado atrás, Tomás rehace la historia del flaco Píriz, de los gestos del brazo del flaco Píriz, de la orden terminante de Manolo que ha venido a cumplir el flaco Píriz (¿Cómo te diste cuenta de tantas cosas?, pregunta maravillada Isabel y él acepta tristemente el elogio, sin dar explicaciones), de la forma en que el flaco Píriz se las ingenió para pasar su mensaje cuando miró por la ventana y se dio cuenta de que ellos se le habían adelantado, de la forma en que se las compuso esa mujer, que parece tan estúpida, para interpretar lo que aquellos ademanes querían avisarle y mandarle (Ésa que parecía tan burra para descifrar un horóscopo, se queja como si la hubieran ultrajado en sus candores la gorda), todo lo que está haciéndolos caminar ahora por la calle de tierra de aquel sitio absurdo que se llama El Dorado, sin un propósito, sin un rumbo, sin demasiado tiempo para nuevos planes.

—¿Qué podés esperar de un bolsilludo? —pregunta el chato, pero la broma muere apenas empezada. Y pasándose a serio:

—Éste nos quemó, este hijo de puta nos quemó, te lo doy garantido. Pero si pasa algo, nosotros los quemamos a ellos y van en cana hasta que se aclare. . .

La proposición de una venganza tan cortita parece inepta. Van en cana por dos días y nosotros por veinte años. Van en cana y aclaran todo y los sueltan. Es la contrariedad que obliga a explicarse, que decía el horóscopo. ¿De qué puede servirles eso?

—Vamos hasta el ómnibus —dice el chato—. Yo no me

quedo un minuto más aquí. Después se verá, pero ahora nos vamos. Dale.

—Nosotros nos quedamos por aquí —dice Tomás.

Parece una determinación asumida con calma, después de haber pesado el pro y el contra de muchas cosas.

—¿Te quedás a qué? —pregunta el chato.

—Nos quedamos —insiste sin explicar Tomás—. Ustedes vayan.

Y por si Isabel no lo ha entendido:

—Vayan. La flaca y yo nos quedamos aquí.

En la penumbra de La Cueva (¿siempre vacía, siempre a oscuras?) los bordes blancos del diario alumbrando dos ribetes de luz. La gorda se acomoda, dobla las hojas en cuatro y vuelve a leer:

“Un ciudadano cuyo nombre mantenemos en reserva —¿por qué dice ciudadano, cuestiona la gorda, como si hablara de elecciones?— aportó datos muy ilustrativos, al presentarse esta mañana en la 14, entregando un cuchillo a las autoridades. Instado a reconocer como dueño del cuchillo a Tomás Font Barreiro, cuya identificación se había logrado gracias a las declaraciones de una pareja, según informamos por separado, lo hizo sin vacilar, añadiendo que Font, acompañado por una mujer, se había presentado anoche en su domicilio y a punta de cuchillo lo había obligado a darle albergue, tras lo cual se atrincheró en una de las habitaciones de la casa. Esta mañana temprano, al irse, dejó olvidado encima de una silla el cuchillo, que el denunciante se apresuró a entregar a las autoridades. A esta altura, el caso del crimen del sereno puede considerarse definitivamente aclarado, aunque no se posea aún la identidad del cómplice, asunto en que se sigue trabajando.”

—Este tipo miente como un cochino —dice el chato—. Eso no fue lo que nos contó el gallego.

—Claro que miente —confirma la gorda—. Y a esta hora estará ampliando el informe. . . el ciudadano que su nombre se mantiene en reserva: diciendo que nos vio en El Dorado y todo eso. ¿Te das cuenta? . . .

—Leé la otra —ordena el chato.

—“La información decisiva ha venido a suministrarla

una pareja de ancianos, detenida ayer por la noche al concurrir al bar de Millán y Coronel Raíz, a fin de aceptar la invitación a comer un asado, que uno de los asesinos le había formulado la noche misma del crimen, al parecer muy poco antes de que el hecho se consumase. Cuando llegaron movidos por la invitación, el dueño del bar procedió a retenerlos y a dar aviso a la policía. Indagados por ésta, los ancianos identificaron a su invitante como alguien a quien sólo conocían por el gallego, sin saber nombre ni apellido. Enfrentados a una galería de delincuentes que se distinguen por tal apodo, reconocieron a Tomás Bismark Font Barreiro —sujeto de frondoso prontuario— como la persona que los había convidado a comer el asado, invitación que se cumpliría precisamente en la noche de ayer, citándolos a tal efecto en el bar donde fueron aprehendidos, el mismo en que habían estado bebiendo los asesinos la noche del crimen...

—Primera vez que oigo que hay galerías por apodos —dice el chato.

—¿Tenés miedo de figurar en la galería de chatos? —pregunta la gorda.

—Así que ésa era la pareja que le teníamos lástima —re-capitula innecesariamente el chato—. Fijate que esos viejos de mierda no los picanearon ni nada. Largaron en seguida todo lo que sabían, te garanto que sí...

—Furiosos por perderse el asado y todavía ir en cana...

—¿Te acordás del gallego?... “Vos siempre te jodés por cariñoso”... ¿Y él entonces?... ¿Por qué se jode?

—¡Qué injusticia! —valora Luján—. Tan luego ese par de muertos de hambre, venir a quemarlo...

—Siempre es así... ¿te acordás del Oscar Gómez? Lo agarraron cuando llevó a la mujer enferma al hospital...

—Pensándolo bien, el gallego se jodió por muchas cosas... Se jodió con el revólver, se jodió con el cuchillo, se jodió con esos viejos limosneros...

—El revólver se lo di mal yo.

—Sí, bueno, pero él tenía que fijarse... Y te digo otra cosa. Se está jodiendo ahora mismo de nuevo, parece mentira: tan inteligente que se cree y la caga siempre. Fijate que vio al flaco en El Dorado y ese alcahuete fue el que llevó el cuchillo a la 14. Y ahora mismo debe estar el flaco contando

que el gallego andaba por El Dorado y el gallego va y se emperna en quedarse allí, en vez de tomárselas de apuro... ¿Quién lo entiende?...

—Andá a saber si no quiere quemarse del todo... quedar-se esperándolos...

—A mí me dijo otra cosa, vos mismo lo escuchaste...

—¿Pensás que no va a entregarse?...

—Al menos eso dijo. Pero no tiene lógica, no tiene lógica...

—Ni con qué resistirse: perdió el cuchillo, perdió un revólver, vos sabés que el otro está en la casilla...

—A mano limpia —dice ella, en tono de película—. ¿Cómo explicás que se quede por allá, sin nadie que lo aguante?

Él podría tener su explicación: Quiere hacerse matar. Pero no se anima a decirlo, por miedo a que la gorda le pida lo mismo. Ella no se lo pide y él inventa:

—Andá a saber si no descubrió ya dónde esconderse...

—¿Dónde? —pregunta ella. Y él alza los hombros.

¿Dónde se esconden los ladrones, cómo se esconden los ladrones? ¿Dónde se esconden los asesinos, cómo se esconden los asesinos? ¿Es que acaso existe un modo de esconderse para cada delito, una forma de huir para cada persecución, una manera de sustraerse para cada culpa? Los ladrones parecen temer sólo al momento de la acción misma y buscan luego la impunidad en el buen escondite de las cosas. Si saben esperar, como no supo Adhemar, pueden seguir circulando en busca del próximo trabajo, mientras dejan que se aquiete el recuerdo del último, para asomarse después al tráfico de los reducidos... Piensan, saben tal vez que en pocos días la memoria del hecho languidece y muere. Los asesinos, en cambio, sólo tienen que esconderse ellos mismos, pero a cambio de esa mayor simplicidad la memoria del hecho perdura, los sigue, los acosa, se mueve envolviéndolos, se desplaza con ellos, acaba por convertirse en su carne... Sí, ellos acaban por volverse su crimen, en tanto los ladrones no se vuelven su robo... Así que el gallego...

—Viejos de mierda —repite la gorda—. Menos mal que a vos no te conocen...

—Sí, pero Margot me conoce...

—¿Margot?

—¿Vos te creés que ya no fueron a la casa del gallego?...

Y Margot les va a batir todo lo que sabe, ¡mirá quién!

—Entonces va a mandarlos a Florida, ¿te acordás lo que le dijo el gallego?

—Eso sí que no van a créerselo. . . No te olvidés del ciudadano ése, el flaco hijo de puta que nos vio a mediodía. . .

El chato ha pedido esta vez una cerveza y dos vasos, se ha tomado la parte de él y está tomándose la de ella: transpira, es la primera vez que ha cedido al calor y a las bebidas de verano. . . Son las peores, las famosas bebidas de verano: las que más te hacen sudar. . . ¿O es que transpira porque ya su pensamiento va encerrándolo?

—¿Querés decirme qué le dio al gallego por invitarlos?
—pregunta la gorda.

¿A quiénes?, podría preguntar a su vez él, tan lejos han quedado los viejos, tan muertos y perdidos y tan lejos, ahora que las cosas empiezan a rodearlo y él empieza a convertirse en su crimen. Pero otra vez se calla.

En el vacío y la penumbra de La Cueva irrumpen el perro y el gato. O no, el gato y el perro: el gato arqueado y con la pelambre erizada, salta del suelo, rebota en el mostrador, hace volar un vaso por el aire, acaba por guarecerse en la estantería. El perro, un cuzco ordinario orejas negras, manchas negras sobre la piel blanca y sucia, se frena de golpe en los bajos del mostrador, golpea allí, araña la madera, gruñe con las fauces abiertas, se pone a ladrar. El gato es el gato del café, el cuzco es un cuzco de la calle. Esto puede pasar todas las tardes. Pasa hoy. Toda aquella irrupción, los ladridos agrandándose y golpeteando en el café vacío a media tarde, los saltos del perro, el espeluzno encogido del gato, que ahora empieza a sentirse seguro desde la altura y descarga golpes de fuelle contra los ladridos cada vez más agudos, todo aquello retrae al chato en su silla, lo lleva a apurar el resto de la cerveza y a alzar un brazo, pidiendo al dueño algo que no es cerveza: que intervenga, que haga cualquier cosa, que los eche.

El dueño sale desde atrás del mostrador, empuña una escoba, lanza a su vez un aullido, tercer animal en la disputa. Súbitamente, sin transición y todavía sin castigo, el perro pasa del furor al miedo, del ataque a la fuga. Y él, el chato ¿no se da cuenta de que ha recorrido el camino inverso, de la fuga al aplomo? Porque al saltar como un relámpago

el perro en el bar, él ha tenido un encogimiento y ha precisado el vaso para agarrotar la mano más que por la sed, se ha entumecido rígido y también arqueado en su silla, como si hubiese estado esperando que el animal viniese a buscarlo, como si hubiera llegado la hora y aquel perro ordinario y furioso la representara, como si en definitiva hubiera irrumpido para pedirle cuentas. El perro es el flaco, el perro es los viejitos miserables, el perro es Margot dando una pista, el perro es todo y allí ladra y allí se alza la escoba y entonces gruñe, capitula y escapa. Él suda, maldice la cerveza, ¿quién la habrá inventado, quién habrá mentido que quita el calor? Mejor la grappa, podés tomarte las grappas que quieras y no te da por sudar como un loco (¿Sudan los locos?, nadie se pregunta, todos dicen la frase). ¿Será la cerveza o la carrera del terror por dentro de él? La carrera de ese otro perro al que vienen cascoteando el gallego mismo y el ciudadano de nombre reservado y los viejitos que se acercan por el asado prometido y el patrón que le tira un escobazo y Margot y tal vez en su inocencia hasta la madre. Todos pueden llegar, de un momento a otro, detrás del perro, como si fueran aquella cacerola atada a la cola del perro cuando éramos chicos, la cacerola que más golpea y hace más escándalo cuanto más se dispara. La carrera del terror a la crueldad y ahora a la paz (está sentado, se enjuga la frente, el perro ha gruñido para abandonar su presa, el patrón sale detrás del mostrador, tira la escoba entera, no un golpe de la escoba, en pos del perro, emite un grito agudo e inhumano que dice Juira, que verdaderamente dice Juuuuuuuuira, taladrando los sensibles oídos del perro, causándole terror, haciéndole plegar las orejas y bajar la cola. Ya el perro ha salido y el dueño tras él; Ramos ve desde allí, inmóvil en su silla, que el dueño se agacha, presiente que toma una piedra y la arroja. No ve al perro, oye su aullido de bestia alcanzada y en fuga, el aullido que acaba por distender al gato más todavía que el Juira, más que la presencia de su dueño gritando y arrojando piedras. . . Ha distendido al gato, que se apresta a dormir la fatiga, a dormirar su indiferencia y su humillación arrellanándose en la estantería (pero ya irán a sacarlo, el dueño administra la justicia del Vos tampoco). Ha distendido al gato y también a él, a Ramos, ha desatado aflojado algo dentro de él,

algo que estaba instalado en él desde antes del perro, desde la primera vez de la lectura del diario, algo que ha acabado por desenroscarse largando desde dentro de él, como en un vómito lento y blando, sin arcadas, a los viejitos y al gallego y al cuchillo y al flaco Píriz y a la conversación inacabable de la mujer de Manolo, que se transforma ahora en la conversación inacabable de Margot con los tiras. Pero ese mismo aflojamiento le abre más los poros y alza hacia la gorda, con la sonrisa empapada de sus dientes muy blancos, una cara que tiene algo de pastilla licuándose en un vaso, el vaso enorme que es toda La Cueva, ahora que el vaso del mostrador destella hecho pedazos en el centro del piso. Secate, por favor, dice la gorda. Y no vayás a pedir más cerveza (interpretación del gesto del brazo). Innecesario. No va a pedirla. Solamente va a sacar el pañuelo y a frotarse la frente, a resbalarlo por sus mejillas que han estado sufriendo toda aquella impregnación como si fuera el llanto de las grandes ocasiones. ¿Te dio miedo?, parecen preguntar los ojos de Luján, siguiendo el pañuelo pringoso que enjuga la frente, que baja y da vueltas para enjugar las mejillas, que cierra su viaje recogiendo las gotas de sudor que ha cuajado y juntado el labio superior y han venido deslizándose hasta colgar del mentón. ¿Miedo yo?, parecen responder —sin la certeza de no estar mintiendo— los ojos de él, mirándola por encima de los virajes del pañuelo. Y la voz, como si diera por supuesto todo ese cruce de preguntas, aclara: No he visto otra cosa que perros, desde chico. ¡Si habré visto perros! No, no fue el perro, ¿sabés?, pero de nuevo ha desaparecido la voz, se ha sumergido en su propia cueva, en cuyo fondo también barbotaba, resplandece, hierde otro vaso roto, vuelven a ser sus ojos narrando, ¿qué miedo puede darle un perro más o menos?, fue algo diferente, como cuando de golpe se te cruza un gato negro ¿sabés?...

Ya no tiene miedo. ¿Lo habrá tenido? Diría que No si se lo preguntaran, pero sus dientes blancos se han regocijado de la pedrada y del aullido y eso es raro y si mirás mejor ya no es tan raro. Lo joden los perros, lo joden los botijas que entran en los cafés a pedir limosna y no porque haya tenido que pedirla de pibe. No fue mendigo, no fue perro. No tiene miedo, ya ha estado por esa forma de justicia, la

pedrada, el escobazo y el grito, pronto empezaría a expresar su furor y después, si le dieran tiempo, su soberbia. La gorda se apronta a ver venir todos los paisajes sobre su cara, sobre la cara que se ha olvidado del pañuelo y vuelve a sudar. Él ve que lo está viendo, la cree interesada en la marcha de la respiración sobre sus pómulos. Aleja el vaso de cerveza, donde ya no hay una sola gota, y postula:

—Mejor la grappa.

—Pero ahora no irás a pedirla...

—¿Con qué juego? —pregunta a su vez—. ¿Con qué guita?...

El dueño ha vuelto, ha recogido la escoba, está juntando los trozos de vidrio del vaso deshecho. Muele con las suelas de sus zapatos los pedacitos que es difícil levantar. Mira hacia ellos —únicos parroquianos— con un rostro de simpatía que equivale a un comentario; un comentario como Qué va a hacerle, así es la vida, algo por el estilo. La gorda se siente alentada a conversar:

—Lo mejor es echarles un jarro de agua.

No habla de los trocitos del vaso sino de los animales en lucha.

—Sí, eso cuando son dos perros —objeta Ramos—. Aquí eran perro y gato.

—¿No es lo mismo? —duda la gorda—. ¿Cómo se separan entonces?

—Mire —calcula el dueño—. Es más fácil recoger una escoba del suelo que secar un charco de agua.

—Ah, eso sí —admite la gorda—. Por ahí me la gana. Pero el gato le tiene terror al agua. Y al perro lo calma en seguida...

—Con el terror que ya traía el gato —replica Ramos— ¿qué iba a hacerle el agua?

—Es otro terror —dice la gorda, viéndolo plegar y guardar su pañuelo pringoso—. Terror al agua.

El perro, está ahora comentando el patrón, pasa de la furia al terror. El gato es diferente. Si no lo atacan, no se enoja.

—Mire —agrega con erudición felina—. Si lo persigue un perro, el gato trepa esos paraísos que ni los ve. Pero después que está arriba y el perro se fue, hay que ayudarlo a bajarse. Porque mira p'abajo y entonces se asusta. Los

animales tienen sus cosas... —agrega, sin pensar que su grito hizo de él otro animal, el animal decisivo en la escaramuza.

—¿Y si en la otra vida a uno de tocara ser gato? —propone Ramos. No está borracho, no, pero ahora todo se le junta: las noticias del diario, la irrupción del perro, el grito del bolichero, todo le da vueltas como una bola de fuego por la cabeza, todo cunde en él como una excitación extraña.

—¡Buenos hijos de puta son los perros! —exclama inesperadamente, como asumiendo ese avatar de gato—. Al gato, si pueden, lo hacen pomada. Al hombre le disparan o le lamben la mano... ¡Eso son los perros!...

La gorda no le había conocido este odio. Lo mira, no se anima a interrumpirlo.

—Además, ¿qué querés que te diga? No hay bicho más degenerado que el perro. ¿Vos te fijaste lo que hacen entre ellos cuando se empatotan atrás de una perra alzada?

—Decime una cosa —y ella blande el diario, donde están los verdaderos hechos—. ¿Vinimos aquí a hablar de perros?...

Pero no es hablar de perros. Se equivoca. Es como si el perro que entró en La Cueva se hubiera desgajado de los perros del cantegril y viniera a buscarlo, ese perro que es el flaco que son los viejos, Volvete al barrio, parecen decirle, Volvete al barrio, Rajá, No te quemés que ya te andan oliendo por este lado. ¿Volverá al cantegril esta noche, se expondrá a tantos ladridos, a distancias de perros que se responden como si fueran distancias de gallos, a vecindades de perros que no lo dejan dormir? Y ahora que ya saben quién es el gallego, peor que peor. Porque los tiras irán como jauría a la casa del gallego y Margot hablará hasta por los codos y contará quién es cada uno y entonces...

—Tenés razón, concede. Tenemos que hacer cualquier cosa antes que sea de noche.

Un hombre que va a morir recibe toda la luz del mundo en el momento en que lo toca un rayo de sol. Mira hacia el oeste, frunce las cejas. Tomás mira a lo lejos, ella lo mira. Detrás están los rieles del ferrocarril, sitio elegido. Delante, un pedazo de campo apenas ondulado. Pasta un caballo, hay dorsos de ranchitos blanqueados que la hora tiñe de rosa. Ranchos y tendedores de lavanderas, con las sábanas que también flamean lentamente pliegues de crepúsculo; gallinas que corretean antes de subir a las perchas, abren sus alas y las inscriben sobre esos lienzos. Lejos, disuelta en la luz de la hora, alguna silueta de Las Piedras. El terraplén. El terraplén, no: dos terraplenes, entre los cuales se excava el surco de las vías. El tramo en que ellos están sentados baja suavemente hacia los rieles: dos o tres pasos bastan para confundirse con ellos. El otro terraplén, el de enfrente, reverbera de luz solar y escasas sombras largas. Una humareda chata, de chimeneas a cuyo pie ya no están los obreros, a lo lejos se demora en el aire.

Él se ha quitado por un momento la camisa oscura. Su torso de vellos rubios queda al desnudo y el sol en la piel pura de sus hombros. Lo ha visto tantas veces a otras horas, a otra luz, no a ésta. El sol bajo proyecta la sombra de los vellos sobre el mismo pecho, como los dibujos delgados y nervosos de los helechos en la faz de los minerales que hará miles de años los han aplastado. Un pecho casi mitológico, un pecho con sus vellos y la sombra de sus vellos, como una enredadera, un tatuaje muy fino, un dibujo a pincel delgadísimo. La camisa: una bandera más oscura que las distantes sábanas de las lavanderas. Vuelve a ponérsela,

vuelve a caer dentro de su mancha. El fulgor de los rieles le acribilla un flanco, su cuerpo está vuelto a darles la espalda, como si el descuido de los músculos postergase la hora.

Lo han oído por radio: los dos viejitos, el flaco y su cuchillo, su propio nombre. Lo han oído y es entonces que él le ha dicho, mirándola a los ojos, que ella ya sabe que él no va a dejarse agarrar...

—¿Qué querés decirme?... ¿No pensarás?...

—¿Te acordás cómo me miraba la gorda Luján cuando se lo decía? Vos no me mirés igual (ríe)... Vos tenés que saber que hablaba en serio... Vos me conocés, vos sos mi mujer... Esto salió mal desde el principio... Me jode, ¿sabés?, más que por mí, te juro, mucho más que por mí me jode por la vieja...

—¿Y por mí? ¿Por mí te da lo mismo?...

—Vos sos joven. Para vos es diferente... Para vos, aunque ahora te parezca que no, es poco. Me querés, ya lo sé... ¡Pero vos sos joven! Con el tiempo podés encontrar a otro... A otro mejor que yo, como vos merecés...

—Gracias: tan fácil te parece... ¿Te creés que para mí fuiste cualquier cosa? ¿Te acordás, decime, te acordás?... (E invoca la historia que impidió que él contara a la gorda y al chato: hasta coloca una mano por delante, extendida entre los dos cuerpos, que evoca sin querer el momento, aquel instante de la primera cópula, su historia.) ¿Te acordás?

—Sí, me acuerdo. Pero ahora no hay salida. Ni para mí ni para vos ni para la pobre vieja... La vieja: se me muere la vieja. Se me muere. Vos podés ser más fuerte... Con otro o sin otro, vos tenés que seguir viviendo... Mirá, vos vas a ser la única que va a seguir viviendo. Ni la vieja ni yo, ¿te das cuenta? Ni la vieja ni yo. Vos tenés que ir y decir todo: para vos no es mucho. Y salís y sos fuerte y la vida te va a ayudar... Creeme que es así.

—Para vos es fácil, ¡si será fácil! Y yo me quedo, me quedo sin nadie... o peor todavía: con el Viejo, como antes de encontrarte a vos, ¿qué te parece?

—Sí, sin nadie, pero ahora ya te hiciste mujer, no va a ser tan igual. Vos vas a encontrar algo... y algo mejor

que yo, lo merecés. La vida tiene que ayudarte... ¡No te ayudó cuando te juntó conmigo!

—A vos te parece que una se hace mujer para cualquiera, para el primero que la ve... Vos te creés que una está ahí para que la agarren y chau...

—No digo eso. No te creás que fui tan ciego... Sé lo que me querés... y vos, ¿vos te pensás que yo no te quiero porque tenga que hacer esto? Vas a pensar que no te quiero porque te esté diciendo todas estas cosas...

—¿Te creés que eso es lo que me importa, que soy tan egoísta? ¿Pensás que es eso, lo que me va a costar, lo que me toque estar presa, lo que tenga que pagar por haber estado con vos, te creés que es eso lo que estoy calculando, cuánto voy a estar presa y cuándo voy a salir?... ¡Qué mal me conocés, gallego!

—Vos casi nunca me decís gallego mano a mano...

—Pero cuando veo que no me conocés, entonces te llamo como te llaman todos: gallego.

—Me gustaba más cuando me decías Viejo.

—Mirá, recién ahora parecés un viejo de veras (lo mira con engañosa reprobación, como a un niño: le acaricia, a contraluz de las hebras rasantes del crepúsculo, las primeras canas de la patilla, las levanta a dorarse en el aire; se inclina como para besarle, no lo besa)... Un viejo que no tenés fe en la vida, que no tenés fe en nada, que no tenés coraje para soportar la vida, ni con el cariño de tu mujer ni por el hijo que a lo mejor hiciste anoche, y preferís acabar con todo... ¡Sólo pensás en vos!

—Mirá, si pensara sólo en mí podría querer que no encuentres nunca a otro, ¿verdad?... Pero pienso en vos...

—Sí, pero pensás en vos y sólo en vos cuando querés matarte... Allí no entra más nadie que vos... ¡Ni siquiera tu hijo!

—Hace cuatro días que te lo vengo diciendo: esto salió mal desde el principio... ¿Pa qué lo degollé, pa qué entregué el bufoso, pa qué invité a esos viejos de mierda?... ¡Decime!

—Vos no podías saber...

—Sí, claro, yo no podía saber... Pensaba que con la guita del carnicero íbamos a comprar un asado y a convidar a esos viejos muertos de hambre... No pensé que iba a carnear al

mellado... Y después... Después pensé que iba a dejar el bufoso del Gorila y no el del sereno y que Manolo iba a ayudarnos y que el flaco no iba a batirnos la cana... Pensé todo al revés, ¿te das cuenta?

—Te dije desde el principio que el Manolo ése no iba a ayudarnos... ¿Te acordás del cuento de la mujer, cuando lo encerraron en el baúl del taxi y escuchó los nombres de los tipos, que se hablaban entre ellos, y fue y los vendió?... ¿Qué podías esperar?... ¿Un gran sentimiento de amor por Margot?... ¡No me hagás reír! Ya el viernes te miró de reojo, al mandar su vuelta en seguida... Y el sábado, ¿te acordás de la mañana del sábado, cuando esperamos al chato que no vino y vos pusiste las grappas que te habías tomado en la cuenta de Manolo?... Ese día la arruinaste del todo...

—Lo que te estoy diciendo: Pensé todo al revés... ¿Querés que siga jodiéndome ahora?... Si me agarran, a más de la biaba, son veinte años... y con los que ya tengo... ¿Qué te parece? La vida entera adentro y vos que te sentís obligada a esperarme, a esperarme sabiendo que no voy a salir o que vas a cargar con un viejo inservible...

—A mí no me asustás con eso. ¿Qué tendría de horrible? Una vieja esperando a un viejo y los dos con un hijo joven...

—No jodás con el hijo, ¡quién sabe dónde está! Nosotros dos, los dos solos...

—Bueno, si querés... los dos solos y vos empeñado en matarte...

—¿Qué otra cosa querés que haga, sin guita, perseguido, sin nadie que te aguante, debiendo una muerte y con una foja así (separa las dos manos, como si marcara el espesor de muchos papeles), qué querés que haga?...

Lo mira, no quiere abrumarlo: le pasa una mano por el pelo.

—Yo nunca tuve una mujer como vos, ¿sabés? ¿Te das cuenta lo que me costará dejarte?... Sólo que se hace más fácil porque uno deja todo de un golpe: la vida, vos, la vieja...

—Y yo... Yo nunca tuve un hombre, ni como vos ni como nadie... A mí, que tengo que seguir viviendo... A mí, que a lo mejor estoy preñada... Dejame tirarme a mí... andá, ¡dejame!

Aquello es lo único que puede llegarle, lo único que verdaderamente le da miedo, le hace subir el miedo a los ojos:

—¿Vos tas loca? ¡Loca! Sólo loca podés decirlo. Prometeme, prometelo como la última cosa... Si no querés prometérmelo no me mato aquí, abajo del tren... ¿Sabés lo que vas a conseguir? Que me deje agarrar y me mate después, que me cuelgue en el calabozo como Miguel o haga cualquier cosa, cuando ya sientas el botija adentro tuyo y no puedas matarte... ¿Te parece mejor?

Isabel ha callado y él sabe que ha consentido: que ha consentido en no matarse, en no seguirlo allí, junto a las vías.

—Prometeme, insisté por las dudas.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—Que bueno, que te prometo.

—¿Que me prometés qué?

—No tirarme. No matarme. No matarme con vos... Vivir... Vivir, ¿eso es lo que querés? Bueno: voy a vivir, si vos mandás.

Está mirándolo, al golpe de la luz muriente. Le parece estar viendo uno a uno los poros abiertos de la piel de su rostro, como si se los acercara la cámara en el cine, hasta esa proximidad grosera y agrandada en que los ojos parecen estar tocando las cosas, más aún que viéndolas. Los poros abiertos, pero ya no suda. Ha sudado. Lo vio sudar en el boliche, quieto, la cabeza en alto, no abatida, los ojos en ningún sitio, cuando la radio del boliche contó lo de los viejos y lo del flaco y agregó que el asesino, uno de los asesinos (señaló), estaba individualizado y dijo el nombre extenso, prolijo, completo.

Ahora, a la luz del crepúsculo, los poros siguen estando abiertos pero ya no sudan como en el instante de las noticias. Ahora el rostro de poros abiertos respira el día transcurrido, el calor, el sol, las angustias. Los ojos color caramelo están también atravesados y penetrados de sol, como si hubieran estado sumergidos largo rato en la lumbre solar y devolvieran ahora el exceso en reflejos. Reflejos dorados en la hora rojiza: reflejos. El rostro que ya no traspira pero aún está como pringoso de los sudores de la tarde, el caballete de la

nariz donde brilla una raya de sol muriente, como la máscara del hechicero de la tribu. No, no lo es, sencillamente es un rostro que dentro de unas horas no va a existir y ya lo sabe... Lo sabe, claro, porque ha resuelto él mismo no existir.

¿Qué se creía ella que fuese un asesino? Nunca había visto al matador de su madre y había terminado por imaginárselo como un personaje fantasmagórico, prefiriendo el horror a la curiosidad. Con el tiempo, pudo habituarse a los ladrones, a su estampa de como-todo-el-mundo: Adhemar, su sonrisa dulzona, sus dientes, sus ojos. Pero los asesinos tenían que ser otra cosa, mezcla de los harapos y los disfraces y la noche. Y ahora, de golpe, anudaba en el conocimiento de un asesino, en el amor de un hombre el amor de un asesino, y ya no sabía nada. El matador de su madre había sido amado por su madre, tal vez hasta el final había sido amado por ella. ¿Y qué? ¿Podía provocarle escándalo que su madre hubiese amado a su asesino, a alguien que había pasado a ser un asesino a partir del momento en que ella ya no hubiera podido saberlo, cuando ella misma, Isabel, había acompañado y mimado y seguido la imagen de un asesino antes de que lo fuese, un asesino que había sido suyo, que se había hecho asesino sin dejar de estar al lado de ella, casi como si hubiera degollado al viejo en su presencia, allí contra sus ojos, y que todavía después le había sembrado un hijo en el vientre, el hijo apalabrado y consentido del asesino que lo es y que no lo oculta, que lo es y que no se jacta, que se cree con el derecho de engendrar un hijo en las puertas de la muerte, las puertas de la muerte que él mismo se abre, que nadie le manda abrir y él empuja y fuerza y abre?

Estás acompañado pero figurarás solo. Figurarás solo, cuando se escriba diga cuenta de esta hora. Sí, salvo a los botones y a los jueces, ella no va a decir que te acompañó, ella no va a alcanzar un papel a tu madre, el papel que quisiste escribir en el boliche, en seguida de las noticias de la radio, y ella no te dejó, esa carta a tu madre por la que te despidas de ella, pobre vieja. Un papel que la haría inmediatamente culpable de haber estado contigo y no haberlo impedido, culpable de no haberte disuadido, culpable de no haberte ayudado obligado estimulado a seguir viviendo,

aunque fuera en prisión. No, no, está ahora pero no estará cuando se escriba diga cuenta de esta hora (él insiste en que no, en que no, en que no). Tendrá que desaparecer, llegada la hora de las cuentas... ¿Y delante del juez? No, pensándolo bien, allí no te compliques la vida, ¿Y si aparece alguien que nos vio juntos en el boliche? A él decíselo pero a la vieja no. Ella ya no estará, las cuentas no serán con ella. Bastante con ir hasta la vieja, consolarla, decirle que tenés un hijo, que va a ser madrina (sí, si vive, ¡qué va a vivir!), que va a ser madrina, a cuidarlo contigo, las dos juntas, contigo y con Margot si también quiere, las tres juntas, ternero de tres madres, pobre gurí...

Brillan los rieles, como si fueran a licuarse al sol rasante del crepúsculo, un sol que ya no calienta, que abandona por unas horas la tierra como otros quieren abandonarla para siempre, un sol que no reverbera más que en las vías y eso por un momento, como dos brazos, como dos trazos, como un largo desangradero de dos canales, una especie de filo de acero como el borde de una guillotina, el filo de la cuchilla o el sitio del tajo, una endija sangrienta que crece y se estira al lado de la noche, alegremente dispuesta a acostarse a manar a entibiarse en la noche, como si fuera a volcar algo, como si tuviera algo que volcar en los fondos de la noche, una endija que no dice, que no indica, que no marca el sitio en que Tomás será arrastrado, triturado, destrozado, arrojado, abandonado roto en esas otras zonas de la noche próxima, en las oquedades más desiertas e informes, más peladas y hoscas de la noche y el pasto y los guijarros que caen en dos taludes, que brillan como agujas o poliedros exagerando la caída de los taludes, todo ese largo lecho que hace la cama de los durmientes de hierro.

—Preferible hacerlo ahora y no a los años... ¿Qué querés? ¿Que me pase como a Miguel, que se comió más de diez años, hizo otra muerte en la Grande y se colgó cuando lo hicieron firmar por veinte y medidas? Total, con tu argumento, no le faltaban más que once. Once: nada. ¿Y si todavía en segunda le rebajaban? Pero no, no se puso a calcular, pobre goruta. Dijo No va más y chau. Pobre gordo, con su brazo y todo. No va más, y se colgó.

Con su brazo y todo. Tenía el antebrazo tatuado con una serpiente que lo envolvía y abría las dos puntas de su lengua

sobre los dedos índice y mayor. Con esa mano, con ese antebrazo estrangulados por la serpiente él había estrangulado a su mujer, después de sorprenderla con otro. Estoy preso porque no era mi mujer por el juzgado, decía (decía que le había dicho el abogado). Por no casarse, a pesar de que hacía más de diez años que vivían juntos.

Así mismo: la había estrangulado, como si fuera la serpiente y no el antebrazo y no la mano la que se hubiese cerrado alrededor del cuello de la mujer. Y después, ya en la cárcel, también había matado a otro recluso, esta vez con un corte, un marica a quien llamaban El Tereso. Por dortiba, dijo esta vez. Te voy a enseñar. El otro no había tenido tiempo de aprender y él se había colgado en la celda (sin escuchar al notificador que le había hablado de apelaciones y recursos) al día siguiente de firmar la condena. Tomás no pudo verlo, nadie más que algún botón pudo verlo. Imaginaba que la serpiente se le hubiera descolgado del brazo y se hubiera marchado, deslizándose por el frío del piso de portland. Qué goruta, tenía un antebrazo enorme, más grande —si me podés creer— que el del propio Espinaca...

Sentado allí, la cabeza en la luz, los pies en lo oscuro, abre la bragueta y se pone a mear. Orina sentado, sin miedo de salpicarse los zapatos (dentro de poco serán dos orejones), sentado en la barranquita y como si aquello también se desenroscase, lo mismo que la víbora de Miguel. Como si aquello se desenroscase y fluyera un río hacia abajo, desde la madre de la entepierna. Un río con olor a vino, el vino de Manolo, el vino del vecino de Manolo. Un río que se bebe la tierra, hasta los pequeños fulgores de la espuma. Un río, el último que sale de su cuerpo. Ella lo ve, ve el miembro blando, siente ahora el absurdo de la confianza animal entre ellos dos, el macho y la hembra, la confianza de que lo esté mirando y ya no sea para el deseo, ese miembro que acaso puso anoche el germen de un hijo en su vientre y que ya no volverá a penetrarla, que morirá con sus polvos sin echar, que ya no la penetrará ni penetrará en nadie, ni en ella ni en nadie, cuevas de los ratones que él anoche cantaba, esa fuerza blanduzca que pronto estará muerta, como el resto del cuerpo que la ordena y la sacude y la guarda.

¿Qué tiene que ver en todo esto Miguel, con su brazo y su víbora? Pero ella está junto a un hombre que va a morir y nadie enseña lo que hay que contestar en estas ocasiones. No es una lección que se aprenda, que haya tiempo de preparar en la vida.

No sirve de nada que te diga que me gustaría ser yo, que me cambiaría por vos, que quisiera estar en tu sitio. Es muy fácil, al fin de cuentas, resolverlo como vos lo resolvés. Sí, claro, ya sé, hay que tener coraje. Pero basta con el coraje que tengás entre este momento y el momento en que pase la máquina (nueve de la noche, decís vos). Basta con eso. Lo decidís, te mantenés y chau. ¿Y yo? Bueno, dirás vos, yo vuelvo a mi casa. ¿Te das cuenta? No te digo que sea peor que echarse debajo de otra máquina. Pero acordate de lo que pasó, de las amenazas del Viejo, de todo lo que él dijo de nosotros y nosotros de él. ¡Casi nada! Volver a casa. Volver a vivir con el Viejo después de haber vivido con vos. ¿Y con el Viejo y con un hijo tuyo? Sí, como para salir a buscarme otro, nada más que por eso. Si no fuera todavía peor vivir junto a ese otro que no fuera el Viejo, después de haber vivido con vos por haberte querido... Y después lo demás, lo que quisiste anoche. Después viene el hijo. Un hijo que vos me conocés muy bien y sabés que no voy a perder por gusto desde que vos no estés. ¿Te das cuenta también? Puede parecerse a vos y eso alcanza para esperarlo, para no largarlo en el water. Sí, ¿y después? Después la vida con ese hijo colgándome, la vida con un hijo sin padre, parecido a vos o parecido a mí o parecido a nadie, la vida con él y sin un mango para parar la olla. ¿Qué te parece?... ¿No es más fácil lo que hacés vos? Pensá bien: ¿No es más fácil lo que hacés vos?

Bueno, aunque sea lo más fácil ¿qué otra cosa me queda? Igual vas a estar sola si yo entro por el aro y marchó en cana. El hijo igual va a estar solo, la olla no se va a parar sola. Todo lo que decís te lo puedo dar vuelta como una media. ¿Qué me decís? ¿Te vas a sentir más acompañada si sabés que yo estoy en la yuta, con veinte y medidas, mientras tu hijo crece y no tenés que darle?...

Han llegado a ese punto de acorralamiento en que todas las verdades son reversibles, en que las verdades son tan inútiles como las mentiras y como las promesas y como los

cálculos. Una suerte de corral pisoteado donde los animales se topan y machucan y estorban dando vueltas en redondo y el suelo va poniéndose cada vez peor y hundiéndolos cada vez más. Y después, después ya se sabe: veinte años o más mirándose a las caras, una vez por semana, veinte años o más mintiéndose por falsa generosidad, ella sobre lo que le pasa afuera y lo que tiene o no tiene en la vida, él sobre lo que cree, los dos agarrándose las manos sin sentirselas, los dos simulando creer lo que dice el abogado, que el otro día la atendió de apuro y para cuando se cumpla otro año prometió un escrito, ¡otro escrito! Él conoce esa tanga, se la ha oído contar a tantos... Para él, para él... para él no la quiere.

Miguel aguantó tanto y cuanto, mató a su mujer, mató a un marica y se mató después. Todo eso, ¿no estaba gritando que debió matarse desde el principio, desde el día en que supo que esa yegua lo engañaba? ¿Para qué, para morir diez años después, desperdiciando diez años de fuerza que pudo regalarle a la muerte, matando en el camino al pobre marica, matándose para no esperar otros diez años después de haber esperado ya diez? Ah, no, no, no. Él no lo haría. Matarse ahora o creer en la vida hasta después que saliera. Una luz lejanísima al final de un túnel, como en las películas. La luz de una ilusión inalcanzable, una ilusión de luz inalcanzable. Y eso, no te ofendás flaca, ni siquiera vos y tu hijo juntos pueden hacérmelo creer. No te enojés: eso no. Sí, ya sé lo que vas a decir. Me mato porque soy un cobarde, porque no tengo, a mi edad, el coraje de los veinte años, ese coraje que dicen que se tiene, yo no me acuerdo, a los veinte años. Sí, será así, por eso me mato. Por eso prefiero morir y dejar a un hijo viviendo con lo que vos le cuentas, a la vieja muriéndose con lo que vos le cuentas, no tener que ir preso al velorio de la Mama, no tener que regresar amarrocado a la cana en cuanto la entierren, no tener que saber estando preso cómo mi hijo se caga en ser mi hijo, todas esas cosas, no soportar tu visita y tu escapada a la visita, con los años de los años de los años... No.

Así que anoche, sacando bien las cuentas, me hiciste un hijo no para vivir con él sino para tener otra razón para matarte. Eso sí que no te lo perdono.

Como querer morirse, no sabe si quiere morirse. O no,

hay que decir la verdad: sabe que no quiere morirse. Tiene que morirse, que es otra cosa. Tiene; no le dejan la libertad de elegir. Sí, le dejan la libertad de pasarse veinte años preso, treinta años preso. ¡Esa libertad! No la quiere. Tampoco quiere morirse, pero sabe que le cuesta menos morirse de golpe que pasarse treinta años no queriendo estar preso, no queriendo ceder como Miguel, luchando contra la vejez y contra el tiempo sufrido para no morirse entre rejas y al final matándose. Se precisa menos voluntad para morir ahora, de una vez por todas. Se acaba más rápido. Eso es todo. No es un suicida. Es un condenado a muerte en cualquiera de las dos formas. Apenas si elige. Elige la más corta, la más rápida, la que deja menos sitio a una resistencia para seguir sufriendo. Eso es lo que le falta: una resistencia a la larga, hecha de días, de semanas, de meses y de años. Por eso ahora le parece que está decidido a morir. Pero no lo está. No está comparándose a un suicida, a un partidario, a un voluntario de la muerte. No. Está comparándose a un condenado a muerte, que apenas elige. O que no elige. El que no puede elegir, el que va al patíbulo. El que puede elegir, el que tiene cáncer y va a las pastillas o va al gas o va al mar o va al revólver. El que no tiene pastillas ni gas ni mar ni revólver: el que va al tren.

Aún podrías volver al almacén donde tomaste el último vino, pedir un lápiz prestado, aunque sea uno de esos lápices gordos, de carpintero, de éstos que tanto van y vienen por los boliches para escribir fiados, para apuntar tantos del truco, para mandar anónimos, podrías ir y pedir un lápiz y escribir en un papel de estraza (como los que te limpiaban el culo de pibe), escribir unas frases de despedida a la vieja (para matar a la vieja con lo que vas a hacer y lo que estás diciéndole: muerte infalible, arrastrarla contigo). Sí, pero no te llevaré esa carta. Volará por las vías, como en las películas, o quedará deshecha en tu bolsillo deshecho. Tampoco tenés que escribirte con el juez, No se culpe a nadie, porque el juez es en este caso una ruedita del jodido aparato que te busca, una parte de la persecución que te acecha, que ya te acosa, que te empuja al paso de la locomotora. Sí, ya sé. No has pensado en escribirle al juez; sólo a la vieja. No al juez que te busca y no te quiere; a la vieja, que no te busca y sí te quiere, a ella sola. Pero no.

No voy a llevártela y lo sabés... y tal vez quede mejor así, no cocinar todavía más a la vieja que tal vez pueda seguir viviendo y la guarde, como había guardado el rulo casi albino de cuando eras botija y te lo cortaron para que no parecieras un mamita. Como habrá guardado tu primer plana del colegio, como habrá escondido/guardado el recorte del diario con tu primera prisión, tantas cosas, esas cosas. Nada. Cortate solo, no le digas nada. No busques un lápiz, no busques un papel, que eso no te lo llevo.

Nadie ha estado mirándolos, nadie los ha visto aproximarse: de pronto están allí, en el terraplén de enfrente. Descalzos, sucios, casi desnudos (apenas los pantaloncitos en jirones) los dos gurises jugando. Tomás e Isabel, las vías, ellos del otro lado. No hay casas cerca, se ha ido el caballo, están disolviéndose en el crepúsculo los colgaderos fantasmales de las lavanderas: no se sabe de dónde pueden haber salido, cómo están allí, por qué los alumbrá tan bien una luz que ya está mezquinándose al paisaje. Sí, alumbrá en un doble sentido: paridos por el terraplén de enfrente, iluminados en el pedazo donde se revuelcan jugando. La luz oblicua exagera sus pómulos de mestizos, agiganta sus sombras, les pone zancos, los estira en el suelo, los mece sobre hisagras mágicas. ¿Cómo han llegado, por qué no los han visto llegar? Parece no haber ninguna senda detrás de ellos, ningún pasto doblado, como si algo o alguien los hubiera puesto allí de un modo sobrenatural, para que representaran. Para que representaran un texto no escrito, un libro que no existe: la niñez de dos criaturas pobres. La niñez del condenado a muerte y su amiga, por ejemplo. Pero son dos varones. ¿O no? Desnudos y aún sin sexo visible, sin vellos ni tetitas que los marquen, no se sabe. Es verano y están casi desnudos. ¿No acabarán por desnudarse del todo y se sabrá? No lo hacen. ¿Qué edad tienen, cuánto mienten si han padecido hambre, por qué son tan violentos sin hablarse? Descalzos, los calzones rotos, los torsos desnudos, un sol que sangra en sus clavículas hundidas de chiquilines flacuchos. Serán andrajosos cuando llegue el invierno. Pero ahora es verano y simplemente son —sin fondo de playa, sin colchón de arena— dos gurises jugando, casi desnudos. ¿Podrá distraerse y mirarlos con alguna piedad, con un principio de simpatía, con algún destello enterne-

cedor que lo devuelva a un mundo de recuerdos propios? Ella no puede saberlo. Los chiquilines juegan, se persiguen, se entrelazan, caen, sin lanzar un chillido; se trenzan, se revuelcan, dan vueltas de carnero, se levantan, saltan, vuelven a embestirse. ¿No será que el juego tiene ahora una intención erótica y ellos se van corriendo? ¿Ellos dos en el piso de tablas flojas? Los dos gurises parecen varones por debajo de sus mechales largas, hirsutas, y el juego es cada vez más brusco, más violento, más cruel, más irritante, más desenfrenado, aunque sin un chillido, sin un grito ni siquiera palabras. La pareja, del otro lado del terraplén, no cuenta para interrumpirlos. Acaso no la hayan visto, acaso realmente no exista, ese tipo sentado en el suelo de terrones, esa mujer en cuclillas y a veces de rodillas que trata de volcar su cabeza sobre el pecho o las rodillas del hombre, sobre sus muslos, se diría que aún sobre su sexo. ¿Están imitándolos? No se preocupan, no la ven, esa pareja está adentrándose en la noche. Claro que no la ven: ellos en lo claro, jugando, se revuelcan, se agreden, se golpean, ruedan en el polvo, se abrazan. ¿Qué representan? Hasta que Tomás se levanta, revolea su brazo derecho como si contuviese una piedra y les grita: Eh, che, gurises, déjense de joder y rajen de aquí. ¿No les alcanza con el resto del campo? ¡Vamos, rajen!

Desaparecen como habían llegado, no se sabe cómo. Desde lo invisible gritan ¡Ustedes quieren coger!, sí, eso es lo que gritan. Pero han desaparecido hacia el oeste, se funden en el sol. Hacia ningún lado. No es una pregunta sino una acusación, Ustedes quieren coger... ¿Y ellos? Otra vez el terraplén vacío. ¿Que contarán mañana? El tipo que estaba con la mujer nos echó. Quiso tirarnos piedras, dirá uno. Nos tiró, dirá el otro, deslumbrado de que el juego del terraplén siga fluyendo juegos en el recuerdo, pero ninguno los volverá a acusar, ahora que el hombre se ha matado y la mujer desaparecido, de aquello que realmente les gritaron la tarde antes. Bueno, dirá el otro, casi nos tiró una piedra (supersticiosamente, teme mentir acerca de un muerto). El hombre con una mujer, el hombre que después se acostó en la vía (porque ellos preferirán creer que el hombre ha querido quedarse solo únicamente para acostarse en las vías, no con la mujer como le gritaron, acos-

tarse en las vías y dormirse para estar dormido cuando el tren lo deshiciere). El hombre nos amenazó, el hombre nos tiró, el hombre nos gritó. La mujer nada, la mujer no dijo nada. Sólo el hombre, con una piedra en la mano, alzándose de pronto, gritándoles. No lo habían visto antes, su aparición y no la piedra los ha llenado de terror. Ahora está muerto, ¿no era ya un fantasma?

—¿Por qué los echaste? —pregunta Isabel. Y no quiere agregar la horrible precisión "Todavía es temprano".

—Dejá —dice él—. Que no jodan.

Un hombre que va a morir no sabe todo lo que dice, no se pone a contar todo lo que sabe, no habla. Se deja estar desde ahora sobre sus grandes zonas de silencio, como un pajarraco sobre un poste de luz; mejor todavía: como un pajarraco sobre la calcomanía de su sombra en el suelo.

¿Y si llegan antes? Todavía, en las horas que faltan para el paso del tren, pueden venir a buscarlo, a sorprenderlo, a cercarlo. ¿Entonces qué? Entonces puede salir rajando a campo raso, por zonas abiertas y con su camisa azul (menos visible en los oscuro) para que le tiren si quieren, para que lo hagan ellos y no la máquina. Para que tengan la culpa ellos, para que tengan que explicarse ellos, para que sufra menos la vieja.

A veces dicen sienten "Lo asaltó la idea del suicidio". No es ése el caso, esta vez. No es un asalto, una irrupción, un golpe repentino. No. Es como si se fuera sumergiendo lenta y voluntariamente en las aguas muertas de un lago, caminando hasta que esas aguas lo tapan. Nada de la locura, nada de la violenta desesperación que podría esperarse y no llega. Un acto pensado, querido o consentido, madurado, resuelto.

Sí, sí, pero entregado a la muerte, convencido de la muerte por los valores mismos de la muerte, impregnado de la muerte se ve que no está. ¿Acaso puede convencerte la muerte? ¿Es que a alguien que no sea un santo o un loco puede convencerlo la muerte? ¿Qué poderes tiene, qué se ve más allá? No se ve nada, nada más que las cosas que uno abandona y las que uno evita. Sacrifica aquéllas por éstas. Para él no hay nada después, nada detrás, nada. Un agujero donde meten su cuerpo. Tres días habían demorado en ir a buscar el cuerpo de Miguel y ellos tenían la

sensación de que la Grande, con todos ellos dentro, estaba todavía más llena por el cuerpo de Miguel, por la hinchazón de su brazo tatuado. Pareció que se recobraba el aire de allí adentro, cuando los botones dijeron que esa madrugada habían venido los del municipio a llevarse a Miguel. ¿Adónde? ¿A enterrarlo, para la autopsia, para los estudiantes? Como pieza anatómica, dijo alguien, aquel brazo sería de lo más divertido. De lo más entretenido, corrigió otro. De lo más instructivo para los estudiantes. Podrían imaginarse que tenían por delante la historia ilustrada de un marino de los siete mares. Y para eso Miguel había navegado una sola vez en la vida, la vez en que se hizo tatuar. O tal vez ni siquiera ésa. Tal vez era mentira. Tal vez nunca había viajado, tal vez el tatuaje se lo hubiera hecho algún loco que entendiera de eso, en un bodegón del puerto, los dos mamados y la serpiente con sed. Vaya a saber. Podría volver a imaginarse aquella mañana en cuya madrugada habían venido a llevarse a Miguel. Otro aire, otra paz, otra cosa. La celda cerrada como el día antes, pero al menos la certidumbre de que Miguel no estaba hinchándose entre cuatro paredes como el día antes, como la noche antes. Otro aire, otra calma. ¿Puede jorobar tanto el cuerpo de un muerto? Ya lo sabrán otros, esta vez. Pero será diferente. Tendrán que recogerlo en pedazos, trozo por trozo; juntarlo. Armarlo, podría decirse. Pero no podrán esperar tres días, como en el caso de Miguel. Esta noche misma, y los últimos descubrimientos dispersos con la primera luz de la mañana. Por allí pasa gente, caminando por las vías: trabajadores que van a las fábricas, mujeres, linyeras. Pasa gente. Allí no podrán dejarlo mucho tiempo. Esto es seguro. Tendrán que recogerlo. Tendrán que enterrarlo.

Penetrar en la muerte. No permanecerá en aquella altura, aunque sea apenas una altura de montículo, para arrojarse desde allí. No. Bajará al pie mismo de las vías, esperará que la locomotora se acerque, ras con ras con él. Y desde allí al lado, al mismo nivel, cuando la máquina esté encima se arrojará. O no, ni siquiera se arrojará, dará solamente un paso, como si caminara, no subirá como a un cadalso, no bajará como a un foso de leones o serpientes, simplemente dará un paso y penetrará en la muerte. Pe-

netrará a que la muerte lo envuelva, como quien entra a una cámara de gas, más rápido y más fuerte y más golpeante y allí mismo, pero nada más, acaso no se sienta ningún dolor, nada sino la conmoción de una muerte que arranca súbitamente su presa, un golpe como el marronazo a la res en el matadero y todavía más grande porque no existe el miedo de machucar, un golpe en la nuca y en el resto de la cabeza y en los hombros y en el pecho y las piernas y nada más, el resto será sólo la muerte llevándose lo suyo, desinteresada repentinamente de su caza, hecha ella una sola cosa con su presa, arrojándola a un lado, cayendo otra vez en el silencio, tras quizás un solo grito, un grito que no haya sido lanzado a propósito, un grito como de las raíces de la voz que se cortan y estallan y emiten un gran bordonazo, guitarra a la que de un tajo le amputan las cuerdas, el último grito al romperse esas cuerdas, un grito desgarrado sí pero no el grito largo y lamento del naufragio separado por un golpe de mar de la tabla a cuyo borde se asía, no, nada de eso, un solo grito viril porque es de hombre y arrancado a su carne, extirpado del cuerpo en el momento mismo en que el cuerpo se rompe, algo salido de las vísceras mismas, de más adentro de las vísceras que el propio grito del fusilado, el grito del fusilado que es una exclamación del alma antes de que le arrebatan el sustento del cuerpo (el alma noble, el cuerpo vil), una última protesta, un alarido de protesta. Aquí no será un alarido de protesta sino el simple estallido del arrancón, de la ruptura, del corte, del tirón dado de cuajo en las fuentes de la vida. El fusilado muere seguro de protestar por ideas, el arrollado grita porque le quitan de un golpe su soporte carnal, su ser físico.

Sus ojos color caramelo aclarándose en la lucha con las tinieblas, volviéndose más y más luminosos a medida que se achica la luz del crepúsculo, los iris que se tornan transparentes como si a través de ellos hubiera de destilarse la vida, sublimarse la vida, asomarse a los ojos y finalmente salir por ellos, saltar desde ellos.

¿Por qué dos gurises jugando pueden estorbar a quien va a matarse? ¿Por qué no pensar que lo ayudan? Una de dos: o quieres matarte y estás decidido, enteramente decidido y sólo te entretienen mientras tanto, o no estás deci-

dido, embarcado del todo y entonces te hacen ver la vida. Te la hacen ver como si fuera en un álbum de fotos, Mejor todavía: te la representan, igual que en el teatro: cómo la tuviste, cómo la viviste cuando eras chico, cómo degeneró después. ¿Quieres que todo esto se acabe? Y bueno, terminala. ¿Tienes dudas? Miralos entonces, pensalo bien, tomate tiempo. ¿Por qué los has echado, por qué te has levantado, por qué has amenazado, por qué les has hecho creer que, desde tu orilla de hombre, ibas a apredrearlos? ¿O es que la acusación de ellos fue justa y vinieron a impedirte? ¿Tenías estas ganas?

—Es raro, ¿sabés? No se me aparecen momentos míos. Se me aparecen cosas de otros, de la vida de otros, como que vienen otros, se sientan aquí a mi lado, empiezan a hablarme. Yo nada, como vacío. No digo nada, ¿sabés? No digo nada. Como si me quedase sin fuerzas de golpe, sin ganas de nada, de vivir ni de irme. ¿Entendés?

—Te escucho. No sé si te entiendo: te escucho.

El mar es la muerte, pero él sabe nadar. Tirarse bajo un tren es la muerte, pero no sabe salir de abajo de un tren. Una vez que se ha arrojado, es lo más fácil. Ya no depende de él. Ya no depende de su arrepentimiento, no deja ningún papel a las feroces ganas de vivir, esas ganas de animal y de hombre. No tendrá por qué hacer un esfuerzo después del cual todavía queden el instinto de conservación y sus sorpresas, no tendrá que hacer más que el esfuerzo inicial, uno y único, contra el instinto de conservación. También aquí el esfuerzo más corto. Tirarse bajo el tren y ya está. Tirarse al mar y el esfuerzo consciente de abandonarse, de no nadar después. No tiene revólver, no tiene cuchillo: los dio, los perdió. Asisten a los que se disparan un revólver en la sien, a los que se hunden un cuchillo en el corazón. Aunque sea inútil, los asisten. No asisten a los pedazos de nadie debajo de una locomotora. Nadie se baja a asistir moribundos al pie de la máquina, que es una zona de abandono tan grande como el pie del patíbulo.

Y Miguel, ¿no mató a ese marica que, dormía y todo, no podía estorbarle (qué iba a batir de él) tan sólo para darse unos cuantos años más a sí mismo, un pretexto para seguir viviendo, que eso es a veces la culpa? ¿Lo mató

para resistir un poco más? Suprimió a un batidor, todos aprobaron. Miguel no. Él sabía que no, que todo aquello —volver al juzgado, declarar, contar aquella muerte, reconstruir la escena en el patio de la cárcel— eran ceremonias que le darían algún tiempo, unos años más, como si los hubiera arrancado del pecho al pobre marica y se los hubiera puesto. O se los hubiera chupado, triste vampiro. Pero después, cuando firmó la sentencia y no quiso esperar la apelación, entonces ya no, ya no podía salir a buscar otro, matar a otro. Sólo le quedaba él mismo, y entonces lo hizo.

Ahora le dice a Isabel que se vaya. Que quiere un rato para quedarse solo, para quedarse allí. Para sentir que ya ha escapado a la persecución, que de ahora en adelante —agazapado en la noche— ya no podrán hacerle nada. Hacia la masa de lo oscuro: en cuanto ella lo deje y se aleje, podrá adentrarse en la masa de lo oscuro. Mientras la tenga al lado seguirá sintiéndose vulnerable. Después no. La noche será su guarida.

—Déjame, por favor, Isabel (es la última vez, quiere decirle Isabel y no flaca). Levantate, andate. Levantate así, como si tal cosa. Así, sin despedirte, un besito en tu mano, nada más (se lo da). Así. Andate y cuando sea medianoche te presentás. O si no, mañana. A mí ya no van a poder hacerme nada. Y cuando salgás en libertad te vas con tu viejo y le pedís perdón. Por vos y por mí. En especial por mí. Decile que lo nombré, que le mandé pedir perdón cuando ya la acababa. Decile, no te olvidés. Va a perdonarme y va a ser mejor, también para vos. Y otra cosa... Andá alguna vez a ver a la vieja... y a Margot. Aunque ya estés con otro, andá. Si tenés el botija, lleváse-lo. Andá como amiga de ellas, como amiga de ellas por otro lado, ¿entendés?, sin nombrarme. Pobre vieja, si vive... si no la mato con ésta.

Ella se levanta, como si la llamaran los chiquilines del juego, como si todo empezara a volverse siniestro e irreal y hubiera que irse de aquel sitio en que la cosa ya se ha acabado. Le pone una mano en el hombro, él se la oprime un momento, sin volver a besársela. Empieza a andar. Sus pasos no se oyen en la hierba. Por la izquierda, por la carretera que corre paralela a las vías, los autos y camiones

ya encienden sus faros. Las vías se han quedado en un cuenco de sombra.

Un hombre que va a morir es un hombre que va a morir. No hay comparación posible en el mundo, con ninguna otra situación. Un hombre que va a morir es un hombre que va a morir y se acabó. Sin deseos, ya sin mensajes para nadie, sin pensamientos, sin edad, sin infancia. Otros llenan el tiempo que les queda con recuerdos, con nostalgia, con la fanfarronería de los amores vividos. Él con nada. No porque no haya tenido esos amores, no porque le hayan faltado una niñez, la juventud, historias. La vieja, Isabel. Y el hijo, si desde anoche viene. Pero ahora ellos quedan, no se van con él. Empieza a andar sin ellos, se quita la camisa en la noche, se pone a bajar sin nada.

Alguien tiene que enterrarnos, ha repetido el chato; y de esa insistencia ha acabado por aparecer —como una luz chiquita— el Negro Mario. Ha aparecido a favor de la desesperación, no por su propia fuerza. Alguien tiene que enterrarnos, aunque sea éste. La gorda no cree en él, en tantos años nunca lo ha oído nombrar. Sí gorda ¿cómo que no?: el Negro Mario. Decí lo que quieras, nunca lo vi, nunca me lo nombraste... ¿Cómo?

No ha aparecido por su propia fuerza, sino porque Alguien tiene que enterrarnos y no hay otro. Y ahí están, en cambio, los viejitos glotones y el flaco que lleva el cuchillo en las manos y lo cuestra, esa comparsa desfilarando hacia la comisaría, hacia Investigaciones, hacia los diarios. Andá a leer los diarios mañana, la vieja del helado diciendo, el flaco diciendo, Manolo diciendo. En el correr de las próximas horas, ha prometido el diario, se sabrá todo. Y ya se sabe casi, aunque a ellos todavía no los nombren. Unas horas más y se sabrá quiénes son, cómo se llaman, y tal vez —por lo menos de él, ella no recuerda que existan fotos suyas en manos de nadie— la bruta facha en los diarios mañana. Hay que apurarse. Las próximas horas son éstas y se han puesto a correr, como decía el artículo. En el correr de las próximas horas, o algo así, quedará aclarado el misterio. No decía aclarado sino palabras más difíciles, pero quería decir eso. No decía aclarado el misterio, usaba una frase más larga: develado este crimen, que en un primer momento pareció tan misterioso. Misterioso sí, porque ni ellos mismos lo habían visto venir antes de que ocurriera. Misterioso como el mellado, como ellos

haciéndolo caminar por el pastito de la vereda de Casaravilla, misterioso como el gallego regateándole la muerte y después degollándolo. Sí, un misterio que se había desinflado con los errores del gallego. ¿Errores, nada más que errores? ¿Errores les llamás? Una caída tras otra, un paso y una caída, como los patos. Degollarlo (¿habrían hecho menos bulla si el mellado hubiese aparecido tan sólo con un chumbo en la barriga?), entregar el bufoso, olvidar el cuchillo, perseguir a ese Manolo que les sacaba el cuerpo, perder el tiempo en tantas y tantas idioteces. ¿Errores, sólo se te ocurre llamarle errores? ¿Y qué me decís de la mujer de Manolo, si los diarios llegan a pedirle opinión?

—Y ahora mismo ¿dónde estará el gallego?

—Vos tenías que haberle preguntado dónde iban.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Y vos? ¿Por qué no se lo preguntaste vos?

Al borde de la trifulca, viene a quedar parado entre los dos el Negro Mario. El negro, es decir su imagen. Parado y sin embargo en el aire, como cuando se afirmaba en los estribos de la chiva para tirar el paquetito que había hecho del diario. Parado y en el aire, el oscuro torso desnudo, los pantalones arrollados alrededor de las pantorrillas, la chiva con el manubrio al revés, la chiva de media carrera con el manubrio como una cornamenta y un molinete de mica girando con un ruido de ventilador o de barajas por la molienda de las ruedas en la marcha. El Negro Mario, mirá vos. Y entonces ella ha dicho Decí lo que quieras, yo nunca lo vi, nunca me lo nombraste. Y él Sí, gorda, el Negro Mario, cómo que no, cómo decís que no: el Negro Mario.

No dice que no. Sólo dice que no lo recuerda, que no lo conoce. No sabe, del mismo modo que no sabe cómo el gallego puede hacerse el apático después que degolló a uno o puede ponerse a perseguir a un tipo que lo rehuye y que no va a esconderlo. Alguien tiene que enterrarnos y aparece como en bicicleta el Negro Mario, que ya no tiene bicicleta.

No tiene bicicleta y tiene una casilla en la costanera del Miguelete y van ahora hacia allí. Perdió la bicicleta, perdió el reparto de Malvín, con su clientela de jardines donde arrojaba el diario como un cartucho que se le disparase

de las manos, con una fuerza loca, pedaleando casi parado, sin que una sola vez las manos tuviesen que tocar los manubrios. Fueron sus tiempos de oro, los diarios que salían como flechas y golpeaban en las puertas de las casas o entraban por los porches o pegaban en los baúles de los coches o paraban debajo de las hamacas de jardín y se quedaban allí, hasta que salieran los dueños a recogerlos. Y después desapareció y alguien dijo que estaba preso, pero con seguridad nunca se supo y él, el chato, volvió a encontrarlo pero ya en la parada del café de General Flores y ya sin bicicleta (aquella bicicleta que quería tanto y le ponía chiches de toda clase, banderitas, muñequitos de Peñarol, mascotas, porque el Negro Mario no es un jodido como Manolo y no le importa perder un cliente porque al cliente no le gusten un banderín a rayas o una mascota o un escudo) y lo vio un par de veces cuando paraba allí y un día él, el chato, compró una botella de vino y unas rebanadas de salame y se fueron a la casilla de la costanera del Miguelete y estuvieron de charla pero ni hablaron del tiempo que habían estado sin verse ni el negro lo invitó a quedarse por la noche, después que se tomaron la botella. ¿Perdió la bicicleta, estuvo preso? La gente decía cosas, vaya a saber, decía que era un negro comilón de chiquilines. Pero él, el chato, nunca supo de ningún chiquilín que dijeran, sólo hablaban de él. Sí, sólo de él, y para que haya un comilón de botijas tiene que haber botijas y tiene que saberse un día... ¿Ese degenerado es el tipo que tanto jodés que yo tengo que conocer y dale?... Mirá, ése es el único tipo que se me ocurre ahora, y a vos ninguno, ¿qué querés? La tardecita está cayendo ya sobre el Miguelete, con su banda blanduzca de olores para envolver el final de otro día, esos olores que vienen perezosamente, que se quedan perezosamente en el aire después de la caída del sol, para entrar así como se sienten, despacito, en la noche. Macana que es comilón de chiquilines, digo yo (retira el cargo, van hacia él, tendrán que pedirle). Un negro solo, sin chiquilines, sin amigos ni mujeres. Un negro solo con los diarios bajo el brazo en la esquina del café o bajando hacia la casilla en la noche encharcada, pestilente. ¡Qué va a haber estado preso por violación! Un negro solitario y casi desnudo, hacia donde ellos bajan, sabiendo que vive en un sitio

donde ya no se sabe del mundo. Porque ahora, ahora mismo se están despidiendo del mundo. Mientras uno no huye, mientras uno no se pone a disparar o esconderse es como si tuviera todavía en sus manos las riendas del mundo, como si no se hubiera desprendido de las ataduras del mundo, que es a la vez el mundo de la vida y la persecución. Pero en cuanto uno se pone a fugar, en cuanto quiere poner distancia, en cuanto mete la cabeza en un enterradero, pierde todo lo que tal vez le convendría seguir sabiendo. Es como si se sacara un gorro; o al revés, se lo pusiera. Un gorro hasta los ojos: no ver, no escuchar, no saber nada. El Negro Mario, ¿estará allí el Negro Mario? Ha estado con él tomando vino y arrojándole los piolines del salame a un cuzquito hambriento y miserable, compañero del Negro Mario. Ha estado allí con el negro y la casilla y el perro, el escenario miserable, los personajes miserables, un vino y un salame mejor que ellos. Ha estado allí y no se ha animado a preguntarle ¿Fuiste en cana?, ni el negro se lo ha dicho. Sólo ha visto que ya no tiene la bicicleta ni sueña con volver al viejo barrio, mucho mejor que éste. No dice si sueña, al menos. Tal vez el Negro Mario haya tenido alguna vez una mujer allí pero quizá la mujer se haya aburrido y cansado y se haya ido. ¿O no? El Negro Mario es un manso, dicen otros, los que no creen que sea un comilón de gurises; es un manso, pero eso no explica su soledad. Hay mansos más sociables, sabe la gorda, mansos que sienten gusto y gana por las mujeres, como el Pichón. Sí, y también debe haber mujeres que estimen la mansedumbre, mujeres que acepten amar a un hombre en su monotonía, negras que quieran arrimarse a un negro en su desnudez, en su quietud, en su calma, hembras que se avengan a prepararle la comida y a esperarlo de noche y a zurcirle la ropa y a recibirlo en la cama. A esperarlo por las noches, después de la venta de diarios. ¿O es que el Negro Mario no las precisa, no las llama, no las quiere? ¿Ha querido ahuyentarlas o sólo no ha sabido retenerlas? Perdió su bicicleta, no se sabe cómo. Tiene un perro y no se sabe qué le da. Es posible imaginarse la calumnia o la verdad, el Negro Mario es comilón de chiquilines, el Negro Mario es bufa, el Negro Mario es puto (¿puto con ese cuerpo y esos músculos y esas piernas?, qué tiene que ver, putos y bufas

hay de todos los tamaños), frases escritas en el excusado del café de General Flores, donde se supo que se llamaba el Negro Mario y tal vez su historia, pero donde nadie lo quiere, donde no silba a nadie, donde nadie le silba, donde casi no habla, donde ni siquiera vocea los diarios puestos en pila sobre el antepecho de la vidriera y la gente deja la plata y se los lleva o sólo se los pide y él los da, da los diarios y los vueltos y todo tiene pocas muy pocas casi nada de palabras. ¿Por qué todo cambió tan de golpe, por qué lo sepultaron sin nombrarlo, quién era el chiquilín que lo denunció y lo hizo desaparecer de allí, de las calles de Malvín en bicicleta, de los ranchos de la costanera de Malvín donde entraba con bicicleta y todo, chiflando y gritando, como si lo trajese por el viento la parodia de su oficio? Un campeón para doblar los diarios en unos paquetitos de caras infladas, un campeón para tirarlos a toda velocidad y hacerlos golpear justo donde quería. Y ahora otra gente, otro silencio, otra esquina. La vidriera del café, apenas la vidriera como una concesión o un alquiler o un pacto, vaya a saber qué pacto. Al café mismo casi nunca entra. La copa del final de la jornada, parece, la toma en otro lado. Allí no. ¿No entra por no leer las paredes, por miedo de tener lío y marchar preso? En Malvín era famosa su trompada. En esta esquina de General Flores nadie sabe. Tan sólo, algunas veces, golpea con un puño cerrado en la otra palma abierta. Sólo eso.

Y así ha pensado en él, ha dado con él o con su imagen, se ha puesto en el camino de encontrarlo; convence o no convence a la gorda, porque total la gorda tampoco tiene a nadie, no va a quedarse allí, merodeando alrededor de La Cueva. Se ponen en marcha pero no se pregunta Qué tengo que tenemos para ofrecerle, Con qué le pagamos, De qué modo lo obligamos. Nada. No sabe nada, no piensa nada, cuenta tal vez con la indiferencia del Negro Mario, con su derrota de tantos años, con una aceptación tranquila y vencida, con una pobreza de las palabras y del marote que no le alcance para resistirse, que no le dé para sospechar ni para inventar pretextos ni para negarse. Cuenta quizá con una clase de fatalismo sin preguntas: Estás aquí, pensás quedarte un día, decís por qué, te dejo. ¿Y qué van a decirle? ¿Cómo Qué vamos a decirle? Sí, qué vamos a decir-

le, qué versos. Si el Negro Mario no precisa versos, vas a ver que nos ve y le hablamos y nos deja la casilla o un pedazo de casilla o lo que sea. Los bichicomos de las costas del Miguelete no vienen a juntarse con él, no le plantean problemas. No hay nadie. La gorda se ofrecerá a cocinar para los tres, esta misma noche, y será la ilusión de la mujer que él precisa sin la obligación de un amor que no precisa. ¿Será? Sí, a lo mejor ¿sabés gorda?, el Negro Mario no funciona con mujeres, quién te dice. Y en cambio, que le cocinen, eso le gusta a cualquiera, y sobre todo si no lo obliga a nada. Chiquilines, lo que se dice chiquilines no van a venir a la casilla de noche. No andan sueltos. Y mañana será otro día. Mañana él se levanta temprano y va al reparto y nosotros nos despedimos y va a creerse que ya nos vamos y después se ve. Después se ve: puede ser por un día, o tal vez dos, y la gorda cocina y andá a saber si al Negro Mario no le encanta comer un día sí y otro también una comida hecha por alguien y caliente y no envuelta en pedazos de papel y repartida con el cuzco, andá a saber.

—Sí, sí, todo muy bien pintado y los colores muy bonitos, pero sentí este olor. Este olor y el olor del negro, pero el del negro se soporta y más si ya no tiene la bicicleta. Pero este negro así ¿te parece que va a abrirnos la puerta? No la puerta de la casilla, no, no dice piensa eso: la puerta para escondernos ahora que los caminos se cierran, ahora que la flaca y el gallego quién sabe dónde están, si es que ya no cayeron. Difícil. Difícil que este negro sirva.

No te aflijas si todavía no llegó, Tiene sólo un perrito y más nadie, No te aflijas si llega mamado, trae los pocos diarios que no pudo vender y le tiende una cama al perrito, se echa sobre el jergón que nunca tiende, diarios de la mañana, diarios de la tarde. Madruga, no viene a la casilla al mediodía, ¿dónde mea, dónde caga?, si no quiere entrar al excusado del café para no leer que es comilón que es bufa es puto, ¿qué alma podrida del otro barrio se habrá venido hasta allí, atravesando la ciudad, sólo para escribirlo?

El Negro Mario seguramente madruga, seguramente no trasnocha, ¿por qué no llega?

Ahora la noche empieza a comerse los costados del Miguelete y el rancho del Negro Mario está cerrado. Está cerrado y además ¡increíble! tiene candado puesto. El

Negro Mario poniéndole un candado a la puerta, quién iba a decirte. ¿Dónde estará la llave? El Negro Mario no puede llevársela, tiene que estar por aquí mismo, debajo de una baldosa o una piedra. Buscá bajito, a la altura de un chiquilín. No seas mala. ¿Quién tendrá el secreto, una mujer, un muchachón, otro hombre? Alguien que sea conocido del cuzco del Negro Mario, porque ahora que el chato ha dejado a la gorda un par de pasos atrás, y se ha puesto a bajar y subir el pestillo, a ver si cede, el perro ha comenzado a ladrar con furia, y más furia cuando el chato ha empezado a empujar la hoja de la puerta con un hombro a ver si cede y parecería que el cuzco del Negro Mario está aquí en la costanera del Miguelete menos solo que el Negro Mario, porque estallan en la noche por todas partes ladridos y más ladridos de compañía o de respuesta, como un cerco de ladridos que estuviera encerrándolos, perros que se embalan y se frenan, alboroto y repentinamente pozos de silencio y otra vez alboroto, ese candado impresionante tiene poco que ver con el modo de ser del Negro Mario y nada que ver con la importancia que uno pueda adjudicar a las pertenencias del Negro Mario, una cacerola, unas pilchas, ese detalle despista más que el escándalo de los perros en la noche, puertas afuera hay un bidet roto y su blancura refulge en los primeros tramos de la noche que los rodea, ese pedazo central de la noche en que está el cuzco del Negro Mario y todavía no han invadido otros perros, el bidet es una taza y es un altar de la noche miserable pero seguramente no hay ningún otro en la casilla del Negro Mario y aquel cerrojo, aquel candado y la cadena no cuidan ni siquiera un bidet o un water para las nalgas negras del Negro Mario, que han vuelto a ser redondas desde que perdió vendió tiró la bicicleta.

Alguien tiene que enterrarnos, alguien tiene tendrá que enterrarnos, en este agujero de mierda alguien tendrá (quietas que no) que enterrarnos. El chato está sobre la puerta que no cede y aún empuja, la gorda se ha agachado bajo un arbusto y orina, desde el punto focal de la noche ladra el cuzco.

La gorda se ha sentido intrigada por conocerlo: un negro, un canillita envejecido, un solitario sin mujeres, a quien sólo le gustan los chiquilines, y peor al fin de cuentas

si no le gustan ni siquiera los chiquilines, si no le gusta nada, ¿para qué vive? No, de algún modo misterioso el chato vincula la pérdida de la bicicleta con la afición por los chiquilines. Si hubiera sido un solitario un indiferente un neutro no habría perdido la bicicleta y llegaría hasta aquí bajando esa cuesta con la chiva del manillar al revés, o no, ni siquiera eso, no viviría aquí, no bajaría esta cuesta, seguiría tirando los diarios acartuchados en los jardines porches casas de Malvín. Una bicicleta que si estuvo preso le robaron o vendió para pagarle al abogado o le secuestraron en la yuta y ahora la corre el hijo de un botón. Y hoy, sin bicicleta o como sea, el Negro Mario no aparece. El Negro Mario en blandas zapatillas sobre el pasto, bajando muellemente hacia el olor del Miguelete, el paso sigiloso el olor suelto. ¿No será como el Manolo ése, que tanto busca y rebusca el gallego? El chato no quiere dar seguridades: cree que no, le parece que no. Es otra cosa, dice. Pero no acaba de definir qué es esa cosa. Sólo se siente en lo cierto al describir su ademán de arrojar el cartucho en que previamente ha convertido al diario, las piernas semidesnudas rodando una bicicleta que no precisa de ninguno de sus brazos, sus brazos de lubolo de discóbolo de jabalinero de atleta negro. Sólo eso está probado. Lo otro no, lo otro se conjetura, se ve o desaparece: un solitario al que tal vez, con el tiempo, algún día encuentren muerto en la casilla, vean muerto, huelan muerto en el abrazo con el olor del Miguelete su cadáver descompuesto, ¿muerte o asesinato, síncope, hambre, robo, venganza sexual? Muerto, muerto de viejo, muerto de enfermo o quizás, a pesar del alcohol, muerto de frío. Tampoco toma mucho, o al menos no se sabe: dónde toma, qué paradas hace al regresar, cuánto toma, un par de diarios bajo el brazo, no los bolos para arrojar a toda máquina sino los lacios diarios que le quedan para subir al ómnibus sin pagar boleto, marchar a su casilla. ¿Vendería esos diarios? Ya al bajarse sí, ¿pero antes? El Negro Mario no ha llegado pero en cuanto llegue tiene que decir que sí, no en nombre de ninguna amistad importante sino tan sólo por la pobre razón, por la menesterosa razón de que nadie le pide nunca nada ni está preparado para negarse a nada. ¿Qué excusa podría darles? Ninguna. ¿Qué razón darán ellos? La gorda: Que en un par

de días nos vamos para afuera, que estamos esperando (para irnos a trabajar a Florida) que desde allá nos manden los pasajes. El chato: ¿y el cuento del desalojo, que decía el gallego? Cualquiera de los dos, no saben todavía. Él hablará, él es quien está dispuesto a hablar tan pronto se abra esa puerta que sigue cerrada, ella se quedará esperando para intervenir, ya se habrá levantado desde el borde del matorral y se habrá remontado los calzones, lo dejará hablar a él que es el amigo, se quedará a la espera de que el negro dude, vacile, la mire, reclame para decidirse el pedido la voz de una mujer. Entonces. . . ¿El pedido la voz de una mujer? ¿Él, que vive sin ellas, el bufa el comilón el negro puto?

Alguien tendrá que enterrarnos, este negro no puede negarse a enterrarnos. El chato trabaja a compás del perro: espera que se calle y apenas hay silencio vuelve a empujar y los ladridos vuelven. La certidumbre del chato no nace de que el Negro Mario esté sino de que el lugar (la casilla) aún exista. Al contrario: el hecho de que el Negro Mario no se encuentre a esta hora confirma que todavía existe y vive allí y vende diarios, que todavía vive allí y el sitio sigue siendo suyo. Le quedarán aún los últimos diarios por vender, la copa por tomar, quién sabe. Pero la noche se espesa y pudre en calma alrededor de ellos dos y el Negro Mario no aparece. Hay que apartarse para aplacar al cuzco. Apartarse y esperar en lo oscuro. Cuando lo vea, contra un reflejo de luces distantes, se aproximará, golpeará las manos como si llamase ante una verja o aplaudiera, dirá Mario y no Negro. Él contestará, preguntará quién es, quién lo llama y Ramos lo tranquilizará diciéndole Es el chato, dirá el chato y no Ramos, y se acercará solo, dejando todavía a la mujer en la sombra. La historia de las explicaciones empezará sin que ella esté y esto a la gorda no le gusta. No le gusta pero es inevitable: tendrá que ser así. Si te topa de golpe, gorda, ¿sabés cómo dispara? Y ella: No será para tanto.

Pero la noche sigue y hay que esperar. ¿Habrá encontrado una mujer un chiquilín un hombre un interlocutor para una copa el Negro Mario? ¿No habrá encontrado a nadie y olvidado a su perro en el fondo de un vaso? También ahora, tendidos en un zanjón, entre el canto de los grillos y el olor sofocante de aguas estancadas en la noche caliente,

hay que esperar. Están huyendo, se han puesto a huir y tienen que esperar, eso es lo absurdo. Esperar sin hacer nada, eso es lo absurdo. ¿Dónde andará el gallego a estas horas, qué sitio habrán hallado? Sospechar sin saberlo, eso es lo absurdo. Estar allí tirados en un hondón sin pasto y el negro que no llega. El chato le sube una mano por las piernas, ella se estremece primero por miedo de un lagarto una víbora, Imbécil, qué víbora ni lagartos aquí, le hace una broma obscena sobre víboras y lagartos y le da un chicotazo con el elástico de los calzones, tomado con dos dedos y soltado. Ella sabe que por ahora va a negarse pero si el Negro Mario se emborracha y se pierde en otra zanja de la noche, tal vez no, tal vez vaya a dejarlo, que haga lo que quiera, que muera como él quiera, ya hay tiempo de no hacerlo en las cárceles. ¿Dónde, cómo, por qué habrá perdido el Negro Mario la vieja chiva del manillar al revés como cuernos de búfalo, las viejas relaciones, el viejo reparato? ¿Será cierto (quién lo habrá escrito, quién habrá viajado desde Malvín para escribirlo) lo que dicen las paredes del excusado del café? ¿Por qué no llega, qué chiquilín qué copa lo distrae?

La corbata colorada. Se contempla en el trozo de espejo y arregla el nudo retobado y deforme que ha hecho (con su novelera falta de costumbre) en la corbata colorada. Puede recordar el momento en que halló el trozo de espejo en el basural y lo echó en el carrito, considerando que no tenía ningún otro espejo y aquél estaba bueno. Ahora está picado de manchas de vejez como suciedades de moscas y otras pequeñas mordeduras más claras, tal vez de la humedad. Pero, aún en medio de las picaduras, el nudo refulge. Se pasó una tarde de domingo haciendo dos agujeritos cuyos bordes no se corriesen ni resquebrajaran el azogue. Después pasó por ellos un alambre fino y colgó el espejo de un clavo, en la pared de la casilla, midiendo que su altura lo enfrentase a la luna del espejo. La luna del espejo de un hombre solo; ya había muerto entonces la finada, Isabel aún no tenía edad para asomarse allí. Se mira, retoca el nudo rojo, alisa con un dedo mojado las hilachas de la camisa blanca.

No tenía aún la corbata cuando murió la finada. No tuvo que ponerse ningún traje ni corbata ni zapatos, se quedó como estaba: simplemente no fue.

Ahora, en cambio, se pone la corbata como si tuviese una fiesta; esa corbata y la camisa blanca, el borde del cuello deshaciéndose en briznas canosas, los puños raídos. Ahora es otra cosa y se comporta como si esa cosa fuera más grave que la muerte que la viudez que la pasada soledad: ahora va a acompañar a su hija única a que se entregue, a que la metan presa con un gurí preso en la barriga. Mañana del miércoles.

La imagen del gallego se le vuelve borrosa. Increíble que una se levante de un sitio y se vaya, sabiendo que deja allí sin mayor lucha su vida, el amor y un muerto. Que ha amado a ese hombre y que igual lo deja. Que ha querido vivir con él y que consiente en que se mate. Que ha admitido tener con él un hijo y se lo lleva y abre paso a la muerte, levantándose y yéndose así, como ella lo hizo ayer, casi sin protestar. Si se hubiera obstinado en quedarse, tal vez no habría ocurrido lo que ocurrió. Pero ¿qué? ¿Se olvida ya? ¿Querría ella que fuese lo único otro, la cárcel, los años, una vez de preso, otra forma de muerte? Al fin de tantas vueltas ¿para qué se disculpa, ante quién se disculpa?; abandonó al gallego como el Viejo a la finada. Ni más ni menos.

El Viejo ha de sentir un orgullo cívico en vestirse, en ponerse aquella corbata y un par de zapatos y un traje, en acompañarla a la comisaría y en decir la primera frase, esa frase que estará caminándole por la cabeza mientras enfrenta el espejo y se pasa un dedo con saliva por las barbitas de la camisa y aprieta una pinza de dedos para endurecer el nudo flojo y colorado de la corbata.

No lo ha visto morir. Se ha ido de su lado, ha caminado sin volverse (como él quiso). No lo ha visto morir. Sólo la radio. No lo ha visto morir ni lo habría visto entregarse, como a Adhemar. Sólo la radio que repite a cada media hora, "Esta mañana fue identificado el cadáver de un hombre que se arrojó anoche bajo una locomotora, en las cercanías de Las Piedras. Pudo determinarse que es el de Tomás Font, uno de los asesinos del sereno".

Canta un gallo esa primera mañana en que el gallego no amanece. Gallos siempre, la noche del crimen, anoche, esta mañana. Gallos cantando alrededor del gallego. En la vida, en el amor, en la muerte: gallos cantando. Canta un gallo mientras el Viejo rehace los bordes de su corbata, retoca el nudo como un hecho importante, del que después alguien pudiera hacerlo responsable. ¿Quién pedirá al gallego para enterrarlo, quién lo enterraría? Ella iba a estar presa y ese viejo que es nadie detrás de su corbata ¿tampoco lo iba a hacer? Ah, no, ahora mismo ella está repitiéndole lo que anoche le dijo. Que no deje solas a las mujeres, a Margot, tal vez a la Vieja. Para estas cosas siempre se precisa

un hombre. Que vaya, que pregunte, que sepa, que pida. Que la represente después, ya que ahora la acompaña a entregarse. Que la represente, tal vez van a ser tan sólo él y Margot. Que vaya. "Prometeme que vas a ir." El Viejo ha movido su mentón con tres días de rala barba blanca. Ha movido el mentón para decir que sí, que promete. Y esa misma corbata, que ahora servirá para acompañarla, que no se la desate: así parece alguien, así puede pedir. Que vaya, que hable, que convenza: que se los den.

No la ha usado desde el 58, cuando la compró y se la puso para ir al club. La corbata colorada. Don Pedro, el caudillo de esa zona de los basurales, lo hacía votar por los colorados, a él que (sin importarle mucho) más bien, más bien, más bien había sido toda la vida blanco. ¿Qué importaba, iban a darle algo por sus opiniones o por lo que hiciera? Y lo hacían votar por los colorados a cambio de un permiso para hurgar en la basura. Envases, cucharas, bombillas, capuchones de termos, latas de aceite. Aquello daba más que los fierros viejos. ¿Para qué comprarlos? Compraba una corbata y arreglaba las cosas de una sola vez. Estaban tirados allí, en la basura, junto a cuchillos enterrados entre cáscaras, junto a zapatos y pedazos de aluminio, junto a mangos de escobas y a fondos de ollas. ¿A qué seguir comprando lo que estaba tirado? Sí, pero sin el permiso que conseguía don Pedro no era posible meterse allí hasta los tobillos, meterse hasta las rodillas y revisar. Los matones de don Pedro, los montones de don Pedro. El cantegril estaba lleno del número de su lista: al cantegril no entraba nadie más que don Pedro, cada vez que había elecciones. Queremos morirnos de hambre, pero con libertad. ¡Abajo el comunismo! Si don Pedro hubiera sido blanco, él estaría ahora anudándose al pescuezo una corbata celeste. Y ese año 58, mire qué suerte la suya, justo ese año habían ido a ganar los blancos, cosa que nunca. Cosa que nunca en el país, cosa que nunca en Montevideo. Vaya a saber quién tendría a esta hora un permiso para hurgar en la basura, ese permiso que don Pedro le había prometido. Alguien que hubiese votado a Vidal Zaglio o a Carlos Árraga o a Fernández Crespo, vaya a saber. Alguien que se hubiera puesto una corbata celeste y no una roja. Y a él le había quedado, de toda la patriada, esta corbata colorada, aquel

año en que los colorados habían perdido por primera vez desde que él se acordaba. Qué justo. Tenía que ser ese año 58, jettatore, cuando él se había decidido y había dado su voto a cambio de que lo dejasen rastrillar la basura, peinar los montones de basura con un palo o con los dedos, allí, admitido por los matones de don Pedro, protegido por los matones de don Pedro. Y cargar el carrito con pedazos de lata y envases y botellas, con todo lo que tira una ciudad, incluso una ciudad como ésta. Secante, ¿no? Habían ido a perder justo ese año.

Isabel lo ha estado mirando ponerse la corbata. La corbata del color del borde de los párpados de ella, porque ha estado llorando toda la noche, primero sin saber si la desgracia había pasado, después sabiéndolo por la radio, desde el informativo de las siete: Esta mañana fue identificado el cadáver de un hombre... Sí, su cadáver.

Ya en la noche, mientras ella lloraba sin descanso, él le ha pedido que se quedara para siempre allí. Ella, sin contestarle, ha dicho que lo que le importa es la muerte, sólo la muerte... Claro, la muerte y el amor y la vida. No le importa estar presa cuando a él estén velándolo, estar encerrada en un calabozo mientras a él lo entierren. Eso nada, te digo que nada... ¡Qué me importa! El Viejo ha estado describiéndole el lugar que van a hacerle al botija, otra piecita de latas mucho mejor que ésta, para vos y el gurí. Como si el problema del momento fuera el hijo por venir y no el hombre recién muerto. No va a faltarle nada, como no te faltó a vos. Queriendo consolarla con eso, como si ella estuviese llorando contra el tiempo de su maternidad, no sobre el primer día de su viudez.

Pero bueno, ¿cómo se puede pretender que vaya a aprenderlo ahora? El Viejo no supo consolarla nunca. Es cierto: pero nadie supo tampoco consolarlo, cuando él fue la víctima. Mano a mano. Las primeras noches con la imagen de la finada, con el recorte y los recuerdos. Y ahora todo aquello se desprende como un papel viejo y sin engrudo de una pared reseca y cae, cae sin que el gallego muerto lejos de allí venga a estorbar el sitio de la finada. Son dos sitios muy diferentes, claro que sí. Ellos dos. De nuevo ellos dos. Ellos dos y el botija, si es que el botija viene, no lo des por seguro, yo misma no sé. Claro que viene, te lo doy como

fija. Las hijas de él, que no supo retener a la finada, que no fue a buscarla, que parece no haber sabido nunca ni dónde la enterraron, que no fue hasta allí sin estar preso. Las hijas de él. Pero eso pasó anoche, ha concluido la noche y el crimen se ha aposentado entre ellos dos, parece haber ido retrocediendo vertiginosamente en el tiempo, ser un hecho tan viejo y sabido como la muerte de la finada. Sí, como eso, sólo que con Isabel esperando la hora de ir a presentarse y quedar presa. Él está en una zona donde no se leen diarios ni él oye la radio ni se habla con nadie. ¿Qué pasó con ese mellado, cómo fue? No ha preguntado. Por qué, sólo noticias. Porque hasta ese momento de la noche casi no ha oído hablar del crimen y luego llega y te golpea la puerta y entra y se sienta. No ella, no sólo ella: el crimen. Con el Viejo, la gente habla tan sólo de las cosas más necesarias, más inmediatas, más elementales: hay agua en la canilla, no hay agua en la canilla. Isabel ha llegado, lo ha abrazado llorando, primero no ha podido hablar y luego, de golpe, se ha echado a hablar a borbotones y se lo ha contado. Él está allí, sólo le tiene una mano, después se la deja porque hay un momento en que ella precisa las dos sobre sus ojos para seguir llorando. Desde el tiempo de la finada, está resignado de antemano a todo lo que ocurra, a todo lo que pueda ocurrir. Sí, pero esta vez no es sólo el hecho; ni siquiera es el hecho antes que nada, no. Esta vez son ellos, la proximidad de los culpables, Isabel y el gallego, el gallego ya muerto, ella viniendo hasta él para darle esa responsabilidad: que la acompañe a presentarse, que lo explique él, que sea el primero en hablar con el comisario. Eso le ha hecho perder pie, anoche, cuando ella llegó a la casilla, el mancarrón relinchó en lo oscuro, ladró un perro ajeno, ella estuvo a su lado y se echó en sus brazos a llorar y después de un rato (aun no entendía nada) le pidió el pañuelo y se secó los ojos y se sonó la nariz y contó. La primera frase resultó ser la última: Se mató el gallego. Así empezó a contarle. La noche alrededor de ellos y primero el suicidio y después el crimen, al revés del orden en que habían pasado las cosas. Sí, al revés, como en una película. El único lujo del viejo era una damajuana de agua, traída esa tardecita desde la canilla. Llenó un vaso, la obligó a que bebiera. Todo eso anoche. Después la hizo sentarse en su cama y él se sentó

en una silla a su lado, vuelto a ser el de antes, con ese embotamiento que se tragaba instantáneamente los primeros y más grandes asombros. Igual que el día de la finada, la misma impavidez, la misma silla. Sí, pero hoy por lo menos son dos y lo hablan. Aquella vez fue él solo y una criatura de seis años, que ignoraba todo, que dormía en su camita. Bueno, lo de que hablan es un decir. Él está allí a su lado, silenciosamente: arma un cigarrillo, escucha. Cuando murió la finada, ella tenía seis años y no escuchó. Ni, en verdad, nadie habló aquella vez para ser escuchado por nadie. Enterraron la presencia de la finada entre ellos, ¿qué importa dónde hubiese ido a parar su cuerpo? La enterraron allí, en ese silencio: sin llantos, sin vaso de agua, sin pañuelo, sin amor, sin palabras. Sola allí, en el pozo de aquel silencio infinito.

Así empezaron para ella los años del delantal y de la moña azul. Que acaban hoy, justo aquí, en este nudo de la corbata colorada. Que acaban hoy. Te encorbataste lindo, Ruiz, dice don Pedro. Ahora que te encorbataste no podemos perder —bromea—. Y van y pierden. Aquella corbata reluciente no le ha dado derecho a un sitio en la basura. Si hiciera viento aquella corbata roja flamearía y el Viejo parecería la imagen del mellado, un tipo caminando con el pescuezo abierto y un chorro de sangre cayendo desde allí. Pero no hay viento y la corbata pende sobre su camisa de cuello deshilachado y puños raídos, siembra su pecho de hilitos rojos, de motitas rojas. No hay viento, la corbata cae, parecen las carúnculas de un pavo, todo él tiene un aire de pavo que va a moquear y a hacer su espasmo de garganta y a avanzar de un golpe seco las alas y abrir la rueda. Está ligeramente endomingado y es miércoles, está ligeramente eufórico y sólo existe un muerto, un muerto del que cuelga —como el precio de las patas de un muñeco— una noticia de cárcel. Y ellos dos marchan para dar esa noticia de cárcel. Rastrojos de una barba blanca de tres días, hilachas de una corbata roja. Ya saben que el gallego no existe, pero la vida tiene que seguir, aunque él no esté. El Viejo lo ha dicho haciendo el ademán de una mano acartuchada, como insinuando y reprobando en seguida el gesto ampuloso de tomar las riendas. Ella va a estar presa dos o tres meses, o cuatro a lo más, vaticina sin saber nada

de tiempos de la prisión, cuatro o cinco meses y después va a salir y podrán vivir juntos y esperar juntos al hijo del gallego. Si es que viene, insiste ella, pero él no tiene dudas: el botija viene.

Él había amenazado con matarlo —con matar al gallego, no al gurí que va a ser su nieto y a llamarse Tomás— y ahora, sin que él hubiese tenido que hacer nada, el gallego estaba muerto. Al compañero y asesino de la finada, no. Ni antes ni después del homicidio, nunca. Nunca había pensado en matarlo, nunca lo había amenazado. Tan sólo había pensado en ir un día —que había sido nunca— a pedirle explicaciones. Buenamente explicaciones, no sabía adónde, si a Miguelete o la Grande, dónde. Y no había ido. Tampoco a ella, a la finada cuando estaba viva y lo había abandonado para marcharse con otro. Tampoco a ella había pensado matarla. ¿Para qué? Jamás había amagado matarlos, jamás se los había dicho. Y ahora el gallego y la finada estaban muertos... ¿Y el otro?

Aquella única vez que había invocado la muerte, las cosas habían dado una vuelta y le habían traído de regreso a la hija. Si hubiera amenazado antes a aquel tipo (ni siquiera se acordaba del nombre) ¿habría podido tener de nuevo a la finada y todo habría cambiado? ¿Quién sabe! Ahora la ve, no a la finada sino a Isabel, que empieza a parecerse a la finada, la ve llorando y se le representa la finada, aunque la finada nunca llorase: la imagen, el gesto de arrogancia en el recorte, aquel recorte que ya nadie sabe dónde estaría. Recuerda, está seguro de que los primeros años lo guardó dentro de la libreta de matrimonio; después lo sacó, cuando tuvo que entregar la libreta para que los del club tramitaran la cédula de Isabel, que las hermanitas precisaban para hacerle dar Ingreso. ¿Así que vas a dar Ingreso? Las hermanitas quieren. Y después, ¿qué vas a hacer? Las hermanitas quieren que siga estudiando. Pero nunca lo dio.

¿Qué corbata habría llevado cuando fue a la entrega de los diplomas de Sexto? Lo que ella evoca entonces no es ninguna corbata, sino los guantes blancos, de algodón ordinario, que él le compró. Y ella con aquellos guantes demasiado estrechos, un número menos del exacto, que le tensaban las palmas de las manos, haciéndoselas mantener

abiertas porque no daban juego, parecía propiamente el Pato Donald. Pero lo miraba con una cara que no parecía la del Pato Donald sino, mejorada, limpia y abierta y joven, la cara de la finada en los días en que él la conoció.

Y ahora marchan los dos —ella sin los guantes del Pato Donald, él con su corbata colorada— por el campito que atravesaba de niña para ir a la escuela de las monjas, el mismo que atravesó con el gallego la noche del sábado cuando ella le preguntó ¿Qué van a hacer? y él respondió Una carnicería. Pobre gallego, no sabía entonces la gran verdad que estaba diciendo: una carnicería. Eso hicieron y ahora recién había acabado, había acabado con el cuerpo deshecho del gallego... Sí, a menos que el chato... ¿Qué va a animarse el chato, ese llorón, ese flojo agarrado a los calzones de la gorda? Se le aparecía por este mismo sitio la cara del gallego a otra hora, la noche y el mundo todavía de ellos, por última vez de ellos cuando él le pasaba el brazo por la cintura y ella lo veía, veía aquella cara aquellos ojos color caramelo, más claros y con chispas como de gato en los lejanos destellos que venían de otro costado de la noche y atravesaban lo oscuro, aquellos ojos más aún que la boca, aquellos ojos que asistían sin preocuparse a que él dijera Una carnicería y no sabían adivinar la horrible verdad que estaban diciendo profetizando los labios.

Sí, aunque ahora gobernarán los blancos ¿don Pedro no tendría aún la influencia necesaria para que les devolviesen el cuerpo del gallego? Sí, pero Isabel no le ha pedido que fuera a ver a don Pedro. Le ha pedido que acompañara a las mujeres, si es que la Vieja tiene fuerzas para ir, o que acompañara a Margot, si Margot tiene que hacer frente sola. Pero no que hablara con don Pedro. Porque Isabel no va a estar y no pretende que se lo entreguen a ella. Prefiere que el gallego, una vez muerto, se quede con su gente. Casi diría: se vuelva con su gente. Seguro que van a velarlo en Domingo Torres, ha dicho. Sí, es lo mejor que puede pasar. Si ella no está, si el hijo de ellos dos aún no existe ¿qué sentido tendría que el Viejo pidiera para ellos el cuerpo del gallego, tan luego del gallego a quien amenazó con matar, mintiendo que por la ley es el suegro y llevándose a la casilla a velarlo? En la casilla con él solo, al lado del cajón tapado y él de corbata roja (porque es la única que

tiene) y los relinchos del mancarrón a la luz que se muere o parpadea sobre el piso de tierra. Sí, todo eso, y los vecinos que llegan al velorio no por el muerto ni tampoco por los vivos, sino tan sólo por el hecho de que haya un velorio en la cuadra, flotando como un bote iluminado en la inmensidad de la noche vacía; los vecinos haciéndole contar toda la historia. Velar al Asesino, eso sería si en definitiva fuese allí, desde que ella no va a estar ni hay un solo doliente que inspire respeto. Si ella pudiera quedarse, entonces sí, lo mandaría a que viese a don Pedro y el Viejo haría las gestiones de comisaría y juzgado y cochería y morgue y defendería después los sentimientos de su hija frente a cualquier maledicencia. Isabel y la Vieja, respaldadas por él, sentadas a los dos lados del cajón, como en un espigón donde vinieran a romperse los chismes. Pero no estando ella, Isabel, no. ¿Por qué entonces él, que no veló allí a la finada, él que ni siquiera estuvo presente cuando las hermanas la velaron y enterraron? Él, para explicar que ese tipo hecho pedazos debajo de la tapa del cajón iba a ser el marido de su hija, el padre de su nieto y que tan sólo el crimen (¿quién lo había hecho sino él, al fin de cuentas?) se había interpuesto y ya no habría marido ni habría padre ni yerno.

Muertos, presos, cadáveres escamoteados. Así estaba hecha su vida y ahora, con la corbata colorada en la mañana tormentosa de febrero, nada podría cambiar. No iba a pedirle nada a don Pedro, ni siquiera que su hija pudiera presentarse recién después del entierro (¿se habría animado a decirle Yo me comprometo?) o se entregase ahora mismo en forma espontánea y se lo tomasen en cuenta y la tuvieran presa menos tiempo. Ni pensar en nada de eso, porque ahora mandan los blancos.

Van a velarlo la hermana y la madre, pobre vieja, dice Isabel. Esa lástima sobrenada desde el teatro y las horas finales del gallego y viene hasta aquí, habla con las mismas palabras del suicida, dice lo que él habría querido seguir diciendo más allá de la noche y por encima de la muerte. Es un alivio sentir lástima por otro cuando nosotros somos la lástima. Un alivio, el detalle que nos separa de la propia pena. Y también distraerse recordando todo aquello que no hace propiamente a la historia: el vino tinto,

la corbata roja, cosas. ¡Cómo se reiría el gallego si viera esa corbata que el Viejo nunca había querido usar ante nadie, que tal vez se había puesto de apuro y quitado de apuro en la esquina misma del club! ¿Sólo porque era blanco? ¿O porque se sentía empavesado y ridículo? ¡No seas payaso, viejo!

Si el Viejo hubiese aceptado prestarle el mancarrón y el carrito (no quisieron pedírselo, se habría negado) quizás el gallego hoy estaría vivo. Preso o suelto, ¡quién sabe!, pero al menos vivo. ¿Y si se hubieran puesto a robar los dos juntos? No, no, eso sí que no: el Viejo ni siquiera había querido comprarle medio Cristo a Adhemar. A menudo los pormenores son cómicos y divierten aún después del fracaso: Raúl Medeiros asaltando una sucursal de banco y rajando a caballo. ¿De qué le sirvió? Lo agarraron y su hermano perdió el caballo y estuvo preso unos días, hasta que se aclaró que no sabía para qué lo había prestado. Si el Viejo hubiera hecho algo así como prestar el carrito o el caballo, seguro que habría ido preso él. Con la suerte que tiene, con lo bien que le salen las cosas al Viejo...

Va a llover, calcula el Viejo por la pesadez del aire, por los charcos que empiezan a hacerse en el pescuezo, debajo del trayecto de la corbata. En unas horas más va a llover, ya no se puede...

¿Y prestarle el caballo solo, el carrito solo, sin ir él para nada? No, eso se llamaba hacerse cómplice y a ella le sonaba la palabra absurda del Viejo en la memoria: Compli o Cumplés, le dijo a Adhemar, y eso que él decía tan mal no quería serlo. ¿Dónde habrá ido a parar el carrito de Adhemar? Bueno, a ese carrito se lo llevó la yuta y nunca más se supo.

Y además, ¿quién te dice que el municipio es el que entrega los cuerpos?, pregunta el Viejo. Son el juez y el florense y a éstos ¿quién los conoce?

Dice florense y tampoco esta vez ella corrige. El mismo juez que tomó cartas en el asunto del mellado y ordenó la entrega del cuerpo a sus deudos, según dijo el diario, ¿será el que mande ahora sobre el cadáver del gallego? Son cosas que no nos conciernen, nunca se podrá saberlas y aunque

uno las sepa no cambian nada. Alrededor de lo que más nos importa en la vida, ¡cuántas cosas que no nos incumben, que nunca conoceremos, que a veces ni siquiera sospechamos que existan, que aunque uno se avive y las presienta no puede averiguar!

Ramos ha vacilado un instante (como siempre, puede pensar la gorda) y en el tiempo de esa indecisión ajena el Negro Mario, que aún no lo ha visto, ha cerrado la puerta de la casilla y echado el candado. Ya no se ve la llave en su mano ni se ha visto que la haya puesto en el bolsillo. ¿O la ha guardado antes, y cerrar el candado ha sido ahora toda la operación? Tal vez la haya quitado anoche mismo del candado cuando ellos dos estaban dormidos y no lo vieron ni oyeron acercarse. Tal vez haya sido anoche, entre los pastos de la noche, en el hueco de los objetos de la noche, entre los cuerpos yacentes de la noche.

Se ven ahora, uno y otro. Ramos sabe que ya no le entregará esa llave, que ni la tiene encima ni piensa cederla. Empujado por la gorda, Ramos aparece ante el negro, desde la zona de árboles a la casilla. Ella está más abajo, casi invisible desde allí para quien nada sospeche. Invisible ella pero ve, invisible pero oye. Ramos empieza a caminar hacia la casilla, donde el negro lo mira en silencio, sin capacidad de asombro ni tampoco de simpatía. El paso de Ramos lleva el desaliento de saberlo.

Y ahora lo saluda y se acerca y el negro lo ve llegar y no dice nada: ni se extraña, ni se alegra, ni seguramente piensa nada. Sin reflejos, sin sus prodigiosos reflejos de la bicicleta, que parecen haber desaparecido al desmontarse, en aquella figura que permanece de pie, quieta, sin malicia, sin ninguna inquietud, dejándose estar, las manos que cerraron el candado abiertas y colgando a los costados del cuerpo, ligeramente inclinada la cabeza para escuchar la historia demasiado larga que están contándole.

Demasiado, demasiado —la barriga de Luján acusa las asperezas del pasto hirsuto, sus rodillas sienten hincarse el suelo de piedra chiquita que duerme bajo esos pastos— tendría que hablar mucho menos, que decirle menos cosas, las pocas que pueden caber en la cabeza del negro, las pocas que en rigor se precisan para conseguir lo poco que pide. Toda esa calesita, el desalajo, las changas, la imaginaria negativa de un hermano, todo eso se espesa demasiado, da una idea mayor del tiempo que pide, alarga ese tiempo, perjudica y no sirve. Y en cambio no la nombra, está pidiendo albergue para él solo, con excesivos cuentos y argumentos albergue para él solo.

—Vos seguí buscando —dice el Negro Mario—. Buscá todo el día, a ver si encontrás. Y si de noche no tenés nada, por esta noche te hago sitio. . . ¡Por hoy! Esto aquí es muy chico, no hay ningún lugar. . . Vos buscá todo el día.

¿Eso es todo lo que has obtenido? ¿Que ni te den la llave, ni te ofrezcan un refugio durante esas horas diurnas en que el negro no está? Ahora se va a vender sus diarios y no vuelve hasta la madrugada. Merodear hasta entonces, arriesgarte hasta entonces (el negro dice Buscá), deambular por aquellas orillas de agua estancada y mugre hasta que sea de noche y si no encontrás nada volvé. Ése es el amparo que te ofrece. La puerta cerrada, la casilla con el perro adentro. Claro, el perro va a extrañarte, va a ladrar, no te acerques. Es un refugio a la intemperie y un refugio que te delata. ¿Se imagina el negro que corre algún peligro o no se imagina nada y simplemente se niega por ese egoísmo en que —después de sus desgracias— se ve que ha sumergido para siempre su vida? ¿Lee los diarios, mira las fotos, identifica al chato, lo considera un fugitivo, un acosado, un sospechoso? Nada puede saberse, detrás de tantas condiciones y de un simple candado. Vos buscá, vos buscá. ¿Buscar dónde? Si ha llegado hasta allí, hasta aquella destartada miseria, es que ya no le queda mucho por buscar. Las cosas parecen tan sencillas. . . serían tan sencillas si el Negro Mario tuviera una mínima imaginación para encararlas. Tal vez fuera mejor que maliciase algo y dijera sí o no, como estos pastos que pinchan la barriga de la gorda y la obligan a moverse para esquivar los lancetazos de sus puntas más duras, mejor que conociere los peligros y los

consintiese o rechazara, en una opción en la que algo existiese de veras o no existiese en absoluto. No, el negro parado allí, abierto de piernas, las manoplas pendiendo dos manojos de dedos muy grandes a la altura de los muslos, casi de las rodillas, el espesor simiesco y la cara estúpida, no piensa nada, no recela nada, no teme nada. Simplemente tiene un modo de decir que sí que no se diferencia en nada de su modo de decir que no. Aquella máquina de pedalear y tirar diarios como si fueran pelotas, como si fueran granadas (así, al menos, se ve en el cine) está ahora quieta, como si alguien la hubiera abandonado entre los pastos, entre el olor del arroyo, en aquella primera hora de luz de la mañana. Pero ella, así echada de panza en el pastizal, no puede ir dictándole las palabras y ahora el chato, que ha aceptado tan poco, que ha pedido tan poco con tantas razones y para él tan solo, comete el gran error y dice:

—¿Y si traigo una mina?

Es increíble que lo haya dicho así, al cabo de toda aquella reticencia. Es increíble: lo piensa seguramente él mismo tras haberlo dicho, lo piensa la cara del negro, cuajada ahora en un gesto de estupefacción turbio y difícil (el único, acaso, de que sea capaz), lo sabe la barriga de la gorda haciendo una comba sobre el pasto y las piedritas, como si el cuerpo todo hubiera dado o recibido la orden de levantarse, declararse presente, interpelar al negro, en ayuda del chato.

La cara del Negro Mario tal vez esté tratando de entender, ¿Una mina que te consigas, una mina que ya tenés, una mina que vas a salir a buscarte por gusto, una mina que no te deja en paz, una mina que está en otro sitio, una mina que escondés aquí?, pero ninguna de esas preguntas baja desde los ojos a la trompa del negro, ninguna de esas preguntas sube desde la nuez protuberante hasta los labios desdenosamente entreabiertos.

—No, no, dicen finalmente esos labios. No quiero líos. Ya bastante tuve.

Y no dice más. Entonces era cierto lo que el chato se imaginaba. Entonces era cierto que alguna vez trajo aquí una menor o un chiquilín y los encerró de día y los disfrutó de noche y al final fue en cana: demasiados líos tuvo. No

puede ser más que eso. No quiere admitir una mujer que sea un lío y una amenaza de prisión y explicaciones con la policía y las historias que conoce y esquivaba. No quiere. No ha sospechado que el problema que tiene por delante sea tan luego el chato, piensa que puede ser la mina y se niega, no quiere allí ninguna mina, eso sí que no, repite ahora, minas no, dejame de joder con todo eso, si por esta noche tenés que dormir aquí vení, pero vení vos solo. ¿Estamos?

Sí, viene él solo y espera hasta que llegue el negro y aparezca la llave y abra el candado y eviten el avance del perro. Y nada más. No adivina que el chato sea el perseguido, que los líos con la cana y la justicia vengan con él, aunque él venga solo. No lee los diarios, el crimen y los autores del crimen no existen en su cabeza, no se agitan allí, no se ponen en danza con un simple pedido de albergue, no toman la figura del chato, no piden nada, no cantan por su boca.

¿Qué hará con ella, entonces? Porque no va a esperar que el Negro Mario se duerma (¿Y qué sueño tendrá, ligero como él sobre la chiva, pesado como él tapando con sus hombros la puerta?) si es que consigue estudiarlo y mantenerse despierto hasta que al negro lo venza el sueño, no puede esperar a que el negro esté dormido para hacerla entrar. No, no está en condiciones de tener un lío con el Negro Mario, con la trompada brutal del negro en la noche, no puede pensar en una lucha con el Negro Mario que es más fuerte que él, una lucha por la posesión de la casilla allí donde el Negro Mario conoce mucho mejor el sitio, los recovecos de las tinieblas, los tropiezos y los obstáculos de la casilla a oscuras, y todavía si el Negro Mario le chumba el perro y el perro se le prende de los garrones y lo curte a mordiscos saliendo y volviendo desde los fondos de la noche. Imposible, gorda, tenés que estar pensando vos también que imposible.

—Ya sabés —dice el Negro.

Es lo último que dice cuando se pone a andar y toma el caminito entre los yuyos, dándole la espalda y alejándose sin volverse una sola vez, resolviendo así que la mujer no está cerca y quizá todavía ni exista, estos cosas quieren traerle a uno una mina para engrupirlo e ir quedándose,

que ni le dé por buscarla. Y la gorda ya ve que no va a darse vuelta, que no va a echar una sola mirada sobre lo que deja, el chato resignado a que sea una sola noche y a que sea él solo, sin nadie más, el Negro Mario no quiere líos, ya bastante tuvo, no quiere más, todo él yéndose así, a pie y lentamente, desbisagrado y enorme, los grandes émbolos de las piernas y los grandes biceps que antes lanzaban diarios ocupados solamente en la languidez somnolienta de esa marcha desganaada, sobre las primeras luces de una mañana tormentosa de verano, el negro tomando hacia el este, dibujado entre arbustos y rayos de sol, distanciándose lentamente, sin mirar nunca atrás, atrás no puede haber nadie más que ese chato que no se anima a asediar por ahora la casilla (el perro ladraría, el perro no ladra) y el amanecer pesado del día de febrero, en que los brazos y las piernas y el torso del negro ni siquiera abanicaban un surco de aire en la marcha, el negro yendo hacia sus diarios, los de hoy son iguales a los de ayer, tampoco vale la pena volverse con furia hacia ellos, abalanzarse por tenerlos antes que nadie, como en el tiempo de la juventud y el asalto a los camiones de los sucursaleseros y el brazo musculoso asiéndose a la baranda de los camiones para que el primer manojo de diarios fuera de él antes que nadie y de allí saltara y montase la bicicleta y arrancara gritándolos, un sprint como el de un ciclista en carrera pero no para llegar a una meta sino para colocar dos, diez, cien diarios en el primer golpe de la mañana y salvar el día, no, ahora nada, la cuesta con sus pequeños guijarros que el sol recién salido alarga en puntas y antenas fantásticas y el cuerpo contoneándose para entrar parsimoniosamente en la lumbre del verano, en un calor distinto al de la casilla, menos encerrado tal vez, menos pegajoso pero más invasor, más lleno de radiaciones envolventes, menos quieto y empozado y manso que el calor de la casilla y el perro y ese olor del Miguelete que ya no siente, ese olor antiguo para el cual no tiene nariz desde hace años.

La gorda aún parece agarrada a sus matorrales, sus matorrales que no son sólo de hojas y ramitas sino también de pensamientos, de No-debiera-haberlo-dicho-así y de No-supo-convencerlo, ella que quería que el chato la dejara adelantarse ¿y por qué no sola y sin él?, adelantarse y

golpear aquella puerta antes de aquel instante de abrirse y salir el negro y correr la cadena y cerrar con su pinza de dedos el candado y adiós huecos de la casilla, profundidades de la casilla, hospitalidad de la casilla, escenarios abiertos para decir que sí, consentimientos como puertas y como ventanas y como espacios bostezando a la primera luz de la mañana, Ella habría avanzado y golpeado y habría dicho Oiga Mario, soy la mujer del chato, pero ¿habría él podido recordar ubicar quién era el chato sin tenerlo allí enfrente, sin verlo?, soy la mujer del chato y estamos sin techo, ¿sabe? y yo estoy preñada —y la risa del gallego al escuchar las filiaciones del italiano del boliche y la boca del gallego diciendo algo así como Gordita te creyeron preñada, gordita panzona te creyeron preñada, el Negro Mario también podría creerlo y sobre su credulidad apresurarse y pedir, sobre la primera ventaja de la imagen de la mujer que va a ser madre ganarle de mano y pedir, y habrían sido los dos y por más de una noche y... ¿A qué joder con eso ahora, si nada de eso pasó, si nada de eso supo decir el chato ni irrumpió a decir ella ni escuchó el Negro Mario?

No sabés, chato, no supiste plantear una cosa así. Está a su lado, el vestido lleno de hojas secas, el pelo lleno de ramitas, las ramitas del acecho boca abajo y las de anoche del amor boca arriba, se te llenan de ramitas los pelos y las piernas y andá a mirar si el culo, el amor entre el pasto, la espera entre el pasto, el amor en la noche, la espera para romper el día y no tocar quebrar morder el sueño del negro, todo para que el negro aparezca y con una rapidez silenciosa y felina, tan diferente de su paso al irse hacia los diarios cierre y se ignore con qué llave, dónde la llave para tomarla en cuanto él se haya ido, sí, se marcha hasta la noche y con la llave entre las manos o en escondites insondables, ah, con la llave debajo de una piedra y la piedra encontrada todo sería distinto y el cuzco sería un ladrido y una patada y una pedrada y listo, y entonces sería el cuzco el que tuviera que vagar por los bordes del Miguelete y ellos dos los que entraran y pudieran esconderse y sin robarle nada que después no pudiesen justificarle comer algo, algo que el negro tendría allí para el hambre de la noche, alguna cosa, un pan viejo, un salame como el que compartió aquella vez con Ramos, lo que fuera.

—Vamos a ver si podemos pasar el día por aquí, como dos pájaros. (Como dos pájaros alrededor de la jaula, podría decir la gorda pero no se le ocurre, como dos pájaros apurándose por entrar a la jaula, a esa jaula con llave que el negro clausuró hasta la noche.) Quedate aquí, no te muevas de aquí, le dice, él va a acatar. Dame esa guita que te queda... Voy a comprar el diario.

¿Un diario para qué?, no se atreve a decir y la ve alejarse, menos rumbosamente que el negro, alejarse sin abandonar con los ojos el sitio que los ha cubierto por una hora y ya no sirve, como se alejan los perseguidos, dándose vuelta hacia la madriguera protegida. Vos no te muevas de aquí, sigue diciendo, esperame aquí, ¿un diario para qué?, bueno, tendría que saber confesárselo, un diario para ver si dice algo del gallego y así el mundo se les cae de golpe o no sigue quedándoles tan locamente vacío, tan lleno de agujeros y de trampas desde la hora en que el gallego dijo Aquí-me-quedo y se quedó en Las Piedras, o no justamente en Las Piedras sino en un borde de El Dorado, el gallego que hizo todas las macanas habidas y por haber pero que, aún así, seguía inspirándoles confianza en medio de las macanas, pero si algo dice el diario sólo podrá decir que el gallego está en cana, que sonó el gallego, que le dieron la captura y no le quedan macanas por hacer ni nada por hacer, que ya la flaca y él están cantándolos, bueno, si hubiera caído el gallego solo quién te dice que se retoba y se hace dar y nos presta más horas, un tiempo más para tomárselas, ¿tomárselas dónde?, andá a saber, la frontera, andá a saber cómo la ve el gallego y qué tiempo les da, sí, pero la que no tiene resto es la flaca, ésa no va a aguantarse, ésa canta en seguida, ésa va a batir desde la historia de las monjas, que la llena de afrecho, hasta la historia del mellado y cómo lo hicieron y por dónde han andado y todo eso. La gordita, ¿quiere tener un diario para saber del gallego o para saber si ya los cuatro están batidos y el Negro Mario habrá llegado a la parada y estará leyéndolo y habrá uno más que, si se le da la gana, puede batirlos y marcar la casilla y decirle a la cana dónde están. Bueno, la gordita ya desapareció de la vista, dentro de diez minutos tendrán el diario y se verá qué pasa, cómo van las cosas, las declaraciones del viejito y de la viejita de los helados, las explica-

ciones del tano para no ir en cana por el asunto del bufoso, todo lo que tal vez siga interesando a los que hacen el diario si no pasó entre tanto nada nuevo, si de la boca de esa noche que se cerró junto a la casilla del negro y se abrió junto a la casilla del negro no salió otra cosa, no hubo novedades, más y mejores crímenes...

Los mismos escenarios de anoche a la luz del día, las mismas cosas con el prestigio diferente de una luz que se alza a abrazarlas, el bidet con las órbitas vacías por donde entraban los tubos de sus juegos de agua, esas órbitas por las que algún día (es posible imaginarse) entrará una guía de esta enredadera de campanillas que ya está asediándolo y se enroscará allí y abrirá una campanilla azul como el chorro de agua que sólo vive en el pasado del bidet, ¿no estará allí la llave?, no la llave del agua sino la llave de la casilla, se agacha, corre las manos por las curvas polvorientas pero aún intactas del bidet, las hunde en su interior cóncavo, las baja a su pie lleno de malezas, no hay nada, si él hallara la llave antes de que la gorda regresase con el diario, si encontrara la llave y pudiera mostrársela en triunfo, ah, entonces ella no diría Vos no sabés vos no supiste plantear bien las cosas, ¿Qué más cosas si tienen la llave y una patada al cuzco y tienen la casilla?, sí, pero la llave no está allí ni rascando el suelo hasta llenarse las uñas de tierra, la llave no está allí y el mundo de aquellos pocos metros alrededor es demasiado inmenso para poder encontrarla, y luego, sentado al pie del bidet, dejando correr un brazo sobre el fresco todavía matinal que ahora tiene la curva aporcelanada con su dibujo como de violín para las posaderas, sus dedos palpan la soledad y el último resto escondido emboscado allí del frescor de la noche que en un par de horas más habrá fugado, se irá a morir quemado, la soledad y una titubeante ya manchada superficie a lamparones de frío y un resplandor y un tigre inmóvil de hojas sobre ese blanco y el olor fétido que empieza a manar el Miguelete en cuanto el aire se entibia y ese instante de tregua, si ese instante se aquietara o suspendiera y el tiempo no corriese eso nos salvaría, si la luz no atravesara los arbustos y la loza se conservase así, como una frente y una pila y una almohada, entonces sería posible encontrar un refugio en el día y no en las cosas, un en-

terradero en la infinita mañana y no en la casilla, un hueco en el tiempo y no debajo de las ramazones y todo sería más perezoso y más blando y más suave y la gorda que fue a comprar el diario podría no volver más nunca.

... sí, no preciso decirle con qué pena lo dejé. Es horrible estar viendo a un hombre vivo y saber que en una hora más estará muerto. Sí, ya sé, tiempo más, tiempo menos, todos llevamos el mismo fin. Pero el consuelo es que una casi nunca sabe cuándo será. Y yo esta vez lo sabía... Eso es lo horrible.

Diga que yo he pasado tantas cosas en mi vida que las que quedan puedo mirarlas sin miedo... Cuando era muchachita, yo leía historias de amor y me parecían mentiras... ¿Se puede sentir esto y lo otro y tanto y tanto? Yo pensaba que no... Sí, claro, hasta que apareció el gallego y me enamoré de él. A mí me parecía que nunca iban a importarme tanto los hombres. Hay mujeres que se ponen nerviosas en cuanto se les arrima un tipo. Yo no, y creía que eso no iba a pasarme nunca, que todo eso era mentira, historias de las revistas... Sí, hasta que apareció el gallego. Si tengo que decirle qué tenía el gallego mejor que los otros, la verdad que no sé. Seguro que era como cualquier otro, como no se cansaba de repetirme la gorda. ¿Qué tiene el gallego que los demás no tengan? Nada, claro que nada, ¿y qué podía ofrecerme el gallego que otro no me diera? Si una lo piensa así, nada, absolutamente nada. Pero mire, eso fue lo que pasó y a qué buscarle cinco pies al gato. Y no lo digo para disculparme, porque ya no me importa nada de nada. El gallego me llegó al alma como nunca me había llegado nadie: y basta. Estas cosas no se razonan, claro que no. Y cuando el Viejo me contó que el gallego era un chorro, que no trabajaba y que lo único que sabía era robar, fue lo mismo que si me lo estuviera

elogiando. No podía hacérmelo peor y tampoco, le garanto, podía hacérmelo mejor. Qué sé yo, el gallego no tenía nada de particular, nada de nada, pero era él, o a lo mejor tenía algo que no sé explicarle pero que fue lo que me gustó, mire, eso que lo hizo matarse así y que me hizo aceptar que se matara así... El gallego me arrastraba donde quería, no sé cómo explicarle, lo que él decía no es porque estaba bien que había que hacerlo. No, cuántas veces habrá estado mal. Pero parecía lo único que se podía hacer en cuanto el gallego lo decía. Si decía que iba a matarse era lo único y si decía de rajar, también. Mire, ya le conté esos tres días y usted ve todos los disparates que hizo el gallego, uno tras otro, hundiéndose cada vez más... Usted piensa, ya sé, que un asunto como éste le quedó grande al gallego. Puede que sea, porque como él mismo decía, me dijo una noche después que pasó todo, la noche aquélla en la casa del flaco Píriz, me dijo que él era un ladrón de gallinas y que casi sin querer ahora se veía enfrentado a un crimen y se ve que pensaba que el crimen lo había hecho porque sí pero que ahora no se iba a poner a llorar lo que había hecho. Entiéndame bien, yo no le digo que ese crimen tenía que hacerlo, claro que no. Pero si estaba hecho, ya me parecía que era lo que el gallego tenía que haber hecho, lo único que el gallego podía haber hecho desde que se apareció el sereno, no sé, si el sereno sigue, si los insulta y pasa de largo, pero el sereno va y no los insulta y quiere agarrarlos, quiere sacar un arma y usted sabe que ésa fue la desgracia... Y después, que el gallego era así. Yo nunca me animé a echarle en cara que lo había degollado porque bien sabía yo que al gallego lo que estaba enloqueciéndolo cada vez más era eso, y yo no quería decirle, pero... no sé si me entiende... si el gallego lo degolló no es que estaba bien o mal, es que era lo único. Desde que yo me junté con el gallego las cosas empezaron a presentarse así, lo que era y lo que no era, nada más que eso: lo que era y lo que no era. Yo todavía creo en Dios, sabe, y no sé si Dios va a perdonarme algún día a mí que no hice nada más que seguir al gallego, y no sé si va a perdonar al gallego, ahora que está muerto y que pagó con la vida lo que hizo. No sé. Lo que sé es que los otros, la gorda, el chato y yo, podíamos hacer una cosa o la otra, escondernos

o entregarnos, vivir o morir, matar o no matar, tanto daba, pero el gallego parecía como que no, como que lo que había hecho era lo único para él, y una no podía pensar qué podía haber pasado si el viejo no aparecía aquella noche y el golpe de la carnicería se daba y todo eso. Una llega a pensar que el Diablo le había mandado al gallego aquel viejo y al viejo le había mandado aquel gallego y bueno, entonces es fatal, no puede hacerse nada diferente por más vueltas que le dé y por más Dios que haya en el cielo. Yo no me acuerdo de mi madre, era muy chiquita cuando ella se fue de casa y no supe nada cuando la mataron y ahora mismo no sé decirle cuándo desapareció para mí, porque su muerte, lo que fue su muerte lo supe después; pero lo que sé decirle es que con mi madre me pasa lo mismo. Y ya, para empezar, usted ve que le llamo mi madre y no la vieja, porque yo nunca la traté ni la tuve conmigo ni hubo confianza. No, mire que no. Me parece que a mi madre iban a matarla de cualquier modo, hiciera lo que hiciera, y que el Viejo, a más de no tener ninguna fuerza, no podía entrometerse, el Viejo es como el chato, estos tipos que pueden ser así o ser así y nada cambia, pero mi madre no y el gallego no. Ellos parecería que son así como son y se acabó. Y entonces se estrellan, tarde o temprano se estrellan, créame. Y de mi madre no sé pero del gallego le garanto que sé. Cuando una se junta con una persona así, se acabó lo de dar un consejo y lo de hacer un reproche. ¡Se acabó! Una se mete allí y marcha calladita como por un río, no sé explicarlo, pero se siente bien fuerte una cosa así, como si una se hubiera metido con él en el mismo bote y chau... Mire, es una cosa rarísima, se puede sentir la y una no sabe explicarla, no es que una pierda la personalidad ni deje de ver las cosas por su cuenta, no, pero cuando los errores se le vienen encima son lo único que hay, es como si no quedara otra cosa que hacer. Con gente así, una tiene que aceptar lo que viene y chau. Ahora usted dice que serán unos meses, un año, qué sé yo. Posiblemente el botija va a nacer en la cárcel. Pero mire, eso no me importa nada. Porque voy a tener tiempo de pensar, tiempo de pensar para el día en que pueda salir, pensar si yo puedo vivir sin él, sin lo que él me diga, sin esa cosa para hacer la vida que él tenía, porque todo pasaba como lo único que podía pasar

estando una al lado de él y él al lado de una, y ahora va a ser todo diferente, sea bueno o sea malo todo va a parecer porque sí, todo va a tener su pro y su contra y yo voy a tener que elegir cada vez, elegir por mí y para el botija, con el gallego no era cuestión, venían las cosas y plaf, venían y podían ser malas y casi siempre fueron malas pero no había más que pensar... Cuando ustedes me dicen que yo pude escapármele en esos días y venir hasta aquí y contarles todo, es que ustedes o los jueces no se dan cuenta, les falta saber algo, saber cómo era el gallego y por qué nadie, ninguna mujer podía abandonarlo y delatarlo y traicionarlo, no, no se podía... Claro, imposible razonarlo ahora, porque no era por fuerte ni por indefenso sino... mire qué raro, por las dos cosas a la vez. No un año sino diez me comería con gusto si estuviera de nuevo junto al gallego y me obligaran a venderlo, no, eso sí que no... Y si hay una cosa que no se puede, entonces el castigo ya no importa, entonces la amenaza no sirve... Mire, eso a lo mejor está en la educación religiosa que a mí me dieron de chiquilina, yo sabía, era como si Dios me dijera que yo era el gallego y que el gallego era yo, bueno, el gallego éramos los dos, yo y él, sí, porque una se entregaba toda y no podía vivir sin él ni se le pasaba por la cabeza vivir sin él y él, si usted lo veía, parecía que tampoco, que todo él estaba allí, pero ahora le juro que no sé, no estoy tan segura, el gallego era como si al mismo tiempo se abandonara por completo en una, le entregase todo y a la vez se apartase, mire, le doy un ejemplo, una nunca le oía hablar de cuando era chico, cuando decía algo de eso eran puros pedacitos sueltos. O si no, de golpe, le contaba historias raras como si fueran recuerdos, historias que no eran graciosas ni tristes pero que a él, fíjese, lo hacían reír de una manera muy rara, sin explicar por qué se reía de cosas que no eran divertidas, si usted las mira bien. Cuando murió su viejo, que él lo adoraba, su vieja se puso el anillo del finado junto al de ella. Y después, con los años, el dedo le engordó mucho y los dos anillos le quedaron como hundidos en la carne, eso puede verlo si va hoy y se fija en los dedos de la vieja, cuando tenga que ir a verla. Y la vieja decía, parece que decía Ahora sí que no voy a sacarme más nunca al viejo de encima, y él lo contaba y al terminar el cuento se ponía a reír a carcajadas... No

sé qué sentido le daba, si era una cosa de malicia o al contrario, como un gran cariño. Y lo mismo contaba de su viejo, que fue a bañarse al arroyo y se zambulló de golpe con la boca abierta y el agua le llevó la dentadura... Mire, yo llegué a pensar que se reía para aparecer como que esos recuerdos de cosas antiguas de sus viejos lo divertían y nada más, y no era cierto, yo sé que no era cierto... Pero nunca, nunca me dijo soy así porque fui así o así y sufrí tanto y cuanto y pasé por esto o aquello, eso jamás, como si hubiera sido ladrón desde que su vieja lo echó al mundo y eso fuera como ser alto o petiso, una cosa que nadie iba a cambiarle, pero todo lo que había sido antes de ser grande, todo lo que había sido cuando era un pibe estaba escondido y al mismo tiempo, no sé cómo decirle, usted lo podía ver en seguida cuando el gallego decía algo y usted pensaba por qué decía esto y no aquello, bueno, y entonces veía muchas veces que era por lo que el gallego había sido y lo que había sufrido y porque había una cosa que me parece que no aceptaba en él, sí, mire, era eso, no le gustaba como era pero nunca quiso que ni yo ni nadie supiera cómo le habría gustado ser y cómo habría estado contento, satisfecho con él mismo, no sé, a lo mejor lo habría podido conseguir con el hijo, que no llegó a verlo... Pero hasta eso, mire, hasta eso... Tenía esas cosas. Siempre se pasaba repitiendo aquello de Yira, No esperes nunca un amigo, ni una mano, ni un favor, jamás decía nada de otro tango, si lo pienso ahora no creo que supiese muchos tangos tampoco... Y bueno, a pesar de eso, cuando la cosa del mellado se empezó a poner fea a él se le metió en la cabeza que el desgraciado ése de Manolo tenía que darle ayuda, tenía que ayudarlo porque sí. Y usted sabe cómo le fue. Si le digo la verdad, yo creo que el gallego se mató porque ese Manolo no lo ayudó y entonces le pareció que el mundo entero estaba contra él y que ya no tenía más que hacer y entonces fue que se mató... Él siempre dijo de matarse antes que lo agarraran, sí señor. La gorda no le creía, lo miraba como si fuese una locura, no sé. El chato no me animo a decirle, a veces me parece que el chato sí le creía y sentía como una vergüenza de no animarse él y quería cambiar de conversación como si aquello lo acusara. La gorda no creía y el chato a lo mejor que sí y yo no sé, tampoco estoy segura de lo que yo pensaba entonces... No

lo supe hasta la tardecita de Las Piedras, pero esa vez sí que lo supe y fue como si lo hubiera sabido desde el día que lo conocí, como si el gallego me lo hubiera estado diciendo todo el tiempo y ya no quedara modo de cambiarlo, de tanto que lo habíamos repetido y pensado, era como una criatura que también habíamos hecho juntos. . . A mí, le digo, nadie me saca que recién quiso tener un hijo, un hijo de carne y hueso cuando vio que para él la cosa se acababa y entonces quiso hacérmelo y por eso es que yo estoy tan segura que viene, al Viejo no quiero entusiasmarlo diciéndole que estoy tan segura, pero estoy, ¿sabe?, la fuerza del gallego cuando esa vez quiso hacerlo también se sentía, se sentía que era lo único que podía ser, que para morir se dejaba un hijo y no había más remedio y tampoco esa vez podía elegirse sí o no, y por eso es que creo, por eso estoy segura que el hijo viene, está recién por empezar pero tiene que ser así y no puede ser de otro modo, como todas las cosas del gallego. . .

Una vez, yo era chica y volvía del colegio y en una esquina vi un montón de gente y me acerqué. No había nadie que se ocupara de mí y me atajara, como se ataja a los gurises para que no se arrimen a los muertos. Me acerqué y en el centro de la montonera vi a un hombre caído. Le habían puesto la nuca contra el cordón de la vereda, como si aquel pedazo de piedra le sirviera de almohada. Le habían aflojado la corbata y le habían abierto el cuello. Nada más: nadie lo tocaba. No dejaban que nadie lo tocara hasta que llegara la policía, para no tener líos. Porque, total, ya estaba muerto; no sé si me di cuenta yo misma o alguno me lo dijo o hablaban entre ellos y yo escuché. Fue mi primer muerto, aunque a mi madre ya la habían asesinado. El primer muerto que vi, quiero decir. Con los ojos abiertos y la corbata floja y el traje puesto y las suelas de los zapatos paraditas, así, como la marca de dos pisadas trepando un muro. Era un viejo, le había dado un ahogo, se había caído allí en la esquina, no estaba lastimado. Ésa fue mi primera sorpresa, un muerto que no estaba lastimado, ¿por qué? Y me acuerdo que entonces alguien dijo Pobre, éste sí que crepó con los zapatos puestos, nadie lo conocía, no era del barrio. . . Con los zapatos puestos, y los pantalones, y toda la ropa. Y después, esa noche, no podía dormirme porque veía en la oscuridad los ojos abiertos y las suelas de los zapatos del viejo

y pensé que así se había muerto mi madre, aunque mi madre sí que lastimada por un cuchillo, porque así me contó una vecina. Un muerto vestido y no sólo con zapatos. Y así habrá pasado con mi madre y así tiene que haber pasado anoche con el gallego. Sí, porque mi madre y el gallego me parecen de esa gente ya que nació para morir vestida, no esa gente que se desnuda y se mete en una cama como si fuera a dormir, esa gente que nace desnuda para morir vestida. . . Ah, no, le digo que anoche mientras hablaba con el Viejo y él me consolaba, toda la noche se me representaba el gallego, el gallego como un muñeco parándose en el terraplén, viendo acercarse la luz de la máquina en la noche, parándose para ir hasta allí y tirarse vestido, tirarse vestido a morir como si fuera tirarse vestido en el mar, como me parece que estuvo a punto de tirarse aquella otra tarde en la escollera, arrojarse sin desvestirse, sin sacarse los zapatos ni cerrar los ojos. Morir con los zapatos puestos, dicen. Morir con los ojos abiertos, también dicen. El gallego tiene que haber muerto con los zapatos puestos y los ojos abiertos, las dos cosas. Y yo que de chiquilina me quedaba maravillada viendo pasar los trenes y pensando sólo en viajes y en paisajes como los que se ven en las láminas y en la vida, y hasta me imaginaba que mi madre se había ido de viaje en uno de esos trenes para siempre, yo que muchas veces me quedaba soñando con los ojos abiertos, sí, porque usted sabrá que también se sueña con los ojos abiertos, mire, yo soñaba despierta cuando veía el chorro de luz de las locomotoras en la noche y soñaba con irme de paseo en todos los trenes y ahora no podré sacarme de adelante, como una pesadilla, como una mancha, como un pegote negro contra ese chorro de luz el cuerpo del gallego y la camisa del gallego y no sé si no oiré el grito del gallego, sí, por valiente que fuera tiene que haber gritado al sentir el golpe, sólo que la locomotora habrá pitado en ese mismo momento, si el maquinista lo vio salir de las sombras y le pitó sin poder frenar la máquina y el pito habrá ahogado el grito del gallego, ojalá que sí, que haya sido así. . . Sí, ya sé, así también tendría que aparecerse el mellado al gallego, sí, el mellado al gallego pero no a mí, porque yo no lo había visto y él no quiso contarme los detalles ni yo se los pregunté, yo lo veía a veces luchar con el recuerdo del mellado pero ni siquiera entonces

le preguntaba nada, prefería darle besos, besarle en la boca y en las manos que lo habían hecho y en el pescuezo y en el pecho, hasta que lo sentía que iba quedándose dormido o si no le sacaba el pensamiento de aquello, se lo tiraba para otro lado y bien lejos, para la vida y el amor y esas cosas, trataba de distraerlo de cualquier modo y aunque fuera sólo por un rato, de cualquier modo, con cualquier invento, con cualquier cosa. . .

Pronto va a anochecer, a caer sin el abrazo de una luna gorda la larga tarde húmeda irrespirable de febrero, otra noche sin luna anegará el charco pútrido del Miguelete, levantará y ofrecerá difundirá en lo oscuro sus olores de muerte, de quietud, de inmundicia: el Miguelete, un cañadón casi seco, las aguas diezmadadas del verano, las miasmas, la mugre, emanaciones de la miseria. El Miguelete. Ramos se pasa una mano en redondo por la cabeza, retiene con la otra el diario doblado en que está la noticia. Miércoles quince. La sabe de memoria: Font destrozado por un tren. Sentado en el montículo, en el abrazo hostil del sol y la humedad vuelve a decírselo: Font destrozado por un tren. No ha sido escrito así sino FONT: DESTROZADO POR UN TREN, con esa puntuación y a grandes letras. Ya todo el mundo debe saber quién es Font, desde ayer por lo menos. Porque el diario dice Font sin explicaciones, como si dijera Atilio García, como si dijera Pepe Schiaffino: Font. Una fama tan rápida. La mano frota en redondo aquel círculo de calvicie precoz, esa tonsura como de cura que no refleja su profesión, su vida. Con estos pocos pelos y ponele veinte años de sombra. . . ¿Qué queda, querés decirme qué queda? . . . Pero está hablando solo, porque Luján se ha marchado hace un rato. Ha trepado el montículo hacia Propios, han crujido sus zapatos, se ha ido a Pando. Pero ¿es que de veras ha hablado solo o ya la voz resuena en su cabeza sin salir fuera de ella? No sabe, no sabe nada. Sí, sabe Fontdestrozadoruntren, sabe eso. Ha estado doblando el diario, tocando el acordeón con el título, jugando a borrar a desfigurar la noticia, como si así pudiera suprimirla: FONT-

DESTTREN, por ejemplo. Pero también se sabe lo que quiere decir, como VIETNAPALM, como tantas palabras que el horror inventa en cuanto te ponés a jugar con un diario o sólo a leerlo. Agua podrida, olor a agrio como vómito, agua podrida que ha estado calentando ese interminable maldito sol de febrero. Cuántos minutos hace, no sabe, no tiene reloj, no puede saberlo, cuántos minutos hace que ha sentido crujir los zapatos de Luján, trepando por un lecho de latas, de cartones, cascotes, mugre anónima perdida de cara como coloretos de puta a la madrugada, perdida de cara por el tiempo las lluvias los caballos los perros, las parejas de la noche los bichicomes haciendo lo suyo, FONTDESTTREN, y su cuerpo y su pollera han levantado un olor amargo de tártago al pasar entre las plantas las latas hacia Propios, un pedazo de blanco estirado más allá de la mordedura de las hojas.

—Jodido el gallego... Dejarte así... Ahora te deja solo... Matarse es lo más fácil... Ahora te deja solo.

Se piensa, dicen FONTDESTTREN y ETNAPALM, que su compinche no tardará en caer. Le llaman El Chato y se confirma que los dos han andado escondiéndose, acompañados por sus mujeres. Pero no tienen ya enterraderos ni gente del hampa que los aguante. Por eso, Font prefirió echarse debajo de la máquina 1528, a las 23 y 30 de anoche, cuando la locomotora se aproximaba al cruce de la calle La Paz, ya entrando a Las Piedras. Para él ya se cerró la historia. Quedan ahora las mujeres y sobre todo El Chato, a quien algunos testigos creen haber visto anoche merodeando por los fondos del Cementerio del Norte. Una versión no confirmada pretende que ya estaría localizado y estaría tendiéndose alrededor de él un cerco del que no podría escapar. Se utilizaría, al efecto, un plantel de perros de la brigada especializada. Tal vez no demore...

La oye, no está seguro de que sea cierto: Jodido el gallego... ¿por qué? ¿Matarse será de veras lo más fácil? A veces debe ser lo único. El gallego tiene que haber pensado, tiene que haber sentido, tiene que haber sabido que para él era lo único... ¿y ahora?

Hedor a cosas que se pudren como cuerpos, como el olor del cuerpo del gallego desparramado por el pasto y en las vías y debajo de las ruedas de la locomotora 1528. Quince

veintiocho, para jugarle al veintiocho, gallego. No, claro que allí no le han dado tiempo para oler, para joder el aire de la calle La Paz, tan luego de una calle que se llama La Paz, de noche, cerca de Las Piedras. Han bajado el maquinista y el fogonero, han visto, han dicho Carajo, otro que se tira abajo de las ruedas, me cago. Han agarrado con trapos los pedazos del cuerpo ensangrentado, los han puesto a un costado de los rieles. Y después han vuelto a subir, no pueden dejar la máquina en las vías por más tiempo, atravesada en el itinerario de otros trenes. Chocarían. Han subido, la han puesto en marcha, han seguido a la estación a dar cuenta... Los miembros del gallego desparramados al sol... o no, los habrán levantado en la misma noche, para que no se los coman los perros hambrientos, para que no los vean los botijas al pasar para la escuela... Gallego DESTROEN FONDESTREN: ...no hay escuela en febrero.

—Vos andate calladita a Pando, al rancho de tus viejos. Yo hago algún trabajo por ahí... el último, y paso a buscarte y nos vamos a San Paulo.

...A San Paulo o a cualquier otro lado, ¿por qué creará tanto en San Paulo?, la gran ciudad, la mucha guita, un golpe de suerte y te hacés rico, te parás para toda la vida, allí es todo a lo grande... ¿A quién se lo oyó? No recuerda. Bueno, a San Paulo o a cualquier otro lado. Irse, no matarse, irse, esconderse, desaparecer, no matarse... ¿Cómo no se le ocurrió al gallego? ¡Parece tan sencillo!

—¿Y vas a hacer un trabajo ahora, justo ahora que te andan pisando los talones? Ni sueñes...

—Vos andate con tus viejos y dejalo así. Yo te voy a buscar. Nos vamos a Brasil o donde sea. Vos andate y dejame a mí...

—No seás iluso. No vas a ir a ningún lado. Pero tampoco te entregués, eso es lo que te digo: no te entregués. Te van a dar como veinte años, no te entregués...

Entonces no se ha llevado la mano a la cabeza. Se ha quedado quieto, no ha dicho nada, sólo ha doblado una pierna para empujar una piedra que ha rodado hacia la charca del Miguelete. Te deja solo, te andan pisando los talones, justo ahora que te siguen los perros, veinte años más y no te queda ni un pelo, no te entregués... ¿Qué quiere la gorda, que me mate como el gallego? No me entrego, me la voy a

comer muy grande. Te juro por Isabel y por la vieja, que es lo que más quiero en la vida, que a mí no me agarran vivo. Así dice el gallego y escucha Luján: las mesas del boliche, su mentón en la mano. Así dice, Loquemásquieroenla vida y Nomeagarranvivo, mirá qué cosas de decir juntas. Luján lo mira, no, lo miró, lo había mirado. El gallego no está mintiendo, no está mandándose la parte, no son macanas. Y ella lo mira, sin sacar el mentón del pozo de la mano ni el codo del plano de la mesa. No son macanas. Va a hacerlo, ¿cómo no han podido ver que va a hacerlo? . . . ¿o es que lo han visto y nadie, ninguno puede hacer nada por otro y esto es lo que quiere decir el gallego cuando repite que todo salió mal desde el principio?

—Vos no te entregués. . . Ahora que el gallego se abrió de esto, te van a dar como veinte años. . . porque te tienen a vos solo para pagarla. . . y van a querer que la pagués vos solo. No te entregués.

Se abrió de esto: se abrió de la vida, así cualquiera se abre, qué manera de abrirse, a qué precio. . . Así cualquiera se abre. . . Sí, cualquiera que se anime a morir, no es música. . . Porque te tienen a vos solo. . . ¿y ella? ¿Es que ella piensa que no va a caer?

. . . Quedan ahora las mujeres y sobre todo El Chato, a quien algunos testigos creen haber visto anoche merodeando por los fondos del Cementerio del Norte. . . Podridos testigos, podrido diario, viejos alcahuetes, Camino Silva. Gallego jodido. . . ¿o no?, el coraje que se precisa para morir así, tirándose despierto abajo de un tren a que te despedace, o el coraje para quedarte quieto esperando la noche, pensando que ya te tienen que no importa que estás frito lo mismo da que te muevas o te quedés sentado, que a esta misma hora ya te han soltado los perros y ya te han olido y estás cocinado. . . Rastreándote con perros, Perros en los talones. Perros. Brigada de perros: brigada de perros ya son ellos sin perros, brigada de perros con perros. Deben estar muy cerca, especialistas en perros, perros. . . ¿Cuál coraje será más grande?

Rata, eso vas a parecer si te caen encima los perros: lo que al fin de cuentas sos, una rata. El gallego no quiso ser una rata y que los perros le cayeran encima. Prefirió despedazarse de otro modo. Desde que la radio dijo, viejos malditos

muertos de hambre que volvieron al café a cobrarse una invitación una comida un asadito, pobres viejos sucios rotosos muertos de hambre lamiendo un helado pensando en un asado, desde que la radio dijo que ahora ya se sabía quién era, el gallego debe haber pensado que estaba perdido y decidió matarse. . . FONTDESTREN, eso te da una calma, seguro, ya sabés que estás muerto cuando todavía estás hablando, como los condenados a la silla eléctrica y sus discursos antes de sentarse, en el cine, claro, pero el gallego no era un héroe del cine ni decía discursos pero se le veía esa calma, cuando dijo Vamos a abriros él ya estaría pensando en el tren, en la curva, en todo.

El gallego que se mata, Luján que se va con sus viejos a Pando. Sí, ya no está acá, pero acaba de irse y él está quieto en un tiempo del que ninguna cosa se ha movido, sólo una patada a una piedra, la piedra que golpea contra las latas y la inmundicia espesa del Miguelete que no la movés haciendo rodar una piedra, dos piedras, tres piedras. . . y Luján que lo mira. ¿Cree ella que podrán irse de veras al Brasil? No: se lo ha dicho. No cree. Y después se ha levantado, acomodándose la pollera. Esa pollera que otras noches. . .

—Bueno, chato, cuidate. Esperá que sea de noche y volvé al rancho del Negro Mario, ahora que sos vos solo. . . Fijándote bien que no haiga nadie. Cuidate, chato. . . No te hagás matar al pedo. . . ¿oíste?

No te hagás matar, no te entregués. . . ¿qué quiere que haga, al final de todo? No lo dice, las mujeres nunca lo dicen. De cada cosa lo mejor: no te hagás matar, no te entregués, no vayás preso. . . Y ella. . . ¿por qué no cree que podrán, si él hace un buen trabajo mientras lo siguen y lo buscan con perros, llegar hasta San Paulo y esconderse, tener otros papeles y vivir y dar el golpe y ser ricos? . . . Ahora lo escucha, simplemente lo escucha. . . ¿Lo cree? El tiempo, que pase el tiempo. Que ya no sea febrero, que sea marzo, que se hayan olvidado del mellado. . . y que ya sea Brasil. San Paulo es enorme. . . : esconderse, vivir como una rata, como la rata que pudo escapársele a los perros, como una rata en su agujero de rata hasta que olviden, hasta que pasen a otra cosa, hasta que dejen de pensar en ese viejo de mierda con el labio mellado: ¡Utedetanhobando!, ¿qué

tenía que importarte viejo miserable, cuánto te pagaban para que te hicieras matar?, hasta que otra cosa empiece a distraerlos del viejo, hasta que otra muerte más notable empiece a preocuparlos y olviden... La tarde: no se acaba nunca esta tarde de febrero.

Sí, está ahí. Empiezan a caer las figuras del crimen del sereno, que por muy pocos días han podido eludir la acción policial. Anoche a las 23 y 30 se suicidó Tomás Bismark Font Barreiro, acá lo llaman con todos los nombres, arrojándose al paso de una locomotora. Se espera que su compinche no tardará en caer... Sus manos pueden hacer una pelota con este diario inmundo y tirarlo por la barranquita abajo, a limpiarle el culo al mismo Miguelete. Así se acaba la noticia y el tiempo retrocede y nada ha sucedido todavía. O el diario se vuelve viejo y meado y todo ha sucedido hace ya tiempo y el rastro se ha perdido definitivamente... Sus manos por lo menos están vivas y pueden hacer una pelota con el diario y matar liquidar las noticias de Fontdestren y Vietnapalm, sus manos están vivas, pegadas a su cuerpo, Aquí las mueve, estruja el diario, hace una pelota, no la tira, se escarba la nariz, aquí las tiene... Las del gallego vaya a saber si no han saltado, vaya a saber si el maquinista no ha pateado una mano del gallego entre el pasto, aislándola en el redondelito de la linterna o el farol en el pasto, pateando para saber si es una mano, si es un dedo o un condón u otra cosa, en el pasto, en la noche... La sangre del gallego en la noche, la sangre en las vías, sangre en el pasto reseco, en las ruedas de la locomotora que termina en 28, o un chorro de sangre sobre el mismo número 28, sangre y pelos y piel y cuero cabelludo del gallego encima del final 28, jugale al 28 a la cabeza, sangre del gallego que tres días antes se aclucilló no arrodilló junto al mellado a ver si estaba bien degollado, sangre del gallego arrollando atropellando acuchillando y degollando al mellado y ahora muerto, muerto y roto y desollado, muerto él y no la boca abierta y el costurón fallido del labio leporino del mellado en la noche, a la luz del yesquero, muerto él, muerto y roto en la noche de la máquina y sus ruedas, buscado a linterna o farol y no a yesquero o a fósforo, muerto y roto a jirones a pingajos entre el pasto y la linterna o el farol y la sangre sin olor en lo oscuro húmedo de la paz de Las Piedras, la sangre del

gallego como un aceite para patinar un poquito en las vías, patinar un poquito al arrancar pero no al seguir y dar cuenta, Un hombre se tiró debajo de una máquina, ¿Quién es?, Qué sé yo, averigüen, Que averigüe la policía y a seguir viaje... un hombre, una cabeza con ojos que habrá querido cerrar al zambullirse y estarán como saltados, como desorbitados porque algo le habrá estallado con el golpe dentro de la cabeza y los ojos saltan como un resorte, como los ojos color caramelo de un muñeco, de una muñeca de Margot, como saltaron sin ir más lejos los ojos del mellado, Que averigüe la policía, para eso están... Matarse no, entregarse no, comerse veinte años no y quedar sin pelo no, ¿y entonces qué?... Gallego, ni la guita para un tubo de píldoras, de pastillas para llenarse la boca de un puñado y crepar durmiendo y pasar al otro lado sin sangre muerto intacto, parece que para morir así, morir durmiendo aunque sea soñando horribles pesadillas últimas, se precisara menos coraje, muerto sin salir del sopor y sin estar roto, sin la cabeza desnucada ¿habrá dolores contorsiones insoportables en el sopor, dolores inaguantables si no te despertás para morir?, sin las manos crispadas cortadas empuñadas solitas sin nada que asir a dos metros, allí donde el maquinista las patea, ¿un dedo o un condón?, allí donde el maquinista las patea para saber si son manos o qué, a tres metros, a diez metros, ¿a cuántos?, no, allí la locomotora no debió ir tan rápido, ya llegaba a Las Piedras, era una curva, a diez metros del resto del cuerpo, pongamos, y eso por la violencia de la embestida, y la locomotora en la noche y el gallego en pedazos, el mismo gallego diciéndole a Luján Luján, o Gorda, gordate-juro, gorda te juro por Isabel y por la Vieja, que es lo que más quiero en la vida, te juro que a mí no me agarran vivo... Yo sé lo que me espera si me agarran, con mis antecedentes me la como muy grande, sabe lo que le espera, sí, Con mi edad y mi prontuario salgo hecho una piltrafa, sabe lo que le espera. Sé lo que me espera, sí, pero ya no ahora, los ojos con los globos blancuzcos como estallados, dicen ojos de cordero degollado pero no ojos de mellado, también estaban como estallados los ojos del mellado sobre su hocico negro partido y abollado, sobre su hocico de liebre, los ojos del gallego estarán sobre su boca abierta y también como estallados, están ahí, una mueca y los ojos, pude ver la cara

y ver los ojos y ver la mueca de la boca abierta, los dientes, cara de una sonrisa, A mí no me agarran vivo, la mueca en el aire de aquí que anochece como el hocico de liebre del mellado en la calle Casaravilla, en la noche del Prado, bajo el fósforo, ¿o era un encendedor?, no, no, no en el aire de Las Piedras en el aire de aquí, en el aire con olor a sangraza y a podrido y a agrio y a vómito y a hedor amargo picante de tártagos y a restos de comida vieja descompuesta al sol, restos de comida mezclados a zapatos sin suela, a latas, a escupideras viejas, ¿quién habrá usado dónde esas escupideras cascadas agujereadas, qué vieja qué culo de vieja qué chiquilín qué enfermo?, la mueca quieta helada callada y los ojos abiertos estallados ampollados del gallego, los labios abiertos quietos desollados del gallego, sin resollar como el mellado, sobre la tardecita hedionda del Miguelete en febrero, aquí, No te entregués, Cuidate, No te hagás matar, ¿oíste?, y esos perros en la tarde de febrero caliente, caliente-como-china-en baile, y esos perros del plantel, esos perros esos milicos perrunos especializados en la caza del hombre. . . ¿salen también de noche con perros, más que nunca de noche con perros, el olor de los cuerpos de la gente fugitiva se sentirá seguirá perseguirá mejor de noche con perros, las pistas del olor hasta el pobre cuerpo nocturno y encogido tembloroso jadeante agarrotado de un perseguido, de un acosado, No te hagás matar, No te entregués, Cuidate, No te dejés morder, No te dejés agarrar, No te dejés husmear dormido, se seguirá mejor de noche que de día? Luján que hace crujir sus zapatos, esos zapatos que estas noches no se sacaba ni para hacer el amor, colgaban de la punta de sus dedos al final de sus piernas abiertas, esos zapatos todavía con suelas. ¿Qué querés?, tengo que estar calzada para salir disparando si se acercan, Sí ¿y los calzones?, Ésos sí, si vienen y no dan tiempo se los dejo, se los dejo para su hermana, se los dejo, Sí, sí, dejalos. . . Dejalos y se los dan a oler a algún perro degenerado y viene el perro y te agarra y te mete el hocico y los dientes sabés dónde, desde esas suelas los zapatos crujen y ella salta entre latas filosas, abre tajea tutea un olor de tártagos y sube y se aleja y va hacia Propios y busca un ómnibus y él queda solo, solo, sentado, viendo caer la noche caliente de febrero, caliente como calderita de lata también dicen de las mujeres y no del tiempo,

viendo caer la noche donde también andan los perros, los dientes de los perros sin que cuelguen de esos dientes los calzones de la gorda, Jodido el gallego, Dejarte así, Ahora te deja solo, ¿y ella?, ¿ella piensa que no va a caer?, ella también lo ha dejado solo, sentado allí, hay un rayo rasante de último sol y la lata brilla en el declive, brilla como pateada abollada allí hasta el fondo del declive, da un fulgor de espejito infantil al fondo del declive, parece estar moviéndose sola y buscando unos ojos y ahora no, más cerca ya se queda sola quieta y el cuerpo de Ramos puesto de pie le tapa el último rayo y es como si de golpe envejeciera y se hurrumbra y abollara más y abandonara, se abandonara allí a entrar en la noche a morir, quién sabe, con latas como ésa también se hace una casilla, alguien un pobre un paria un bichicome un miserable habrá querido hacerla y desistió, le faltaron fuerzas o más latas y abandonó y entonces la abandonó, una lata y un sombrero roto, dos agujeros enormes que le comen la copa, que le beben la copa, las copas se beben pero no, es lo otro, dos agujeros como ratas gigantes que le roen le comen la copa al pobre viejo sombrero, dos agujeros sangrientos a aquella hora, dos agujeros como otros dos ojos saltados en el rayo de sol al que ahora lo alza, el mismo rayo de sol que a sus espaldas anda hurgando entre sus pocos tristes pelos que en veinte años volarán si te entregás, No te entregués, chato. . . Ya el diario está aflojándose en la mano, volviéndose sanguinoso ilegible en lo más turbio enrojecido sucio del aire, el aire que huele cada vez con más fuerza, ilegible pero no misterioso porque él se lo sabe de memoria, no todo pero aquellas palabras malditas, las sabe y ya no puede olvidarlas, no puede borrarlas, no puede destruirlas para destruir lo que dicen, Font Font Font destrozado por un tren tren tren. . . sabe que su compinche no tardará en caer, lo siguen perros, Se busca al Chato, sebuscalchato, compañero de fechorías, el diario podría escribirse y volver a escribirse con otras palabras y seguiría diciendo siempre lo mismo, El Chato caerá pronto, de un momento a otro, Es inminente, Ya lo tienen, Lo rastrean, Lo tiene rodeado la brigada de perros, no hay perros sueltos y sin brigada en los basurales del Miguelete, ni perros, no vienen ni perros allí, sólo ratas lentas chatas torpes repugnantes como hojas overas desprendiéndose de un árbol de ceniza,

cayendo al arroyo bajando a sus madrigueras cuevas agujeros de la noche, no tienen perros allí, no hay allí más perro que el perro del Negro Mario en la casilla, pero el perro del Negro Mario no sale nunca de la casilla, ni los perros más hambrientos vienen a revolver esta inmundicia, ni los perros más sedientos bajan a beber el agua quieta ensangrentada envenenada, como rojiza ahora, el agua quieta podrida que entra a la noche oliendo, baila un reflejo duro, sólo las ratas rechonchas bajando con sus patas cortitas cuando baja el día, Ramos de pie con el sombrero roto, se ha puesto el sombrero fofo casi en pingajos casi como hecho de papeles chamuscados deshaciéndose al simple toque del aire, se ha puesto el sombrero roto mohoso lodoso pingoso y todavía jode, Todavía jode, ¿Todavía jodés, chato choto?, pero Luján ya no está para decírselo y jode como si subiera a un tablado que fuese La Noche, hace cabriolas, curva las piernas, ¿mea, se desentumece?, como agarrándose a un palo podrido que crujiere y que fuera y no fuera la noche, la noche por donde igual vienen resbalando aullan siguen se acercan los perros, unos perros que no son del Pichón, que no son amigos, los perros como movidos por alguien detrás de sus hocicos sus filas de dientes de perros, se ha puesto el sombrero lleno de humedad y de pimientas y lombrices y cae turbiamente de cabeza y con el sombrero borronado en la cabeza, cae estando de pie en esa gelatina maloliente y casi roja y con olor a carnaza corrupta de madero que es el agua podrida del Miguelete... Ramos ha prometido hacer un robo en medio de los perros y no entregarse en medio de los perros y huir en medio de los perros y dar un golpe y tener guita mientras lo siguen persiguen olisquean los perros, fugando del olor del Miguelete y de los dientes de los perros, fugando de las ratas y del hocico inmundicio agrio dientado de los perros, ahora ya con guita y con sombrero, con guitarra y con sombrero, si no tuviera guita, Luján, no tendría este funyi, jajá, y ella, ¿lo cree... y van a dejarla irse con él al Brasil esos viejos podridos que a ella la hicieron y a él nunca lo han querido, nunca lo han pasado, ni lo saludan si se aproxima a la verjita de maderas descascaradas del rancho de Pando? Pero sí, sí señor, van a tener que dejarla y ella va a tener que acompañarlo, ah, sí, sí señor, que para algo están casados... ¿Casados ella y este

cadáver verde de sombrero roto cuajando de cabeza al revés en la jalea de las aguas ennegrecidas, ya sólo sangradas a vetas cada vez más angostas, líquido denso abombado y hediondo? ¿Casados ellos?, Sí señor, casados, y ahora decirle a este cadáver, para algo siguen siendo marido y mujer en la libreta, decirle No te entregués, No te hagás matar, Cuidate, No te hagás matar, ¿oíste?, Sí, oye, todavía te oye este cadáver ensombrerado y pronto para los dientes de los perros, Estás perdiendo tiempo y jodiéndote por gusto chato choto, pobre muerto a mordiscos, chusma de choto sin afrecho, perdiendo tiempo por hacerte bromas a vos mismo sin testigos sin risas con un sombrero ajeno, un sombrero que te vomita cucarachas en la mano, ¿o son ranitas, o son renacuajos?, un sombrero agujereado como vos como el gallego y vos cadáver para perros no de trenes, cadáver no en pedazos sí en jirones, lacerado y no roto del todo, alzando la lata de galletitas donde otro dejó tirada la idea de hacerse una casilla junto al olor del Miguelete, vas a leer cinco letras, ¿alcanzás a leer o es sólo una ilusión, la pobre ilusión moribunda de haber sido botija?, vas a leer María, oh sí, María, las cinco letras adornadas que volvían a aparecer en cada galletita, María, con flores a María, ves las caras de los chicos que ríen, en tu memoria ríen, sí, sí, llegar a San Paulo María, bajo el sombrero roto el rostro lodoso María, como una herida en el rostro cobrizo un rayón garabato abollón en la lata cicatrices de la infancia María, no nombrar otro tiempo María, no recordar añorar pensar en nada echar de menos llorar padres o meriendas escolares María, ¿Quién va a llegar, con quién llegar, dónde llegar María? ¿Podrá reír, joder, podrá mirar, podrá decir Aquí es San Paulo María? ¿Podrá reír?, No ríe, María, maestra de su infancia María, la niñez la niñezmaría, llegar a San Paulo de cualquier modo María, llegar a Paulo San Paulo sin haber sido nadie en ningún otro tiempo, sin haber habitado otro sitio María, sin haber sido nunca botija ni joven ni hombre María, no ríe, no hará el trabajo, entre los perros que lo siguen no habrá ventanas a saltar, muros para escalar con el mordisco en los fundillos, claraboyas para dejarse caer y salir corriendo María, patios para cruzar, bicicletas olvidadas para montar, María, nada de eso se animará María, la cara de lata lo dice lo delata, No habrá nada María, Ningun-

na ratería ninguna travesía María y él mismo, María, ¿lo cree, María? Sin la fe de Luján es imposible, sin la fe de Luján que lo dejó solo no puede, María, sólo puede creer con terror en los perros feroces, María, debe haber perros y dientes de perros cada vez más cerca en la noche, el acecho de la noche que va a abrirse María, estos perros amaestrados no ladran ni se sienten llegar por la orilla María, desgarran los fundillos y la camisa y la carne, María, te arrancan los talones que ya te están pisando, María, te saltan al pescuezo y te estrangulan con sus fauces furiosas María, saben tu yugular María, te abren un agujero en el cuello como el cuchillo del gallego degollando al mellado, No te hagás matar por los perros feroces, María, No te hagás matar por los botones María, Cuidate María, Robá algo y vámonos los dos juntos a San Paulo María, ¿Era necesario degollar a ese viejo de mierda, María?, No te dejés agarrar a mordiscos María, Nada de ir a la cárcel por veinte años, María, María, María, María . . .

Tira el sombrero roto lodoso mohoso piojoso astroso pringoso con su cinta a tiritas, el fieltro polvoriento grasiento mugriento, el polvo reseco petrificado pegado al moho y abierto por el caminito de los insectos como con reflejos pegajosos de aceite y por la marcha de las babosas como trayectos fulgurantes, blanquecinos, su cinta sudada sobada babeada, su cinta abajo polvorienta y traspirada y más arriba meada, meada acartonada desmigajada mordisqueada por esos otros perros que hoy no se ven y son los perros sin dueño del Miguelete, huele a orines de hombre o a meada de perros o de ratones o a semen solitario de bichicome o a sudor de un vagabundo senil, sarnoso, pajero, que se lo puso porque un día lo encontró y estaban devorándolo los piojos excitados por el sol y la sarna de siempre y después se lo refregó por las partes acartuchándolo para soñar con los agujeros de una mujer y acabar, o tal vez huele sólo a sudor viejo y asoleado de vagabundo o a meada de ratones o a porquería del Miguelete o a perros simplemente errantes y no enseñados y mansos y sin ganas de morder de tan flacos. Perros, perros . . . Vaya a saber, María.

Se lo quita, lo tira y también te tira a vos, María, Defendeme de los perros amaestrados María, Salvame de los tiras amaestrados María, Escondeme de los milicos amaestrados

María, ¿está rezando, estará pidiéndole, sabrá cómo hacerlo? No, no sabe rezar, nunca supo rezar y la lata no le sirve y la tira. La lata rueda y María va en temblor desfondado golpeado por la última luz de la tarde rodando, como siguiendo persiguiendo cortejando al sombrero, ¿querés ponerte mi sombrero María, otra vez más mi puta faz contra tu pura faz María? . . . Si supiera rezar lo diría: Salvame de los perros enseñados a morder y sujetar y estrangular María, Salvame de la cana enseñada a golpear y a escupir y a patear y a rompernos los huesos y a apretarnos los huevos María, y Luján que ya habrá tomado el ómnibus, ¿dónde estará, María?, Esta noche dormirá por fin en Pando, comerá en Pando, con sus viejos queridos mierditas adorados tan buenos tan soretes, a ella no han de buscarla tanto y a alguna hora estará en Pando, en una cama sola y de calzones puestos, sin perros siguiéndole olfateándole la cajeta estará en Pando, sin perros de presa ni veinte años de presa llegará a Pando, para ella habrá una cama hoy mismo y es poco tiempo al fin de cuentas si la agarran, meses nada más, Yo-era-su-mujer-y-no-podía-delatarlo-A-más-le-tenía-miedo, meses nada más, ¿Miedo vos gorda puta?, meses nada más, ni perros que te arranquen la carne ni pudrirse en vida, Siendo su mujer yo no estoy obligada a venderlo, ¿noverdá?, sin ir a pudrirse en la Grande, ¿Qué quieren, que lo cantara siendo su mujer por la Ley, qué quieren?, allá en la Grande, sin los olores del Miguelete con los olores de Miguelete que la mayor vecindad del mar allí tampoco apaga, el olor a excusado en la celda, a cagadero de tres tipos presos abierto en el suelo cerca de las cabezas que descansan duermen no duermen, allí, un hueco para cagar junto al sitio en que después uno se acuesta y duerme, el olor frío rancio a grasa de guiso o sopón de presos mezclado al aliento de las cloacas, a tumba de preso y a deyecciones de preso, conoce ese olor, esa mezcla, cloacas que ganan la batalla cuando el mar empuja y entra a lengüetazos por el caño maestro, guiso rancio rancho de presos que lo impregna todo, sábanas y almohadas y chinches hirviendo en las noches de calma y calor, la Grande junto al mar junto al río, la Grande y a veces un pedacito de cielo a barrotos desde la celda o un pedacito de cielo liso nuboso o limpio arriba por media hora diaria de recreo o el falso cielo fijo y radiante de los

vidrios azules de la puerta donde mataron al Valija, aquí husmean aquí vienen los perros jodidos del Plantel con sus dientes, sí, pero también está el cielo, el cielo no comprimido por nada, la jauría con sus dientes y sus ladridos o su silencio o sus aullidos y todo el cielo sentado como una gorda culona encima de este olor a podrido, el cielo como una gorda sentada con sus nalgas enormes abolladas en una bacínica rota, la gorda sentada, el cielo sentado y sangrando sobre toda esta mierda que ya cae hasta mañana, que ya entra despacito en la noche y se llama Jodete, se llama Luján, se llama Miguelete, se llama libertad... Sí, No te entregués, No te dejés prender, No te dejés matar, ¿oíste?, libertad... A mí no me agarran, yo no me entrego vivo, Te juro gorda, sí, libertad, libertad tienen también las manos del gallego, libertad tendrá también la sangre del gallego engrasando las vías... ¿Y vos, Luján? No, vieja, a qué te estoy jodiendo si fui yo el que te dije que te fueras, ya sé, vos no me abandonaste, soy injusto con vos, hembrota... ¿Estás llegando a Pando? cuánto tiempo hace ya, oh, no se sabe, nada, nada, no distingo... ahora sí, por fin lo oscuro, tan sólo los olores y la noche, tinta y mierda la noche, nariz y oídos la noche, la noche podrida, la noche de veras.

El hombre del asiento de adelante ha vuelto la hoja del diario y ella ha podido leer: "Se entregó esta mañana la mujer del criminal suicida".

¡Es tan fácil imaginarse el resto! La flaca contando todo, largando todo, hasta acalambiar los brazos del que escribe a máquina.

El criminal suicida. ¿Ha sido realmente un suicida el gallego, es eso un suicida? Ve sus ojos mirando triste pero calmosamente por encima de las grandes palabras con que una vez y otra vez se lo dice, ¿por qué la ha elegido para decirlo siempre en discusiones con ella?, sus manos alisando los pelos más duros de unas sienes que empiezan a blanquear. Debe haber sorprendido algún embeleso en los ojos de ella, porque parece que le gustase cada vez más la escena y vuelve a hacerla, vuelve a decirlo y a componerlo para ella sin que los demás lo noten, sin que a los otros les parezca raro.

Suicida es la palabra más inadecuada. Ella sabe que sentía más que nunca en él la fuerza de la vida cuando estaba diciéndoselo, cuando miraba con sus ojos de luz casi dorada e insistía en que iba a resolver todo matándose. ¿Qué importa que la flaca se haya entregado? A esta altura de las cosas, ¿qué puede importar? La flaca estará sentada en una silla, tomando el agua que le acerquen de vez en cuando y hablando sin parar, hablando hasta por los codos: charlando de ellos tres y de ella misma, separándose ella con todo cuidado de los tres, pretendiendo que ella es otra gente, con otras costumbres, con otra educación.

Suicida: habría sido bueno conocer al gallego en otras

circunstancias: sin la flaca, sin el chato, sin el sereno y sin el crimen del sereno. Pero ella siempre chocaba con el gallego y cualesquiera fuesen las circunstancias en que se hubieran conocido, habrían acabado por chocar. Ella y el gallego eran de carácter fuerte, hechos para chocar o, si no, para entenderse hasta el fin. Sí, para entenderse chocando. Los otros dos son seres borrosos, todo lo que ellos hagan puede ser borroso: hablar, escaparse, declarar, pretenderse inocentes, echar el fardo sobre los hombros del gallego, ahora que el gallego está muerto. El chato seguramente andará pateando piedritas por las orillas del Miguelete, igual que el instante en que lo dejó; la flaca estará convenciendo a los botones de que ella no nació para esto y que su vieja apuñaleada y que su Viejo y su virginidad y las monjas y todas las historias que le gusta contar.

Ahora está todo perdido. El gallego se mató, como prometía, y todo está perdido. Al chato van a agarrarlo en cualquier momento, ya se sabe. ¿Por qué le pidió, por qué se empeñó en pedirle que no se entregara, sabiendo como sabe de sobra que es justamente eso lo que va a hacer? Hablará del Brasil, ésa es su historia de virginidad y monjitas, pero al final camina derecho a entregarse. Bah. ¿Qué pudo querer cuando insistía en pedirle que no fuera a entregarse? ¿Habrá podido pensar en unas horas más para ellos dos, habrá pensado en algo que lo igualara al gallego? ¿Qué viejo quedó, qué bobo parece! ¿En unas horas más para ella sola, para que el viejo la lleve a hablar con alguien y le acomoden una declaración? ¿Qué harían unas horas más? Nada, por supuesto que nada. Estúpideces.

Al hombre del asiento de adelante ya no le interesa aquel crimen tan fácilmente aclarado y sin ningún encanto en las formas, en las complicaciones, en el enigma, en los móviles. Un simple crimen bruto, a cargo de dos brutos. Vuelve la hoja, pasa a los deportes. Ella no tiene plata, no va a comprar ningún diario de la tarde en Pando, no precisa averiguar detalles: el gallego muerto, la flaca cantando, el chato rondando la casilla del Negro Mario, ella en este ómnibus donde ya no interesa su historia: el destino de cuatro locos en la desbandada final.

Se acabó todo. Es cierto que el gallego hizo muchas macanas y que ella debería tenerle rabia: degolló por gusto,

entregó el revólver, convidó a los viejitos, olvidó el cuchillo. Hizo todo eso y sin embargo ella no puede sentir odio por él, ni ahora que está muerto ni cuando, mirándola a los ojos, decía que todo había salido mal y que él ya tenía su solución preparada, porque iba a matarse. Que ellos se jodieran, eso no lo decía pero estaba en el fondo de la copa: que ellos tres se jodieran, él se iba.

El chato no había hecho macanas pero tampoco había hecho nada: ocupar una mesa al final de La Cueva, tomar grappas, lloriquear, hacer memorias de cuando estaba preso, fracasar con su pedido de refugio al Negro Mario, mandarla luego a ella que se fuera a Pando así él podía cobijarse solo en lo del negro, después que el negro rechazó aquella torpe propuesta de traerle una mina. Cobijarse solo, si es que el Negro Mario no había leído los diarios de la mañana o de la tarde, donde ya aparecía el apodo del chato. Tal vez —ésa es la única curiosidad que la llevaría a hojear un diario de la tarde— el nombre que todavía no figure sea el de ella, porque el de la flaca ya lo saben desde esta mañana; sí, a menos que la flaca también haya batido que la otra se llama Luján, cuando le habría bastado con decir que sólo la conoce por La Gorda, como le llaman siempre; pero no, su apellido ni siquiera puede darlo aunque quiera, porque nunca se dijo delante de ella ni ella lo conocía de antes. Pero ¿de qué sirven a esta hora datitos tales como el nombre o apellido de cada uno? La flaca sabe que ella está casada con el chato y podrán ir a buscar y tener todos los datos del chato y de ella misma, que tantas veces fue a verlo a la yuta. ¿Y habrán sabido ya los nombres del chato? El diario de la mañana no entra a devanar esas madejas, el público (como el hombre del asiento delantero del ómnibus) ya ha perdido interés en los pormenores, ya no cuentan, ya nadie los pide, nadie los busca ni los retiene, acaso el hecho se haya revelado demasiado estúpido y ya no importe saber cómo dieron con el nombre de éste o aquél. Un crimen grueso y bruto, sin ningún recoveco, sin ningún artificio: a otra cosa. Sí, seguramente Margot o la vieja del gallego. No las han nombrado para nada en las crónicas, pero tienen que haber ido a interrogarlas desde que se conocieron los nombres y las señas del gallego. Tienen que haber ido a verlas y ellas tienen que haber dicho que le decían el chato. No fue la

flaca, no. Los diarios de la mañana daban al gallego individualizado y muerto pero no todavía a la flaca entregada; se presentó recién esta mañana, decía el título del diario de la tarde en las manos del hombre. No, la flaca no fue.

Qué más da, de todos modos. Ya no hay salida. Y esta vez las cosas la agarran de frente. El chato viniendo a Pando a pedirle que vuelva con él, mintiendo que ahora trabaja otra vez de albañil y que todo va bien. Ahí está el chorro de tu marido que pregunta por vos, avisa el padre, sin dejarlo entrar. Está esperándote junto a la verja, aquí ése no entra. Y ella, sin poder saber hoy si le ha creído, se va de nuevo con él. Sin saber si verdaderamente le ha creído y sin saber si verdaderamente lo ha querido, se va otra vez con él. Y casi en seguida descubre que ya no tiene más las changas de la construcción y es entonces que él le presenta al gallego. En el bar de Castro y Ganaderos: se les aparece primero el gallego solo. ¿De qué hablan ese día? No lo recuerda, el gallego de primera no le hizo ninguna impresión, el gallego no parecía entonces obsesionado por la idea de la muerte, como el de estos últimos días, y ha sido su obsesión de la muerte lo que ha venido a darle esa luz de fatiga en los ojos claros, esa suerte de cansancio, de tic distraído de la mano sobre la patilla que encanece y no va a envejecer, eso que a ella le hace adivinar en él un pedazo al que nunca llega, porque siempre se pelean antes de llegar. Él parece a ratos cariñoso y le dice Gordá, Te juro gordá, o le hace chistes sobre su panza o su busto o sus nalgas o cosas así y el chato lo deja, el chato deja siempre porque el otro domina, pero ella misma, que simula ofenderse, que simula enojarse, en el fondo no puede enojarse, ni con eso ni con las macanas del gallego, como si siempre hubiera admitido que el gallego tenía todos los derechos porque estaba dispuesto a arreglarlo con su propia muerte. Y después, un día, en un baile del cantegril, no la noche del sereno sino un par de semanas antes, aparece la flaca con su historia de las monjitas y de la señorita bien cuidada y todo eso. Pero no ha sido ella, no ha habido tiempo de que fuera ella la que cantase el nombre del chato.

Vuelve, volvió otra vez con él sin saber si lo quería. Bueno, se casó con él sin pararse tampoco a averiguar muy bien si lo quería: para escaparle a los viejos, para dejarlos atrás,

ella que hoy va a buscarlos en cuanto baje de este ómnibus y a recostarse en ellos y a pedirles perdón o al menos un amparo, y a contarles todo, todo, todo. El chato y ella ya vivían en un rancho de Punta de Rieles cuando él, una mañana como tantas, el mate en la mano, le propuso casarse. Entonces sí era cierto que trabajaba en la construcción, parecía haber dejado todo lo otro atrás: si se casaba ganaría la prima por hogar constituido y todo eso. Y total, ya vivían juntos. Tenía la edad, no precisó el consentimiento de los viejos, como aquella vez de los dieciséis años en que se los pidió y no se lo dieron y las cosas pasaron más o menos igual y el hombre finalmente no quiso casarse, cuando se dio vuelta la tortilla y los viejos le pedían al juez que lo obligara, no quiso y mintió que ella no era virgen cuando el juez de menores lo interrogó, y ahora sabe, más claro todavía que en el caso del chato, mucho más claro que si hablara del chato, que ella no lo quería, sólo quería probar, nunca lo quiso. Fue el primero y nada más. Y eso ¿qué quiere decir? Nada, si una no se hace los inventos de la niña mimosa que se hace la flaca.

Volvió con el chato cuando él volvió a buscarla y ésta es la vencida. Ahora van a agarrarla. Cuando recién casado perdió la changa de acarrear baldes y fue al seguro de paro, le quedaba todo el tiempo libre y volvió a las andadas. Y una noche (todavía no se hablaba para nada del gallego) vino la policía y se lo llevó y en la visita del domingo en Miguelete él le dijo dónde había escondido el cuadro de una bicicleta y podían hacerse unos pesos; y le dio las señas del Pelusa. Y con el Pelusa, ¿qué? Bueno, el Pelusa era mucho más joven y aunque se mezclara en esas cosas lo hacía sólo para trabajar, no para andar robando. El Pelusa era un laburante, como él decía. De la mañana a la noche un laburante, arreglando motos, disfrazando bicicletas: disfrazándolas, sí, aunque ella no quiso reconocérselo al gallego cuando el gallego se lo dijo, porque aunque no comprendiera bien la causa, ella quería que a ojos del gallego el Pelusa fuera mejor, mucho mejor y más hombre y más puro de lo que nunca había sido. Pero el Pelusa era demasiado joven, años y años menor que ella y sólo había aprendido a trabajar de sol a sol y a irse por la noche a tomar vino en rueda con ladrones. Así había conocido hacía un tiempo a Lázaro

Roldán Bordenave y le había costado la cárcel. Sí, aquella vez se lo habían llevado y después, un par de veces más, habían venido a buscarlo en averiguaciones y lo habían soltado en unas horas y El Pichón, su viejo, opinaba que ahora debía tener sus misteriosos arreglos con el comisario seccional, para que lo dejaran trabajar sin molestarlo: "Lo hacen hasta con los pungas", le había dicho. Era una tarde en que el Pelusa había ido al centro por unos repuestos y el Pichón había venido a hablar con ella y había querido llevarle la carga. Antes la había albergado en los fondos de su casa, sentenciando que donde come uno comen dos, pero ahora parecía que quisiera darle otro sentido mucho peor a la frase, y la decía y repetía riéndose. Había llegado hasta el fondo donde ella estaba y había desatado a los perros para darles de comer y aquello mismo debía hacerlo sentirse muy fuerte, el amo de los perros, el domador de perros. Pero ella lo había sabido poner tranquilamente en su sitio. Quiero al Pelusa, no se crea, Pichón, no son bobadas, le dijo, como si fuese eso lo que él estuviera tratando de sacarle: y él había entendido y había desistido y se había puesto a atar los perros y a arreglar las arpilleras de las cuchas. No son bobadas; no eran bobadas, verdad. El chato se iba a quedar adentro por un tiempo y ella empezó a dejar de ir los domingos y él le escribió a casa del Pelusa, amenazando a los dos sin decirle con qué; pero en definitiva nunca hizo nada. Él mismo le había dado las señas del Pelusa y ya no parecía tener dudas: ella estaba viviendo allí con el Pelusa y él se dirigía a los dos, insultándolos y amenazándolos. El Pelusa yugaba, le traía toda la guita que hacía, corría a satisfacer sus menores caprichos. Sí, tal vez lo quería. Sólo que era un tipo demasiado tierno, sólo que era un hombre poco importante para el gusto de ella, para las pretensiones de ella. Ya entonces, ni aunque estuviese libre y pudiera, se casaría con él. No. Se casó con el chato para seguirle la corriente y cuando vio al chato encorbatado y a los testigos vestidos de oscuro como para ir a un entierro, le vinieron unas ganas incontenibles de reír y el juez se fastidió y el chato le explicó que, como era la primera vez, seguramente estaba muy nerviosa. *Aquí* casi siempre es la primera vez, dijo el juez, como dando por sentado que en las camas pueden pasar otras cosas, haber otras costumbres y, a lo mejor, menos nervios. Y ahora

el que se sonreía era el juez y ellos, a quienes él llamaba los contrayentes, se sintieron, no entendían bien por qué, ligeramente humillados. No, no se casaría con el Pelusa ni con nadie más, ya bastaba de farsas. Ni lo hizo a los dieciséis con el cuidador del club batllista que la encerró una noche en el club y fue su primera vez, oh, sí, ella también tuvo su primera vez y una nunca se olvida de eso aunque después no haga bandera como la flaca, no la dejaron casar con el cuidador del club, que tenía como treinta y cinco años, se puso baboso y pedía y después prometió matar a los viejos que se oponían y al final vivió con ella y vino la denuncia al juez de menores y la sacaron de allí y se la entregaron a los viejos con firma de papeles y el tipo, cambiando de parecer, se negó a casarse ahora que era el juez quien se lo pedía y todavía mintió que qué virgen, que ella era una gurisa muy corrida y no hubo caso y el tipo se salvó por un pelo de ir en cana y habría ido en cana con tal de no casarse, el mismo que una semana antes decía que iba a matar a los viejos si no los dejaban casarse. No lo hizo aquella vez ni lo haría con el Pelusa ni con nadie después. Y lo del Pelusa empezó a decaer: volvía de noche mamado y le pegaba unas palizas bestiales y de día la encerraba sola entre los perros sueltos y el único que podía llegar hasta allí era el Pichón y el Pichón se dio cuenta de todo y volvió a rondarla y ella pudo escapar por fin una mañana y volver a Pando. Y allí, recién salido de la cárcel, llegó otra vez el chato a buscarla y fue entonces cuando su padre dijo Ahí está ese chorro de tu marido y ella volvió con él y recién ahora, en este ómnibus, está abandonándolo. Abandonándolo otra vez y esta vez para siempre. Ahora la cosa va a ser muy larga para él y ella lo verá en algún careo del juzgado y nada más, no le prometerá visitarlo para que no vaya a hacerse ilusiones y a querer usarla de nuevo, como la vez de la bicicleta y el Pelusa, que al fin de cuentas le salió tan mal.

Ahora el gallego ha muerto y esto pone un final a todas las cosas: para ella, para el chato. Ahora el gallego estará en el cajón de alguna mortuoria rodeado sólo por Margot y por la vieja, sin mirarlo y llorando, y ella vuelve a ver, como si viajaran con ella en una calcomanía, pegados a los vidrios de la ventanilla, aquellos dos ojos claros hablándole de la muerte. El chato, calcula, estará yendo hacia la casilla del

Negro Mario y la noche cae y ella no puede dejar de ver esos ojos claros, los ojos de un color castaño claro jurándole por Isabel y por la vieja que a él no lo agarran vivo, que todo salió mal desde el principio y él lo arregla matándose... ¿por qué la elige a ella para decírselo así, con esa luz tranquila y tan profunda, con esa luz de fatiga casi dorada en aquellas pupilas que no han cesado nunca de mirarla?

El cuerpo de la tierra. Contra el cuerpo de la tierra. El propio cuerpo contra el cuerpo de la tierra. El costillar de la tierra, más duro que el costillar del hombre que se arrastra por ella. Como una lagartija. Como una enorme babosa. Él, sí; él, no el cuerpo de la tierra.

Ha comenzado a aproximarse a la casilla del Negro Mario y, de pronto, un instinto de prudencia le ha dictado la actitud incomprensible: ha echado cuerpo a tierra, ha comenzado a avanzar arrastrándose, las palmas de las manos entre hojas y piedras y terrones y a veces pedazos de cartón o de latas. Como una enorme babosa. La parte más carnosa de las manos, en la base de los pulgares, ha comenzado a desollarse. Es otro el mundo, son otros los troncos de los árboles, cambian los accidentes del terreno, si la boca casi se sumerge en ellos. La panza haciendo los movimientos de oruga, el abdomen, el sexo blanduzco que la mano va protegiendo sobre lechos de detritus: preferible lastimar la cara, preferible despellejar los dedos, todo eso se recompone después de una manera más fácil. El sexo no, cuidarlo y cuidarse, Cuidate chato, lo cuida aunque sea para que le cuelgue en la cárcel o se le alce por las noches en el calor del jergón. Las palmas de las manos deben estar sangrándole, las hojas caídas rozan su pecho abierto, los botones de la camisa van saltándose con la marcha y los ojales desgarrándose y la marea de la tierra sube desde los faldones de la camisa, desde los bordes en jirones, sube como si trajera a un tiempo olores y gustos de la tierra y croar de ranas y nubes de mosquitos. Se afirma y se arrastra, parece estar descubriéndose una energía inesperada para frotar la barriga en los bajos de la noche, en los

bajos más bajos de la tierra, frotarla entre cosas y emanaciones y también oscuros miedos como larvas, oscuros miedos como ramas, como piedras, como pequeños desgastes del terreno donde se aprisiona el zapato al modo en que una mano podría tironearlo, hacia atrás, asiéndolo de los talones. ¿Avanza, retrocede, simplemente flaquea?

De pronto sabe, comprende por qué ha venido arrastrándose. Hay una luz débil y desprolija, que a veces se estremece como a rachas sobre el pasto, una luz que viene saltando sobre quiebros y obstáculos, desde más arriba del sitio en que él empuja, como una gran babosa, su propio cuerpo. La luz de un farol, al parecer, una luz que se hamaca entre las ramas y tala allí repentinos fantasmas de árboles. La luz de un farol movida a embates del viento o de los hombres. El farol —un pequeño arrastre más permite identificarlo— el farol que echa esa bocanada incierta cuelga pendularmente en el interior de la casilla del Negro Mario. La puerta abierta, cuerpos que se mueven alrededor de esa bruma lechosa, cuerpos en el interior de la casilla del Negro Mario. En un vaivén más grande, alguno de los pantallazos del farol hará saltar jinetear alumbrar en lo oscuro la blancura aporcelanada del bidet perdido entre los pastos, frente a la casilla. Pero desde aquí, desde el sitio en que el chato atisba de bruces, ahora sin acercarse más, no divisa los objetos que conoce, los que vio de día, los objetos prestigiosos y solares y reconocibles. Las figuras se mueven sin que lleguen sus voces. El poco viento va desde el Miguelete a la casilla, sube por sus espaldas, toca su cabeza con un turbante de ranas croando, con un tul agitado de mosquitos. ¿No estará llegándoles su presencia en las cosas que manda a través del viento, no estará llegándoles su cuerpo, sobre todo si hay perros? Se encoge más, se protege más. Cuidate, chato. No hay perros, aparentemente. No se oyen perros, no vienen perros ni jadeos ni aullidos ni ladridos de perros en el viento. Tampoco se oye el cuzco del Negro Mario, a pesar de la calma de la noche y de la cercanía de la casilla. ¿Habrà desaparecido? Ni su sombra enredándose entre las piernas de las sombras que se mueven en la casilla. Ahora, de pronto, sin que él se les haya aproximado, las figuras empiezan a verse mejor. Sí, peligrosamente mejor. Parecen botones, milicos hurgando, moviéndose sin perros ni voces por toda la casilla. El

Negro Mario no surge aún entre esas figuras. Tal vez lo hayan conminado a quedarse quieto, a esperar sentado, mientras progresa en el rancho la requisa que acaso estén haciendo. Ahora también hay figuras fuera de la casilla, se agachan, se yerguen, revisan alrededor. ¿Cuántos metros lo separan de ellas? ¿Cuarenta, cincuenta metros? No es conveniente acercarse más, eso parece cierto. Están revisando allí y también es posible que el Negro Mario no esté y estén simplemente allanándole la casilla sin que él haya llegado. ¿Y el cuzco? ¿Se habrá escapado, se habrá perdido en la noche? ¿Los habrá olfateado? Pero, ¿quién ha encendido el farol, si el Negro Mario no está allí? Aquel farol encendido ¿asegura que el Negro Mario está allí y ha sido sorprendido por la patrulla? Salta ahora un juego amordazado de linternas danzando alrededor de la casilla, yendo y viniendo, descubriendo y retirando en seguida la redondez opalescente del bidet, los objetos caídos entre el pasto, que viven en el aire y mueren un segundo después bajo el chorro de luz que los deserta. Otras linternas que aquéllas que anduvieron juntando los pedazos del gallego, otras y más, otras y más chicas, otras. No encuentran nada, no recogen nada, vuelven a la casilla, allí donde la luz del farol sigue dando cabezadas, se mueve al paso de los que andan o al encuentro de cabezas o manos que la empujan, que la topan, que la tapan.

Pero ahora, de golpe, la requisa parece haber terminado, tan súbitamente como quizás empezó. Tierra en la boca. Tierra en la boca, como si el mundo estuviera subiéndosele encima, ¿enterrándolo? Los rezagados que han quedado merodeando con sus linternas, vuelven a la casilla. Es extraño y como de sueño verlos abrirse, verlos juntarse, es extraño y como de sueño que exista entre ellos una disciplina que no precise de palabras ni de órdenes. Cuando su atención ha caído de improviso, perdida tras los hombres que vuelven a la casilla, esa caída se ha resuelto en un gusto de tierra en la boca. ¿Ha estado arrastrándose con la boca abierta, jadeando a labios separados, ha estado comiendo grumos de tierra? Queda solamente un milico afuera, echando al azar golpes errantes de luz en las tinieblas. Protegido por el terreno, lejos de la claridad angosta y a espasmos que

abren detallan cierran esos relámpagos, no pueden verlo. Está seguro de que no pueden verlo.

Pero otra vez de improviso, las figuras salen; y entonces se les ve a contraluz. Y también la estampa del Negro Mario entre los milicos. ¿Amarrocado? Sí, debe estar amarrocado. Nadie habla o, a cuarenta cincuenta metros y con la brisa en contra, no se oye. El Negro Mario, sí, parece llevar las manos amarrocadas, sujetas a la espalda. Lo ayudan a salir, lo toman de los biceps. Con su figura más que en ningún gesto, trasmite la impresión de estar viviendo un sueño. Desconcertado, remiso, ¿semidormido, recién despierto? No como si se negase, no. No como si se resistiese, no. Más bien como si no reconociera un sitio que sabe de memoria, como si tantease con un pie antes de avanzar, con esa perplejidad flotante con que a veces se camina en los sueños. Mira hacia arriba, a los costados, abajo. Ahora el chato, echado de barriga a cincuenta metros, está convencido de que el Negro Mario no protesta, no se rebela, no dice nada. Va en cana y no se queja. Va en cana y chau. Sin hacer escombros. Mira como si buscara por un momento (más largo rato no valdría la pena) algún objeto perdido en la noche. O como si indagara —lleno de estupor y los ojos abiertos— la causa de su nueva desgracia. Porque el chato no ha venido a dormir y él, en cambio, ha sido acusado y va preso. ¿Pensará que el chato ha caído y lo ha cantado? ¿Qué busca su cabeza, qué buscan sus ojos entre aquellos árboles que conoce tan bien, que deben serle tan familiares de noche como de día? Y el chato siente unas ganas insensatas de gritarle Yo-no-fui, No-tengo-nada-que-ver-, No-es-por-mí, estupideces por el estilo, que volcarían sobre él aquella suma de persecución disponible, vacante y agazapada en la noche. Se pone una mano con gusto a tierra sobre los labios con gusto a tierra. Se entierra, se calla. El Negro Mario, entre tanto, mira desconcertado, otea a una profundidad de árboles que conoce, a una noche que conoce, a un paisaje que conoce. No protesta, no habla, marcha lenta y torpemente, como si le hubiera sido necesario tener las manos sueltas y no tan sólo los pies libres para hacer aquel trayecto que es suyo sin mirarlo. Los zapatos parecen estar averiguando si aquel paisaje que vive o sueña es el que ya conoce, el que recorre todas las mañanas, el que desanda todas las noches, el sendero que

vive o sueña el que siempre transita, las grietas, las canaletas tatuadas por la lluvia, las piedras que podría situar una por una. Lo llevan. Mira todavía, con toda la expresión de interrogar librada a la actitud del cuerpo que se da vuelta todavía otra vez, como si esperara algo o alguien (¿él, el chato? ¿por qué no le grita ahora, por qué no lo tranquiliza?) desde las orillas del Miguelete, como si de allí tuviese que llegarle una noticia, alguna explicación, un aviso, una causa que todavía no entiende. Los milicos tampoco hablan. Solamente lo llevan, suavemente lo empujan en una procesión tortuosa y tartamuda y titubeante, que no alcanza a romper la calma de la noche. El farol se queda solo, echa un bandazo de luz que tiende a aquietarse y como a reducirse, a cuajar, a anquilosarse, a fijarse como la mancha inerte de un solo foco. El farol encendido, la puerta abierta, la marcha del grupo que ya se ha puesto de espaldas con relación al punto desde el cual él los mira y sube sin apremio y sin ganas hacia el terraplén y la costanera, donde tal vez estén esperándolos un jeep o la perrera, algún vehículo para llevar al Negro Mario, ahora que el Negro Mario no tiene bicicleta. Aunque la tuviera, la cana no le permitiría ir en pelotón con ella, como en carrera, como si el Negro Mario fuera el malla de oro, rodeado por la bandada de su equipo y los auxiliares y los curiosos y los hinchas. Porque el Negro Mario que sube tan torpemente el talud es el mismo que arrojaba los diarios como bólidos, afirmado en los estribos de la chiva, las manos libres y el manillar al revés. Increíblemente, es el mismo. Suben el terraplén, se pierden de vista. La puerta abierta, el farol colgando del techo, en el interior de la casilla. Un ruido de motor atraviesa la noche: el arranque, la acelerada, la dilución final en la lejanía. Otra vez la noche intacta, sin perros, sin nadie. Avanza de nuevo algunos metros, deslizándose aún sobre su barriga. Habrá que cuidarse, Cuidate chato, de que haya quedado alguien haciendo la guardia, tendiendo una emboscada en la noche, armando una ratonera. Se detiene, descansa la barriga sobre pastos más blandos. La casilla está ahora muy cerca. Si alguien se moviera en ella, alguna imagen parecería en las sombras del farol, como en una linterna china; si ese alguien no retiene el aliento tendrá que alborotar los insectos que acaban de irrumpir y hacer rodar su corona en la casilla

abandonada y vacía. Si quisieran que aquello sirviese de trampa, habrían apagado el farol y entornado la puerta. No hay tal trampero pronto ni nadie emboscado. No. No puede haber nadie. El farol, la puerta abierta, el enjambre de insectos bailando alrededor de aquella lumbre ominosamente tranquila. Mariposas de la noche, aceite y felpa de mariposas gordas en la noche, todo eso. Si quedara alguien adentro, las mariposas no estarían danzando con ese espesor permanente y circular, cada vez más anular, más rítmico. Otro arrastre sobre las costillas, sobre el abdomen, contra el duro costillar de la tierra, en el pequeño repecho de pasto que sube hasta la casilla. Un repecho tan suave, haciéndolo a pie ni se notaría. El croar de ranas finge seguir empujándolo desde la oscuridad, desde la orilla que dejó a sus espaldas hasta la casilla que tiene cada vez más por delante. ¿Podrá ya levantarse? Parece cierto que no hay nadie, el ruido del motor alejándose en la costanera ha muerto hace siglos, la noche ha recuperado su cascarón maloliente que nada altera, ni las mariposas alrededor del farol ni su cuerpo arrastrándose en lo oscuro, ni el croar de las ranas como un borde de agujeritos a lo lejos.

Se pone de pie. Descubre que está más dolorido de lo que el suelo le dejaba creer, más magullado, más acalambreado, más rota la ropa, más sudoroso, más pringado, más polvoriento, más exhausto, más entumecido. Se frota cautelosamente, una con otra, las manos desgarradas, se pasa esas manos desgarradas por los muslos, por el vientre, cada mano frota el otro antebrazo, el otro hombro, el otro codo. Como una sola lastimadura recién abierta sobre la misma cicatriz de la noche. Poco a poco, se termina de erguir, las manos bajan a las corvas y a las rodillas, ¿consultarán los resortes, las articulaciones de un muñeco? Abre los brazos, hace el gesto de desperezarse; no para aventar la pereza sino tan sólo para asegurarse de que puede hacerlo, de que no lleva cadenas ni grilletes, de que no está amarrado, de que no es él el prisionero. Hace el gesto que el Negro Mario no habría podido hacer al salir de aquella suerte de sueño y afrontar la noche, la pesadez de la noche y el remotismo del viejo paisaje de todos los días. Se siente libre, avanza: la casilla y el farol y su rueda giratoria de mariposas están allí, se mete en ese círculo

pastoso, su cabeza chapuza en el halo del farol, en el anillo de los insectos, en el empozado corazón leñoso y agrio de la casilla. Abre los ojos a la luz, al desorden de las ropas desparramadas por el suelo, de los papeles sucios e inmóviles, abiertos y repugnantes como murciélagos. ¿Qué habrán andado buscando? ¿Gente, cosas? Una silla de pajas destrenzadas, donde tal vez obligaron al Negro Mario a permanecer sentado mientras ellos revolvían y que cayó al levantarse el negro, al bailarle alrededor y en silencio aquellos dos o tres que lo esposaban. La endereza, su piel llagada aprecia los nudos del entramado deshecho, las hebras que cuelgan, las barbas que desbordan sobre el respaldo de madera. La yergue, se sienta. Se hamaca un momento allí, un segundo apenas. ¿Pensará que sentado se encuentra más expuesto, es ya un cautivo esperando, se sentirá más indefenso que de pie en la noche, en el calor ácido de la casilla? Se levanta. Un ruido muy leve, no atribuible a los pasos de un hombre, traza un camino entre los pastos hacia la casilla. El cuzco. El cuzco que lo ve y alza las orejas hacia él. El cuzco que lo mira, no pregunta, no extraña. El cuzco que lo mira y no ladra, como si aceptara aquella sustitución y tantas otras, como si lo hubieran apedreado antes por ladrar y él también, como el Negro Mario, estuviera resignado y perplejo, perdido en un mundo que empezara a retirársele sin dejarle señas. No ladra. Lo mira, no pregunta: no ladra. Con ojos legañosos y enrojecidos lo mira. Se estudian. El chato ve que el cuzco estaría dispuesto a aceptarlo, a seguirlo, a compartir con él la noche y sus peligros y sus historias. No es perro de brigada de perros ni perro de La Cueva ni perro del Pichón atado a cadena, es cuzco de casilla, doméstico y vencido o acaso confanzudo o, mejor aún, indiferente, solitario, independiente, fatalista, misterioso. Está dispuesto a aceptar al chato pero es el chato quien no lo admite. Hace súbitamente el movimiento de agacharse, como si el piso de tablas de la casilla pudiera estar regado de piedras. Y el perro entra en el juego, lanza un aullido tenue y corto —el hombre simula haber recogido una piedra, el perro simula que esa piedra lo ha golpeado— y escapa a una velocidad portentosa para lo muerto de su mirada y de su cola y de su hocico. Gana la noche, desaparece: tampoco él volverá, mientras no esté de vuelta el Negro Mario .

Y sí. Es como si aquello mismo, la huida del cuzco, terminara con las absurdas ceremonias de la toma de posesión: el chato empieza a sentir que la casilla que consintieron a regañadientes en prestarle esta mañana, que el pedazo de suelo que desgánadamente le prometieron compartir por una sola noche, son ya lugares enteramente suyos, tan suyos como si siempre hubiera vivido allí, tan suyos que es una lástima que la gorda no esté para disfrutarlos juntos. La escena: una casilla, una cama, aquella noche, ¿y más allá?, el tiempo.

Encima de la mesa, como si recién hubiera aparecido a ofrecérselo a partir de aquel afianzamiento, a medias envuelta en papel de diario, la botella de vino tinto. Y a un costado, el pedazo de salame. Sin pan, sin vaso, ¿qué más da? El diario no es de esta tarde ni siquiera del día. Imposible echarse sobre él para seguir averiguando cosas. ¿No le habrá sobrado un solo diario en la venta de hoy al Negro Mario? No, los que están por el suelo, revueltos y como a medio usar, aquellos murciélagos llenos de letras también son viejos. Eternos de días, la infinita vejez de los diarios. Diarios del tiempo en que el mellado vivía y en que ellos eran inocentes. Y en la pared, encima de la mesa, pegada con chinches a la pared de listones de madera, la cartulina en colores. Éstos sí que son los míos, dice para la soledad de la casilla. Peñarol el Grande, de los años grandes. Roque Gastón Máspoli, el paraguayo Hugo y el tano Possamai —recita—. No es gracia, éste ha sido su cuadro, las veces que lo gritó. El ratón González, Obdulio —como un Gardel— y el negro Ortuño, que se quebró tan feo en el partido con Rampla. (Que se quebró con Loza, parece un chiste.) El Negro Mario venera a sus negros grandes, sí señor. El flaco Ghiggia, para que lo vean Barbosa y Bigode, el cordobés verdugo Hohberg, el Cotorra Míguez, el Pepe Schiaffino, el Patrullero Vidal. Grandes. El dedo del chato se cansa de golpear, baja abrumado del recuento de tantas glorias. Glorias cubiertas de cagadas de moscas. Sus ojos vuelven a la botella, su mano la agarra.

Se toma un primer trago. Espeso, casi caliente, este vino va a rascarle las tripas vacías. Un mordisco al salame —un salame picado muy grueso, con muchos tropiezos, trompezones como diría la gorda— y otro beso a la botella. In-

creíble. Imposible, hace cinco minutos, cuando estaba echado de barriga en el pasto y primero veía las figuras a contraluz y después aprendió a distinguir la silueta del Negro Mario como interrogando a la noche, imposible haberse imaginado entonces que el cuzco se iría sin ladrar y que el vino y el salame vendrían hacia él de las tinieblas. Increíble. Otro trago, otro mordisco. Los tragos cada vez más largos y la botella baja. Qué sed. Los mordiscos cada vez más grandes y del salame queda ya sólo un pedacito. Qué hambre. O no qué sed y qué hambre: qué angurria o, a lo mejor, a lo peor, ahora que todo parece tan tranquilo, tan rodeado de paz y otra vez de nubes de insectos, tan lejos del croar de las ranas y de las emanaciones de la charca y de los arañazos de la maleza o de las piedras, qué angustia. La angustia que uno podría creer dominada o arrinconada al posesionarse de la casilla pero que empieza a crecer allí mismo y a depositarse sobre sus hombros, una angustia felina, como un gato que se estira, una angustia socavada en el aire, que empieza a endurecerle el pescuezo, a trabarle la masticación, a estrecharle el garguero, una angustia que parece haberse desprendido de la atadura somnolienta de las cosas y haberse sentado junto a él en la silla, obligándolo a levantarse, y ahora ha saltado encima de él que está de pie, oprimiéndolo. No podría razonarlo, puede sentirlo: pesa como hierro sobre sus hombros, pesa como plomo en el brazo que sostiene la botella, agarrota la mano que aun ofrece a la boca un último pedazo de salame. Es como el peso del centro de la noche en la celda del condenado a muerte, sobre las sienes del condenado a muerte. Así, al menos, se ve en las películas, cuando el tipo no sabe si quedarse quieto o caminar hasta darse, una por una, con las cuatro paredes del calabozo. Se queda quieto, se levanta, se vuelve a detener.

De nuevo, le acomete la urgencia de irse, como si alguien se lo mandara, como si otros peligros vinieran hacia allí. Toma la única frazada mora, una frazada igual a las de preso, apelonada en el camastro del Negro Mario. Toma la frazada, no deja de empuñar la botella mientras mastica ese último bocado de salame. Sale, camina hacia una noche que parece haber vuelto a prender sus motores. Ni rastros del cuzco. Veinte, treinta, cuarenta metros en

dirección a la pequeña brisa lóbrega, la lenta brisa cargada de mosquitos y de olores, treinta, cuarenta, cincuenta metros. No sabe por qué lo está haciendo. Tiende la frazada en el suelo de guijarros y pastos y ramas. Se sienta allí sobre las piernas cruzadas, está otra vez en el corazón de lo oscuro de la noche, ha dejado la puerta abierta y el farol encendido, como los encontrara; sólo se ha devorado el salame y está bebiéndose, ahora a tragos más cortos, más saboreados y carnales y despaciosos, el vino, un vino espeso, un chorro de vino que parecería brotar de un flanco de la noche, fluir de las entrañas de la noche si uno no lo hubiera dilapidado primero bajo la luz y las mariposas de la casilla. Es aquí, solo en lo oscuro empozado de la noche donde el sabor del vino parece más hermoso y misterioso, como si se hubiese hecho para paladearlo en la pulpa de las tinieblas. Quedarán dos tragos, tres a lo más, hay que hacerlo durar y disfrutarlo en medio de la noche abierta, qué error no haber llegado hasta aquí con la botella llena, habérsela bebido toda aquí, poco a poco, como en una gran concavidad de terciopelo oscuro, al pulso muerto de los minutos que no corren. Qué error.

Y entonces, en esa calma compacta de la noche, otra vez el ruido mecánico, esta vez el ruido de una moto y la moto ya está en lo alto del terraplén y, como en una película de pandillas, corona el filo del terraplén y derrapa y cae en el pozo y baja hacia ese biombo de ruidos que es ahora la casilla y se cruza delante del lampo del farol y un hombre descende de ella y entra a la casilla. Lo ve ahora, pero hay algo que hace tan distante a aquel hombre, algo que impide —la última botella, la última gota de vino en los labios— tomarlo en cuenta y tomárselo en serio, cuidarse de él, como si viajara por otra veta del aire y estuvieran a alturas distintas e inencontrables uno y el otro. El milico entra, revisa algo que no encuentra, vuelve a la moto, recuerda algo, va hacia el farol y lo apaga; acaso (desde aquí no se ve, desde aquí no se oye) entorne la puerta de la casilla (¿la cerrará con llave, se llevará la llave?). La hecatombe de las mariposas nocturnas, la guillotina aceitosa de los insectos atrapados en un nicho que es toda la casilla. La moto hace sonar su escape, un chorro rasante de luz, un chorro ciego y torpe y esclavo barre en redondo un pedacito de noche,

la moto —a juzgar por la luz y el ruido— va trepando, sube, llega a la costanera, cambia el son de su marcha, toma velocidad, se aleja, desaparece en el aire, se la traga la noche, la veta de la noche desde la cual apareció vuelve a engullirla.

El chato la oye perderse y se despereza. Lenta y ondulosamente se despereza, ser de gelatina sin huesos. Ya no se ve nada, ya no se oye nada. Debe quedar aún un trago largo y definitivo de vino, en medio de las borras las barras del sueño. Lo bebe, esgrime la botella, la revolea, la hace navegar en las tinieblas, cae sin romperse en algún fondo de pastos blandos ¿o vuela para siempre? Sería bueno tirotrear la frazada más lejos, aquí cuentan los metros por si vuelven, ¿por si vuelven a qué? La corre, la estira, se tiende sobre ella. Es posible imaginar que él sea ahora la botella que arrojó, yaciendo como un detalle ignoto de lo oscuro. Murió vacía y tenuemente alumbrada, en otro sitio de la noche. Él la tiene en su cuerpo, la aprieta aquí. Va a cerrar los ojos, a convencerse de que por esta noche ya no tiene razón de esperar nada. ¿Y la gorda? Va a tratar, la gorda está en su cama de Pando, va a tratar de dormirse en su cama de pasto. . . Va a tratar, va a ver si trata, ¿ver en esta negrura?, no quiere ya ver nada, ¿dónde habrá ido a echarse el cuzco?, no quiere ya ver ni oler ni oír ni pensar, mejor dejar que suba poco a poco el vino a la cabeza, que lo inunde todo y tratar de dormirse. Se corre de costado hasta el borde de la frazada mora, sí, eso es, abre la bragueta y mea acostado, a campo, en lo oscuro. Todavía sin demasiado olor a vino. La noche como un reguero de olores que se pierden. Va a dormirse.

QUINTO DÍA

—Vecinos —se pone a gritar—. ¡Llamen la polecía!

Son la diez de la mañana, no es un grito nocturno, un grito desgarrado, un pedido de auxilio. No. Las diez de la mañana, el sol alto, el hombre panzón en camiseta y esgrimiendo un cuchillo. No alcanzan a ver más, desconocen las causas.

—¿Qué pasa, Don Ferreira? —preguntan—. ¿Mató a alguno?

—Muerto ninguno —los tranquiliza—. Muerto ninguno. Pero tengo que entregar a mi hija. Oigan bien ¡a mi hija! Uno que corra y llame.

Don Ferreira en camiseta, los pantalones mal prendidos, los tiradores arrastrando, las chancletas descalzas, talón al aire. ¿Mató a alguno? Muerto ninguno. Su enorme vientre con su franja de roce, la camiseta sucia en la zona protuberante de la barriga, como si fuese un carnicero hecho a pechar el mostrador y a esgrimir el cuchillo para los cortes de la res. ¿Qué pasa, Don Ferreira?

No pasa nada. Sólo que quiere entregar a su hija y pide que lo ayuden. ¿Por qué? ¿Por qué la ayuda, por qué la entrega? No saben. Los amigos del café le llamaron El Panza, desde los tiempos de la cancha de fútbol, cuando se pasaba de moñas pero echaba la lengua a los veinte minutos. El Panza. Don Ferreira en camiseta, golpeteando la vereda con las chancletas, el ir y venir frente a la puerta, empuñando el cuchillo. Muerto ninguno.

—Muy triste para un padre, vecinos, sí señor. ¡Entregar a su hija!

Lo miran: las diez de la mañana, ¿será posible que todavía le dure la mamá? ¿Qué pasa, Don Ferreira? ¿Cómo es?

—Entregar a la hija, mujer de un asesino.

Y el cuchillo le pone la firma en el aire.

—¿Y el asesino, Don Ferreira?

—El asesino anda juído. Es mi hija la que está aquí desde anoche. ¡Es mi hija!

Desde anoche, desde la hora en que él estaba cargándose en el boliche. Blande el cuchillo, lo usa como si fuese una bandera y no un arma, no lo dirige a nadie, contra nadie. ¿Tiene unas copas, volvió a cargarse de mañana? ¿Dónde?

Se diría que no. La callecita de Pando no alumbra, a esta hora de la mañana, boliches abiertos. Es jueves, no domingo. Se diría que no. Pero ¿qué hace Don Ferreira con el cuchillo en la mano? Parece el carnicero en persona. ¿Qué hace con el cuchillo en la mano? ¿Está dispuesto a apuñalar a su hija, si ella intenta fugarse? ¿Está dispuesto a enfrentar a cualquiera que pretendiese agredir a su hija? ¿La defiende, la ataca? ¿O se calzó para esperar al yerno, que puede aparecer de golpe e interrumpirle el discurso? ¿Qué hace con el cuchillo en la mano? Están acostumbrados a verlo alegar con el mate en la mano, no con cuchillo. A alegar sobre todas las cosas, a quejarse de todas las desgracias, mate en mano y el termo junto al árbol, copando la vereda con alpargatas y ademanes, con o sin borrachera de la noche antes. ¿Qué pasa, Don Ferreira?

Sale del boliche despeinado, desordenada la cabellera blanca, enrojecidos los ojos lacrimosos, roja la nariz, hecha un farol la nariz. Bartolo toca la flauta, eso canta siempre que está en copas. Bartolo toca la flauta, dice unas veces. Bartolo tenía una flauta, dice otras. Con un aujerito solo. Y su madre le decía (aquí se ríe, como si descubriera súbitamente la malicia) ¡Toca la flauta Bartolo! Entra a la casa, que su mujer no le ha cerrado. Da un portazo y se oyen los gritos. Sí, señor, le está dando una zurra. Siempre que se emborracha, infalible, la paga la patrona. ¿Qué pasa, Don Ferreira? ¿Por qué, Don Ferreira? Todos lo saben, nadie se lo pregunta, nadie se mete. Después ellos se arreglan y ella saca dos sillas a la vereda y matean allí, a la sombra de los árboles, mirando saludando a los que pasan, imagen de la paz doméstica, nadie se mete, Aquí no ha pasado nada.

¿Qué pasa, Don Ferreira? Pero ahora la cosa es muy distinta, ahora Don Ferreira no está borracho y esgrime un cuchillo y pide que llamen a la policía. Nadie se le aproxima. ¡Vecinos!

La gorda está diciéndole lo que se podría hacer. Pero es su hija, igual a ella después de tantos proyectos, y la vieja sabe que no lo hará. Podría salir de súbito, empujándolo. Claro que sí. No está borracho, no va a herirla, no va a animarse, no va a levantarle la mano siquiera. Saliendo de golpe, podría hasta arrancarle el cuchillo o hacérselo volar de una trompada en el codo. No está borracho, no va a herirla. No. Salir de pronto, sorprenderlo, tirarle lejos el cuchillo, disparar. No van a atajarla, jamás se meten, nadie se mete. No van a atajarla. O también ¿tenés unos cajones?, hacer estribo y volar el murito, ese murito que es como un decorado de la infancia, con cascos de botella y el musgo que ha crecido sobre la argamasa de los ladrillos, el musgo donde sus pies de niña patinaban cuando quería alcanzar las ramas de la higuera. La vieja la mira, sabe que no va a hacerlo, que nada de eso va a hacerlo, ni aun a intentarlo. Si saliera, aunque fuese saltando por los fondos, todo Pando lo sabría en seguida. Le irían detrás, le tenderían un cerco, bloquearían los caminos, la cazarían muy pronto. Los vecinos, no. Los vecinos no se meten. Los botones, ahora se sabe y ya van a contárselo. Anoche el viejo había llegado muy borracho. Muy borracho pero vio a la hija y eso salvó a la vieja. Sí señor. Viejo, tengo que hablarte de Luján, se animó la madre. Mañana, mañana. Y se acostó a dormir la mona y la vieja tuvo, como siempre, que desvestirlo a los tirones y sacarle los zapatos. Hubiera sido fácil irse entonces: tan fácil como fue llegar. Salir por la puerta, donde la madre dejó puesta la llave. Abrir la puerta, salir a la noche, fugarse en la noche. Facilísimo, sí. Pero eso se veía recién ahora, cuando se lo acababan de contar y había hecho el escándalo. Antes no se sabía, antes era la noche y era una cama y era un vaso de leche y era verlo y pensarlo mañana, a la luz del día. Ya lo veían, pero recién ahora... Se había puesto furioso, había tomado el cuchillo, creyeron que iba a lastimarlas, Luján agarró una banqueta, se le cuadró delante. Entonces él le dio la espalda y abrió la puerta y salió a la calle y se puso a gritar Vecinos.

Lo peor que podría haber hecho: peor que herirla, peor que pegarle. Mucho peor. Y ahora estaba hablándoles, ahora que el alcohol de anoche se le había convertido en palabras y palabras y palabras.

Preso por un lío en una riña de gallos, preso, decía él, porque no se arreglaron con el comisario y no se pusieron de acuerdo en la coima y el comisario mandó deshacer la riña y él salió a dar la cara y fue preso. Preso por llevar quiniela clandestina en el boliche, cuando empezó a no alcanzarle la pobre pasividad de peón municipal asoleado joven. Jubilado por enfermedad a los cincuenta años. Asoleado, decía. Roque Ferreira, asoleado. Tuvo una insolación trabajando, ¿trabajando? en las calles. Hospital, pasado a junta médica, como él decía para dar seriedad científica a su dolencia: asoleado. Sol y vino, más vino que sol a partir del día que se jubiló. Asoleado. Jubilado a los cincuenta años, cobrando la jubilación para dejarla en el boliche. Asoleado.

El murito de ladrillos desaparejos, con hiladas mal tiradas a cordel, con lamparones de verdín creciendo como una barba sobre la faz de los ladrillos; y la higuera colgando sobre ese muro y la capellada de los zapatitos infantiles defrisándose para llegar, para comer un higo, para asumir la posesión de las siestas y las cosas. Inútil. No había podido antes, no serviría ahora.

¿Qué habrá pasado? Acá no se oyó nada, fue una noche tranquila, ni tan siquiera los gritos de otras veces. Y ahora, con el sol alto, sale con un cuchillo y se pone a gritar, a hacer un berrodo de la gran puta.

La guita de la jubilación no daba, sobre todo tomándosela; y el tano de la fonda le dio trabajo de pinche de cocina. ¡Para qué! Todo el mundo sabe que el mejor fondín del pueblo es el fondín donde come el cura. ¡Éste!, se jactaba el tano. Y va una vez y le dice Andá Roque y escribí que hoy tenemos minestrone. Y sale con el pincel mojado en tiza y los muchachos le han robado por gusto el pizarrón pero está allí el camión cisterna que estaciona todo el domingo frente al boliche y va El Panza y escribe en la panza del camión. Hoy minestrún, escribe minestrún, minestrone animal, protesta el tano, escribe en la panza del camión queresonero, como si en vez de estar lleno de

querosene el camión hubiera sido llenado de sopa. Pero fue una idea y el camionero, por un plato de minestrone, dejó de chillar y fue una idea que todos festejaban y él sabía, pero no se animaba a decir, que no lo había hecho por gusto sino porque ya tenía unas copas de la mañana y las copas de ayer y la panza del camión queresonero proclamaba Hoy minestrún, escrito por El Panza. Hoy minestrún, hoy lo puso con h, nada de macanas, allá en su pueblo había ido a la escuela y aprendido a escribir, macanas no escribía, minestrún sí, es italiano y yo soy hijo de criollos y nadie está obligado. . .

—¿Qué va a hacer, Don Ferreira? Usted no está obligado a entregar a su hija. . .

—¿Cómo que no? ¿Quién dijo que no?

Él fue medio botón, siempre fue medio botón, vaya a saber por qué. Abrasilerados, gente de la frontera, todos medio botones. Fue botón hasta cuando llevaba quiniela. En el Juzgado dijo "Por clande de quiniela", cuando le preguntaron qué profesión tenía y por qué estaba preso. No sea bárbaro, no conteste así, dijo el empleado. Y puso "jubilado". Jubilado, asoleado, clande de quiniela. Como si quisiese ayudar a que lo metieran bien adentro. Botón o imbécil. Botón o mamado. Como ahora. Usted no está obligado. ¿Cómo que no? ¿Quién dijo que no? El juez se acordó de haberlo visto jugar al fútbol y le gustaban las cosas que hacía en la cancha, pisándola, dribleando, otra moña, barrigón, pisala panza, sentátele encima, panza, jopeala hasta que la perdía y los quilos empezaban a trabajarle y se ponía a abrir la boca en plena cancha, como un pescado en la arena. Dale, panza. Y le habían cambiado la declaración y casi sin abogado ni nada lo habían soltado a los diez días. Dedíquese a otra cosa, Ferreira, no vuelva por aquí, que otra vez no lo salva nadie. . .

La gorda podría subirse a los cajones, ahí estaban, y saltar el muro, a lo mejor tajeándose las nalgas con los culos de botella y caer redonda en el sitio baldío de ese lado (del otro había un parral y no había caso) y tomárselas agachándose mientras el viejo gritaba en la vereda Vengan Vecinos. Y zafar por allí, entre el mismo pastizal que le habría permitido aterrizarse sin lastimarse. Si querés te ayudo, propone la vieja. ¿Para qué? Ya la tienen marcada, ya el

viejo se lo ha dicho a todos, a voz en cuello, cuchillo en mano. A voz en cuello, cuchillo en mano, ¿por qué no se degollará y todos contentos? Va a entregarla y que Dios la ayude, está diciendo ahora, Sí, señor, que Dios la ayude y a nosotros no nos desampare, él es el padre pero no entra en tapujos de esta clase. Eso sí que no. Si ella se casó con un asesino y estuvo ayudándolo, que la pague. Sí, señor, que la pague. Bastante le dijimos, la patrona y yo... Bastante le dijimos.

Con el cuchillo en la mano y los grandes ademanes que cortajan el aire matinal, no encuentra mucho apoyo. Ya fueron, Don Ferreira, se limitan a contestarle. Cállese, no vaya a hacer una barbaridad. ¿Qué barbaridad? ¿Llamar a la justicia? No le contestan, nadie quiere opinar en este asunto. Ya vienen, Don Ferreira, cállese.

¿Y ella, nadie piensa en ella? Hacerle eso a una hija, dicen enfrente, sin que a él le llegue (no quieren que le llegue). Hacerle eso a una hija. Bueno, pero también la hija, objeto otra voz (siempre en la orilla de enfrente, siempre en la plateíta, sin asomarse al escenario). También la hija... La hija es la hija y se acabó. A él no tiene que importarle más nada. Es la gorda, ¿no? Sí, claro que la gorda: no tiene otra hija. Distancia, el cuchillo, el discurso, la puerta de la casa entornada. Los comentarios de la plateíta no tocan al monologuista. No está obligado, por más que diga. No señor, yo sé, mi hijo estudia. No está obligado. La ley no lo obliga a batir a una hija, y es humano. Será todo lo humano que quiera, pero después vienen los que le dije...

Primero jugador de fútbol, después peón del municipio, cuando el presidente del cuadro entró en la Junta. Y después el lío de la gorda que se escapó con el del club colorado y después asoleado y juntó años de vaya a saber qué, dicen que de milico allá por Rivera cuando muchacho, le quedó el porte, sí señor, dicen que hizo una muerte y le dieron la baja, que mató a un linyera pero quién sabe, se dicen tantas cosas; y después la gorda volvió del albergue y se fue con éste que ahora salimos con que es un asesino, mire usted. Le quedaron el porte y los sentimientos, siempre medio botón. Sí, también decía que era allá por Rivera, cuando jovencito, que había jugado mejor y

había estado a punto de venir a Montevideo a un club grande pero era menor, eso decía cuando se tomaba unas copas. Si yo jugara ahora, la guita que no tendría, empezaba a decir en cuanto se le calentaba la jeta, era como lo de Bartolo tenía una flauta pero un ratito antes; sí, tenía razón, la guita que no tendría y que no tiene, porque cuando vino a vivir aquí ya estaba en deca, jugar bien sí, jugaba bien, pero ya le daba por las copas y estaba panzón y corría tres o cuatro pelotas y se cansaba, jugar bien sí, eso sabía. Pisala panza, Gastala brasileiro, le gritaban, pero era al revés que ahora, no hacía caso, jugaba como si estuviera solo y en la cancha no jugara ninguno más que él y a los costados de la cancha no hubiera nadie, nunca miraba a nadie, hacía un golazo y se daba vuelta, sí, un golazo si podía hacerlo en la primera media hora, después se cansaba y no estaba para nadie y al final lo percharon y tuvo que comérsela por curdela. Y después asoleado y después jubilado y después pinche de la fonda y después quinielero y después gallero, mire que había sido cosas para salir ahora a hacerse el padre ofendido, ¿por qué no nos dejamos de joder un poquito, Don Ferreira? Pisala, Roquito, como le decían en los tiempos que le iba mejor. Terminala, Roquito, no jodas más.

—Así fue la historia, sí señores. La vieja y yo le pedimos mil veces que no se casara con ese bandido...

Tiene que justificarse, claro que sí. Lo que está haciendo ahora puede ser mucho más grave que haber escrito Hoy Ministrún en la panza del camión querosenero o que haber sido sorprendido en el boliche con la listita de apuestas clandestinas o que haber ido en cana cuando se armó el lío del reñidero y vino el comisario y lo cerró y dejó irse a algunos pero lo prendió a él, porque le había hecho frente, sí señor, por eso mismo, por desacato, dijo el comisario, y él qué desacato, porque no nos pusimos de acuerdo con él en la coima. Preparar gallos, eso también lo había aprendido en el norte, en Rivera o donde puta fuese, porque allí hay mejores gallos que en Montevideo, sí, aunque a ustedes les parezca mentira, mejores gallos y apuestas más fuertes... Y lo entrenás al gallo y le ponés una gallinita y después se la sacás sin dejar que la pise y sabés cómo se pone y después lo golpeás con un pollo ordinario y tam-

bién lo sacás y lo levantás y lo hacés caer y le vas sacando las plumas y le empatillás las de las alas para hacerlo más liviano y lo seguís haciendo caer hasta que una vez cae sin doblar las patas y entonces está pronto... Sí, más difícil que todo eso, delatar a una hija cuchillo en mano y llamar la policía y cuidar la puerta para que ella no se vaya es más grave y más fuerte y más jodido que cualquier otra cosa, gallos o quinielas o quedarte sin fuelles en mitad del partido o escribir un letrero en la panza del camión de un tipo que te hace una historia por un letrero de tiza que se borra con la mano, mirá vos.

¿Y si fuera a pelearlo en su propio terreno? ¿Y si saliera a la vereda y lo empujara y hablase ella también a la gente? Yo soy la esposa, casada con él, no estoy obligada, la ley me favorece, y cosas así. Y a más, ahora mismo, este minuto que les hablo ¡no sé dónde está! ¡Les juro por mi vieja (como diría estaría de acuerdo juraría el gallego), les juro por mi vieja que no sé dónde está! Cómo les gustaría, con lo chusmas que son: otro discursito, un discursito que le daría la contra al de él, cosa de poder elegir. Para discutirlo después todo el día, si no fuera jueves, si fuera domingo. Pero ¿para qué? Ya el viejo hizo llamar, ya estarán viniendo hacia aquí, ya vendrán. ¿Y cuando me vean salir amarrocada, llevada por dos milicos? Ahí se mean de puro contentos. Hijos de puta, mirones, franelas, y el viejo miserable, sí, el viejo miserable como dice el chato, no le quiero dar la razón pero es lo cierto, el viejo miserable, cuchillo en mano dando el espectáculo, como en un tablado, total, ya falta poco para carnaval, casi no falta nada. ¿Para qué me sujeta con esas esposas?, podrá decir. ¿Qué se pensó, que voy a resistirme? No joda. No, si dice "No joda" es como si ya se resistiera y le ponen desacato y ahí no va a ser la mujer legítima amparada por la ley, se desacató y chau, cana con ella. Y desacato y homicidio y vaya a saber cuánta cosa le cargan. Ufa.

La vieja trae un par de aspirinas. Tomátelas, te digo. Con un buche de agua. Tomátelas aunque no quieras. Te va a hacer bien. No lo cree. Se las toma.

—Que nadie entre, previene el viejo, disimulando su fracaso (porque nadie se acerca, nadie da un paso hacia él, nadie pretende entrar, aproximarse siquiera). Que na-

die entre. Sólo la polecía cuando venga. Uno es un vecino, tiene toda su vida aquí y la patrona aquí y tiene que seguir viviendo. Yo no voy a hacer ningún tapujo, no señor, no soy cumple de nadie. Aquí no hay nada que esconderle a la autoridad. ¡Cuando venga que pase!

¿Y si prepara a la azotea? ¿Tenés una escalera, vieja, para subir a la azotea? Escalera no, sólo los cajones, pero no da, me parece. Bueno, total, las azoteas de la cuadra no se comunican, hay un corredor y una parra, por ahí no se pasa. Subir a la azotea, caminar por encima del cinc o la calamina o el dolmenit o lo que sea, caminar y aparecer sobre el pretil como esos locos que primero hablan y después oyen que les piden que no se larguen y al final se tiran y se hacen pomada, aparecer de golpe en el pretil y hablarle a todos. Gran golpe. Hablar a todos, desnudar desde allí, sin que él pueda nada con su cuchillo, desnudar desde allí a ese viejo miserable que le dio cada paliza a la vieja. ¿Para qué?, si todos lo saben y nadie se mete. Y ahora será lo mismo, aunque si les habla y les dice quién es seguramente los divierte pero no les cuenta nada nuevo, y eso de que los divierte es de labios para adentro: porque no dirán esta boca es mía. Sólo que tendrán miedo de que se arroje desde allá arriba y vendrán con almohadones y colchones y frazadas y él tendrá que guardarse el cuchillo y dejarlos arrimarse. Y ella podrá correr sobre el cinc o la calamina y ellos correrán con los colchones abajo, sí, pero la que va a volverse loca, sintiendo las pisadas encima de su cabeza, será la pobre vieja y cómo la arreglo yo si le da un soponcio y se me muere... No es él con el cuchillo, no es la policía que todavía puede estar lejos, son ellos mismos y el hecho de que lo sepan, ellos son la barrera. La mujer del prófugo está en Pando, eso es lo que ahora se sabe. Cerrarán los caminos, pero no con hidones, pero no con soldados: ellos son la barrera. No va a esconderse mucho tiempo en los yuyales. Tendrá hambre, tendrá sed, se la comerán los bichos colorados, la olfatearán los perros. No hay nada que hacerle. Quisiera haberla mandado presa cuando ella les dijo que se iba a vivir con el chato. La manda presa ahora. No hay nada que hacerle. Vieja, todo lo que podés hacer por mí es ponerme un abogado. Sacá esa platita que guardás escondida para que el viejo podrido

no se la chupe, sacá esa platita y poneme un abogado. Tengo que tener muchas defensas. El chato es mi marido, no pueden obligarme...

—Señores —dice Don Ferreira, el viejo Roque que ustedes vieron en los refideros o en las canchas de Pando o de Suárez o en la fonda o aquí como vecino—. No piensen que yo soy un batidor. ¿Es lo que están pensando? No, no es un batidor. Defiende su hogar (algo de eso dice ahora, las copas de toda la vida le traban la lengua en el momento en que más podría precisarla), y aunque ustedes no crean, defiende también y de otro modo a su hija. La defiende, sí, no vayan a creer. Por ejemplo, ¿qué va a pasar si ese bandido llega a venir a buscarla, a recogerla, a llevársela, como ya otra vez hizo? ¿Qué va a pasar, eh? Tendrá que hacerle frente, va a haber una desgracia, alguien muere entonces. Yo soy el más viejo, no quiero ir a la cárcel pero tampoco al cementerio... Si viene ese bandido, ya tiene una muerte, ¿qué más le da hacer otra? ¿qué tiene que perder?, si viene ese bandido...

Pero ahora quien viene no es el chato sino un agente de la seccional y atrás otro. Uno, dos agentes de policía, dos guardiaciviles, dos guardianes del orden. Dos, todo el mundo pensó que serían dos, que iban a ser dos, que tenían que ser dos, que por alguien que no era el propio asesino sería innecesario destacar en comisión a más de dos. Alguien les indica el sitio, se acercan. Vienen hacia acá, el viejo guarda el cuchillo, pensando que aún no se lo han visto. Porte de armas. La gente abre una callecita, la pequeña platea recupera de golpe el uso de la palabra. De la loca palabra. Son dos, como pensaron, como tal vez ella pensó. Todo empieza a cumplirse como en un sueño ya soñado, de esos que se olvidan al despertar y se recuperan muchas horas después, como en una película que no recordarán haber visto y que ahora, repentinamente, saben que vieron pero no cómo termina. ¿Qué pasa ahora, cómo sigue? ¿Entrarán, les gritará, querrá hacer un escándalo, tendrán que esposarla?

VENDO DIARIOS, DIJO EL CANILLITA, PERO JAMÁS LOS LEO.

En relación con el crimen del sereno, cayó anoche Mario Rodríguez, un hombre de color, canillita de profesión, sindicado como encubridor de la pareja que hasta ahora ha logrado sustraerse a la acción policial. Mario Rodríguez vive en un miserable sucucho, a orillas del Miguelete.

Anoche fue aprehendido y un par de horas después presentado a los periodistas que se hallaban ocasionalmente en Jefatura. Pretendió no saber que la persona a quien había prometido albergue, que según él no se concretó, fuera uno de los asesinos del sereno.

"Vendo diarios, respondió a una de las preguntas que se le formularon. Pero nunca los leo". Parece no tratarse de una persona enteramente normal. Refiere que ya tuvo problemas en el pasado, por haber accedido a que un menor se refugiase transitoriamente en su domicilio "No quiero más líos —añade—. Ya tuve bastantes".

Al parecer, la Policía no cree en su total inocencia; y en las próximas horas continuará indagándolo. Pero, naturalmente, la última palabra al respecto la dirán los que aún permanecen prófugos. Se ha concretado alrededor de ellos un círculo muy estrecho y se espera que caerán de un momento a otro.

...perros subiendo por las paredes, perros rompiendo las cadenas que los han atado, perros sarnosos, perros reventados en las calles, perros muertos arrojados a los basurales, perros merodeando los mataderos, perros copulando en las veredas, perros bebiendo en charcos, perros huyendo de la perrera, perros ladrando y aullando dentro de la perrera, perros enlazados, perros azotados, perros apedreados, perros avanzando y gruñendo, listos para morder, perros disputando con perros, perros aguardando a su gato al pie de un árbol, perros de lengua afuera en los interminables cortejos del cielo, perros encimados, perros abotonados, perros olisqueándose entre ellos, trenzas de perros. Perros que tienen nombre y perros que no lo tienen y si no lo tienen ¿cómo será posible detenerlos cuando avancen, darles una voz de alto, qué orden habrá que darles cómo dárselas, cuando se echen encima de uno y empiecen a desgarrarlo a dentelladas?

Ya ha dejado atrás las orillas del arroyo, ya ha tomado por Propios y por allí seguirá hasta General Flores y después hasta Tobas o Industria, donde se encuentre tío Orozimbo, Industria es el boliche y Tobas, más cerca, la casa: ¿dónde estará a estas horas, media mañana? Tal vez esté en la casa, empezará por allí. Hace años que no lo ve pero sabe que todavía vive allí, ¿compró, alquila?, sí, todavía vive allí, le dijo (lo vio) la gorda hace un tiempo, todavía vive allí, milico jubilado vecino viejo, Tío, tendrá que confesarle, yo hice esto y esto. Usted, ¿sabe qué?, usted acompañeme a entregarme...

Perros, uno puede haber visto un perro triste que lo

sigue. Lo sigue porque sí, porque no sabe a quién seguir, qué hacer, dónde ir, es de día o de noche, tanto da, lo sigue porque no sabe qué hacer con sus pulgas. Cuando se canse de seguirlo se sentará y empezará a mordisquearse el espinazo, como si así pudiera matarlas; o se lamerá las verijas, como si así pudiera aliviarse de su suerte. Uno puede, podés amenazar a ese perro pobre diablo, a ese perro jodido olvidado de morder si alguna vez mordió, podés tirarle un cascote, correrlo a pedradas aunque el bicho sólo haya pretendido hacerte compañía un par de cuadras, hasta otro perro que lo entretenga si es de día, hasta una luz de puerta abierta que lo distraiga si es de noche.

Cuando vino del norte, Orozimbo, primo de la vieja, no sabía nada y se conchabó de botón. Y un día (éste es el cuento que prefiere, Capo) un día quiso ir al estadio a ver a Peñarol y se tomó un ómnibus y se quedó en la plataforma, porque los milicos no pagan y entonces tampoco deben sentarse. Y allí se puso a pensar y se distrajo y ya era la parada del estadio y el ómnibus arrancó y el guarda se lo dijo, extrañado seguramente de que a un botón tuviera que avisárselo, y entonces quiso tirarse caminando como vio que lo hacían los canillitas los pungas los muchachos del liceo, quiso tirarse y se enredó en la espada y planeó y fue a caer en cuatro patas. Sí, Capo, en cuatro patas pero arriba mismo de un bruto montón de guita, mire usted. ¿Y aquello? Miró alrededor, vio caras que se le rehuían, gente que desdénaba el dinero y se daba vuelta. ¿Y aquella guita, de quién era? Alrededor de aquella guita había existido un montón de gente pero ahora nadie quería saber, todos se abrían y él, Orozimbo, en cuatro patas y sin el quepis que había rodado a sus espaldas pero allí la espada y allí la canana abierta y allí el bufoso... y los otros, ¿pa qué? los otros no querían saber nada, Capo. Y entonces él que estaba en cuatro patas se puso a recoger las monedas, una por una, y a echárselas al bolsillo y los otros nada, los otros como si nada, los otros parecían aprobar si la cosa venía a salirles al fin de cuentas tan liviana, sevelén o monte o mosqueta, vaya a saber, no se veían dados ni espejitos ni barajas, sólo guita y más guita. Yo creo que sevelén, Capo, y recogió hasta la última monedita, sí, sevelén, sevelén, si

me deja elegir, pero tonce un peso era un peso, Capo, ¿sabe cómo?, y agarró el quepis y se lo puso, mirándolos muy serio como diciendo Les perdono la vida y se puso el quepis y se fue al estadio y entró sin pagar y todavía, Capo, va y gana Peñarol, dos a cero. Así había conocido la ciudad, juntando en cuatro patas chirolas y papeles de a peso que nadie quería, que todos parecían estar de acuerdo en dejarle. Fue la primera vez que vio cómo era la cosa, Capo. Dice Capo porque al oyente (ésta es una palabra de Montevideo que afuera nunca había oído) le gusta que lo llamen así, da un trato de superioridad y el Capo oye toda la historia y a lo mejor, todavía, convida una vuelta. ¿Sabe cómo, Capo? ¡Gracias! ¡A la salud!

¿Puede haber un momento en que una ciudad se llene de perros como un barco se llena de ratas o un cadáver se llena de gusanos? Perros hambrientos que bajan de los cantegriles, perros que escarban la basura, perros nocturnos que a lo mejor revuelven las tumbas de tierra y se llevan algo, Dios me libre y me guarde, algo que después les repugna y dejan, muertos de hambre como están igual dejan. Perros que surgen de todos los sitios e hincan sus dientes no ya sobre el brazo de un muerto sino sobre el acosado vivo, perros de la brigada, perros de los milicos y el tipo apretado en tierra, el tipo caído de espaldas, el cuerpo en cruz y los perros de los milicos que se echan sobre uno como para vaciarle las entrañas, todo porque han reconocido el olor de una frazada mora, el rastro de haberle dormido encima.

Va hacia él y va a contárselo. Después que lo oiga no va a llamarle Capo, no. El que cuenta estas cosas no paga una vuelta después de contarlas, el que cuenta estas cosas no es ni puede ser un capo. No es probable que a esta hora ya esté en el boliche de Industria y General Flores, no. A esa hora estará todavía mateando en el patio, esperando que sea más tarde y la patrona regrese de la feria (hoy es jueves) para irse al boliche y hablar de las cosas, Capo, del fóbal o de la política o de las carreras o de la quiniela.

Es de día, claro que es de día, claro que es de día claro y sol alto, casi media mañana, pero la luz solar y el hormigón de Propios no bastan a separarlo de los perros, del miedo a los perros, de la persecución de los perros (lo rozan autos ómnibus camiones) del cerco a puro diente

que estarán tendiéndole los perros. ¿Les habrán dado a oler la frazada, que arrolló y tiró junto al arroyo? Es media mañana, no se anima a arrimarse a boliches y radios, no se atreve a hojear diarios en las pilas de diarios, ¿me permite?, ya debe estar su bruta facha en esos diarios y entonces cualquiera podrá descubrirlo y echarle los perros, los perros más próximos, cualquier perro, aunque no esté amaestrado en cazar prófugos. No, no tiene guita para comprar un diario, tiene que marchar a pie hasta lo de Orozimbo y presentarse allí y confesarle todo y pedirle que lo ayude del único modo en que un milico sabe ayudar: acompañándolo a presentarse.

Pronto será carnaval y aparecerán horribles máscaras con caretas de perros, tipos que imitan que ladran o imitan que embisten o fingen que gruñen o fingen que muerden o simulan que levantan la pata junto a un árbol y mean, jodidos cristianos que se divierten con eso, vaya a alabarles el gusto. Pero ya para entonces estará preso porque Orozimbo, Orozimbo Correa un Servidor, Capo, Orozimbo Correa primo de la vieja lo acompañará a presentarse.

Y la gorda ¿estará esperándolo, creará todavía en lo de San Paulo?, ¿qué habrá atinado a decirle a sus viejos? Bueno, sea como sea si esta mañana su bruta facha ya apareció en los diarios y el alcahuete del viejo Ferreira lo leyó, milico y dortiba como siempre fue, seguro que va a dar aviso a la cana y a esconder milicos en la casa y entre los arbustos de alrededor, para esperarlo y verlo venir. Que esconda, nomás, todos los que quiera: no tiene guita para ir, no piensa ir y hasta sería verdad decir que no tiene ganas, perdoná gorda, ningunas ganas de ir hasta allá.

Mejor que el viejo Ferreira y mejor que San Paulo y mejor que seguir en el Miguelete esperando a los perros con la frazada entre los dientes, mejor que todo eso es Orozimbo, Orozimbo mateando, ¿Qué hiciste, muchacho? Orozimbo que no se asusta de nada y debe sentir que llevar a un sobrino a presentarse, habiendo sido milico, es lo mismo que si hubiera sido médico y se pusiese la túnica y empezara a operarlo.

No te venga, del odio a los perros no puede vengarte un perro despanzurrado despachurrado en mitad de la calle. Porque ése fue sin duda un perro solitario, un perro vaga-

bundo y sin fuerzas para morder, un perro igual al que un día te siguió y ahuyentaste con una piedra un grito una patada, porque para morir así ese perro no ha debido pertenecer nunca a una jauría, ¿dónde viste que un auto haga pomada un solo perro pasándole por el medio a una perrada? No, ni aplastado aquí en Propios ni tampoco agonizante en el umbral de una puerta cerrada, hecho un ovillo sacudido y moribundo, la puerta de un negocio si es de noche o domingo, el hueco de esos portones abandonados donde ponen paquetes que el perro abre y hurga y se envenena o come vidrio molido envuelto en carne y muere, un pobre perro paria que vomita y se retuerce y estira la pata en el umbral de una ciudad que lo ignora. Ése sería en todo caso tu amigo, un perro como vos, tu triste hermano.

Orozimbo tiene también su perro, lo acompañó siempre al boliche y todavía lo sigue arrastrándose, es Orozimbo el que se toma la grappa y el perro el que se arrastra, un perro decrepito y casi ciego que avanza descoyuntándose, desollándose el trasero, pero Orozimbo no cree en eso de sacrificar los perros, ¿y usted qué piensa, Capo?, porque si un día usted es viejo no le va a gustar que le hagan lo mismo y no va a andar pidiéndole a naidés, sólo porque sea un viejo, que vayan y le metan dos chumbos en la nuca, ¿no halla, Capo?

Y los perros viejos, los perros ciegos, los perros insertibles que la gente abandona, llevándolos y dejándolos muy lejos, tirándolos embolsados desde un auto en marcha, cerrándoles simplemente la puerta, los perros que nadie quiere ladran allí, en San Francisco de Asís, junto al pedazo norte del Cementerio del Buceo, allí a la tardecita ladran todos, en cuanto se ha quedado sola la canchita de fútbol del barrio y el chato está sentado junto a uno de los arcos, ha elegido el arco que da espaldas al mar, sabe que se han llevado la red (la red del arco no la red del mar) y pronto va a ser de noche. Allí, mientras mira aquel peladar sin pasto que es el sitio más bravo del área chica, el sitio de los revolcones y las planchas puestas de frente y las levantadas en peso y los cabezazos que rematan el corner, mientras mira aquel peladar donde el juego fuerte afeitó la canchita hasta el terrón, oye el lamento, los lamentos de los perros que estarán esperando atados su primera noche,

los ladridos, los aullidos que van creciendo como una discordia y no como un coro a medida que cae el sol y dejan de oírse las voces de la gente en el campito y aquel perrerío llorón va entrando de cabeza en la desgracia y en la noche. Dicen que los meten amontonados en jaulas de alambre o en cajones o atados con argollas y corriéndose a lo largo de guías de acero o hacinados en corrales que hierven de perros y de alambres de púas y de mierda de perros y de pulgas de perros, y hay perros sarnosos y perros descaderados y perros ciegos y cachorritos recién nacidos que se arrastran a ciegas, los ciegos ojitos flamantes supurados, hasta llegar a las tetas de la perra recién parida, y resulta horrible —recuerda, se ve sentado en tierra, apoyando la espalda en un poste del arco que da contra el mar— resulta horrible oírlos aullar ladrar a todos juntos y ver venir así la noche entre aquella música, después de haber disfrutado un partido a pleno sol y con gritos de gente y camisetas rojas contra camisetas azules o verdes, resulta triste quedarse allí y aceptar el tiempo y sus cambios y escuchar los ladridos y los aullidos y los gritos y las largas y oscuras camorras amordazadas revolcadas de los perros, presenciar todo aquello como el último testigo, como si de golpe el mundo se hubiera convertido en una jaula miserable y maloliente y fantástica, lo mismo que el carcelaje de la yuta, sí, eso es, lo mismo que el carcelaje de la yuta cuando las putas se enteran por los gritos los ayes los insultos de que están dándole a alguno y entonces gritan, ellas también y más que nadie alzan sus alaridos, largan chillidos, también ellas insultan y agreden y golpean, golpean con un zapato una cuchara una mano los muros y gritan, también ellas son seres humanos y escarnecen y putean a los tiras verdugos y tienen de pronto algo más que su sexo para estar junto al hombre, y el escándalo sube trepa por los pozos de aire y llega a la celda en que uno está solo a la espera de que lo golpeen o recién golpeado y dejado, llega a la celda en que uno está solo y ha llorado y no tiene un puto cigarrillo que fumar. Sí, y que a esto le llamen San Francisco de Asís y el chato esté sentado en su pedazo de tierra del área chica y no en el portland de la celda con orines; que en aquel pedacito de tierra donde hubo gritos y hubo goles y hubo sol la música celestial de San Fran-

cisco sea la de estos perros lamentándose ladrando aullando en carne viva sin ni siquiera protestar, sin tan sólo saber que protestan por algo injusto como las putas del carcelaje de San José y Yí; y que como si fuera ahora, como si fuera ahora pero de nohecita y sin amenazas ni acosos ni casa de Orozimbo, él pudiese estar escuchándolo culo en tierra; y que aun así aquel horrible escándalo de los perros fuera mejor que estar espionando noche y día, aquí cerca a lo lejos, a la espera de perros furiosos que no vienen, mejor que volver la cara al cementerio cuando se haya hecho la noche completa, para ir en procura del bronce de las tumbas. . . O antes que sea de noche y un perro te salte de pronto a la garganta, en pleno Miguelete.

Por suerte Tío está en casa, allí en Tobas, más cerca de Propios que el boliche, más cerca de Propios, pegado al cuartel. Por suerte está allí, tomando mate, y por suerte la patrona está en la feria y pueden hablarse mirarse ponerse de acuerdo como hombres sin que la patrona se meta en el lío y tenga un pensamiento para tu pobre madre que fue una santa y menos mal para vos que está muerta. Orozimbo está allí y dice Ramito y le alarga un mate y en seguida, mientras la boca del otro amontona su sed y su hambre en la bombilla, le dice "Ya sé por qué venís, oí en la radio". Y luego, con su habla casi incontaminada de los giros de la ciudad, "Venís a que te entriegue, sobrino, después de esa cagada que no la tapás ni con un poncho".

Le pasa la caldera (Orozimbo Correa debe creer que el termo es cosa de manfloras), lo deja con el mate, entra en la pieza, sale con el bufoso que llama El-de-reglamento y debe haber olvidado restituir cuando se jubiló.

¿Se arma contra él, contra Ramito su sobrino? ¿Se arma contra los demás botones, por si no le dan tiempo a explicarse? ¿Se arma contra los perros, que acaso están pisándole los talones?

Inútil preguntárselo, porque sólo diría "Es el costumbre", con ese lenguaje al que años y años de ciudad sólo han agregado la palabra Capo, y eso porque Orozimbo sabe que no hay interlocutor a quien le disguste que le llamen Capo, decir Capo sirve para que le escuchen la historia (esta noche la Historia del Sobrino, flor de historia) o le paguen la copa, si la historia es muy buena, como va a ser

esta noche, Capo, ya verá usted que va a tener que parecerle de primera la historia del sobrino del hijo de la prima que mata a un sereno y anda a monte tres o cuatro días y después viene a mi casa y me pide que lo entriegue... Si le cuento de este gurí, de cómo eran sus viejos (habrá más capos habrá más copas).

"Es el costumbre", dice sin que se lo pregunten, cuando mira lo que va a hacer. Se pasa el cinturón y la canana y mete allí el revólver. No reta, no amonesta, no rezonga.

"Son años de melico, es lo que tiene."

Es una de las frases predilectas: una frase que siembra el misterio da tiempo de beber. Por ejemplo: "Ser melico es lo que tiene" y se echa el vasito de grappa al garguero y no explica, jamás explicará qué es lo que tiene. O si no, "Ser melico es como todo", sin aclarar en qué se vinculan la profesión de milico y el orden del universo. Y esta noche, a mitad de la historia del sobrino, "El crime es lo que tiene", sin decirle, Capo, qué es lo que tiene el crimen, más allá de estas copas que usted paga y él devuelve retribuye compensa con historias del padre del sobrino la madre del sobrino los finados, porque del crimen mismo, si va a fijarse (desde que se jubiló, Orozimbo casi no lee los diarios) no sabe propiamente nada y usted, que no es pariente del asesino, que no es tío de Ramito y está pagándole la copa, a esta altura ya sabe más que él. Bueno, pero él le cuenta cosas de antes, y entonces usted ve cómo viene la historia, Capo.

No reta, no amonesta, no insulta. La confesión se le aparece como un lujo, como una historia de lujos, como un gran mostrador lleno de copas en fila y él contando primero que fue guardiacivil y después que fue cabo y al final que sargento, Ah, eso sí, de sargento no paso por más copas que haiga, nunca se sabe a qué jinetas habrá llegado pero más que ésas no, Capo, los grados del alcohol van subiendo los grados de Orozimbo, pero así hasta sargento y pare de contar.

¿Podrán darles a oler esa frazada mora, les bastará con eso? Se abrocha el cinturón, prende la canana que acaba de rellenar con el revólver de reglamento. Se pone el saco, para no andar haciendo ostentación. Y dice "Vamos". Acaso luego de noche sienta mayor ternura y el cuento de la noche

diga "Vamos, sobrino" o "Vamos, Ramito", esto irradia una familiaridad atrayente y confianzuda con el crimen, con esa misma institución del crimen que él combatió en sus días de milico, ser melico es lo que tiene, el crime es lo que tiene, ser melico es como todo, el crime es como todo...

Pero ahora dice tan sólo "Vamos" y el chato lo sigue. La cana, finalmente, es una perra gigantesca, por algo le llaman la cana. Una perra gigantesca con miles de hocicos con miles de dientes con miles de patas. Sí, y sin frazada alguna.

Pero aunque sea así, Orozimbo ha abrochado la canana y la ha escondido en los bajos del saco y ha dicho Vamos y es como si aquél fuese un acto mágico que hiciera desaparecer de pronto a todos los perros, con Tío no se meten, no señor, aunque sean todos los perros del mundo puestos juntos. Ahora no hay nada que hacerle ni tampoco nada que temer. Vamos, dice Tío, y aquello cierra todos los miedos, hace retroceder todos los peligros. Vamos.

Lo sigue. Es el momento de acordarse de lo que dijo aquella vez el gallego, los pies colgando del murallón de la escollera: si uno se les escapa, si uno no se les pone a tiro, ése es el que hizo todo. El que no puede ir en cana es el que degolló y el que pegó el tiro y el que robó. ¡Ese solo! Y ahora el chato está contándole a Orozimbo que el gallego, ¿sabe tío?, se tiró abajo'un tren, ¿sabe? ¡no podía con él ese gallego! Y mientras lo dice ve la cara la boca los ojos de color caramelo que están diciéndole Ésta es la tuya, chato, hacelo así, haceme caso, dale con fe, llorales la milonga... Total, ¿a mí que van a hacerme estos milicos?

ÍNDICE

La víspera	9
Primer día	37
Segundo día	101
Tercer día	137
Cuarto día	207
Quinto día	273